

# EL AZAR Y LA VENGANZA

LENA SVENSSON

• EL QUINTO CASO DE GRETA LINDBERG •

de

El verano llega enardecido al pueblo de Mora: la ciudad cambia su fisonomía, se llena de turistas, las plazas hoteleras y los restaurantes se ven sobrepasados, y el lago Siljan se puebla de personas en traje de baño.

Como todo lo que es cíclico, el verano regresa con la fuerza de lo conocido y lo inesperado a la vez. Por esa misma fuerza se siente alcanzada Greta Lindberg cuando descubre que Stephan Bringholm, su antiguo novio, está de vacaciones en Mora. Las cosas entre Stephan y Greta —de más está decirlo— no terminaron de la mejor manera, lo que precipitó que ella dejara la ciudad de Söderhamn, donde ambos residían. Es, entonces, una sensación amarga —como una moneda que cae del lado al que no le apostamos para decirnos que el azar está en nuestra contra— la que recorre a Greta al saber que Stephan, junto a su actual pareja, Elin Rosenberg y algunos amigos están alojados en el complejo Paradis, a orillas del lago.

Un asesinato, el de Elin Rosenberg, precisamente, levanta la temperatura ya caldeada del pueblo. Las sospechas recaen sobre la confusa vida sentimental de Stephan Bringholm, sobre sus actitudes violentas, sobre el acoso al que ha sometido a Greta.

El azar y la venganza, con una Greta Lindberg que cada vez encarna mejor el personaje del detective astuto pero con cierta ingenuidad, apasionado pero frío a la vez, relata el preciso instante en que la moneda decide de qué lado caer, y todo cambia de golpe.



Lena Svensson

# **El azar y la venganza**

**Greta Lindberg - 5**

ePub r1.0

Titivillus 09.04.17

Título original: *El azar y la venganza*  
Lena Svensson, 2016

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



*Para Karina L. y Rosana S.,  
fanáticas de Greta,  
compañeras de aventuras  
y amigas que llegaron a mi vida  
gracias a los libros.*

*En la venganza, el más débil es siempre más feroz.*

HONORÉ DE BALZAC

*Lo que dejamos atrás y lo que tenemos por delante no son nada comparado con lo que llevamos dentro.*

RALPH WALDO EMERSON

## CAPÍTULO I

Pudo sentir cómo la fría y afilada hoja de metal subía con lentitud por su cuello bañado en sudor. Milímetro a milímetro, se acercaba de manera peligrosa hacia su garganta. Contuvo el aliento cuando la mano temblorosa que sostenía el puñal se detuvo de repente. A pesar del terror que le minaba cada rincón del cuerpo y que le impedía moverse, era consciente de que el más mínimo descuido podría resultar fatal, y que aquel rostro transformado por la furia sería lo último que verían sus ojos. No quería grabarse en la retina aquella terrible imagen.

En vano intentó pensar en cosas bonitas: la respiración pesada de su atacante se lo impedía. No deseaba llorar, porque hacerlo habría significado que empezaba a rendirse y ella tenía muchas cosas por las cuales luchar todavía, solo que no concebía la idea de no volver a ver a los suyos.

El cuchillo retomó el recorrido y se deslizó a través de la blanca piel de su cuello. Tragó saliva cuando sintió que presionaba con más fuerza, lo que le provocó un ardor insoportable justo debajo de la oreja derecha, de donde comenzó a brotarle sangre con rapidez.

—Bajo otras circunstancias, nunca te habría lastimado. ¿Lo sabes, verdad? —preguntó al tiempo que curvaba los labios en una sonrisa entre macabra e infantil. Vio cómo su víctima asentía con la cabeza—. ¿Entiendes también que ya no puedo dejarte ir, que tu vida y la mía terminarán esta noche?

Después de permanecer inmóvil durante un buen rato con los músculos tensos, la parte superior del cuerpo se le había entumecido; aun así, logró echarse hacia atrás y apoyar la cabeza en el asiento del coche. Estaba atrapada, a su completa merced, mientras la sangre se volvía cada vez más abundante. Apenas podía mantener los ojos abiertos. Juntó el último resto de fuerzas que le quedaban y trató de balbucear un nombre, pero todo empezó a nublarse con rapidez a su alrededor.

Le apartó unos mechones de la roja melena que se habían pegoteado a la herida y la contempló durante un rato mientras la sangre le brotaba del cuello y le manchaba

sus propias manos. Se acercó.

—Lo siento, Greta, pero tú y yo sabemos que tenías que morir —le susurró despacio al oído.

\* \* \*

—¡Almendras! ¡Almendras!

Los gritos de *Miss Marple* resonaron por toda la habitación. Greta se cubrió la cabeza con la almohada y maldijo en silencio el momento en que a Mikael se le había ocurrido enseñarle la estrategia más efectiva para pedir su alimento favorito. Se asomó un poco, pero fingió seguir dormida mientras por el rabillo del ojo veía a la lora que se trepaba a la cama para subirse luego encima de la almohada que había dejado vacía el teniente.

La convivencia resultaba mejor de lo esperado. Llevaban juntos casi siete meses y, después de batallar durante las primeras semanas, al fin *Miss Marple* se había rendido a los encantos del hombre de la casa. Claro que Mikael se había valido de alguna que otra treta sucia para ganársela, como por ejemplo, darle almendras a escondidas o evitar regañarla cuando se portaba mal, tarea engorrosa que terminaba por recaer sobre sus hombros.

No pudo fingir más que dormía porque la lora empezó a picotearle la trenza. Arrojó la almohada a los pies de la cama y se volteó; se contemplaron en absoluto silencio durante varios segundos. Greta dejó escapar un suspiro, era imposible estar enojada con ella cuando la miraba de aquella manera. Le acarició la cabeza, gesto al que la lora respondió entornando los párpados. Se incorporó y dejó que se pusiera a jugar con uno de los botones de su camiseta de dormir, y luego sonrió cuando escuchó ruidos que provenían de la cocina. Hacía unos días que Mikael se empeñaba en prepararle el desayuno y llevárselo a la cama.

La temporada estival acababa de empezar y, como cada verano, el pueblo se llenaba de turistas, lo que significaba que por las noches ella terminaba exhausta debido a que el trabajo y las actividades en la librería se multiplicaban. Las cosas en la comisaría estaban relativamente tranquilas y se esperaba de un momento a otro el retorno de Miriam Thulin. Aunque la muchacha ya ostentaba el cargo de sargento, nadie podía asegurar que volvería al pueblo para ponerse de nuevo a disposición del inspector Lindberg. La falta de actividad delictiva le permitía al teniente consentirla casi a diario, y Greta no se quejaba, aunque sí extrañaba tener un misterio entre manos para resolver. Estaba a punto de saltar de la cama cuando divisó a Mikael de pie en el umbral, que le sonreía mientras sostenía la bandeja en las manos, donde junto al



desayuno, que consistía en café recién hecho y magdalenas rellenas de arándanos con trocitos de chocolate, había colocado una rosa roja en un vaso de plástico. Seguramente la había tomado prestada del jarrón que adornaba la sala, pero no le importó, eran detalles como esos los que hacían que despertase cada mañana a su lado con una sonrisa en los labios. No se arrepentía del paso que habían dado a pesar de que en ocasiones tenían sus rabietas, el momento de la reconciliación compensaba cualquier discusión. Lo observó mientras se acercaba, llevaba unos *jeans* y la camisa desabotonada.

—Buenos días, remolona. —Mikael dejó la bandeja encima de la mesita de noche y se inclinó hacia ella para besarla. Se entretuvo con su boca un rato antes de separarse—. ¿Dormiste bien?

Greta estiró los brazos por encima de la cabeza y dio un sonoro bostezo. Luego se apoderó de una de las magdalenas y engulló un buen bocado.

—No debería preguntarme cosas que usted ya sabe, teniente —respondió con una sonrisa divertida.

La noche anterior, ella había llegado muy tarde de la librería porque, para aprovechar la cantidad de gente que pasaba sus vacaciones en el pueblo, quería organizar un club de lectura estival abierto al público en general. Mikael ya se encontraba en la cama y, al creerlo dormido, se había metido en el baño en silencio para no despertarlo. Apenas un par de minutos más tarde, él se había aparecido desnudo por completo y con la clara y atrevida intención de acompañarla. Eran también esos ratos de pasión que compartían en cualquier momento del día, en cualquier lugar de la casa, los que hacían que la convivencia valiese doblemente la pena.

Mikael se sentó junto a ella en la cama y le robó una magdalena. Sin que Greta lo notara, o al menos eso parecía, pellizcó un pequeño trozo y se lo dio con discreción a *Miss Marple*.

—¿Supiste algo más de la cena de esta noche? —preguntó mientras cubría a la lora con la espalda para que la pelirroja no la viese.

Greta saboreó el café antes de responderle.

—Papá quiere... No —se corrigió—. Exige que seamos puntuales. Nina y él están con la organización de esta reunión desde que Ejnar Kellander se instaló definitivamente en el pueblo.

Mikael asintió. El padre de Niklas Kellander y viejo camarada del padre de Greta había decidido mudarse a Mora tras su retiro de la policía de Estocolmo. Hacía un par de semanas que vivía en el pueblo, aunque durante los últimos meses había ido y venido desde la capital para establecer su propio negocio. Ejnar Kellander,

exinspector de policía, se dedicaba al negocio de la hostería y, junto a su novia Vibeke, unos cuantos años menor que él, regenteaban el Paradis, un complejo de cabañas ubicado frente al lago Siljan. Habían inaugurado el lugar al inicio de la temporada y ya contaban con el cupo casi completo. Niklas no había aparecido todavía por el pueblo y, aunque Mikael ya no sentía celos de él, tampoco le agradaba mucho que rondara a la pelirroja.

Miró de refilón a *Miss Marple*. El trozo de magdalena había desaparecido y solo quedaban las migas desperdigadas por las sábanas. Las sacudió para borrar las huellas del delito mientras pensaba en la posibilidad de que Niklas decidiese hacerles una visita. Las palabras que había pronunciado el propio Ejnar un par de días atrás lo dejaron más tranquilo. Según él, su hijo no veía con buenos ojos el noviazgo con Vibeke, quien, además de ser varios años más joven, también tenía una niña pequeña, fruto de una relación anterior.

—¡Mira la hora que es! —exclamó Greta y apartó la bandeja a un lado antes de saltar fuera de la cama—. Lasse no puede abrir la librería hoy porque Hanna tenía cita temprano en el hospital para hacerse una nueva ecografía. —Hurgó dentro del armario y optó por un vestido floreado que, además de ser fresco, le resaltaba la cintura que había recuperado gracias a la dieta y al ejercicio físico. Se lo puso por encima y esperó la aprobación del teniente; cuando él asintió, empezó a desnudarse—. No entiendo esa manía que tienen de querer conocer el sexo del bebé antes de que nazca —manifestó y negó con la cabeza.

—¿Crees que esta vez se dejará ver?

Greta se encogió de hombros.

—Falta menos de un mes para el parto, y Hanna se hace ecografías todo el tiempo. Creo que no le preocupa tanto saber si será niña o niño, lo que de verdad la asusta es que surja algún imprevisto, que no tenga los cinco dedos o le falte alguna parte del cuerpo. El doctor Haugaard le aseguró que todo marcha sobre ruedas, y Lasse casi no se aparta de su lado. Supongo que toda madre primeriza pasa por los mismos miedos.

Mikael no dijo nada. Sospechaba que Greta estaba más asustada que la propia Hanna.

—¿Cómo vas con la organización del club de lectura estival? —preguntó. Sentía que la pelirroja no daba abasto.

A pesar de que el tradicional club de lectura, integrado por mujeres, se había tomado un receso de dos semanas, entre la inminente llegada al pueblo de Josefine Swartz para brindar un taller de escritura en Némesis y las nuevas secciones de la librería, que incluían un espacio para los lectores más jóvenes, apenas le quedaba tiempo para disfrutar del verano.

—Bien, aunque no es precisamente el club de lectura lo que me tiene inquieta ahora. —Greta revolvió el vestidor hasta que al fin encontró una hebilla con la que recogerse el cabello en una cola de caballo—. Josefina llega en un par de días, y todavía tengo que arreglar lo de su estadía. Ella pretendía hospedarse en el mejor hotel de Mora, pero en esta época del año es imposible. No sé cómo conseguí convencerla de que acepte quedarse en el hostal de la señora Hoffman. Eso sí, me envió por correo electrónico una lista de necesidades que debo cubrir sin excepción. —Greta levantó los brazos, en un evidente gesto de fastidio—. ¡Como si la señora fuese una estrella de rock!

Mikael contuvo la risa. Se acercó y le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—¿Almorzamos juntos hoy?

Greta se mordió el labio.

—¿Te conformarías con una pizza? —retrucó.

—Hagamos algo mejor. —Miró de reojo a la lora—. ¿Crees que *Miss Marple* podrá quedarse sola un par de horas?

—Supongo que sí.

—Entonces te paso a buscar por la librería para almorzar en el Korsnäsgråden. Ya mismo voy a reservar una mesa. —Sacó el móvil del bolsillo del pantalón y marcó el número del restaurante.

—No será fácil conseguir un lugar con tan poco tiempo de anticipación —comentó Greta.

Cuando él cortó, le sonrió.

—No hay nada que el teniente Stevic no pueda conseguir en este pueblo —afirmó con cierto aire de petulancia—. El dueño me debe un favor, y nos reservó una de las mejores mesas.

Mientras se dirigían a la cocina, Mikael le contó que una vez alguien había entrado al restaurante luego de forzar la puerta trasera. El hecho había ocurrido pocas semanas después de su incorporación a la comisaría, cuando ella vivía todavía en Söderhamn. Al parecer no habían sustraído nada, sin embargo, tras una revisión más exhaustiva, Nina y él habían descubierto que el o los intrusos no habían ingresado al Korsnäsgråden para robar, sino para dejar un *regalo* en la despensa. Greta se quedó boquiabierta cuando se enteró de que alguien había defecado en un rincón del lugar. Luego se supo que había sido obra de un empleado resentido que acababa de ser despedido.

\* \* \*

Pernilla Apelgren se acomodó las gafas y miró en dirección a la iglesia mientras se disponía a cruzar la calle. Frunció el ceño cuando vio el morro del coche de su sobrina estacionado a un costado de la casa que ocupaba el reverendo Erikssen. Los rumores de romance que se habían disparado meses atrás solo habían servido para confirmar lo que ella sospechaba desde la primera vez que Telma le había hablado de Ville Erikssen con ese extraño brillo en la mirada, que no le notaba desde su enamoramiento platónico con el doctor Metzgen. Si bien no había visto con buenos ojos que su única sobrina se hubiera enredado con un hombre que todavía estaba casado, nada más y nada menos que con una asesina múltiple, le había bastado darse cuenta de lo ilusionada que estaba por volver a enamorarse que no había tenido el valor de oponerse. Eso sí, se había asegurado de que tanto Telma como Erikssen comprendieran que debían formalizar esa relación lo antes posible; no le gustaba estar en boca de todos, mucho menos cuando estaba en juego la reputación de su familia.

Se abanicó el rostro con la última edición de la revista mensual de tejido y saludó con la otra mano a un par de vecinas mientras apresuraba el paso hacia Millåkersgatan. El calor agobiante de aquella mañana de mediados de junio no era el más apropiado para quedarse en la calle para hablar de los últimos acontecimientos, ni siquiera para alardear de la publicación de su primera novela, noticia que ella misma se había encargado de divulgar en el pueblo y en los alrededores. Precisamente iba a la librería para hablar con Greta sobre la presentación de *La redención y la muerte* en Némesis como parte de una de las diversas actividades que la muchacha tenía planeadas para ese verano. Cuando faltaban apenas unos pocos metros para llegar, una camioneta estacionada al otro lado de la calle, junto al hostel de la señora Hoffman, le llamó la atención. Tenía la certeza de que no era la primera vez que rondaba por la zona comercial. Como buena observadora, también se había dado cuenta de que no era alguien del pueblo. Un hombre de unos treinta y pico de años conducía el vehículo; no pudo vislumbrarle bien el rostro, sin embargo, en ese momento en que lo vio sin gafas, la sensación de que ya lo había visto antes en alguna parte se acrecentó. Se acercó a la acera para observarlo mejor, pero en ese preciso instante, como si el extraño hubiera adivinado cuál era su intención, apretó el acelerador y salió disparado hacia Morkarlbyvägen. Siguió con la mirada el recorrido de la camioneta hasta que desapareció al doblar en una esquina. Asintió con la cabeza mientras volvía a abanicarse, esa vez, con más ímpetu. No había que ser muy sagaz para darse cuenta de que aquel sujeto escurridizo buscaba algo, o a alguien.

Un bocinazo la sacó de sus cavilaciones y casi la hace saltar en el lugar. Cuando se dio media vuelta, vio a Greta que acomodaba unos libros en la vidriera de Némesis.

La pelirroja le sonrió a través del cristal. Se preguntó si ella también había alcanzado a ver al sujeto antes de que desapareciera de esa manera tan inesperada; solo tenía que preguntárselo.

Guardó la revista de tejido dentro del bolso y entró en la librería.

—Buenos días, Greta. Es impresionante cómo ha subido la temperatura en apenas un par de horas —exclamó antes de soltar un hondo suspiro.

Para enfatizar sus palabras se sacudió el cuello de la blusa que se le había pegado a la piel a causa del sudor. La joven asintió.

—En la radio anunciaron otra ola de calor para el fin de semana. —Le indicó que la acompañara hacia la mesa de ofertas, ya que, entre el montón de libros que había decidido vender a mitad de precio, había dejado el bloc de notas donde anotaba todos los detalles para que la presentación de la flamante novela de Pernilla Apelgren resultase como ella esperaba—. ¿Se decidió por fin qué día quiere que sea el gran evento? —La anciana guardó silencio, y Greta tuvo la sensación de que le preocupaba otra cosa—. ¿Ha ocurrido algo?

Pernilla miró por enésima vez hacia la calle antes de responderle.

—No lo sé, querida, pero no puedo sacarme a ese hombre de la cabeza —dijo toda preocupada.

Greta frunció el ceño.

—¿Qué hombre? ¿De quién habla?

—Del extraño sujeto que acabo de ver aquí mismo, hace apenas unos minutos, merodeaba por esta calle. ¿No lo has advertido? Es la segunda vez que me cruzo con él. Sé que lo he visto antes, pero no puedo recordar dónde. A mi edad, la memoria empieza a fallar —alegó mientras se daba unos golpecitos en la sien con el dedo índice.

La pelirroja negó con la cabeza.

—No he notado nada raro, Pernilla. El pueblo está lleno de turistas, no es inusual ver gente desconocida por todas partes —manifestó y le dio poca importancia a ese comentario. Hojeó el bloc de notas para buscar el calendario de fechas disponibles que había garabateado y la miró—. ¿Qué le parece el próximo sábado? Los fines de semana es cuando la gente más se acerca a la librería, sobre todo ahora que tenemos la celebración del solsticio de verano encima.

—¿Cuándo llega Josefina Swartz?

Greta sospechaba que la falta de decisión de la anciana tenía que ver con la llegada de la escritora al pueblo, ya que esperaba a que estuviese instalada en Mora para poder invitarla al evento. Ella no había hablado con Josefina sobre la posibilidad de que la acompañase en la presentación de su primera novela, pero veía a Pernilla

muy ilusionada y temía que una posible respuesta negativa de la excéntrica escritora de policiales la desanimara.

—Pasado mañana, en el tren de las diez.

—¿Crees que acepte estar conmigo ese día? Ella sabe cuánto la admiro y lo feliz que me haría contar con su presencia.

Greta no se atrevía a echar por tierra sus ilusiones, por eso le sonrió y le prometió que haría lo posible para convencerla de que aceptase la invitación. Conversaron un rato sobre el pequeño refrigerio que se serviría después de la firma de libros y de pronto Pernilla sugirió amenizar el evento con un poco de música de los sesenta, época en la cual había ambientado *La redención y la muerte*. Fue incapaz de decirle que no.

La reunión llegó a su fin cuando Sigvard Thorne, director del museo Anders Zorn y cliente habitual de Némesis, irrumpió en la librería. El hombre, entrado ya en los cincuenta y que tenía por costumbre vestir con trajes siempre a la moda sin importarle las altas temperaturas del verano, inclinó la cabeza a modo de saludo y les dedicó una amplia sonrisa.

Pernilla no pudo evitar sonrojarse ante ese gesto galante. Sigvard Thorne todavía arrancaba suspiros femeninos a pesar de que ninguna mujer había conseguido atraparlo, aunque muchos en el pueblo creían que la relación simbiótica que tenía con su hermana Gotilda había impedido que formara su propia familia.

—Señora Apelgren, Greta, ¿cómo se encuentran esta mañana? —Se acercó y de inmediato les llegó el fuerte olor a perfume importado.

—Trato de soportar el calor mientras ultimo detalles para los próximos eventos que se vienen en la librería —respondió Greta mientras se abanicaba el rostro con el bloc de notas.

—Imagino que ni usted, ni su hermana faltarán a la presentación de mi novela, ¿verdad? —quiso saber Pernilla antes de retirarse.

—Allí estaremos, señora Apelgren. No me lo perdería por nada del mundo.

—Deje el «señora» de lado, Sigvard —le sugirió la anciana al tiempo que le sonreía—. Nos conocemos desde hace más de veinte años, y creo que ya es tiempo de que me llame por mi nombre de pila, ¿no cree usted? Su hermana es amiga de mi sobrina y muchas veces ha estado en casa para tomar el té con ella. A propósito, el otro día me pareció verla salir del Vantage Point con compañía masculina. ¿Sería ella? Tal vez me equivoqué porque no llevaba mis anteojos para ver de lejos.

—Tiene toda la razón, Pernilla —la interrumpió Thorne y enfatizó su nombre mientras le dedicaba una sonrisa más encantadora aún que la otra con la esperanza de que no hablara más de su hermana. Miró de reojo a Greta, como si buscara que lo

salvara de la anciana.

Ella se compadeció de inmediato de él. Parecía de verdad incómodo por el rumbo que había tomado la conversación.

—¿Trajo los folletos nuevos? —le preguntó para cambiar de tema.

Ella se dirigió al mostrador, y Thorne la siguió. Para fortuna de ambos —más de él que de Greta—, Pernilla se despidió al alegar que Oscar la esperaba en la casa para jugar una partida de bridge.

—Es una mujer agradable —dijo Thorne para justificar su actitud apenas la anciana abandonó la librería—, pero te juro que esa manía que tiene de meterse en la vida de los demás logra siempre sacarme de quicio.

—A mí me recuerda mucho a uno de mis personajes literarios favoritos y eso hace que sienta afecto por ella, sin embargo, concuerdo con usted, Sigvard. Pernilla vive por y para el chisme y, a esta altura del partido, no va a cambiar. Lo único que nos resta es acostumbrarnos a lidiar con su lengua afilada.

—Supongo que te refieres a *Miss Marple* —comentó el hombre y dejó asomar una sonrisa.

Greta asintió. No era un secreto para nadie que la anciana era su debilidad, mucho menos para alguien como Sigvard Thorne, cliente asiduo de la librería y amante también de la novela policial. Recordó la vez en la que le había contado que durante su adolescencia, que había transcurrido en el Norte, él y su hermana competían para ver quién de los dos podía leer más libros en una semana. Gotilda prefería las historias románticas y devoraba los clásicos de Jane Austen o de las hermanas Brontë mientras que él hacía lo mismo, pero con Raymond Chandler, Conan Doyle o Chesterton.

Mientras lo escuchaba relatar aquellas anécdotas con tanta nostalgia, Greta no pudo evitar sentir la falta de una hermana con la que compartir sus mismos gustos. Pensó en Vanja. Hacía más de un mes que no se veían y, si bien hablaban por teléfono casi a diario, tenía que reconocer que la extrañaba. Habían pasado juntas la última Navidad en casa de su padre y, tras quedarse un par de días en Mora, la preocupación por su madre la había obligado a regresar a su ciudad antes de lo previsto. Poco después, empujada por la necesidad de conocer más de la vida de su hermana, había convencido a Mikael de que la acompañase hasta Sandviken. Pasaron una semana allí y se hospedaron en un hotel que estaba ubicado en la misma calle donde Vanja tenía su agencia de detectives. Conocieron a Isobel, quien a pesar de padecer ya los primeros síntomas de su enfermedad, resultó ser una mujer encantadora. Durante la estadía allí, ella incluso había ayudado a su hermana a resolver uno de sus casos. Le había costado regresar a Mora y, aunque seguía en contacto con ella, extrañaba su compañía y el increíble sentido del humor que tenía. Decidió que apenas Thorne se

fuese de la librería, se pondría en contacto con ella para saber cómo estaba.

Contempló los folletos ilustrativos que el hombre había dispuesto encima del mostrador. Los había mandado a imprimir especialmente para promocionar la primera exposición de los famosos caballitos de madera de Dalecarlia que estaba a punto de inaugurarse en el Anders Zorn. El evento, uno de los más importantes desde que Thorne estaba a cargo de la dirección del museo, llevaba el título de «Caballos de Dalecarlia. De un caballo de madera de Mora a un símbolo nacional de Suecia» y estaría abierta al público hasta el mes de agosto. Se expondrían piezas muy antiguas todavía sin pintar y otras más modernas, que formaban parte de varias colecciones privadas. Durante la exposición no solo se esperaba la presencia de ilustres personalidades políticas de la región, sino también de representantes de diversos movimientos culturales que aprovechaban eventos como ese para fomentar el arte local. Ella colaboraba desde la librería con la entrega de folletos a los clientes.

—Greta, ¿no podrías colocar algunos en el escaparate para que estén a la vista de todos? Se acerca el día de la inauguración y cualquier publicidad extra es bien recibida.

—Haré algo mejor que eso, Sigvard. Expondré los folletos en la cartelera de novedades —le sugirió—, así podrán ser vistos tanto por los clientes que entren a Némesis como por la gente que pase por la calle.

Thorne aplaudió la idea y sonrió complacido, luego le devolvió el favor al regalarle un par de entradas para la exposición. Greta le dijo que no sabía si podría asistir el día de la inauguración, sin embargo, le aseguró que no se perdería el evento por nada del mundo. Si Mikael no deseaba acompañarla, ya que las visitas a los museos le parecían aburridas, invitaría a alguien más.

Después de que Thorne se marchó, entraron un par de turistas a la librería que buscaban las últimas novedades policiales. Tuvo que cerrar quince minutos más tarde de lo habitual. Lasse no había regresado todavía del Lassarets, y bastaba con que su primo no apareciera por Némesis para darse cuenta de lo mucho que lo necesitaba. Dio vuelta el cartel de la puerta y observó el reloj; apenas tenía tiempo para ir hasta la casa, darse un baño y cambiarse de ropa antes de que Mikael pasara a buscarla. Tendría que posponer la charla con Vanja para más tarde.

Estaba a punto de salir cuando sonó el teléfono. Corrió hasta el mostrador y levantó el tubo.

—Librería Némesis, soy Greta. ¿En qué puedo ayudarlo? —Nadie respondió. Esperó unos segundos antes de volver a preguntar quién llamaba—. Hola, ¿me escucha?

Había alguien y respiraba con pesadez, como si tuviese la boca pegada al teléfono.



¿Por qué demonios no le contestaba?, se preguntó.

—Oiga, si no va a decir nada, voy a cortar —le advirtió.

En ese momento se escuchó un clic. Colgó y contempló el aparato durante unos cuantos segundos. ¿Quién llamaba por teléfono solo para quedarse callado? ¿Acaso habían marcado mal el número?, se preguntó. Era una opción que no la convencía del todo. Lo más razonable, pensó, era que cualquier persona que llamase a un número equivocado preguntase quién estaba al otro de la línea.

Abandonó la librería mientras pensaba en el extraño suceso. No tenía tiempo para desentrañar aquel pequeño misterio.

## CAPÍTULO II

Karl consiguió deshacerse del cigarrillo antes de que Nina entrase a la casa. Durante las últimas semanas fumaba a escondidas, ya que el doctor había sido muy claro y le había prohibido de manera terminante que volviese a hacerlo. Entonces ya no solo debía hacerlo a espaldas de Greta: su esposa y ella se habían confabulado para evitar que cayera de nuevo en el vicio. Por eso aprovechaba para hacerlo cuando estaba solo en la casa o mientras conducía hacia la comisaría. Cualquier momento en soledad era suficiente para transgredir las reglas. Su retiro de la policía estaba cada vez más cerca, y el futuro incierto que tenía por delante le provocaba cierta angustia, que muchas veces aplacaba al darle unas cuantas pitadas a los Marlboro que ocultaba celosamente en la guantera del coche.

—¿Karl, cariño, estás en casa?

El inspector Lindberg hundió el cigarrillo en uno de los macetones que decoraban la sala y espantó el humo con las manos. Decidió salir a su encuentro para evitar que el olor a tabaco lo delatara.

—Te esperaba —respondió y curvó los labios en una sonrisa.

La observó mientras avanzaba hacia él. Llevaba un vestido de algodón color amarillo salpicado con diminutas flores coloradas. Tal vez no era la prenda más adecuada para una mujer de su edad, sin embargo, la manera en que la tela se le adhería a las caderas y le resaltaba la silueta de los pechos todavía firmes hacía pensar que el vestido estaba hecho especialmente para ella. Se había tomado la mañana libre y regresaba del supermercado.

—¿Alguna novedad? —Le dio un beso y lo miró.

Por un instante, Karl tuvo miedo de que hubiera descubierto que había fumado. Suspiró aliviado cuando ella continuó hacia la cocina.

—Hace un rato hablé por teléfono con Stevic, todo sigue tranquilo en la comisaría. Demasiado para su gusto, según parece. —Dejó entrever cierto gesto de fastidio—. Una vez más, el calor es nuestro mejor aliado. Desde que empezó el

verano apenas hemos tenido un par de actos de vandalismo a orillas del lago, una denuncia por disturbios en una fiesta privada y una riña doméstica que devino en un orden de alejamiento.

Nina guardó las latas de cerveza en el refrigerador y, cuando se dio vuelta, vio a Karl que guardaba el resto de la compra en la alacena.

—¿Dejará de ser Stevic o teniente para ti alguna vez? Es el novio de tu hija, lo que significa que además es tu yerno. Trabaja contigo desde hace casi cinco años y, aunque se justifica que lo llames por su apellido o su rango dentro del ámbito laboral, en la intimidad de la familia deberías referirte a él con un término más cariñoso.

Karl se robó una manzana y le dio un mordisco.

—Aunque Greta y él vivan juntos, Stevic todavía no ha superado el período de prueba que le impuse apenas supe que se había enredado con ella. Dio el primer paso al divorciarse de su esposa, sin embargo, no estaré del todo conforme hasta que vea a mi niña casada como Dios manda. La convivencia está bien para probar y por eso no dije nada, creo que es un paso necesario antes de dar el definitivo, pero espero que no se tomen demasiado tiempo para formalizar su relación. Soy un padre chapado a la antigua, Nina, y mi sueño es llevar a Greta del brazo hasta el altar. Además, me encantaría convertirme en abuelo pronto. ¿Hay algo de malo en ello?

Nina sonrió y, a pesar de no estar del todo de acuerdo con él, podía comprender su postura. La vida le había negado la dicha de convertirse en madre, pero lo que sentía por Greta se parecía mucho al afecto de una madre a una hija, y estaba segura de que era precisamente ese cariño el que le daba derecho a opinar sobre su vida, por eso, se atrevió a hablar.

—Karl, cielo —empezó a decir para suavizar lo que estaba a punto de soltarle—, Mikael y Greta se adoran, basta verlos para darse cuenta de lo felices que son. No necesitan de un papel o la bendición de la Iglesia para vivir ese amor con plenitud. Si ellos están conformes con la convivencia y no quieren dar un paso más allá, déjalos. Si intervienes o presionas a Mikael para que le proponga matrimonio a Greta, solo vas a conseguir que tu hija se enfade. Sabes tanto como yo que no le gusta que se metan en su vida privada, mucho menos en lo que se refiere a su relación de pareja. La otra tarde justo nos contaba lo mal que lo pasa Hanna porque su padre no aprueba que no se haya casado con Lasse todavía. ¿Quieres que Greta y tú pasen por lo mismo?

Tras guardar silencio durante unos segundos, Karl soltó un suspiro. Por supuesto que no quería pelearse con Greta. Su hija ya la había pasado bastante mal meses atrás con la repentina aparición de su hermana Vanja y, desde ese momento, tal vez porque se sentía culpable, procuraba mimarla más de la cuenta. Dejó la manzana mordida encima de la mesa y se acercó a su esposa. Le acarició la mejilla y le sonrió con

resignación.

—Siempre termino por darte la razón, Nina. Mi hija y tú hacen lo que quieren conmigo.

Ella le deslizó la mano por la nuca mientras se aproximaba más a él hasta arrinconarlo contra la encimera.

—No se queje, inspector Lindberg, ambos sabemos que le es imposible resistirse a nuestro encanto.

Le rozó el cuello de la camisa y empezó a desabotonarla con lentitud. Llevaban casi siete meses de casados y vivían el matrimonio en una constante luna de miel; se olvidaban de que ya no eran unos jovencitos y no les importaba lo que pensarán los demás. Si bien existían ciertas precauciones que debían tomar para no cometer excesos y evitar que Karl tuviese otro episodio cardíaco, el sexo entre ellos era increíble. Habían hecho el amor esa misma mañana al despertarse, y Nina tenía ganas de más. Cuando Karl le tomó la mano y se la apoyó en su entrepierna, quedó en evidencia que él deseaba lo mismo. Sin embargo, bastó que ella desviara la vista un segundo hacia la mesa, donde todavía estaban desparramadas las bolsas de las compras, para que recordase que esa noche tenían invitados a cenar y que todavía no había decidido cuál sería el menú.

De mala gana se apartó de su esposo, aunque él la retuvo durante unos cuantos segundos más en los cuales aprovechó para besarla con intensidad.

—¿Me ayudas a elegir los platos para esta noche o tienes otra cosa más interesante que hacer? —preguntó Nina mientras hojeaba uno de los libros de recetas.

Karl se frotó los pantalones.

—Tenía otra cosa en mente, sí —respondió en un tono burlón—. Pero hemos planeado esta reunión toda la semana y quiero que salga bien.

Nina asintió. Sabía que el regreso de Ejnar Kellander al pueblo significaba mucho para él. No solo se trataba de volver a tener cerca a quien había sido su compañero durante tantos años, sino que su llegada a Mora después de jubilarse de la policía de Estocolmo también le recordaba que faltaban apenas seis meses para su propio retiro. Desde que había recibido la notificación oficial lo notaba preocupado, inquieto seguramente por lo que vendría después. Kellander, muy por el contrario, parecía tener resuelto su futuro: era dueño de un complejo de cabañas ubicado frente al lago y había reconstruido su vida amorosa tras varios años de viudez. Le dedicó una sonrisa y le alcanzó su delantal favorito: tenía estampado un tablero de ajedrez y se lo había regalado Greta para el cumpleaños. Después de discernir sobre cuál sería la mejor opción, pasaron el resto de la mañana en la preparación del postre para la cena de esa noche.

\* \* \*

Mikael tenía razón. Apenas pusieron un pie en el Korsnäsgråden, una de las camareras los condujo hasta el fondo del salón, donde se ubicaban las mejores mesas del restaurante. A pesar de ser día de semana, el lugar estaba atiborrado de clientes. La mayoría de ellos eran turistas, aunque a medida que avanzaban hasta la mesa, se cruzaron con varios conocidos. Antes de que Greta ocupara su sitio, Mikael se le adelantó y corrió la silla para que se sentara.

Él no acostumbraba a tener gestos románticos de esa naturaleza, por eso, cuando los tenía, lograba sorprenderla. Primero, la flor en el desayuno; luego, lo de la silla; estaba segura de que si hubiera tardado un poco más en bajarse del coche, también le habría abierto la puerta como todo un caballero. Lo observó mientras él estudiaba el menú con suma atención. Ella adoraba su manera de ser; siempre le habían atraído los hombres recios, de pocas palabras y seguros de sí mismos. Además, no era de esas típicas mujeres que necesitaban demostraciones de romanticismo de su pareja en todo momento, y Mikael lo sabía. Tenía la certeza de que intentaba decirle algo y quería tantear el terreno antes de soltárselo.

Ordenaron bacalao confitado, cocinado en mantequilla marrón y aderezado con salsa de vino tinto y tocino; lo acompañaron con una generosa guarnición de verduras de verano. Para beber, Mikael pidió una botella de Vidal Blanc. El postre lo eligió Greta: tarta de frambuesas.

De tanto en tanto, Greta se contemplaba con disimulo en el enorme espejo que ocupaba buena parte de la pared justo frente a ellos. Aunque no era una salida formal, se había esmerado en el peinado al recogerse el cabello en un elaborado rodete en lo alto de la cabeza. Lo llevaba más largo de lo habitual para alegría no solo de su padre, sino también de Mikael, ya que ambos le habían pedido, casi exigido, que lo pensara dos veces antes de cortárselo de nuevo.

Ella carraspeó cuando una de las camareras pasó cerca de la mesa y, sin ningún reparo, le dedicó una sonrisa a Mikael.

—¿La conoces? —le preguntó mientras se mojaba los labios con el vino.

Él tardó unos segundos en darse cuenta a quién se refería. Estaba demasiado concentrado en su propio plato como para reparar en los coqueteos de la joven empleada del restaurante. Cuando la miró, le daba la espalda, pero no recordaba que entre su lista de conquistas figurase alguien que trabajase allí.

—Si se volteara tan solo un segundo, podría saciar tu curiosidad —respondió mientras contenía las ganas de reírse. Recorrió la silueta femenina y entornó los ojos,

a sabiendas de ganarse la amonestación de la pelirroja—. Tiene buenas piernas y de culo no está nada mal.

De un solo sorbo, Greta se bebió el resto del vino que quedaba en la copa. La estaba provocando y disfrutaba hacerlo. Él se inclinó hacia adelante y le sujetó la mano por encima de la mesa.

—Me encanta cómo se enciende tu mirada cada vez que me celas, pelirroja — confesó en voz baja—, pero te juro que no conozco a esa muchacha, es más, te puedo asegurar que es la primera vez que la veo. No estaba aquí cuando ocurrió lo del empleado resentido, aunque podemos llamarla y preguntárselo si eso te deja más tranquila.

—No hace falta, fue ella la que se atrevió a sonreírte a pesar de que estás conmigo —dijo Greta mientras trataba de aplacar los celos. Apretó la mano y respiró hondo. No desconfiaba de él, sabía que había cambiado y que ya no quedaba nada de ese donjuán empedernido que había engañado a su esposa en incontables ocasiones. Era la atención que le prodigaban las féminas lo que de verdad le molestaba, atenciones que, por supuesto, al teniente le servían para confirmar que, a pesar de estar acompañado, todavía era un hombre deseado. Aún se avergonzaba de la vez que había sentido celos de su propia hermana—. Mejor hablemos de otro tema.

—Mientras no vuelvas a preguntarme cómo van las cosas en la comisaría —la interrumpió él, acostumbrado ya a que lo hiciera a diario—. La única novedad tiene que ver con Miriam Thulin. Cerebritito habló con ella apenas obtuvo la placa y parece que su examen fue uno de los mejores.

—¿Va a regresar al pueblo para quedarse?

Mikael se encogió de hombros.

—No lo sé, no llegó ninguna petición formal desde la capital. Cuando se fue dijo, que pensaba reincorporarse a la comisaría, pero es comprensible que después de pasar una temporada allí pueda cambiar de idea. La situación en Mora está tranquila, y nos arreglamos bastante bien entre nosotros, sin embargo, el pobre Cerebritito es quien más padece su ausencia. Queda hecho un trapo de piso cada vez que habla por teléfono con ella —bromeó.

A pesar de que Peter Bengtsson se había enredado con Vanja durante su visita al pueblo meses atrás, todos sabían que estaba perdidamente enamorado de Miriam Thulin. Greta se preguntó si la muchacha toleraría que la hubiera engañado mientras residía en Estocolmo, incluso cabía la posibilidad de que ella también le hubiera sido infiel. Sintió lástima por Cerebritito.

La camarera llegó con el servicio y, para que a Greta no le quedaran dudas de que le había dicho la verdad, Mikael volvió a sujetarle la mano por encima de la mesa

mientras la miraba fijo. La joven ni siquiera se inmutó frente a esa muestra de cariño, y Greta se dio cuenta entonces de que quizá la pobre muchacha le sonreía de igual manera a todos los clientes que entraban al restaurante.

Durante el almuerzo conversaron de muchas cosas. Greta le contó con entusiasmo que se había inscripto más gente de la esperada en el club de lectura estival y que preparaba los últimos detalles para la presentación del libro de Pernilla Apelgren. Solo le faltaba convencer a Josefina Swartz de que aceptara acompañar a la anciana en el evento, hecho que, por supuesto, le preocupaba más que no tener todo listo para el gran momento. Mikael la escuchaba con atención, sin embargo, ella todavía tenía la sensación de que quería contarle algo y no se animaba.

Saboreó otro bocado de la tarta de frambuesas, luego lo miró directo a los ojos y disparó:

—¿Vas a decírmelo por fin o tendré que adivinarlo?

Mikael se aclaró la garganta y sonrió nervioso. ¿Se había vuelto tan predecible o era Greta la que lograba adivinar lo que sucedía con él sin necesidad de que abriese la boca?, se preguntó. Sin dudas, su admirable capacidad para resolver misterios le había hecho desarrollar aún más su sexto sentido. Si hubiera llevado una corbata alrededor del cuello, se la habría aflojado para respirar mejor. En cambio, se acomodó el cabello hacia atrás para después cruzarse de brazos.

Ese último gesto, que Greta interpretó como defensivo, la convenció aún más de que estaba en lo cierto.

—Me atrapaste, pelirroja —confesó, resignado una vez más de que con ella era imposible mantener un secreto—. Hay algo que debería haberte dicho hace unos días, pero no encontraba el momento oportuno para hacerlo.

Greta dejó el plato con el postre a un lado, se secó los labios con la servilleta y le estudió las facciones del rostro; trató de adivinar qué era eso tan importante que no se animaba a contarle.

—¿Qué pasa? ¿Es algo grave? —Frunció el ceño—. ¿Se trata de papá? ¿Se ha vuelto a sentir mal?

—No, tranquila, Karl está bien. —Hizo una pausa antes de continuar. De repente, sentía que le faltaba valor para revelar lo que ocurría, sin embargo, no podía esconderle más la verdad—. Se trata de otro asunto, uno un tanto... delicado.

—¡Por Dios, Mikael, dímelo ya! —lo exhortó mientras levantaba un poco la voz, lo que provocó que varios comensales a su alrededor voltearan la cabeza para mirarlos.

—La semana pasada, cuando hablé con mi madre por teléfono, me comentó que mis tías tenían ganas de conocerte; no me han perdonado todavía que no hayamos ido

a visitarlas cuando estuvimos en Gotemburgo.

Greta soltó un suspiro de alivio. El asunto no era tan grave como imaginaba.

—Podemos tomarnos unos días para ir a verlas si quieres. Eso sí, tendría que ser después del curso de escritura creativa que va a dar Josefine en Némesis, antes es imposible —sentenció.

Mikael tragó saliva, sabía que llegaba la peor parte.

—En realidad no va a ser necesario que nos movamos del pueblo, Greta.

—¿A qué te refieres?

—El mismo día que hablé con mi madre, llamé a mi tía Gloria. Me comunicó que ella y su hermana habían decidido pasar unos días en Mora. Quieren conocer el pueblo y, por supuesto, conocer a la mujer que consiguió conquistar el corazón de su sobrino predilecto.

Greta no dijo nada, sabía que él todavía se guardaba lo más importante.

—Te quiero aclarar que mi tía no me consultó si podían venir de visita, solo me puso al tanto de que llegarían a Mora este viernes.

—¡Eso es en dos días! ¿Y recién me lo cuentas? —le reprochó Greta y se cuidó esa vez de que nadie la oyera.

—Es que hay algo más que aún no te he dicho —se atajó él y le sonrió para aplacar su inminente enojo—. No pude negarme, Greta, las invité a quedarse con nosotros. Podemos acondicionar el cuarto de huéspedes para que estén cómodas. A mi tía Gloria le encantó la idea y prometió que ni ella ni mi tía Adele nos causarían problemas.

Greta volvió a fulminarlo con la mirada. En esa ocasión, los ojos azules le lanzaban chispas. A él, la sonrisa se le borró de la cara; era evidente que el esfuerzo que había hecho para evitar la catástrofe había resultado inútil, por lo que intentaría subsanar su error de otra manera.

—Mi tía Adele, al igual que tu papá, tiene problemas cardíacos. Parece que su doctor le aconsejó que le sería muy beneficioso para la salud pasar una temporada en un sitio tranquilo, sin esmog, con mucho sol y aire puro. Un lugar como Mora. Reconozco que hice mal, que debí contártelo apenas hablé con mi tía Gloria, pero no sabía cómo ibas a reaccionar.

Al principio, a Greta le costó asimilar el hecho de que dos mujeres a quienes no conocía estuvieran a punto de invadirle la casa, esa especie de santuario que compartía con Mikael y *Miss Marple* y que hacía apenas un par de meses había terminado de decorar a su gusto. Sin embargo, no podía olvidar que eran las tías del hombre que amaba.

Gloria y Adele eran las hermanas menores de su padre, Jonam Stevic, que había



muerto después de padecer una larga y tortuosa enfermedad cuando Mikael apenas tenía siete años, por lo tanto, ambas mujeres significaban mucho para él. Eran lo más cercano a su padre que tenía y las adoraba. ¿Cómo podía negarse a que pasaran unos días en el pueblo? Tampoco podía pedirles que se fuesen a un hotel, mucho menos en plena temporada veraniega, y ellos tenían una habitación disponible en la casa, solo debían acondicionarla para que estuviese lista para su llegada. Sonrió para tranquilizarlo, después de todo, si ellas iban a Mora, era para conocerla a ella. Las había visto en un par de fotografías en la casa de su suegra, a ellas y a Vinna, su otra tía por parte de la madre. Si eran tan encantadoras como Freya Stevic, no había motivo por el cual preocuparse.

—Reconoce al menos que tendrías que habérmelo contado antes —manifestó Greta y se sopló el flequillo, en una clara actitud de nena caprichosa que logró arrancarle una sonrisa a Mikael y borrarle de inmediato la preocupación del semblante.

Él se dio cuenta de que no le molestaba que sus tías fueran de visita, sino que se lo hubiera contado cuando el hecho ya estaba casi consumado. Acababa de darle a Greta de beber de su propia medicina. Sonrió satisfecho cuando ella lo miró con desconcierto.

—¿De qué te ríes ahora?

—De nada, pelirroja. —Fue lo único que dijo y la dejó con la intriga.

Greta frunció el entrecejo y torció la boca hacia arriba. Si hubiera podido librarse de toda la gente que los rodeaba, le habría robado un beso allí mismo.

—No me gusta que se rían de mí y no conocer el motivo —le espetó y se cruzó de brazos.

Mikael estaba a punto de decirle algo, pero vio que Greta miraba hacia otro lado. Se dio vuelta para descubrir que algo, o alguien, le había captado la atención. Si bien ella se encontraba de espaldas a la puerta, a través del espejo se fijó en un grupo de personas que ingresaba al Korsnäsgråden. Notó el drástico cambio que se produjo en su rostro. Ella se removió inquieta en la silla y agachó la cabeza, como si pretendiera pasar desapercibida. Cuando tomó el menú y se tapó el rostro, supo que algo malo ocurría.

—¿Qué pasa, Greta? ¿A quién viste?

Ella no respondió. Los ojos azules se le volvieron a desviar en dirección a la mesa donde habían sido ubicados los recién llegados.

—Greta —insistió Mikael ante el repentino comportamiento.

Ella apartó el menú y se inclinó hacia delante.

—No es nada, es que me pareció reconocer a alguien, pero me equivoqué.

—¿De aquel grupo? —preguntó y señaló discretamente con la mano.

Ella asintió mientras sonreía y fingía que todo estaba bien, pero Mikael podía percibir su inquietud. Cuando ella adujo una jaqueca y le pidió que la llevase de regreso a la casa, comprobó que tenía razón.

Pidió la cuenta y abandonaron el restaurante. Greta salió de prisa, como si huyera de alguien mientras Mikael, desconcertado, la seguía de cerca.

## CAPÍTULO III

Hanna observó con atención a su amiga. Greta había llegado de improviso y, tras dejarse caer en el sofá del salón, no había abierto la boca. Con cierta dificultad, debido a su voluminoso vientre de casi nueve meses, se sentó al lado de ella.

—¿Ha habido un crimen y yo no me he enterado? —preguntó, presa de la curiosidad. Greta tenía la misma expresión en el rostro que cuando se le presentaba un misterio para resolver. Hanna no se había enterado de nada, ya que últimamente se la pasaba encerrada en el apartamento o en el hospital. Lasse le había pedido que no trabajase durante la última etapa de gestación y el estudio de fotografía llevaba cerrado poco más de un mes. Faltaban dos semanas para dar a luz y ambos estaban igual de ansiosos a la espera del gran momento.

Greta negó con la cabeza, pero seguía sin emitir palabras.

—¿Qué es entonces?

La pelirroja la miró y respiró hondo.

—Se trata de Stephan. Está aquí, en el pueblo.

Hanna se quedó boquiabierta.

—¿Estás segura?

Greta asintió con la cabeza.

—Acabo de verlo en el Korsnäsgråden. Yo estaba con Mikael, y él llegó con un grupo de personas; por supuesto, Elin iba con él.

—¿Qué hace en Mora?

—No lo sé —respondió y se encogió de hombros—. Te juro que me quedé dura cuando lo vi.

Hanna intentó doblar una de las piernas encima del sofá, pero desistió de hacerlo cuando sintió un pinchazo en la parte baja del vientre. Volvió a inclinarse hacia atrás con cuidado hasta que el malestar pasó. Sentía eso desde hacía algunos días, pero el doctor Haugaard le había asegurado esa mañana que todo estaba bien con el bebé, que solo eran los nervios.

—¿Y el teniente? ¿Qué hizo cuando lo vio?

—Mikael no lo conoce, además no se lo conté todavía. Inventé un dolor de cabeza para irnos del restaurante y salimos antes de que Stephan o Elin me vieran.

La rubia frunció el ceño.

—Deberías decírselo. Mora es un pueblo demasiado pequeño y tarde o temprano terminará por enterarse de que el ex de su mujer está aquí —le aconsejó—. Es mejor que lo sepa por ti y no por alguien más.

Greta se mesó el cabello con un gesto de fastidio. Pensaba que no volvería a cruzar su vida con la de Stephan nunca más. Después de que se habían visto por última vez en la boda de su amiga Maja, le había quedado bien claro que lo había sacado por completo de su vida. Ya ni siquiera pensaba en él y suponía que al estar con Elin, él tampoco se acordaría de ella. ¿Qué hacía entonces en Mora? ¿Habría ido al pueblo por ella o solo estaba de vacaciones con su novia?, se preguntó. Era demasiada casualidad que hubiera elegido justo Mora para pasar el verano, y ella no creía en las casualidades. De repente, recordó la extraña llamada telefónica que había recibido esa mañana y, no supo por qué, la asoció con lo que le había dicho Pernilla Apelgren sobre el extraño sujeto que rondaba la calle comercial. En el pasado, cuando Stephan no aceptaba que su tormentosa relación no tenía vuelta atrás, solía acosarla por teléfono, también la perseguía y se aparecía en cualquier lado. Un escalofrío le recorrió la espalda al barajar la posibilidad de que volviera a lo mismo.

Le habló a Hanna acerca de sus sospechas, y ella no hizo más que acrecentar esa inquietud.

—Insisto, Greta, díselo a Mikael lo antes posible. No sabemos qué intención tiene ese hombre al venir aquí, justo al lugar donde estás tú. Después de todo lo que tuviste que pasar a su lado, no tienes por qué soportar que vuelva a acosarte.

—No sabemos aún si Stephan está detrás de esa llamada telefónica y tampoco podemos asegurar que sea el hombre que vio Pernilla esta mañana —respondió Greta para tranquilizarla. La notaba más angustiada que ella y en su estado no era prudente alarmarla.

Se maldijo en silencio por no guardarse sus sospechas, porque, hasta el momento, eran solo eso, meras sospechas. Aunque Stephan se había comportado de una manera irracional en el pasado y se había obsesionado con ella al punto de no aceptar que ya no podían estar juntos, parecía que la relación con Elin Rosenberg, que se había iniciado un par de meses después de que ella abandonara Söderhamn, había logrado que la dejara en paz definitivamente.

Cuando escuchó las llaves en la puerta, Greta le tomó la mano.

—Hanna, por favor, no le comentes nada de esto a Lasse —le pidió antes de que

su primo ingresara al apartamento.

Ella asintió. Ambas sabían que la discreción no era justo una de las virtudes del muchacho. Era muy probable que le ganara de mano y terminara por contárselo a Mikael antes de que Greta tuviese la posibilidad de abrir la boca.

Lasse dejó el morral en una mesita y se acercó a ellas. Besó a Hanna y le acarició el vientre en un gesto que a Greta le pareció de lo más tierno.

—Qué bueno que llegaste, primo. —Miró el reloj y se levantó del sofá—. Tengo algunos asuntos pendientes que atender antes de abrir la librería, pero no quería irme y dejar a Hanna sola.

El rostro de Lasse denotó preocupación.

—¿Pasó algo? —Se sentó junto a su mujer y la observó de arriba abajo—. ¿Has vuelto a sentirte mal?

Ella le sonrió.

—Estoy bien, solo me duelen un poco los pies. —Se levantó el vestido y se los mostró para que viera cuán hinchados estaban—. Creo que necesito meterme en la tina con mis sales de baño favoritas mientras escucho música relajante. —Le guiñó el ojo a su amiga y luego volvió a mirar a Lasse—. ¿Crees que podrás tenerlo todo listo en unos minutos o vienes demasiado cansado de la calle, cariño?

Greta fue testigo del poder de manipulación que ejercía Hanna sobre Lasse. El pobre acababa de llegar de la librería después de cargar las cajas de novedades que acababan de recibir y que había ido a buscar a la estación. Se lo notaba bastante demacrado y tenía marcas de sudor en la camiseta; aun así, no dudó un segundo en cumplir con los caprichos de Hanna. Greta se compadeció de él y le dio el resto del día libre. Contaba con el tiempo suficiente para terminar de armar la primera reunión del club de lectura estival, prevista para la tarde siguiente. Como ya había hecho en ocasiones anteriores, se las arreglaría sin la colaboración de su querido primo.

\* \* \*

Cuando el teniente Stevic ingresó en el centro de comandos, se sorprendió de ver a Peter Bengtsson vestido con una impoluta camisa blanca, pantalones oscuros y una corbata de seda azul que combinaba a la perfección con el resto del conjunto. Sin dudas, la causa de aquel cambio radical de imagen se debía al inminente regreso de Miriam Thulin. Se esperaba que llegara a las cinco de la tarde y, aunque todavía no era oficial su reincorporación al trabajo, estaba seguro de que Karl volvería a contratarla para que se sumase al equipo. Por supuesto que ya ostentaba el cargo de sargento.

—¿Alguna novedad? —preguntó al pasar antes de acercarse al expendedor de agua para servirse un vaso.

Había estado encerrado en su oficina durante casi dos horas y, mientras intentaba dilucidar qué había provocado el extraño comportamiento de Greta en el restaurante, se había quedado dormido. Se masajeó el cuello y torció la boca en una mueca de dolor. Llegó a la conclusión de que la siguiente vez que decidiera acostarse en el sofá de su despacho, se colocaría un almohadón más cómodo debajo de la cabeza.

—Volvió a llamar Carina Sohlman para decir que su esposo insiste en desobedecer la orden de alejamiento que impuso el juez y tiene miedo de que intente algo en su contra o se lleve a sus hijos. Le aconsejé que se comunicara con el abogado, pero la noté bastante desesperada. ¿Cree que deberíamos hacer algo? —preguntó.

—La situación de los Sohlman está en manos de la corte ahora y no podemos intervenir a menos que recibamos una orden del juez. Su abogado sabrá asesorarla mejor que nosotros —contestó.

Se sentó en la silla y clavó los ojos azules en el ordenador. El salvapantallas con el emblema de la policía sueca se movía de un lado a otro, aparecía y desaparecía como si se burlara de él. La escasez de delitos en los últimos meses provocaba, por ejemplo, que alguien como Cerebritto, cuya especialidad era aplicar lo que sabía de informática en una investigación criminal, terminase por hacerse cargo de una denuncia presentada por una mujer desesperada en contra del padre de sus hijos solo porque él no se resignaba a vivir lejos de ellos.

Esperaba que pronto les cayera un caso que valiera realmente la pena. No quería contagiarse de la ansiedad de Greta, pero tanto él como los demás necesitaban ocupar la mente en algo importante lo antes posible.

Karl y Nina se habían tomado el día libre para preparar la cena en la que agasajarían al padre de Niklas Kellander y a su novia. La ausencia de las dos máximas autoridades de la policía local era un claro ejemplo de lo que ocurría en la comisaría, o, mejor dicho, de lo que no ocurría desde hacía ya varios meses. Después de los tres homicidios que había cometido Milo Ljumbark el último invierno y que le había costado a él un disparo en el abdomen y una cicatriz de la cual alardear, el pueblo se había vuelto a sumir en la calma, o, como decía Greta, se había tornado demasiado aburrido.

El chirrido de la puerta del centro de comandos al abrirse lo apartó de esos pensamientos. Cuando vio la expresión embobada en el rostro de Cerebritto, adivinó quién acababa de ingresar al lugar sin tener que darse vuelta. Al hacerlo, vio a Miriam Thulin. La flamante sargento de la policía sueca estaba junto al quicio de la puerta y sostenía el picaporte mientras esperaba que alguno de los dos reaccionase. Peter fue el

primero en hacerlo: saltó de la silla y casi se abalanzó encima de ella para estrecharla en un efusivo abrazo. No podía soltarla. Miriam, en cambio, parecía tener todo su interés puesto en otra persona y no dejaba de mirarla por encima del hombro de Peter. Mikael se sintió algo incómodo y solo atinó a dedicarle una sonrisa.

Ella logró que Peter la soltase por fin, se acomodó el cuello de la blusa y luego avanzó hacia Mikael, que le tendió la mano. Miriam fue más osada y lo saludó con un abrazo. Él la agarró de los hombros porque en realidad no sabía qué hacer con las manos. Era evidente que ella no tuvo el mismo dilema cuando le acarició la espalda.

La apartó y volvió a ocupar la silla.

—Bienvenida a Mora, Miriam —le dijo y miró de reojo a Cerebritito. Estaba tan emocionado con su llegada que parecía no haberse percatado de nada.

—Gracias, teniente —respondió sin dejar de sonreírle en ningún instante.

Rodeó la mesa y a paso firme se dirigió hasta la ventana. Vestía una falda colorida larga hasta los tobillos y, aunque no le quedaba ajustada al cuerpo, la fina tela insinuaba sus curvas con delicadeza. La blusa no tenía mangas y lucía un bronceado envidiable. Se había dejado crecer el cabello y lo llevaba ondulado; se lo acomodó a un lado del rostro y les dio la espalda. Durante unos cuantos segundos no dijo nada, solo se contempló el exterior a través del cristal de la ventana. El silencio que embargó el ambiente permitió escuchar su respiración pesada. Se dio vuelta sobre los talones y los miró, primero a Peter, después a Stevic.

—La verdad es que extrañaba este lugar —reconoció—. Estocolmo tiene todo lo que una mujer podría desear, sin embargo, mi único deseo era volver.

—¡Y lo has hecho a lo grande! —manifestó Peter, feliz de tenerla de regreso.

Ella le sonrió.

—Mi intención es trabajar aquí, con ustedes. No podría sentirme a gusto en ningún otro lado. —Sus ojos verdes se posaron otra vez en Mikael—. Pero es el inspector Lindberg quien tiene que tomar esa decisión. Mi destino está en sus manos ahora.

—Karl estará encantado de reincorporarte al grupo, Miriam —intervino Mikael—. Hoy no ha venido a trabajar, pero sabía que regresarías al pueblo de un momento a otro. Nunca has perdido tu lugar en esta comisaría, así que el puesto todavía es tuyo. —No dudaba de que el inspector quisiera contar de nuevo con sus servicios, pero lo que no alcanzaba a entender era el hecho de que a pesar de dejar de ser una simple agente y ostentar un cargo más importante, hubiera decidido cumplir su labor policial en un lugar como Mora. Después de todo, dos sargentos en una comisaría tan pequeña sonaba hasta redundante ¿Acaso había sido su romance con Cerebritito lo que la había hecho volver? Ni siquiera tenía familia que la atara al pueblo.

Ella asintió.

—El teniente tiene razón, Miriam.

Peter se acercó a ella y, cuando el tema de conversación empezó a girar en torno a asuntos más privados, Mikael entendió que estaba de más y se disculpó con ellos al alegar que tenía trabajo pendiente en su oficina.

Apenas se quedaron a solas, Peter rodeó a Miriam por la cintura y la pegó contra su cuerpo.

—¡Dios, no imaginas cuánto te he extrañado! —le dijo y le hundió el rostro en la abundante melena, que se había vuelto dorada. Una de sus manos ya se encontraba apoyada en el trasero de ella.

Miriam no respondió del modo esperado, y Peter se mostró algo contrariado cuando lo apartó con sutileza.

—¿Qué pasa?

Ella se cruzó de brazos y se sentó en uno de los extremos de la mesa.

—Estoy cansada, eso es todo. Mi mayor prioridad ahora es darme un baño y meterme en la cama cuanto antes. —Notó que él le sonreía con picardía al pensar que había dicho esas palabras con una doble intención—. Decidí pasar por la comisaría primero para hablar con el inspector, pero como no está, prefiero verlo mañana. Además, mis padres llegan de visita este fin de semana desde Malung.

—¿No viniste a verme a mí, entonces? —le reprochó.

No le pasó inadvertido el hecho de que por fin y, después de tantos rodeos de parte de Miriam, conocería al señor y a la señora Thulin.

—Vine a verlos a todos —respondió ella, sin ánimos de dar explicaciones.

Sabía que su regreso al pueblo no sería sencillo, sobre todo cuando tuviese que decirle a Peter que las cosas ya no eran como antes. Llevaban sin verse casi tres semanas, tiempo que le había servido para replantearse si de verdad quería seguir con él. Después de que le confesara que se había enredado con una detective, que resultó ser la hermana de Greta, la relación había perdido intensidad. Él lo había hecho empujado por la culpa y se lo había soltado poco después de consumir la infidelidad. Le había molestado su desliz con la rubia mientras ella estaba en Estocolmo, no porque amase realmente a Peter, sino porque cualquier mujer en su lugar se habría sentido igual. En ese momento, con la cabeza fría y el tiempo que había transcurrido a su favor, sentía que el romance ya no daba para más.

Se peinó el cabello con los dedos y se apartó cuando Peter pretendió volver a estrecharla entre sus brazos. Creía que cuando lo tuviese frente a ella mientras la miraba embelesado con esa sonrisa de eterno enamorado, se replantearía cada una de sus decisiones y terminaría por darse cuenta de lo mucho que lo había echado de



menos, pero no fue eso lo que sucedió. Le había bastado volver a ver a Mikael después de tanto tiempo para descubrir que todavía le provocaba sensaciones que no sabía cómo manejar.

Mientras estaba en Estocolmo, la distancia y las extensas jornadas de estudio para convertirse en sargento habían contribuido a que no pensara tanto en él. Mikael todavía era algo inalcanzable para ella; lo había sido en el pasado, cuando era un hombre casado, enamorado de la hija del jefe, y lo era en ese momento, que vivía felizmente con Greta tras divorciarse de su esposa. Había sido el mismo Peter quien la mantenía al tanto de las novedades mientras ella vivía en la capital. Claro que a la hora de indagar sobre la vida privada del teniente, lo hacía con tanta sutileza que él nunca había llegado a sospechar nada.

Se excusó con Peter y volvió a justificar su falta de ánimo al cansancio, luego se despidió de él con un frío beso en la mejilla. Temió que la invitara a cenar esa noche o le anunciara que pasaría por su casa más tarde, por lo que salió del centro de comando a toda prisa. Ya en el pasillo, buscó algún rastro de Mikael, pero se quedó con las ganas de verlo de nuevo antes de marcharse.

\* \* \*

Esa noche, en el hogar de los Lindberg, se respiraba un clima de alegría y total despreocupación. La cena que habían organizado Karl y Nina para celebrar el regreso de Ejnar Kellander al pueblo y su nueva incursión en el ramo de la hotelería era todo un éxito. El reciente inaugurado complejo de cabañas Paradis, que él y su novia Vibeke regenteaban desde hacía apenas unas semanas, ya se vislumbraba como uno de los lugares predilectos de los turistas que visitaban Mora ese verano. Todos ponderaron la mano de la sargento Wallström en la cocina y el buen gusto del inspector Lindberg a la hora de seleccionar la música que acompañó la velada desde el comienzo. Greta y Mikael fueron de los primeros en llegar y de inmediato ella se había puesto a disposición de Nina para darle una mano en lo que hiciera falta. A Vibeke casi se le había prohibido poner un pie en la cocina, ya que junto a Ejnar y a Cilla, su pequeña hija de cinco años, eran los invitados de honor. Greta se había ofrecido a colaborar en lo más sencillo. Esa noche en particular no tenía cabeza para concentrarse en nada, por lo tanto, se dedicó a la ensalada. El plato principal, una caballa ahumada que Nina cocinaba como los dioses, estuvo lista antes de que ella llegase.

Cuando estuvo a solas con ella en la cocina, se planteó la posibilidad de hablarle de la llegada de Stephan Bringholm al pueblo, pero no se animó. Pensó que seguro se

lo contaría a su padre y eso era justo lo que quería evitar. Karl siempre se había sentido culpable por no haber estado a su lado mientras la relación con Stephan se desmoronaba y se tornaba violenta, por lo que saber que volvía a estar cerca de ella solo le causaría un disgusto.

Para aprovechar la luz solar que, como cada verano, se extendía hasta después de las diez de la noche, cenaron en el patio. Karl ocupaba uno de los extremos de la mesa, en el opuesto se había ubicado Nina para estar cerca de la puerta que daba a la cocina. Greta y Mikael estaban a la derecha de Karl y la pequeña Cilla, fascinada con su nueva amiga, no se despegaba del lado de la pelirroja. Enfrente se encontraban Ejnar y Vibeke. Él no dejaba de acariciarle la mano por encima de la mesa, y ella le sonreía en todo momento. A pesar de la notoria diferencia de edad, era evidente que se adoraban. Según la poca información que tenía, y que le había proporcionado Nina mientras terminaban de preparar la cena, Ejnar y su joven mujer llevaban juntos hacía poco más de un año. Vibeke era madre soltera y había criado sola a su hija mientras trabajaba de camarera en un restaurante en Estocolmo. Había sido precisamente allí donde se habían conocido. La niña adoraba a Ejnar y era la adoración del exinspector de policía.

Greta no llegaba a comprender por qué Niklas se molestaba tanto con el nuevo estado civil de su padre. Tal vez eran solo celos, porque era imposible no enamorarse de un angelito de tirabuzones castaños y enormes ojos verdes como Cilla. La niña lo había mencionado al pasar y, por su manera de referirse al hijo del hombre a quien veía como a un padre, se notaba que no guardaba un bonito recuerdo de él. Cuando hablara de nuevo con Niklas, le haría ver lo equivocado que estaba al no aceptar que su padre tenía derecho a rehacer su vida amorosa. Ella había actuado de la misma manera después de descubrir lo que ocurría entre su propio padre y Nina, por lo tanto, se sentía capacitada para hacerlo entrar en razón.

Greta y la niña congeniaron de inmediato. Fue una delicia para la muchacha observarla mientras le contaba sobre su nueva muñeca Barbie. Ella, a su vez, le habló de las travesuras de *Miss Marple*. Por supuesto, después de tanto escuchar hablar de la lora, Cilla exigió conocerla lo antes posible. En un momento y sin que Greta se diese cuenta, la niña se había prendido a su falda y apenas le prestaba atención a la madre, lo que provocó que Vibeke estuviese de malhumor buena parte de la noche. Cuando se hizo demasiado tarde y la mujer pretendió que se acostara un rato en la habitación que había pertenecido a Greta, Cilla se negó rotundamente. Fue la pelirroja quien consiguió convencerla de irse a dormir. La alzó en brazos y la llevó al interior de la casa. Mikael la siguió con la mirada y no pudo evitar emocionarse al verla con la pequeña en brazos. La trataba y le hablaba con tanta dulzura mientras le hacía muecas

con la boca, que por un instante se le pasó por la cabeza la idea de tener un hijo. No era la primera vez que se planteaba la posibilidad de convertirse en padre. En varias ocasiones, al ser testigo de la felicidad que embargaba a Lasse cada vez que tocaba el vientre de Hanna, había tenido ganas de sentir lo mismo.

Dejó escapar un suspiro. No le cabía ninguna duda de que Greta sería una madre estupenda. El problema era él. Después de lo sucedido con Pia, tenía miedo de no estar preparado para afrontar semejante responsabilidad.

Cuando ella volvió, se sentó a su lado y le sonrió. Un oportuno chiste de Karl le captó la atención y evitó que se diera cuenta de que algo rondaba la mente de Mikael desde que había abandonado la mesa con la pequeña Cilla.

Los temas de conversación durante la cena fueron diversos, pero Ejnar no dejaba de hablar de su negocio. Tanto a él como a Vibeke les complacía lo bien que les iba con el complejo de cabañas. También abundaron las anécdotas que habían protagonizado Karl y Ejnar cuando trabajaban juntos en la policía.

Greta tuvo oportunidad también de relatar con lujo de detalles las actividades literarias que habría en Némesis y, cuando mencionó el nombre de Josefina Swartz, notó de inmediato las reacciones de su padre y de Nina. Él se mostró sorprendido por el regreso al pueblo de la afamada escritora, ella, en cambio, no disimuló que la visita de la excéntrica mujer no le agradaba en lo más mínimo.

—¿Es posible inscribirse aún para el club de lectura estival o llegué tarde? — quiso saber Vibeke.

Ejnar observó a su joven mujer con cierta sorpresa. Greta sonrió. Le entusiasmaba la idea de reclutar lectores para el club en los lugares menos pensados. La semana anterior, mientras hacía unas diligencias en el banco, había conseguido inscribir a dos de las cajeras, ambas aficionadas a las novelas de Henning Mankell.

—Sí, por supuesto. Aunque el cupo es limitado, queda espacio para más miembros. Estaré encantada de que te unas al club, Vibeke. Mañana tendremos la primera reunión, si te animas, te espero entonces a las cuatro en la librería.

—Allí estaré —aseguró la morena mientras hacía caso omiso a la mirada de desconcierto que le lanzó Ejnar.

Después de la opípara cena, en la cual Nina se llevó el aplauso de todos, degustaron el delicioso Gammel Dansk que Mikael había comprado de anterior al salir de la comisaría. El licor, de origen danés y que solía beberse en bodas y en fiestas de cumpleaños, fue el broche perfecto para una velada en tan grata compañía.

Greta comenzó a lavar los platos sucios cuando Vibeke ingresó a la cocina y se ofreció a ayudarla.

—Lamento que Cilla se haya encaprichado contigo. Es por la lora, me temo que

no te dejará en paz hasta que la llesves a verla —le dijo mientras se anudaba al cuello el delantal que acababa de alcanzarle Greta.

—No te preocupes, es una niña encantadora, y *Miss Marple* estará feliz de conocerla. —Eso último lo dijo muy poco convencida, ya que la lora no estaba acostumbrada a interactuar con niños y su reacción podía ser impredecible.

Vibeke soltó un suspiro.

—Cilla es todo para mí. Llegó a mi vida cuando más necesitaba una razón para salir adelante.

Esas palabras dejaron intrigada a Greta.

—¿A qué te refieres? —preguntó. Le pasó un plato mojado y esperó su respuesta.

—Cuando Cilla nació, hacía poco que había perdido a mi única hermana. —Tragó saliva. No era sencillo hablar de lo que todavía le dolía tanto—. Priscilla no solo era mi hermana mayor, ella era mi mejor amiga.

—¿Bautizaste a Cilla en su honor?

Vibeke asintió.

—Se le parece tanto...

Cuando Greta notó que se le quebraba la voz al hablar de su hermana muerta, le puso una mano en el hombro en señal de apoyo.

—¿Sabes? Yo viví toda mi vida creyendo que era hija única, la típica niña mimada cuyos padres consienten cada uno de sus caprichos. De pequeña nunca sentí la necesidad de una hermana, mi mejor amiga Hanna suplía ese rol a la perfección. Sin embargo, el otoño pasado todo cambió.

—Apareció tu hermana —afirmó Vibeke, quien, al igual que el resto del pueblo, estaba al tanto de la existencia de la hija del inspector Lindberg. Ejnar le había contado la increíble historia de Vanja Lassgård después de que él la hubiera oído de labios del propio Karl.

Greta asintió.

—No fue sencillo para mí hacerme la idea de que Vanja existía, pero cuando empezamos a frecuentarnos, me di cuenta de lo maravilloso que habría sido si hubiésemos crecido juntas. —Se detuvo cuando la otra emitió un suspiro lastimero—. Siento mucho lo de tu hermana, de verdad. Ahora que tengo a Vanja, sé lo mucho que me dolería perderla.

—Es una pérdida que no se supera nunca, sientes que te han arrancado una parte de ti y sigues adelante a pesar del vacío que dejó su muerte. —Hizo un ademán con las manos y esbozó una sonrisa—. No hablemos más de cosas tan tristes. Mejor cuéntame exactamente de qué se trata el club de lectura estival. Antes era una gran lectora, sin embargo, ahora apenas tengo tiempo para sentarme a leer una revista,

entre la crianza de Cilla y el trabajo en el Paradis es imposible. Además, confieso que nunca antes he asistido a ningún club de lectura y siento mucha curiosidad.

Mientras terminaban de lavar y de secar los platos, Greta le contó todo lo que necesitaba saber sobre el club y logró así aumentar su entusiasmo. Luego, Ejnar llegó en su búsqueda. Cargaba en brazos a la pequeña Cilla, que dormía como un angelito ajena a todos los movimientos que se suscitaban a su alrededor mientras los invitados se marchaban. Greta le dijo a Vibeke que la llevase a la reunión al día siguiente así podría presentarle por fin a *Miss Marple*.

Mikael y Karl disfrutaban de los últimos minutos de un partido amistoso de fútbol entre el seleccionado de Suecia y el de Francia. Cuando Greta ingresó al salón, ambos discutían sobre una polémica jugada que había provocado que los franceses abriesen el marcador. Se acercó por detrás y abrazó a su padre. Le preguntó dónde estaba Nina, y él le dijo que había subido a la habitación a ponerse algo más cómodo. Después de soltar a Karl, quien le dio un beso en la frente antes de separarse de ella, pasó por delante del televisor y se dejó caer en el sillón junto a Mikael, quien estaba demasiado concentrado en el juego y le prestó poca atención. Greta pudo enterarse de todos los pormenores del partido amistoso y abucheó al árbitro cuando terminó con la victoria por dos a cero a favor de los galos.

Tras despedirse de Nina, Greta y Mikael se marcharon cerca de la medianoche. El movimiento de gente en la zona comercial seguía casi tan activo como antes de que ellos salieran para la cena. Aunque era día de semana y la jornada laboral arrancaba temprano al día siguiente, los bares y restaurantes cerraban después de las doce para aprovechar la estampida de turistas que invadían el pueblo durante la época de verano.

Entraron a la casa y fue extraño no ser recibidos por el parloteo de *Miss Marple*. Como Greta odiaba dejarla sola, de camino a la casa de su padre la habían dejado con sus tíos. Mientras Mikael se metía en la cocina en busca de una cerveza para tomar antes de irse a dormir, ella se cercioró de que todo estuviera en orden. Recordó que entre tanto ajetreo se había olvidado de llamar a Vanja. Hablaría con ella a primera hora.

Cuando cerró la ventana del salón, algo en el exterior atrajo su atención. Una camioneta blanca pasaba en ese momento por la calle, lo hacía a una velocidad más lenta de lo normal y de inmediato tuvo la sensación de que era observada. Movié las cortinas y, al hacerlo, el vehículo aceleró para desaparecer unos segundos después por Vasagatan.

No había podido divisar al conductor con claridad, pero no tenía ninguna duda de que se trataba de Stephan Bringholm.

## CAPÍTULO IV

Lasse se acomodó el cabello cuando tres mujeres ingresaron a Némesis esa mañana. Se encontraba solo mientras, en la casa de al lado, Greta hablaba con su hermana y ultimaba los detalles para que la primera reunión del club de lectura estival, que era esa misma tarde, fuese un éxito.

Esbozó su mejor sonrisa y les dio la bienvenida. No las había visto antes, por lo tanto, dedujo que eran turistas.

—La verdad es que Greta ha hecho maravillas con este lugar —comentó una de las mujeres mientras observaba el lugar con mirada inquisidora.

—¿Conoce usted a mi prima?

La mujer, de melena castaña y ojos oscuros, asintió con la cabeza.

—Trabajamos juntas en Söderhamn. Greta y yo enseñábamos en el mismo colegio. —Extendió la mano—. Mi nombre es Elin Rosenberg. —Se dio vuelta hacia las otras dos mujeres que la acompañaban—. Ellas son mis amigas: Inga-Marie Covitz y Lotta Stærmose. Hemos venido a Mora de vacaciones y nos hospedamos en el complejo de cabañas Paradis. Fue justo allí donde nos enteramos de que Greta organizaba un club de lectura. Como profesora de Literatura, me interesaría mucho participar.

—A nosotras también —intervino Lotta.

Lasse le prestó entonces atención. Parecía ser la mayor y la única casada, ya que llevaba una alianza en el dedo anular.

—¿Hoy es la primera reunión, verdad? —La que preguntó fue Inga-Marie, una belleza de cabello negro y enormes ojos verdes.

—¿Es posible inscribirse todavía?

Lasse miró a Elin Rosenberg y no supo qué contestarle. Si bien el cupo de integrantes no estaba completo todavía, el hecho de que una de las aspirantes a convertirse en miembro del club fuera de Söderhamn y además hubiera trabajado con su prima era algo que no podía ignorar. Miró el teléfono. Pensó en consultarle a Greta

antes de tomar una decisión, pero se arrepintió de inmediato. Las tres mujeres esperaban una respuesta. Se rascó la cabeza. ¿Qué problemas causaría que las inscribiese al club?, se preguntó, si Greta decía todo el tiempo que mientras más gente se anotara, más podría aumentar la cartera de clientes de Némesis.

No tenía sentido darle más vueltas al asunto, por lo que anotó los datos de las tres mujeres en una libreta y sació cada una de sus dudas. Después de revolver entre las novedades y llevarse la última novela de Camilla Läckberg, las tres amigas abandonaron la librería con la promesa de asistir puntualmente esa tarde a la primera reunión del club. Lasse dejó la libreta junto a la *laptop* para mostrársela a Greta apenas apareciera por allí.

\* \* \*

La primera reacción que tuvo Stephan Bringholm cuando descubrió a través del espejo retrovisor de su camioneta que Greta apuraba el paso hacia él fue la de apretar el acelerador y desaparecer. Comprendió que era demasiado tarde para hacerlo cuando la pelirroja le golpeó la ventanilla con ímpetu. Tragó saliva y bajó el cristal con lentitud.

—Hola, Greta, ¿cómo estás? —Esbozó una sonrisa, la cual no evitó que la joven le lanzara una mirada asesina.

—¿Me puedes decir qué demonios haces? —Había puesto los brazos en jarra y las piernas un tanto separadas en una clara actitud beligerante.

Stephan se tomó unos cuantos segundos para regodearse con la expresión furibunda de su rostro. Sabía que su proceder iba a provocar un enfrentamiento como ese, pero ni él mismo podía entender qué lo había empujado a empezar a acecharla apenas puso un pie en el pueblo. Tal vez no había conseguido olvidarse de ella por completo y no quería reconocer que le había afectado volver a verla en la boda de Maja, sobre todo porque sabía que ella ya había rehecho su vida al lado de otro hombre. De algún modo inexplicable, Greta todavía era una obsesión para él. Las cosas con Elin no marchaban del todo bien y, después de analizarlo durante algunos días, había planeado unas vacaciones justo en Mora a sabiendas de que en un pueblo pequeño como ese no tardaría en cruzarse en su camino. Por supuesto, desde su llegada no había perdido oportunidad de vigilar cada uno de los pasos que Greta daba.

—Estoy en el pueblo para disfrutar de unas vacaciones —respondió, como si fuese lo más natural del mundo.

—Me has espiado y quiero saber por qué —le espetó ella y soltó el aire por la nariz.

Miró a su alrededor con la esperanza de no haber captado la atención de los vecinos, lo que menos deseaba era estar en boca de todos en el pueblo. Cualquier suceso fuera de lo habitual se convertía en chisme, sobre todo si pasaba antes por las lenguas viperinas de mujeres como Pernilla Apelgren o Agnetta Bramsen. Cómo conseguían enterarse de todo era un misterio que todavía no había podido descifrar. Quizá lo más prudente hubiera sido ignorar el acoso de Stephan como ya lo había hecho en el pasado, pero tras asomarse por la ventana de su casa y ver por enésima vez la camioneta estacionada a pocos metros de la librería, había decidido por fin enfrentarlo.

—¿Por qué no subes y lo hablamos con calma?

En otras circunstancias se hubiera negado rotundamente a meterse en el mismo vehículo que su ex, sin embargo, supo que no tenía otra opción. Rodeó la camioneta y no esperó a que él le abriese la puerta. Se acomodó en el asiento del acompañante lo más alejada posible de Stephan y se cruzó de brazos.

—Estás más delgada —comentó él a punto de encender un cigarrillo. Desistió de inmediato cuando Greta lo amonestó con la mirada. Volvió a guardarlo en el paquete y lo arrojó en el interior de la guantera.

—¿Qué haces de verdad en Mora?

—Elin y yo vinimos a pasar unos días en compañía de dos parejas amigas y a festejar el décimo aniversario de bodas de una de ellas. Nos hospedamos en un nuevo complejo de cabañas ubicado frente al lago, acaba de inaugurar.

—Sí, el Paradis. Su dueño, Ejnar Kellander, es amigo de papá —repuso Greta y estudió con detenimiento cada uno de sus gestos.

Él sonreía mientras le hablaba, pero, al mismo tiempo, tamborileaba los dedos en el volante, signo evidente de que estaba nervioso. Se había acostumbrado a desconfiar tanto de él que le costaba creer que le decía la verdad. Además, con tantos sitios para veranear en Suecia, ¿tenía que ir justo a su pueblo?

—Lo supuse, él mismo me comentó que acababa de retirarse de la policía en Estocolmo y que durante su juventud había trabajado en la comisaría de Mora. ¿Cómo se encuentra el inspector Lindberg? Supe que se había casado.

—Así es. —Fue la escueta respuesta de Greta.

No pensaba mencionarle detalles de su vida personal, aunque al parecer estaba al tanto de las novedades. Le molestaba que le hablase como si fuesen un par de viejos amigos que se volvían a ver después de un tiempo. Se preguntó qué pretendía realmente. Iba a pedirle que dejase de dar tantos rodeos y respondiera a su pregunta, cuando Stephan retomó la palabra.

—También comprobé que las cosas entre el policía ese y tú marchan bien. Viven



juntos. ¿Planeas seguir el ejemplo de tu padre y pasar por el altar?

Greta se quedó pasmada. ¿Acaso había reproche en el tono de su voz?, se preguntó. Era inaudito. Sacudió la cabeza y sonrió con sarcasmo. No contestó de inmediato, primero necesitaba asimilar que Stephan, el hombre con el que había convivido durante casi tres años y el cual había convertido su existencia en una auténtica pesadilla, sobre todo tras el rompimiento, se sentía todavía con derecho de reclamarle que hubiera reconstruido su vida amorosa. Se preguntó si investigar a Mikael formaba parte de su loco plan de vigilarla. La única que podría haberle comentado algo era su amiga Maja, aunque como Stephan le caía mal, dudaba de que hubiera sido ella la que había abierto la boca.

—Ni siquiera voy a contestar esa pregunta, Stephan. —Lo miró directo a los ojos para que se diera cuenta de que podía enfrentarlo sin sentirse amilanada—. Hace rato que mi vida privada dejó de ser de tu incumbencia.

Él respiró hondo, hizo una mueca de fastidio con la boca y la torció hacia un lado.

—Comprendo que no debió de ser sencillo para ti verme con Elin en la boda de tu amiga Maja. No pensé que fuese posible volver a enamorarme después de todo lo que vivimos juntos, sin embargo, logré hacerlo. Aunque te cueste creerlo, me alegra saber que tú también estés con alguien.

—Permíteme que lo ponga en duda —manifestó Greta, incapaz de creer esas palabras. No podía hablar en serio, no cuando su manera de actuar y ese discurso eran por completo opuestos.

—Tienes razones para desconfiar de mí, Greta —dijo en un tono conciliatorio—. Me comporté como un imbécil contigo y no hay un solo día en que no lamente lo que pasó, lo que te hice. ¿Podrás perdonarme algún día? He cambiado, ya no soy el mismo de antes.

—¿Me has espiado y hecho esas extrañas llamadas telefónicas solo porque quieres conseguir mi perdón? —Greta estaba más incrédula que antes. No alcanzaba a comprender qué se ocultaba detrás de su extraña llegada al pueblo.

—Quería verte, eso es todo. Era consciente de que no me recibirías con los brazos abiertos y, la verdad, no me animaba a buscarte para pedirte perdón. Tal vez esperaba el momento oportuno para acercarme, pero tú te adelantaste. —Se acomodó el cabello hacia atrás y espero ansioso una respuesta.

—Mira, Stephan —empezó a decir mientras se ponía de costado y subía una pierna encima del asiento—. Querría creerte cuando me dices que has cambiado, sin embargo, te miro, te escucho y todavía veo al mismo Stephan que hace dos años transformó mi vida en un infierno. ¿Qué piensas que dirá Elin cuando se entere de que desde que llegaste a Mora no has dejado de espiarme?

—Yo amo a Elin —se apresuró a aclarar Stephan, como si al hacerlo, buscarse de algún modo justificar el comportamiento errático de los últimos días.

—Perfecto. Entonces, si de verdad la amas, no tienes nada que hacer aquí conmigo. Si te deja más tranquilo, quiero que sepas que te perdoné hace mucho. Si no fuese así, no hubiera podido volver a enamorarme. —Se dispuso a descender de la camioneta, pero él la agarró del brazo para impedirsele.

—Gracias, Greta. No sabes lo que significa para mí contar con tu perdón. —La soltó cuando notó que ella no estaba cómoda con esa situación.

—¿Dejarás de espíame ahora? —quiso saber antes de marcharse.

—Tenemos planeado irnos del pueblo la semana que viene para continuar con nuestras vacaciones en Flakstadøya. No puedo prometerte que no nos cruzaremos en algún momento mientras dure mi estadía aquí, aunque prometo mantenerme lejos de ti y de la librería.

Ella asintió. Tenía que tranquilizarla el hecho de que en pocos días más Stephan estaría en una de las islas más paradisíacas de Noruega y a cientos de kilómetros de distancia. Su única opción era confiar en lo que había dicho o vivir en constante alerta y esperar verlo en cualquier esquina o espiar su casa durante la noche, con el temor de que Mikael o su padre se dieran cuenta de todo.

Se despidió de Stephan con frialdad y descendió de la camioneta a toda prisa. Antes de cerrar la puerta, volvió a mirar a su alrededor para cerciorarse de que nadie la viera. Cuando entró a Némesis, su primo atendía a unos clientes. Se dirigió hacia el mostrador y uno de los folletos que Thorne le había dejado el día anterior le sirvió de abanico para echarse un poco de aire en la cara. Fue entonces que reparó en una nota que Lasse había pegado en la pantalla de la *laptop*. Había tres nombres escritos en el pequeño papel de color amarillo y la palabra «club» resaltada en un costado. Los dos primeros no le dijeron nada, pero cuando leyó el último, tuvo que sentarse en la banqueta. Elin Rosenberg.

¿Cómo se suponía que Stephan iba a mantenerse alejado de ella si su aparente novia era una de las integrantes del club de lectura estival?

\* \* \*

Lasse espío a su prima por el rabillo del ojo mientras acomodaba una novela de Arne Dahl en el estante de policiales nacionales; la vio más nerviosa de lo habitual. Cuando no miraba hacia la calle, observaba una y otra vez la hora en el reloj que colgaba de la pared y que le había regalado su padre para que decore el nuevo espacio dedicado, ya en exclusividad, a las reuniones del club de lectura. Greta había decidido trasladar el

sillón Chesterfield a la planta alta y ambientar el Rincón del Lector en su antigua habitación. Había aprovechado al máximo la luz que entraba por la ventana al pintar el suelo de madera de color tiza y empapelar las paredes con un diseño de fondo blanco salpicado con flores azules. Además del tradicional sillón que formaba parte del mobiliario desde el primer día, había mandado a colocar una biblioteca patinada en gris y una mesita de caoba con patas torneadas que Mikael había conseguido en un mercado de pulgas en Gotemburgo. Una lámpara de tabla antigua pintada a mano y una alfombra de yute con diseño kilim completaban la decoración.

Lasse se acercó por detrás y carraspeó para atraer su atención.

—Nunca te vi tan nerviosa antes de una reunión con tus chicas —comentó mientras se apoyaba en el mostrador y cruzaba los brazos—. ¿Tiene algo que ver tu nerviosismo con esas tres mujeres que vinieron esta mañana?

Sabía que sus sospechas no estaban tan erradas. Su prima había comenzado a comportarse de ese modo justo después de leer la nota con los nombres que él le había dejado junto a la *laptop*.

Greta vaciló un segundo antes de contestarle. Lasse no era la mejor opción para contarle eso que le quemaba el pecho y no podía callar más. Ya no era solo la presencia de Stephan en el pueblo, sino que también tendría que tratar con su novia, porque aunque en el pasado Elin había sido su compañera de trabajo mientras enseñaba en Söderhamn, en ese momento solo podía verla como la mujer de su ex. Con suerte, Elin Rosenberg, profesora de Literatura Europea, graduada con honores, se habría arrepentido y se olvidaría del club de lectura.

Como pompas de jabón, sus deseos se desvanecieron en el aire cuando, al mirar hacia la puerta, divisó a quien era la culpable de sus tribulaciones. Elin ingresó a Némesis acompañada de sus dos amigas cuando faltaban apenas cinco minutos para la primera reunión del club. Como Greta no se había movido de su sitio, fue Lasse quien se acercó para darles la bienvenida. Mientras él cumplía con el rol de buen anfitrión, Greta se tomó un tiempo para poner su mejor cara y fingir que aquella presencia no la alteraba. Avanzó hacia las mujeres con paso seguro y los labios curvados en una sonrisa, que le costaba horrores mantener.

—¡Elin, qué sorpresa! Apenas podía creerlo cuando supe que estabas en Mora. — La saludó con un rápido beso en la mejilla y, como no supo qué hacer con las manos, se cruzó de brazos.

—Estuve esta misma mañana para conocer tu famosa librería —respondió y la estudió de arriba abajo.

Como un gesto instintivo, Greta se alisó el vestido. Sabía que esa prenda en especial no solo hacía fulgurar su roja melena, sino que también le resaltaba la nueva

y estilizada silueta.

—Me hubiera encantado que nos viéramos. —Puso atención en las dos mujeres que la acompañaban—. Inga-Marie y Lotta, ¿verdad?

—¡Qué torpeza la mía! —exclamó Elin y soltó una carcajada—. Déjame que te las presente. Ella es Lotta Stærmosse y es por su causa que estamos en Mora; festejamos que lleva ya diez años soportando a su esposo —bromeó—. Y ella es Inga-Marie Covitz, prima de Benedikt...

—Mi esposo —interrumpió Lotta.

—Así es —continuó Elin—. Inga-Marie, además de ser la prima de Benedikt, es también la novia del mejor amigo de Stephan. —Miró a Greta—. ¿Te acuerdas de Lennart?

—¿Lennart Bruhn? ¿El que soñaba con convertirse en jugador de hockey? —preguntó y obvió el hecho de que Elin ya había mencionado a Stephan.

—El mismo, solo que su sueño quedó trunco y debió conformarse con ser el entrenador del equipo de hockey de Staffangymnasiet —dijo al referirse al único colegio privado de Söderhamn, donde además ambas habían impartido clases.

Greta percibió que el comentario que acababa de hacer Elin no había sido del agrado de Inga-Marie. Era evidente el tono de ironía con el cual había hablado de la frustrada aspiración deportiva de su novio. Ella recordaba a Lennart como un muchacho alegre, de aspecto algo alocado al que le gustaba ir de fiesta en fiesta y pasarla bien con sus amigos. Sintió curiosidad por saber si todavía llevaba el cabello hasta la cintura.

Por fortuna, empezaron a llegar los demás integrantes del club de lectura y Greta encontró la excusa perfecta para escaparse de una conversación que solo había conseguido ponerla más nerviosa de lo que ya estaba. Aunque el nombre de Stephan había salido a relucir apenas en una sola ocasión y ella había conseguido fingir que no lo había escuchado, era mejor evitar cualquier pregunta incómoda que pudiese hacerle Elin. Podía querer saber si ya lo había visto y no planeaba contarle lo que había hecho Stephan a sus espaldas.

No necesitó pedirle a su primo que se hiciese cargo de la librería, antes de que pudiera hacerle alguna recomendación, Lasse se plantó detrás del mostrador para dedicarse de lleno a la atención de los clientes mientras ella se ocupaba de la primera reunión del club.

El número de inscriptos, incluidas Elin, Inga-Marie y Lotta, superaba la decena. De inmediato, Greta notó que el cupo no estaba completo y se preguntó si Vibeke finalmente iría, tenía ganas de ver a la pequeña Cilla de nuevo. Miró el reloj. Todavía faltaba un par de minutos para la hora pautada, por lo tanto, y para darles tiempo a los

demás de no perderse nada, los invitó a degustar el pequeño refrigerio de dulces, cortesía de su tía Ebbe, y que Greta había preparado en un rincón de la librería. Departió con los demás y trató a toda costa de evitar enfrascarse en una charla con la novia de Stephan. Mientras respondía las preguntas de uno de los miembros, un joven aspirante a escritor de novelas épicas y confeso admirador de Tolkien, podía sentir que aunque estuviese en la otra punta del salón, se había convertido en el centro de atención de Elin y de sus dos amigas. Le bastó darse vuelta hacia ellas durante apenas un segundo para descubrir que ella era el motivo por el cual hablaban por lo bajo mientras la miraban con disimulo.

El resto de los miembros que faltaban llegaron con algunos minutos de retraso. Entre ellos se encontraba Gotilda Thorne, la hermana de Sigvard, el director del museo. La otra integrante local del club era Olivia Helin, la madre de Thor, quien a pesar de su conducta errática, todavía trabajaba como cuidador de la propiedad de los Lundkvist, lugar donde el último otoño se había cometido uno de los crímenes relacionados con la desaparición de Thomaz Roth en la década del ochenta. Vibeke Pålsson no apareció.

Tras pedir disculpas por el retraso, Greta decidió empezar por fin la reunión. A diferencia del club de lectura de mujeres, donde leían solo a autoras femeninas referentes del género policial, Greta optó por debatir la obra de unos de los grandes maestros del misterio: Edgar Allan Poe. El club de lectura estival tendría una duración de cuatro reuniones, una por semana, y por esa razón había seleccionado una trilogía de relatos cortos protagonizados por *monsieur* Auguste Dupin: *Los crímenes de la calle Morgue*, *El misterio de Marie Rogêt* y *La carta robada*. Greta sonrió satisfecha cuando notó que la elección de los textos era del agrado de la mayoría. La primera historia a desmenuzar sería *Los crímenes de la calle Morgue*, y fue Gotilda quien se ofreció a empezar con la lectura. Escucharon con interés la parte inicial del texto de Poe, donde el narrador, en una extensa introducción, exponía lo difícil que podía resultar el estudio analítico de las condiciones mentales humanas.

Greta, quien se había sentado al frente del grupo, balanceaba una pierna mientras su ejemplar del libro descansaba abierto sobre la rodilla. Descubrió que Dan Milldof, el aspirante a escritor de novelas épicas, le prestaba más atención a sus muslos que se asomaban por debajo del vestido que a la narración de Gotilda. Se abanicó con el libro. La temperatura siempre comenzaba a subir a esa hora de la tarde, fue por eso que le llamó la atención el hecho de que Elin no se hubiera quitado en ningún momento el suéter de hilo que llevaba. La prenda, de color salmón con vivos blancos, tenía mangas largas y el escote se cerraba a la altura del cuello con dos botones forrados del mismo color. Sus amigas no tenían la misma contrariedad, ya que ni

siquiera habían llevado abrigo. Greta no quería empezar a escarbar en el verdadero motivo que existía detrás de ese comportamiento, sin embargo, con los antecedentes de violencia que tenía Stephan, no era descabellado pensar que Elin trataba de ocultar alguna lesión física. Cuando ella fue víctima de los arranques de furia de Stephan, antes y después de poner fin a la relación, se informó bastante sobre el tema de la violencia de género y sabía que muchos de los golpes eran propinados en zonas del cuerpo que podían ser cubiertas y disimuladas a la perfección con prendas de vestir.

Durante una pausa en la que Elin le preguntó dónde podía retocarse un poco el maquillaje, Greta aprovechó para tratar de confirmar si sus sospechas eran acertadas. La acompañó hasta el que había sido su antiguo baño en la planta alta y que funcionaba como una dependencia más de la librería. Dejó la puerta entreabierta a propósito mientras Elin se acomodaba el peinado. Cuando extendió los brazos por encima de la cabeza para sujetarse el cabello, el suéter se le deslizó hacia arriba y le reveló parte de la espalda. Un moretón de color amarillento se le asomaba en la cintura. Greta apretó los puños. Habría dado lo que fuera por haberse equivocado, sin embargo, tenía la evidencia frente a sus ojos. Sin siquiera dudarlo, abrió la puerta e ingresó al baño.

Elin se dio vuelta con rapidez y notó el gesto de preocupación en el semblante de Greta.

—¿Qué ocurre?

—¿Desde cuándo te golpea?

Elin le dio de nuevo la espalda y la miró apenas un instante a través del espejo. Luego, como si nada, volvió a arreglarse el cabello.

—No sé de qué me hablas, Greta —dijo mientras hurgaba dentro del bolso para buscar quién sabe qué cosa. Parecía que necesitaba concentrar su atención en otro lado que no fuera la mirada inquisidora de su excompañera de trabajo.

—Es inútil que trates de negarlo, Elin. Acabo de ver el moretón en tu espalda —replicó y se acercó a ella.

—¿Te refieres a esto? —Se levantó un poco el suéter de hilo y rozó con la yema de los dedos la marca que había dejado el golpe en su piel—. No es lo que piensas, me lo hice el otro día mientras intentaba mover un mueble en el apartamento. No me di cuenta y me clavé el picaporte de la puerta en la cintura —le explicó.

Le mentía y lo hacía muy mal, desviaba todo el tiempo la mirada. Sabía que no sería sencillo lograr que le confesara la verdad, Elin estaba empeñada en hacerle creer lo que no era con el único propósito de encubrir lo que de verdad ocurría.

—Debes tener más cuidado —dijo y se resignó a que ella sostendría su historia hasta el final. ¿Lo haría para proteger a Stephan o habría algo más siniestro detrás de

esa mentira? Tal vez era el miedo a su reacción lo que la obligaba a callar.

Elin no le permitió indagar más en su vida privada. Dejó el baño y regresó con rapidez junto a los demás. Después de un breve refrigerio, Greta propuso leer otro fragmento de *Los crímenes de la calle Morgue*. Esa vez, la lectura fue de a dos y recayó en Inga-Marie y en Lotta. Mientras las escuchaba, Greta llegó a la conclusión de que si Elin no se atrevía a contarle que Stephan la golpeaba, tendría que llegar a la verdad a través de otros medios. No supo por qué, pero estaba segura de que sus amigas estaban al tanto de lo que sucedía, solo necesitaba encontrar el momento oportuno para hablar con ellas.

Antes de terminar la reunión, Greta repartió folletos de la exposición de los caballos de Dalecarlia, y Gotilda aprovechó la ocasión para alabar el gran trabajo que llevaba a cabo su hermano en el museo. Poco a poco, el rincón de lectura se quedó vacío y Greta sonrió satisfecha. A pesar de que no había asistido la totalidad de los inscriptos, la primera reunión del club de lectura estival había sido un éxito. Esperó a que Elin se acercara a despedirse, pero apenas la saludó con la mano antes de perderse en medio de la pequeña multitud que abandonó Némesis unos minutos después de las cinco de la tarde. Apenas se dio vuelta, el *ringtone* de su móvil le indicó que acababa de recibir un mensaje: «Greta, fue imposible asistir a la reunión. Cilla no se sentía bien y preferí quedarme con ella. Nos vemos. Vibeke».

Le respondió de inmediato y le auguró que lo de la niña no fuese nada serio. También le ofreció ayuda para cualquier cosa que pudiese necesitar.

—Greta, ¿no has visto mis anteojos?

La joven se sobresaltó al oír la voz de Inga-Marie. Supo en ese preciso instante que se le había presentado la oportunidad de preguntarle por Elin y no podía dejarla escapar.

—Deben de estar por aquí. —Revolvió entre los papeles y un par de libros hasta que los encontró. Extendió el brazo con la intención de devolvérselos, pero prefirió esperar—. ¿Tienes prisa o puedes tomarte unos minutos para conversar conmigo?

La pregunta descolocó a la muchacha.

—Puedo ofrecerte un café en mi casa y lo acompañamos con las magdalenas que sobraron de la reunión —sugirió para terminar de convencerla.

Inga-Marie sonrió.

—Te acepto el café, ¡pero basta de dulces por hoy o no podré estrenar el traje de baño que acabo de comprarme!

Greta le pidió a su primo que se hiciera cargo de la librería durante su ausencia y condujo a Inga-Marie por un pasillo que conectaba Némesis con el patio de su casa y que habían mandado a construir para moverse con más facilidad entre las dos

propiedades.

Al ingresar al salón, fueron recibidas por el parloteo de *Miss Marple*.

—¡Tienes un loro! —exclamó la joven, fascinada ante el alboroto de *Miss Marple*.

—Es una lora y hace más de diez años que la tengo. —Greta se agachó y la levantó del piso para que pudiese tocarla—. Es de raza gris africano y se llama *Miss Marple*.

—Es hermosa. —Hundió el dedo índice en el plumaje, gesto que sin dudas logró ganarse la simpatía de *Miss Marple*—. ¡Y muy suave!

—Yo la adoro, no podría vivir sin ella y sus berrinches. —Le dio unos golpecitos en el pico y la lora empezó a hablar bajito.

—Cuando era niña, unos vecinos tenían un loro de mascota. Era viejo, y cada vez que regresaba de la escuela y pasaba frente a su casa, me silbaba. —Se encogió de hombros—. Supongo que el pobre debe de estar muerto.

—Quizá no, son muy longevos. Algunos llegan a vivir setenta años. —Dejó escapar un suspiro—. Yo me conformo con soportar a *Miss Marple* la mitad de ese tiempo —bromeó.

Después de festejar algunas de las piruetas de la lora y escucharla cantar el estribillo de *Mamma mia*, Greta puso a calentar el agua para el café. Cuando acomodaba las tazas de porcelana en la bandeja, Inga-Marie le preguntó por fin la razón de su extraño pedido.

—¿De qué querías hablar conmigo?

Greta intuía que si le soltaba de buenas a primeras lo que en verdad quería saber, era probable que ella, por lealtad a su amiga, se negara a tratar un asunto tan delicado. Sirvió el café y la invitó a sentarse. *Miss Marple* pretendió unirse a ellas y se trepó a la mesa, pero bastó que Greta le hiciera un gesto amenazante con la mano para que regresara a entretenerse con uno de sus pasatiempos favoritos: picotear y tironear de los hilos de la alfombra de felpa que estaba en la puerta que daba al patio y que había sido uno de los tantos obsequios que recibieron apenas se mudaron con Mikael a la casa.

—Se trata de Elin —empezó a decir—, aunque no seguimos en contacto después de que yo me marchara de Söderhamn, trabajamos juntas durante dos semestres y guardo muy lindos recuerdos de ella.

—¿De verdad? —Inga-Marie dejó la taza de porcelana en el plato y la miró durante unos segundos—. Yo pensaba que luego de que Elin se enredara con Stephan, la relación entre ustedes ya no existía.

—Nos reencontramos el año pasado en la boda de Maja. Fue justo allí donde me enteré de que ellos estaban juntos —explicó—. Me sorprendió, pero no me molestó.



Stephan y yo llevábamos separados ya mucho tiempo y lo más normal es que rehiciéramos nuestras vidas. Después de verlo, volví a Mora convencida de que Stephan y la pesadilla que me hizo vivir habían quedado enterrados definitivamente en el pasado.

Inga-Marie asintió.

—Debo confesarte que Stephan Bringholm nunca fue santo de mi devoción —comentó ella—, sin embargo, tengo que soportarlo por Lennart. Supe que mientras estuvo contigo no la pasaste nada bien, por eso cuando Elin me contó que había empezado a frecuentarlo, le advertí la clase de hombre que era.

Greta bebió un poco más de café con la intención de que Inga-Marie continuara hablando. La charla se desarrollaba según lo esperado y dejaría que fuese ella la que sacase el tema del carácter violento de su exnovio.

—Por supuesto no me escuchó. Yo creo que lo que siente por él no es amor, es algo más enfermizo.

—¿Qué quieres decir?

Inga-Marie respiró hondo y se tomó un tiempo para responder.

—No puede estar enamorada de un sujeto así. Una mujer con dos dedos de frente no puede querer estar al lado de alguien como Stephan Bringholm. —Se mordió el labio cuando comprendió la dimensión de lo que acababa de decir. Tendría que haberme mordido la lengua, pensó—. Lo siento, Greta.

—No te preocupes, Inga-Marie. —Le sonrió—. Yo misma muchas veces me pregunto cómo pude ser capaz de enamorarme de él. Por lo menos tuve la lucidez suficiente para dejarlo antes de salir seriamente lastimada. —Estudió su reacción. Cuando la joven le esquivó la mirada, supo que había dado en el clavo, solo tenía que tirarle de la lengua un poco más—. Espero que Elin no padezca el mismo infierno a su lado.

—Me temo que la historia vuelve a repetirse, Greta. Elin lo niega, pero he visto los moretones.

—Yo también —reconoció por fin. No tenía sentido ocultar el verdadero motivo de la repentina invitación a tomar un café—. Intuí que algo no andaba bien con ella. Lo del suéter de mangas largas en un día caluroso como el de hoy me encendió la alarma. Cuando la acompañé al baño pude verle un horrible magullón en la espalda. Por supuesto inventó un golpe en un momento de torpeza suya. Si, como dices, su relación con Stephan es enfermiza, nunca va a confesar que él la maltrata. Le teme, pero al mismo tiempo no quiere perderlo.

—¿Qué se hace frente a un caso así? —preguntó Inga-Marie, angustiada por la situación de una de sus mejores amigas.

Greta le apretó la mano.

—El primer paso lo tiene que dar la propia Elin al reconocer que está atrapada en una relación enfermiza y violenta. Si lo niega, ya sea porque tiene miedo o porque quiere proteger a Stephan, no va a permitir que nadie la ayude.

—Tal vez deberías hablar tú con ella, Greta. Contarle todas estas cosas que me dices a mí para hacerla entrar en razón. Es posible que si le cuentas lo que fue tu vida al lado de Stephan...

Greta negó con la cabeza.

—Ni siquiera va a querer escucharme. Aunque fuimos compañeras de trabajo, también soy la ex de su novio. No creo que reciba de buen grado mi consejo.

—¿Lo intentarías al menos? A mí no me hace caso y Lotta prefiere ignorar ciertas cosas o fingir que no pasa nada.

—Está bien, trataré de hablar con ella —respondió Greta, incapaz de negarse a esa petición.

—No podemos esperar hasta la próxima reunión del club de lectura estival —puntualizó Inga-Marie, algo contrariada—. Ya sé, puedes aparecerte en el complejo de cabañas con cualquier excusa. —Y antes de que Greta pudiese replicar, agregó—: Si lo que te inquieta es toparte con Stephan, despreocúpate, mañana a la mañana él, Lennart y Benedikt saldrán a una excursión en el bosque; nosotras, en cambio, planeamos pasar buena parte del día en la piscina. —Al ver que Greta no decía nada, Inga-Marie frunció el entrecejo—. ¿Mañana es demasiado pronto?

Ella negó con la cabeza.

—No se trata de eso. Mañana es viernes, el día más complicado para mí de esta semana. Debo estar en la estación a las diez para recibir a Josefine Swartz. Es escritora de policiales y su última novela se convirtió en un éxito —aclaró ante el gesto interrogante de Inga-Marie—. Viene al pueblo para dar un taller de escritura creativa en Némesis y tengo que estar pendiente de sus necesidades. —Había estado a punto de decir «excentricidades», pero se abstuvo a último momento—. Además, llegan de visita unas tías de mi novio. Se van a instalar aquí, por lo tanto, apenas tendré un minuto para respirar mañana. Puedo pasar por el Paradis el sábado, si te parece.

—¿No te importa cruzarte con Stephan?

Greta se preguntó qué diría Inga-Marie si supiese que Stephan y ella habían hecho más que solo cruzarse por casualidad en el pueblo. Prefirió no comentarle nada para evitar un posible roce innecesario con Elin antes de acercarse a hablar con ella.

Después de que se marchó, regresó con su primo a la librería.

## CAPÍTULO V

Inga-Marie observó a su novio, que retozaba en la cama y jugaba con el control remoto del televisor mientras se resistía a levantarse.

—¿A qué hora acordaron salir para el bosque?

Se deshizo de la bata para comenzar a vestirse. Ella no planeaba perder tiempo holgazaneando en la cama, sino que pensaba disfrutar la jornada al máximo y engullir un succulento desayuno antes de pasar a buscar a sus amigas para irse juntas al *spa* que funcionaba en el edificio principal del Paradis.

Lennart miró el reloj con cierta displicencia.

—A las nueve.

Cuando comprobó que ni siquiera eran las ocho y media, decidió quedarse un rato más en la cama. Espió a su novia por el rabillo del ojo mientras ella trataba, con gran esfuerzo, de subirse el cierre de la falda. Sonrió. Inga-Marie se negaba a aceptar que había subido de peso y lucía prendas que creía que la favorecían cuando en realidad solo acentuaban su nueva figura poco estilizada. Por supuesto que a él poco le importaban esos kilos de más. Adoraba cada centímetro de ese cuerpo curvilíneo que se movía por la habitación en busca de las sandalias.

—Lennart, deberías salir ya de esa cama. —No fue una sugerencia, sino más bien una advertencia—. Todavía no te has duchado y quiero que desayunemos juntos antes de que te marches. —Se sentó a su lado para calzarse las sandalias con más comodidad y dio un respingo cuando sintió que le metía la mano debajo de la camisa—. No tenemos tiempo... —Su queja fue apenas una débil protesta que no sirvió a sus propósitos. Sonrió complacida mientras dejaba que Lennart le acariciara la espalda. Cuando el roce ganó intensidad y descendió hasta su trasero, supo que tenía que detenerlo—. No, cariño, es tarde.

De mala gana él retiró la mano para volver a prestarle atención a la televisión.

Inga-Marie entró al baño y regresó unos minutos después. Le lanzó una mirada fulminante que hizo que por fin el muchacho abandonara la cama. Decidieron

desayunar en la cabaña para compartir un poco más de tiempo a solas. Cuando faltaban apenas cinco minutos para las nueve, apareció Benedikt y se quejó de que se les hacía tarde para la excursión.

—¿Stephan ya se ha levantado? —le preguntó Lennart mientras se dirigían al *hall* principal.

—No lo he visto todavía. —Arrojó la colilla del cigarrillo en un cenicero de pie e hizo una mueca con la boca—. Será mejor que uno de nosotros vaya a buscarlo; se van a ir sin nosotros —alegó en referencia al grupo que se había organizado dos días antes para recorrer los bosques de la zona y pescar en el lago.

—Iré yo, tú espera aquí.

Lennart dejó sus enseres de pesca al cuidado de Benedikt y partió rumbo a la cabaña que ocupaban Stephan Bringholm y Elin Rosenberg.

Apenas abandonó el *hall*, lanzó una maldición al aire cuando descubrió que empezaban a caer las primeras gotas de lluvia. La tarde anterior alguien del grupo había comentado que se esperaban chubascos en horas de la mañana. Al parecer, el pronóstico se cumplía. A él no le entusiasmaba demasiado la idea de adentrarse en el bosque con mal tiempo y pescar toda la mañana. Benedikt era más fanático de la pesca que él y no le extrañaba que el clima adverso le importase un rábano. Se cruzó con dos muchachas rubias que habían llegado un par de días atrás al complejo de cabañas y que habían causado revuelo entre los huéspedes masculinos. Inclino la cabeza a modo de saludo y no pudo evitar sonrojarse cuando una de ellas, que llevaba trenzas, le dedicó una sonrisa seductora. Agradeció que Inga-Marie no estuviese cerca para ser testigo de su debilidad. Adoraba a su novia y no lamentaba ni un solo día de los casi tres años que llevaban juntos, sin embargo, era imposible lidiar con ella cuando se dejaba llevar por los celos. Jamás le había sido infiel, a pesar de que en más de una ocasión fue abordado por una compañera de trabajo que, según sus colegas, estaba loco por él.

Se cubrió la cabeza con ambas manos cuando la lluvia comenzó a hacerse más intensa y aceleró el paso. La cabaña que ocupaban Stephan y Elin era una de las más alejadas y estaba ubicada al final del camino sobre el lado derecho. Frente a la construcción de madera había un sendero que conducía directo al lago, por lo que la hacía una de las más codiciadas del Paradis y sus amigos habían tenido la suerte de quedársela.

Se plantó frente a la puerta principal. Antes de golpear, se sacudió el cabello mojado. Llamó una vez, pero no obtuvo respuesta. Volvió a insistir hasta que por fin Stephan le abrió. Había confusión en su semblante y lo observó de arriba abajo como si no entendiera la razón de que llamara a la puerta a esas horas. Apenas abrió la boca

para bostezar, Lennart descubrió el porqué de su estado. Era evidente que había bebido más de la cuenta la noche anterior y le costaba discernir con claridad lo que ocurría.

—¿Qué quieres? —preguntó cortante. Se había recostado contra la puerta para no perder del todo el equilibrio.

—Estás demasiado ebrio como para recordar la excursión —aseveró Lennart y se apartó un poco de él. Al hacerlo, pudo ver el interior de la cabaña por encima de su hombro. ¿Dónde estaría Elin?, se preguntó. Desde que habían llegado al Paradis, solía levantarse muy temprano, ya sea para recorrer el pueblo o disfrutar la soledad de la piscina antes de que se llenara de gente.

Stephan se rascó la cabeza.

—Se me olvidó por completo, Lennart. No creo que sea una buena compañía el día de hoy, prefiero quedarme y sobrellevar la resaca con el mayor estoicismo posible.

—Como quieras. Me las arreglaré para reírme de los chistes de Benedikt y soportar su malhumor cuando los peces se resistan a ser atrapados con su caña de última generación. ¿Qué hay de Elin? Ella, Inga-Marie y Lotta planeaban pasar el día en el *spa* y darse un chapuzón en la piscina.

—Elin no está. —Respiró profundo mientras desviaba la mirada. Parecía que buscaba a alguien—. Discutimos anoche y decidió salir a dar un paseo. Me enfurecí tanto con ella...

Lennart sabía de lo que era capaz su amigo. Bastaba que Elin lo provocara con cualquier nimiedad para que se desatara la violencia.

—Stephan, ¿dónde está ella? —Sin esperar una respuesta, lo apartó e ingresó a la cabaña. La empezó a buscar, pero pronto se dio cuenta de que la joven no se encontraba allí. Se dio vuelta y taladró a su amigo con la mirada—. ¿Qué le has hecho? —Se abalanzó encima de él, a punto de perder los estribos—. ¡Contesta, mierda!

Stephan se cubrió el rostro con ambas manos antes de dejarse caer en el sofá.

—¡No lo sé! —Le gritó al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro—. Bebí tanto que no puedo recordar qué ocurrió anoche después de que Elin salió por esa puerta. Solo sé que desperté esta mañana, y ella ya no estaba. Tampoco hay por qué alarmarse, es posible que le pidiera alojamiento a una de sus amigas.

—No vino a buscar a Inga-Marie —alegó Lennart con los brazos en jarra; lo miraba desde arriba con una actitud reprobatoria.

—Tal vez esté en la cabaña de Lotta.

—Acabo de estar con Benedikt y no mencionó nada.

Stephan desvió la vista hacia la puerta, que permanecía todavía entreabierta

después de la intempestiva entrada de su amigo. Se puso pálido cuando Inga-Marie y Lotta ingresaron. La esperanza de que Elin entrara detrás de las muchachas se evaporó de un plumazo apenas ellas preguntaron por su paradero.

Stephan, quien apenas podía mantener los ojos abiertos y coordinar sus movimientos, aseguraba que Elin regresaría de un momento a otro cuando se le pasara el enojo. Los demás, en cambio, comenzaban a creer que algo malo le había sucedido a la joven. La llamaron a su móvil y la angustia aumentó cuando descubrieron que no lo llevaba encima, sobre todo porque no salía a ningún lado sin él, aunque en el fragor de la pelea podría habérselo olvidado.

Benedikt, cansado de esperar e inquieto por la tardanza de sus amigos, se acercó a la cabaña. Apenas le transmitieron sus temores, sugirió buscarla. Nadie se sorprendió de que Stephan prefiriese quedarse en la cabaña, alegando que su mujer no tardaría en aparecer.

Cuando empezaron a preguntar por Elin a los huéspedes del Paradis, se encendió la alarma. De inmediato, Ejnar Kellander se puso a disposición del grupo e incluso se ofreció a acompañarlos en la búsqueda mientras Vibeke se encargaba de todo. Tras un par de horas en las cuales recorrieron el complejo de cabañas y peinaron los alrededores sin éxito alguno, llegaron a la conclusión de que necesitaban ayuda. Fue Ejnar quien sugirió dar parte a la policía. Sin perder más tiempo, Benedikt y Lennart regresaron a la cabaña de Stephan. Era su responsabilidad presentarse ante las autoridades para denunciar la desaparición de su novia.

\* \* \*

Karl quitó de inmediato los pies del escritorio cuando llamaron a la puerta.

—Inspector, Miriam Thulin acaba de llegar —le anunció Ingrid sin entrar a la oficina. Su voluptuosa figura, entallada en una blusa sin mangas color rojo cereza, se asomaba por la puerta entreabierta. Ese verano estrenaba nuevo peinado y gracias a una cirugía ocular que había pagado con casi todos los ahorros de su vida, ya no tenía que usar gafas.

—Dile que pase, Ingrid.

La recepcionista se hizo a un lado, y Miriam ingresó a la oficina.

—Buenos días, inspector.

—Buenos días, sargento.

La invitó a sentarse. Se sentía extraño al llamarla de esa manera, sobre todo porque durante muchos años la única que ostentaba ese cargo en la comisaría era Nina. No sería sencillo habituarse a tener a alguien más con la misma jerarquía. Una

loca idea se le cruzó por la cabeza. Tal vez, con la inminente reincorporación de Miriam al trabajo, Nina se plantease la posibilidad de adelantar su retiro, aunque no era capaz todavía de asimilar que sus días como inspector de policía estaban contados. Soltó un suspiro de resignación. Seguro que él terminaría por convertirse en uno de esos tantos jubilados de la fuerza que reaparecían de vez en cuando en alguna fiesta de fin de año para reencontrarse con sus pares; o tal vez sería de esos que no tenían mejor cosa que hacer que pasar sus tardes entre partidas de bridge y de ajedrez. Miró a la muchacha que tenía enfrente. Como agente, había sido un elemento valioso en el grupo y no dudaba de que sabría estar a la altura de su nuevo rango.

—Dígame, sargento. ¿Planea continuar su carrera en Estocolmo o tendremos la dicha de que se quede en el pueblo para sumarse a mi equipo?

A pesar de la estrechez de su falda, Miriam logró cruzarse de piernas y mantenerse erguida en la silla. Las manos descansaban sobre el regazo mientras que la cabeza, ligeramente erguida, la hacía verse como una mujer que sabía muy bien lo que quería. Era evidente que la temporada que había pasado en la capital la había cambiado. Karl vio que no quedaba casi nada de esa muchacha algo insegura que había llegado a Mora con pocas ambiciones. Parecía que estaba dispuesta a comerse el mundo.

—Mi intención es quedarme aquí, inspector. Si cuento con su anuencia, me gustaría empezar a trabajar hoy mismo.

La boca de Karl, ensombrecida por una incipiente barba de tres días, se ensanchó en una sonrisa.

—Por supuesto que cuenta con mi aprobación, sargento. Ya mismo le pediré a Ingrid que prepare los documentos necesarios para oficializar su inmediata reincorporación a esta comisaría. —Se puso de pie, rodeó el escritorio y extendió el brazo para estrechar con fuerza su mano—. Bienvenida, sargento Thulin.

Ella se puso de pie y dejó que esa mano fuerte apretara la suya.

—Gracias, inspector. Si le parece bien, me uniré a los demás en el centro de comandos a la espera de que alguien me indique cuál será mi oficina de ahora en adelante.

Con el entusiasmo de tenerla de regreso, Karl no había previsto ese pequeño detalle. Durante su época como agente, ella compartía un cubículo con Peter Bengtsson, aunque dudaba de que quisiera volver a hacerlo. Estaba a punto de preguntárselo cuando ella, al adivinar lo que tenía en mente, se le adelantó.

—Mientras acondicionan mi oficina puedo volver a mi antiguo puesto al lado de Peter —manifestó y se acomodó el cabello.

Karl podía comprender que debido a su nueva jerarquía dentro de la fuerza no estuviese en sus planes ocupar un escritorio al lado del agente Bengtsson, por eso le

disgustó percibir cierta arrogancia en sus palabras.

—Procuraré que sea lo más pronto posible —atinó a decir mientras la escoltaba hacia la salida.

Estaban por ingresar al centro de comandos cuando la risa estridente de Greta retumbó en los pasillos de la comisaría. Karl miró en dirección a la recepción y divisó a su hija, que estaba reclinada sobre el mostrador, hojeando una de las novelas románticas que Ingrid devoraba en sus ratos libres.

—Me gustaría saludar a Greta —dijo Miriam y se desvió de su camino.

Karl la siguió. Lo que más le interesaba era conocer el motivo por el cual su hija se había aparecido tan temprano en la comisaría. Ante la falta de un misterio donde meter sus narices y lo ocupada que estaba con la organización de los diversos eventos en Némesis, no solía pasar por allí muy a menudo, mucho menos un viernes por la mañana.

—Greta, cariño, no sabía que vendrías hoy a visitarnos —dijo mientras se paraba detrás de la muchacha.

Ella se dio media vuelta y le sonrió.

—Hola, papá. Pasaba por aquí cerca y decidí entrar para saludar a Ingrid. —Lo abrazó y, mientras lo hacía, puso toda su atención en la sargento Thulin. Se despegó de su padre y la miró—. Miriam, ¿cómo estás?

—Bien, Greta, ¿y tú?

—En el intento por no desfallecer mientras saco a flote todas las actividades que programé en la librería para este verano —respondió—. ¿Piensas quedarte en el pueblo o vas a volver a Estocolmo?

Miriam esbozó una sonrisa. El tono de su lápiz labial, de un rojo intenso, contrastaba con la blancura perfecta de sus dientes.

—Mi idea es establecerme en Mora definitivamente, por eso regresé. Además, Malung está a dos horas de aquí, por lo tanto, podré visitar la casa de mis padres con más asiduidad.

Greta asintió. Todavía no era capaz de precisar qué le provocaba exactamente saber que Miriam regresaba al pueblo para quedarse. Era evidente que no solo había cambiado su aspecto físico, sino que ya no era la misma de meses atrás cuando descubrió que la miraba con un claro gesto desafiante. No quería pensar demasiado en la razón de esa extraña actitud hacia ella porque temía que la conclusión a la que pudiese llegar no le agradaría.

Se observaron durante unos cuantos segundos y sacaron conclusiones una de la otra a la espera de ver quién sería la siguiente en abrir la boca. Parecía que se habían olvidado por completo de todo lo que ocurría a su alrededor. Fue Karl, con un



comentario algo cómico acerca del clima, el que consiguió poner fin a la tensión que se había suscitado entre ambas jóvenes. Sin embargo, la calma duró apenas un momento. Bastó que Mikael asomara la cara por la puerta del centro de comandos para que Greta y Miriam intercambiaran miradas cargadas de desconfianza. Karl resopló. ¡Lo que le faltaba, un lío de celos en su propia comisaría!, pensó.

Mikael sonrió al ver a la pelirroja, que salió a su encuentro con rapidez. Sin importarle que se encontraban en medio del pasillo, delante de su padre y de Miriam, Greta lo saludó con un beso efusivo que logró poner incómodo a Karl y obligó a Miriam a agachar la mirada.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó él apenas la muchacha se lo permitió.

—Tenía ganas de verte antes de ir a la estación.

Por el rabillo del ojo notó que la sargento, luego de decirle algo a su padre, se alejaba en dirección a la morgue. Sonrió para sus adentros al saberse vencedora de ese primer encuentro, con olor a enfrentamiento, que acababa de protagonizar. Había sido suficiente cruzar un par de palabras con ella para descubrir que aún le gustaba Mikael y, por primera vez desde que se había enterado de su regreso al pueblo, Greta experimentó una gran inquietud. Iba a decirle algo a Mikael, pero comprendió que no era ni el momento ni el lugar. Seguro que él ni había reparado en el interés que todavía le demostraba ella. Al menos era eso lo que Greta esperaba.

Todas las cabezas se voltearon hacia la puerta cuando Gotilda Thorne irrumpió en la comisaría y avanzó a paso firme hacia ellos, respiraba con cierta dificultad. Greta la ayudó a sentarse, ya que parecía que iba a desplomarse de un momento a otro. Ingrid se acercó con un vaso de agua, pero la mujer lo rechazó. Empezó a sacudir la cabeza mientras repetía una y otra vez la misma frase.

—¡Algo le pasó! ¡Algo le pasó!

—¿Qué ocurre? —Greta se sentó junto a ella y le rozó el hombro, temblaba.

Gotilda, una mujer de extrema delgadez, con enormes ojos verdosos y mirada sumamente expresiva, apretó con fuerza la mano de Greta.

—Es Sigvard, no consigo comunicarme con él. Pasé por su casa temprano porque quedamos en desayunar juntos a las ocho, pero no había nadie. Me llamaron del museo, no se presentó a trabajar hoy. Mi hermano jamás habría faltado sin avisar antes; en los más de diez años que lleva al frente del museo solo se ausentó en un par de ocasiones por problemas de salud, pero ayer se encontraba perfectamente. —Se dirigió a Karl con lágrimas en los ojos—. Sé que algo malo le ocurrió, de otro modo ya se habría puesto en contacto conmigo. ¿Podría enviar a alguien a su casa para verificar que todo está bien? Yo no me animé a entrar.

—No se angustie, Gotilda. Tal vez su hermano solo se quedó dormido. —Greta

miró a su padre, que tenía una mano apoyada en el mentón y fruncía el ceño.

Ella sabía que se debatía entre atender el pedido desesperado de la mujer o esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Después de todo, Sigvard era un hombre adulto, responsable de sus actos y nada indicaba que se encontrase en peligro. Aun así, el inspector decidió tomar cartas en el asunto. De inmediato le ordenó a Mikael que se presentara en la propiedad de Sigvard. Gotilda le agradeció su rápida intervención y resolvió quedarse en la comisaría a la espera de novedades.

Greta acompañó a Mikael hasta el coche y antes de irse rumbo a la estación, le hizo prometer que la mantendría al tanto de lo que ocurriese. Cuando estaba a punto de subirse al Volvo, escuchó el repiqueteo de unos tacones que se acercaban. Se dio vuelta y vio a Miriam que avanzaba hacia él por el estacionamiento.

—Si no te molesta, me gustaría ir contigo.

Mikael arqueó las cejas.

—¿Karl ya aprobó tu reincorporación al trabajo?

—No es oficial todavía —le aclaró—. Falta autorizar unos documentos, pero el inspector me dijo que puedo sumarme al equipo en cualquier momento. No veo razón para esperar, sobre todo ante la denuncia de un posible delito.

El teniente no tuvo argumento para refutar sus palabras. Aunque tenía el presentimiento de que nada malo sucedía con Sigvard, el viaje hasta su casa se le haría menos pesado con algo de compañía. Le dedicó una sonrisa y la invitó a subirse al coche.

\* \* \*

Había más movimiento de lo habitual en la estación de trenes esa mañana. Greta se estacionó a un lado del edificio de dos plantas y miró el reloj por enésima vez antes de bajarse del Mini Cabrio. Llegaba casi sobre la hora, faltaban apenas poco más de cinco minutos para que el tren que venía de la capital trajera a Josefina Swartz de regreso al pueblo. Apresuró la marcha y se topó en el andén con un grupo de jóvenes que se habían aglomerado cerca de una de las plataformas; era evidente que esperaban a alguien. No tardó en descubrir a quién cuando alcanzó a distinguir que varios de ellos sostenían un ejemplar de la última novela de Josefina en sus manos. Lo que también resultó evidente era que la excéntrica autora de misterio se las había arreglado para que su llegada a Mora no pasara desapercibida. Agitó la mano a modo de saludo cuando una de las muchachas miró en su dirección y se percató por primera vez de su presencia. Era cliente de Némesis y, si no recordaba mal, fanática de las historias de Anne Perry. Le devolvió el saludo con una sonrisa y se dio vuelta para

departir con sus amigos.

Greta comenzó a caminar por el andén. Su mente estaba lejos de allí, más precisamente en lo que ocurría en la comisaría. No podía dejar de pensar en lo angustiada que había visto a Gotilda por la inquietante falta de noticias de su hermano. Por un instante, se le cruzó la idea de marcar el número de Mikael y preguntarle qué había pasado, incluso estuvo a punto de sacar el móvil del bolso, sin embargo, desistió de llamarlo. Aunque se moría de la curiosidad, lo más prudente era esperar. Si de verdad algo malo le había ocurrido a Sigvard, no tardaría en propagarse la noticia por el pueblo. Al menos por el momento, no valía la pena tener una discusión con Mikael por entrometerse donde no debía.

El rumor de un tren que se acercaba a la estación la apartó de sus cavilaciones. Se colgó el bolso en el hombro y avanzó hacia el grupo de muchachos que esperaban a Josefine, seguro que para darle la bienvenida al pueblo y llevarse sus libros firmados.

El tren por fin se detuvo. Segundos después, cuando se abrió la puerta, se asomó la silueta imponente de Josefine Swartz. Bajó los escalones con cuidado mientras se aferraba a la baranda para no caerse. Cuando Greta le prestó atención a sus pies, vio que llevaba puestos unos *stiletto*s oscuros que debían de medir fácilmente unos diez centímetros. Comprendió entonces el porqué de la lentitud de sus movimientos. Fiel a su estilo, vestía un ajustado conjunto compuesto por una falda de algodón estampada y una blusa de mangas cortas, cuyo escote revelaba más de lo debido para una señora de su edad. Una capelina blanca de hilo adornada con un moño rojo coronaba el resto de su extravagante atuendo. Uno de los jóvenes que la esperaban se acercó, le tendió la mano y la ayudó a bajarse. Josefine no dejaba de sonreír, parecía encantada con ese recibimiento. Greta prefirió quedarse rezagada para no quitarle protagonismo a la autora. Después de firmar libros y de posar para unas cuantas fotos, sus seguidores abandonaron la estación de trenes en medio de las risas y del griterío. Fue recién entonces que Josefine le prestó atención a su anfitriona.

—Greta, querida, ¡qué bueno verte! —Le dio un ligero beso en la mejilla y la soltó con rapidez. Se acomodó la capelina hacia atrás con la clara intención de conseguir algún elogio de la pelirroja sobre su esmerado arreglo, pero se quedó con las ganas, Greta solo se limitó a darle la bienvenida y a comentar sobre el intenso aumento de temperatura que se había dado en las primeras horas de la mañana—. ¿Hace mucho que me esperas?

Uno de los empleados de la estación corrió hacia ellas para hacerse cargo de sus cuatro valijas, todas enormes y, a juzgar por el esfuerzo que tuvo que hacer el joven para trasladarlas hasta el baúl del Mini Cabrio, bastante pesadas también.

—No, acababa de llegar —respondió Greta mientras avanzaba por el andén. La

miró y le sonrió—. Supongo que estará encantada con el recibimiento que tuvo, la verdad es que no me lo esperaba. Si bien en el pueblo sabían que vendría a dar un taller de escritura, nunca comenté nada sobre la fecha de su llegada.

Josefine asintió.

—Fueron los de la editorial, aunque la idea de promocionar mi visita a Mora fue mía —se apresuró a explicarle—. Decidieron anunciarla por las emisoras de radio más importantes de la región durante toda esta semana, y por supuesto pedí que también te incluyeran a ti y a la librería.

Greta hizo un mohín. Lamentaba no haber escuchado nada.

—¿Has arreglado finalmente lo de mi alojamiento? —preguntó Josefine antes de subirse al Mini Cabrio. Una vez en su interior, se quitó la capelina y buscó el espejo retrovisor para acomodarse el cabello.

Greta no le respondió de inmediato. Se colocó el cinturón de seguridad con cierta parsimonia antes de soltarle que no se hospedaría en un hotel como había previsto.

—Con respecto a eso, Josefine... —Al no llevar la capelina descubrió que se había cortado el cabello al mejor estilo de las divas de los años cincuenta. Le recordó ese famoso número musical de la película *Los caballeros las prefieren rubias* donde Marilyn Monroe, enfundada en un ajustado vestido de color fucsia y rodeada de varios caballeros, aseguraba que los diamantes eran los mejores amigos de una chica. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener la risa—. Fue imposible conseguir una habitación disponible en el mejor hotel del pueblo, como pretendía. No conseguí vacante en ningún otro hotel, en esta época del año es difícil reservar una habitación con tan poco tiempo de anticipación. La única opción que encontré, y espero le parezca adecuada, es que se hospedara en el hostel de la señora Hoffman. No cuenta con los lujos del hotel Siljan, pero le puedo asegurar que es un lugar agradable de ambiente familiar, los cuartos son amplios, cuenta con todos los servicios y se come muy bien. Además está frente a la librería, lo que creo que es una gran ventaja tanto para mí como para usted. La dueña está encantada de contarla entre sus huéspedes.

Josefine deslizó los anteojos hacia abajo y le clavó la mirada. Parecía horrorizada.

—¿Un hostel familiar?

Greta asintió con una sonrisa y se preparó para escuchar las quejas. Encendió el motor y echó a andar el coche. El trayecto hasta la zona comercial fue un continuo intercambio de palabras entre ambas mujeres. Mientras la escritora despotricaba por tener que hospedarse en un sitio que según sus propias palabras «no concordaba con su estilo de vida», Greta intentó convencerla por todos los medios de que el cambio la beneficiaría y de que quizá podría ambientar alguna de sus novelas en un lugar como aquel. Fue justo esa idea la que logró aplacarle el malhumor.

Cuando llegaron a destino, Inger Hoffman en persona le dio la bienvenida. Entre Greta y ella la ayudaron a instalarse en la habitación, que resultó ser la más grande y cómoda del hostel. Tenía baño propio, una moderna pantalla LED empotrada en la pared, conexión inalámbrica a internet y teléfono, comodidades que sin duda ayudaron a que Josefina se olvidase de sus absurdas pretensiones, al menos por el momento.

Resolvió que no era la ocasión oportuna para hablarle de lo ilusionada que estaba Pernilla Apelgren de que pudiese acompañarla en la presentación de su primera novela, se lo comentaría cuando estuviese de mejor humor. Antes de despedirse, la invitó a pasar por la librería cuando lo deseara. Curiosa por descubrir los cambios que había hecho la muchacha en el lugar, Josefina le aseguró que iría esa misma tarde después de dormir una siesta reparadora.

Greta regresó a Némesis e intentó concentrarse en el trabajo, pero no podía dejar de pensar en Gotilda y lo preocupada que estaba por su hermano.

## CAPÍTULO VI

La casa de Sigvard Thorne, una construcción de estilo campestre con muros de madera pintados en blanco y techo de tejas rojas, se encontraba emplazada en una de las zonas más pintorescas y solicitadas del pueblo por su cercanía con el lago Siljan.

Mikael aparcó el coche justo frente a la propiedad y de un manotazo apagó la radio. La había mantenido encendida durante todo el trayecto para evitar entablar una conversación con la sargento Thulin, ya que no podía evitar sentir cierta incomodidad a su lado. La había sorprendido mirándolo en más de una oportunidad y prefería mantener distancia. No olvidaba que una noche, antes de involucrarse sentimentalmente con Greta, había cometido la estupidez de besarla en la terraza de la comisaría.

Se bajó y lo primero que hizo fue ponerse las gafas para protegerse del sol, luego le echó un rápido vistazo a su compañera cuando se aproximó a él. Sin perder tiempo, atravesaron el angosto sendero de grava que llegaba hasta la puerta principal. Miriam Thulin aceleró la marcha para no quedar rezagada y rápidamente consiguió ponerse a la par de Mikael. Fue él quien anuncio su llegada al dar cuantos golpes en la puerta.

—Parece que no hay nadie —comentó Miriam mientras Mikael insistía en chocar los nudillos de la mano contra la sólida construcción de madera.

Él resopló y se acomodó el cabello hacia atrás. Retrocedió unos pasos para observar las ventanas y vio que en una de ellas las cortinas permanecían descorridas. Se acercó y colocó ambas manos contra el cristal para espiar el interior. A simple vista no había nada anormal, sin embargo, cuando los ojos se le desviaron hacia una puerta abierta que daba a la cocina, un recipiente para hervir leche que estaba sobre la hornalla le llamó la atención. El espeso suero blanco había rebalsado, por lo que era probable que el líquido derramado hubiera apagado el fuego.

—¿Qué sucede? ¿Ha visto algo, teniente?

—Puede que sea solo un descuido culinario, sargento, sin embargo, prefiero seguir mi intuición y la de Gotilda Thorne.

Se alejó de la ventana para buscar un sitio por donde entrar. De acuerdo a la ley, no podían irrumpir en la propiedad sin el consentimiento del dueño o de una orden judicial, pero dadas las circunstancias, no había tiempo que perder. Miró a su compañera.

—Si alguien empieza a formular preguntas incómodas, diremos que escuchamos un grito y nos vimos obligados a entrar.

Ella asintió, y apenas unos segundos después el cuerpo se le sacudió del susto cuando Mikael casi arranca la puerta principal de una patada. Por precaución, él desenfundó la pistola e ingresó primero a la casa. Miriam, quien todavía estaba desarmada, lo siguió de cerca.

Lo primero que notaron en el salón, y que Mikael no pudo distinguir desde la ventana, era que los cojines del sofá estaban desparramados en el suelo. También había una lámpara volcada y una mancha oscura en la alfombra. Se agachó y la rozó con el dedo. Al olerla, descubrió que se trataba de vino. Barrió el lugar con la mirada hasta que los ojos azules se le toparon con un vaso roto que se asomaba por debajo de uno de los sofás.

—¡Teniente, allí!

El brazo extendido de Miriam apuntaba en dirección a uno de los pasillos de la casa. Mikael levantó la cabeza y, al mirar, distinguió lo que parecía ser un pie enfundado en unas pantuflas grises. Se incorporó y se acercó con rapidez. El cuerpo inerte de Sigvard Thorne yacía boca abajo, pegado contra uno de los muros. Un enorme charco de sangre se abría paso a través de sus brazos. Durante unos segundos, en los cuales ninguno de los dos fue capaz de reaccionar ante la escena que tenían enfrente, Mikael y Miriam intercambiaron miradas.

—¿Está muerto? —Fue ella quien preguntó.

Mikael lo ignoraba. Thorne Sigvard no se movía y la pérdida de sangre era tanta que dudaba de que cualquiera en su situación pudiera respirar. Se arrodilló junto al hombre y le puso la mano en el cuello para constatar sus signos vitales.

—¡Vive, aunque el pulso es muy débil! —anunció con euforia—. ¡Llama de inmediato al hospital y pide que envíen una ambulancia!

Miriam tardó apenas unos segundos en cumplir la orden. Después de comunicarse con el Lassarets, llamó a la comisaría y pidió que enviaran un par de agentes para custodiar el lugar. Cuando regresó al pasillo, Mikael seguía junto al cuerpo de Sigvard y le apretaba la mano con fuerza. En ningún momento el director del museo recuperó el conocimiento. Sabían que las posibilidades de salvarle la vida disminuían con cada segundo que pasaba, por eso, mientras esperaban la asistencia médica, Mikael no dejaba de controlarle los signos vitales. Recién cuando la ambulancia llegó y el

hombre fue cargado en el vehículo con una mascarilla de oxígeno que le cubría casi todo el rostro, tanto él como Miriam volvieron a respirar con normalidad.

\* \* \*

Karl se levantó el puño de la camisa para volver a comprobar la hora. Frente a él, inmersa en una crisis de angustia mientras Nina trataba de calmarla, Gotilda Thorne estrujaba entre las manos temblorosas el pañuelo que le había prestado. Había pasado más de un cuarto de hora desde que Mikael saliera en dirección a la casa de su hermano y aún no se había reportado. Era precisamente la falta de noticias lo que más le preocupaba. Miró el teléfono. Pensó en llamarlo y acabar de una buena vez con la incertidumbre, la de él y la de la pobre Gotilda. Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que dio un respingo en la silla cuando el móvil empezó a sonar. Hurgó en los bolsillos del saco hasta que al fin lo encontró. No reconoció el número.

—Lindberg.

—Inspector, soy Miriam Thulin. Lo llamo desde la casa de Sigvard Thorne. Ha sido atacado con brutalidad y acaban de llevárselo inconsciente al hospital. Necesitamos que envíe al doctor Frederic Grahn y a su equipo lo antes posible para analizar la escena. Apenas lleguen los agentes que pedimos para preservar el lugar, el teniente Stevic y yo saldremos hacia el Lassarets para mantenernos al tanto de lo que sucede con Thorne.

Karl escuchó cada una de sus palabras mientras de refilón observaba a la hermana del director del museo. Dio por terminada la llamada sin mencionar siquiera su nombre. Nina pescó al vuelo que algo grave había sucedido, acompañó a Gotilda al pasillo para que bebiera un café y regresó de inmediato a la oficina de Karl.

—¿Qué sucedió?

Karl resopló.

—Las sospechas de Gotilda acaban de confirmarse. —Recostó la espalda contra la pared y el frío del concreto le brindó cierto alivio—. Su hermano ha sido agredido y está en el hospital.

Nina frunció el ceño.

—¿Es grave?

—No lo sé. La sargento Thulin dijo que estaba inconsciente. Ella y Stevic se encargarán de acercarse al Lassarets para ver cómo evoluciona. —Rodeó el escritorio y marcó el número de la morgue. Tras darle un par de indicaciones al doctor Frederic Grahn, retomó la charla con Nina—. Será mejor que le informemos a su hermana de lo ocurrido.



—¿Prefieres que lo haga yo? —se ofreció Nina.

Karl respiró hondo.

—Se lo diremos entre los dos.

Nina asintió y abandonaron la oficina. No les resultó extraño que Gotilda diera vueltas en el pasillo como una fiera enjaulada. Se detuvo de repente al verlos. Llevaba un vaso de café en la mano, temblaba tanto que apenas podía sostenerlo.

—Señorita Thorne...

—Es mi hermano, ¿verdad? Le ha pasado algo malo.

Nina se aproximó a ella y alcanzó a quitarle el vaso de café antes de que terminara en el suelo. Lo arrojó al cesto de basura y regresó a su lado para tratar de contenerla.

—Su hermano ha sido víctima de una agresión y fue trasladado al hospital —le informó el inspector—. Si lo desea, podemos poner una patrulla a su disposición para acompañarla hasta el lugar.

La mujer lo miró. Fue incapaz de pronunciar palabra, solo se aferró con fuerza al brazo de la sargento Wallström y asintió con un lento movimiento de cabeza. Sin perder tiempo, Karl ordenó que la llevaran al Lassarets y, debido a su estado de *shock*, Nina se ofreció a ir con ella. Estaba a punto de regresar a su oficina cuando escuchó que Ingrid vociferaba su nombre desde el mostrador de recepción. Giró sobre los talones y se topó casi de bruces con Stephan Bringholm.

Intercambiaron miradas durante unos segundos antes de que cualquiera de los dos soltara la primera palabra.

—Inspector Lindberg, ¿se acuerda de mí?

Karl hizo una mueca de disgusto. ¿Cómo podría olvidar al sujeto que tanto daño le había hecho a su hija?

—Bringholm, ¿qué hace en el pueblo? —retrucó en cambio. Desvió la vista hacia el hombre de cabello largo y barba que iba con él.

Fue precisamente su acompañante quien respondió.

—Mi nombre es Lennart Bruhn. Mi novia y yo, junto con un grupo de amigos, vinimos a Mora de vacaciones. Nos hospedamos en el Paradis y estamos aquí porque queremos denunciar una desaparición.

—Se trata de Elin, mi novia —lo interrumpió Stephan—. Salió anoche después de una discusión y no ha vuelto todavía.

—La hemos buscado por todo el complejo de cabañas sin éxito —explicó Lennart—. Intentamos llamarla al móvil, pero no lo lleva encima.

Karl frunció el ceño.

—¿A qué hora fue vista por última vez?

Lennart miró a su amigo y lo instó a contestar.

—No sabría decirle. —Stephan se encogió de hombros—. Estaba demasiado borracho anoche como para recordar a qué hora dejó la cabaña. Solo me acuerdo del portazo que dio después de soltarme un par de insultos. Suele hacerlo cada vez que discutimos, me refiero a irse y desaparecer durante unas horas hasta que se le pasa el enojo, pero esta mañana cuando desperté aún no había regresado.

Karl lo contempló de arriba abajo. Las ojeras y la extrema palidez de su rostro no dejaban lugar a dudas de que apenas se recuperaba de una terrible resaca. En medio de aquella improvisada reunión en uno de los pasillos de la comisaría, donde debía primar el hecho de que una mujer no aparecía, Karl se preguntó si Greta ya habría tenido la desgracia de toparse con su exnovio. En un pueblo pequeño como Mora, era casi imposible no hacerlo. Reprimió el deseo de saciar su curiosidad y los acompañó a la oficina para formalizar la denuncia.

\* \* \*

Greta apagó el motor del Mini Cabrio y con ambas manos apretó el volante. Barrió el lugar con la mirada antes de bajarse. Si se había atrevido a presentarse allí, era solo para hablar con Elin y así dejar más tranquila a su amiga.

¿A quién trataba de engañar?, se preguntó. Ella tampoco podía quedarse con los brazos cruzados después de verle los moretones en el cuerpo. Sabía que se entrometía en un asunto que no le concernía, sin embargo, sentía que su deber era abrirle los ojos a Elin para que dejase de ser el blanco de los golpes de Stephan. Ya se lo decía Mikael y se encargaba de reprochárselo su padre: «Meter la nariz donde no debía estaba en sus genes». Tanto era así que había sido incapaz de esperar un día más para cumplir con su cometido.

Dio un respingo cuando un utilitario azul frenó con brusquedad junto al Mini Cabrio. La puerta del conductor se abrió y un hombre joven, de cabello peinado hacia atrás y un fino bigote al mejor estilo Errol Flynn descendió del vehículo. No lo conocía, por lo que dedujo que se trataba de uno de los tantos turistas que habían invadido el pueblo las últimas semanas. Lo observó con atención mientras se dirigía hacia el edificio que funcionaba como recepción del complejo de cabañas. Caminaba de prisa, como si algo lo inquietase. Soltó el volante y se acomodó el flequillo hacia un lado, luego metió las llaves dentro del bolso y se dispuso a bajar. Estaba por cerrar la puerta del coche cuando su móvil sonó. Una sonrisa se le dibujó en el rostro al reconocer el *ringtone* de *Torn*.

—Hola, teniente.

Lo saludó mientras avanzaba por el sendero con cuidado, llevaba unas sandalias

altas y le costaba caminar con naturalidad. Lanzó un impropio cuando uno de los tacones se le incrustó en la unión defectuosa de dos baldosas.

—¿Qué hice ahora, pelirroja? —se atajó Mikael al escuchar que maldecía.

—No es contigo. Por pecar de coqueta casi me fracturo el tobillo.

Se cercioró de que no hubiera nadie cerca y se agachó. Lo único que le faltaba era que gracias a la falda que llevaba, alguien la acusara de exhibicionista al colocarse en aquella posición poco decorosa. Por fortuna, la sandalia no se había roto, apenas se había torcido el tacón.

—¿Estás bien? —Mikael sonaba preocupado.

Greta se incorporó y soltó un suspiro.

—Sí, no es nada, solo recuérdame que lo piense muy bien la próxima vez que decida ponerme tacos altos. ¿Estás de regreso en la comisaría? —preguntó, incapaz de controlar la curiosidad.

—Estoy en el Lassarets. Sigvard Thorne fue agredido en su casa.

—¿Murió?

—No, aunque apenas respiraba cuando llegamos.

—¿Nina fue contigo? —Recordó que nadie lo acompañaba esa mañana al salir de la comisaría.

—La sargento Thulin fue conmigo. Acaba de reincorporarse al trabajo —le explicó.

Greta prefirió guardar silencio antes de decir algo de lo que pudiese arrepentirse después. No le agradaba demasiado que Miriam hubiera decidido regresar al pueblo, pero tenía que aprender a controlar los celos. Ella era la novia de Peter Bengtsson, por lo que no había de qué preocuparse.

—¿Qué crees que ha pasado? ¿Por qué alguien atacaría a Sigvard? —preguntó en cambio, a sabiendas de que era demasiado pronto como para que Mikael soltara la lengua.

—No sabemos mucho todavía, Greta. A esta hora los peritos deben de estar en su casa.

—¿Entraron por la fuerza? —Lo cortó ella, ávida por conocer más detalles de lo sucedido—. Tal vez se trató de un robo.

Mikael suspiró.

—Es pronto para decirlo y, aunque no debería contártelo, no... no había señales de que hubieran ingresado a la casa por la fuerza.

Greta esbozó una sonrisa. Mikael podía quejarse de su manía de querer saberlo todo, sin embargo, siempre cedía ante sus preguntas.

—Tengo que cortar ahora. Acaba de llegar Gotilda al hospital. ¿Almorzamos

juntos? Puedo pasar por Némesis apenas me desocupe.

No supo qué contestarle. Tampoco se preocupó de aclararle que no estaba en la librería, era mejor que no supiera dónde se encontraba. Miró el reloj, faltaba un cuarto para las doce y ni siquiera había hablado con Elin todavía.

—Quedé en almorzar con Josefine Swartz. —No se sentía bien al mentirle, pero no tenía caso provocar un conflicto de pareja al contarle lo que estaba a punto de hacer. Mikael desconocía la llegada de Stephan al pueblo y prefería que siguiera sin saberlo.

—Nos vemos a la noche entonces. ¿China o italiana?

—Elige tú.

—Adiós, pelirroja.

—Nos vemos, teniente.

Greta observó el móvil durante unos segundos antes de volver a guardarlo en el bolso. Sabía que había estado mal al ocultarle lo que pasaba, pero Mikael tenía la cabeza en un asunto más grave y no tenía caso molestarlo con sus cosas. Hablaría con Elin, luego pasaría a saludar a Vibeke para ver cómo seguía la pequeña Cilla y volvería a la librería; él ni siquiera se enteraría dónde había pasado buena parte de la mañana.

Mientras se dirigía a la recepción, no podía dejar de pensar en el ataque que había sufrido Sigvard Thorne. De inmediato empezó a elucubrar su propia teoría sobre lo ocurrido y lo primero que se le cruzó por la mente fue la colección de caballos de Dalecarlia que estaba por exhibirse en el museo. Había piezas muy valiosas y el mismo Sigvard se había encargado de divulgarlo por el pueblo.

## CAPÍTULO VII

Mikael permaneció un momento en el interior del Volvo para disfrutar del aire acondicionado y tomarse un respiro antes de enfrentarse al calor insoportable de ese mediodía. Regresaba a la comisaría sin compañía, ya que había decidido que Miriam montase guardia en el hospital para estar pendiente de lo que ocurría con Sigvard Thorne. Si el hombre lograba salvarse, necesitaban hablar con él cuanto antes para que les dijese quién lo había atacado.

Miró a través del espejo retrovisor; no había un alma en la calle. A pesar de estar en plena temporada estival, la gente prefería huir de las altas temperaturas que, según los pronosticadores de turno, habían llegado a la zona central de Suecia para quedarse. Resopló con fuerza, se acomodó los anteojos y miró el reloj antes de bajarse del coche. Sus tías llegaban esa tarde si todo salía tal cual lo previsto, por lo que contaba con el tiempo suficiente para poner al tanto a los demás sobre la agresión y redactar el informe para luego pasar por Greta para ir juntos a la estación.

Descendió del coche y cubrió con pasos rápidos el trayecto de varios metros que había entre el estacionamiento y la comisaría. Una vez en el interior del edificio, volvió a quitarse los anteojos y le dedicó a Ingrid una sonrisa. Mientras atravesaba el pasillo, dos hombres que hablaban en voz baja junto a la oficina de Karl le llamaron la atención. No los conocía, aun así, inclinó la cabeza a modo de saludo cuando pasó junto a ellos, sobre todo porque uno de ellos no dejaba de observarlo. Fue en ese momento que recordó haberlo visto en el Korsnäsgråden dos días atrás.

Cuando ingresó a la sala de comandos, solo encontró al agente Bengtsson. Estaba tan enfrascado en la lectura de algo en la *laptop* que apenas reparó en su llegada. Unos segundos más tarde, apareció Karl.

—¿Dónde está Nina? —preguntó Mikael mientras iba directo al expendedor de agua para servirse un vaso.

—Acompañó a Gotilda al Lassarett. ¿No te has cruzado con ellas?

Él negó con la cabeza al tiempo que bebía un gran sorbo de agua.

—Preferí volver a la comisaría para empezar cuanto antes con la investigación. Miriam permanecerá en el hospital para ver cómo evoluciona Thorne. Si la suerte está de nuestro lado, cuando despierte podrá darnos el nombre de su agresor.

—¿De verdad crees que se salvará?

—Tenía una gran contusión en la nuca y perdió mucha sangre, sin embargo, los paramédicos consiguieron estabilizarlo de inmediato. Si hubiésemos tardado un poco más, ahora estaríamos frente a un homicidio. —Arrojó el vaso de plástico al cesto de la basura y ocupó su silla—. No había señales de entrada forzada, pero sí de que hubo una lucha entre Thorne y su agresor. Es probable que lo conociera.

—O que lo engañasen con alguna argucia para poder meterse en su casa —intervino Bengtsson mientras apartaba los ojos de la pantalla por un segundo para expresar su teoría.

Karl asintió mientras se rascaba el mentón. Empezaba a molestarle la barba y, aunque Nina le aseguraba que lo hacía lucir más joven, se la afeitaría esa misma noche cuando llegase a su casa.

—A simple vista no parecía tratarse de un robo —expuso Mikael—, aunque lo sabremos a ciencia cierta cuando Thorne despierte o hablemos con su hermana para constatar que no falte nada. —Miró el reloj—. A esta altura, los del laboratorio ya habrán terminado de hacer las pericias en la escena del ataque.

—Hablé con Grahn justo antes de que llegases. Estaban por terminar con su trabajo, ahora deben de estar en el Paradis —manifestó Karl con un evidente gesto de preocupación que no pasó desapercibido para Mikael.

—¿El Paradis?

—Sí. Esta mañana han denunciado una desaparición.

A Mikael se le escapó una exclamación de incredulidad. Era difícil de asimilar que, después de tantos meses de sequía en la comisaría, tuviesen dos hechos criminales en el mismo día.

—¿De quién se trata?

—Elin Rosenberg. —Fue Cerebritto el que respondió la pregunta—. Llegó al pueblo de vacaciones hace una semana con su novio y dos parejas amigas. Salió anoche y nadie la ha vuelto a ver desde entonces.

—Ni siquiera han pasado veinticuatro horas de su desaparición —alegó Mikael, sorprendido de que se hubiera hecho la denuncia tan pronto.

—La muchacha discutió con su novio antes de desaparecer. Él estaba demasiado ebrio como para recordar qué pasó exactamente anoche.

—Tal vez no tenía ganas de verle la cara de nuevo y decidió alejarse por voluntad propia.

—No se llevó el móvil y toda su documentación sigue en la caja fuerte de la cabaña —le informó Bengtsson.

—Lo que acabas de decir, Stevic, es lo mismo que esgrimió Bringholm mientras presentaba la denuncia. Para él, su novia solo tiene una rabieta y volverá cuando se le pase. Su amigo, en cambio, sospecha que algo malo le pudo haber sucedido.

Mikael había perdido el hilo de la conversación. Después de que Karl mencionó ese apellido, fue incapaz de escuchar todo lo demás. Frunció el entrecejo.

—¿Has dicho Bringholm?

Karl asintió.

—Stephan Bringholm está en Mora, y con sus antecedentes de violencia no es ilógico pensar que pueda estar involucrado en la desaparición de su novia.

Mikael conocía de sobra el pasado violento del exnovio de Greta. Aunque era un asunto del cual ella prefería no hablar, sabía de muy buena fuente lo mal que lo había pasado a su lado. Había tenido que sacarle información a Nina sobre el sujeto porque delante de Karl ni siquiera era prudente traer a colación su nombre. Recordó esa vez en la que el inspector le había pedido que investigase con discreción a Bringholm tras el regreso de Greta al pueblo, pero en los registros de la policía de Söderhamn apenas figuraba por un par de multas de tránsito, aunque era probable que estuviese involucrado en la desaparición de su novia. No necesitó analizar demasiado lo que estaba a punto de decir, solo esperaba que Karl aprobara su petición.

—Quiero hacerme cargo del caso —soltó a boca de jarro y provocó que su jefe respirase hondo y que Cerebritito dejase de teclear.

—No creo que sea lo más prudente, Stevic. Cualquier conflicto de índole personal que interfiera en la investigación nos dejará con el culo al aire, y en este momento debemos enfocarnos en la aparición de Elin Rosenberg —manifestó Karl ante su insensata propuesta.

Mikael golpeó la mesa con el puño y se puso de pie. Dio un par de vueltas en el lugar antes de enfrentarse otra vez con su jefe. Se acomodó el cabello y bufó. Tenía que calmarse, no ganaba nada con enojarse. Lo que debía hacer era convencerlo de que no iba a meter la pata y estaba dispuesto a valerse de cualquier treta para conseguirlo.

—Karl, sabes muy bien que soy capaz de dejar los intereses personales de lado y llevar adelante la investigación sin que tengas que arrepentirte de habérmelo permitido —le planteó—. Creo que mi experiencia en Gotemburgo, cuando formé parte de la investigación de una de las desapariciones más sonadas de la ciudad, es suficiente garantía de que sé cómo actuar en casos como este. Soy tu mejor elemento dentro de la comisaría, y eso no lo puedes negar —alegó al final, a sabiendas de que

pecaba de vanidoso, aunque era lo que menos le importaba.

El inspector torció la boca en un gesto dubitativo. Todo el peso de la responsabilidad caía sobre sus espaldas y cualquier error podía costarles caro. Por supuesto que, si eso ocurría, él sería el primero en pagar las consecuencias, pero aun así debía reconocer que Mikael tenía razón y, debido a que de pronto tenían dos casos que investigar, no había muchas opciones. Tal vez se arrepintiese luego, pero volvería a darle al muchacho su voto de confianza. Había hecho las cosas bien durante su ausencia, y eso era suficiente para darle la respuesta que esperaba.

—Está bien, Stevic, tú ganas. —Esbozó una sonrisa de resignación—. Te harás cargo del caso de la desaparición de Elin Rosenberg. Miriam Thulin trabajará contigo; Nina y yo investigaremos la agresión a Sigvard Thorne.

Mikael asintió. Sabía cuánto le costaba dar el brazo a torcer cuando de una investigación policial de esa índole se trataba. Karl había decidido apoyarlo en su decisión y haría lo imposible por no defraudarlo.

\* \* \*

Apenas puso un pie dentro del edificio principal del Paradis, Greta supo que algo ocurría. Algunos de los huéspedes del complejo se encontraban reunidos en el *hall* mientras escuchaban al hombre con el bigote parecido a Errol Flynn que había visto en el estacionamiento. Un par de mujeres asentían con la cabeza y de vez en cuando se miraban entre ellas con un evidente gesto de preocupación en el semblante.

Divisó a Ejnar Kellander detrás de la barra del bar. Él advirtió su llegada, pero rápidamente su atención se centró en el grupo que se había apiñado en el *hall*. Presa de la curiosidad y de una inquietud inexplicable que le erizaba los pelos de la nuca, decidió acercarse al amigo de su padre.

—Hola, Ejnar. ¿Qué sucede?

Él se rascó la barba y se apoyó en la barra para responder la pregunta.

—Uno de los huéspedes está desaparecido desde anoche. Hemos organizado varios grupos de búsqueda, pero ha sido inútil. En casos así es mejor que la policía intervenga cuanto antes. En este momento, el novio está en la comisaría para denunciar el hecho.

—¿De quién se trata?

—Elin Rosenberg. Ella y su novio llegaron hace una semana desde Söderhamn. ¿No era allí donde vivías cuando dejaste Mora?

Enseguida comprendió el porqué de esa extraña reacción física no bien llegó al lugar.



—Justo venía para hablar con ella —dijo Greta mientras hacía un gran esfuerzo por asimilar la bomba que acababa de lanzarle Ejnar—. Trabajamos juntas en Söderhamn —agregó sin entrar en más detalles.

—¿Greta, te has enterado?

Se volteó cuando reconoció la voz de Inga-Marie. Junto a ella, Lotta fumaba sin parar. Aplastó el cigarrillo en el cenicero de pie ubicado junto al mostrador cuando recordó que estaba prohibido hacerlo.

—Ejnar acaba de contármelo. ¿Cómo es posible que Elin no aparezca?

Inga-Marie empezó a mover la cabeza.

—Dejó la cabaña después de discutir con Stephan. —No le importaba pecar de indiscreta frente al propietario del Paradis, en esos momentos lo fundamental era conocer el paradero de su amiga—. Él estaba tan borracho que no recuerda nada. Dice que Elin volverá cuando se le pase el enojo. ¡La excusa perfecta para lavarse las manos una vez más! —exclamó con rabia.

—No culpes al pobre Stephan por lo que ocurrió —intervino Lotta y la asió del hombro con la intención de apaciguarle el ánimo.

Inga-Marie le lanzó una mirada reprobatoria y se apartó de ella con brusquedad. Greta creyó percibir cierta tensión entre ambas mujeres, aunque la atribuyó a la situación desesperante que atravesaban.

—Greta, después de la charla que tuvimos ayer, estarás de acuerdo conmigo en que Stephan es el único culpable de que Elin haya desaparecido —alegó Inga-Marie para buscar el apoyo de la pelirroja.

No supo qué decir. Ella mejor que nadie conocía el carácter violento de Stephan, sin embargo, no podía responsabilizarlo por lo sucedido. Si habían peleado, lo más probable era que Elin hubiera preferido alejarse de él para no resultar lastimada, ella solía hacerlo cuando estaban juntos. Sugirió llamarla por teléfono, pero, cuando le dijeron que lo había dejado en la cabaña, volvió a inquietarse.

—Contamos con la ventaja de que han transcurrido solo unas horas desde que fue vista por última vez —comentó Ejnar.

Como expolicía, conocía demasiado bien las estadísticas, sobre todo en casos de desaparición, donde el tiempo siempre les jugaba en contra. Sus ojos azules buscaron a Vibeke en medio de la multitud, la había visto allí poco antes de la llegada de Greta, pero ya no estaba, seguro que había subido al apartamento para ver cómo se encontraba la pequeña Cilla. Señaló hacia la puerta, y las tres mujeres se voltearon para ver qué sucedía.

Greta cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza durante apenas unos segundos, que le bastaron para pedir que el suelo se abriese bajo sus pies y se la

engullera con rapidez. Intentó esconderse detrás de Lotta, pero ya era demasiado tarde. Puso la mejor de sus sonrisas mientras Mikael y Miriam se aproximaban a ellos.

\* \* \*

A medida que avanzaba por el enorme *hall* del edificio principal del Paradis, Mikael no podía apartar la vista de Greta. Supo que la encontraría allí incluso antes de toparse con el Mini Cabrio en el estacionamiento. ¿Cómo demonios hacía para aparecer siempre en los sitios donde se perpetraba un delito o se sospechaba de alguno?, se preguntó. Empezaba a creer que la misma Greta era un misterio de esos imposibles de resolver. Cuando miró de soslayo a su compañera, la descubrió con una sonrisa en el rostro. A él toda esa situación le hacía perder los estribos, a ella, en cambio, le causaba gracia.

Se dio cuenta de que todavía llevaba las gafas de sol en la mano. Se las guardó en el bolsillo de la camisa y carraspeó.

—Ejnar, ¿cómo estás? —Lo saludó con una ligera inclinación de cabeza. Luego miró a las dos mujeres que rodeaban a Greta—. Soy el teniente Stevic, y ella es mi compañera, la sargento Thulin. —Puso toda su atención en la pelirroja y le hizo un gesto con las cejas que solo ella comprendió y que significaba: «¿Qué diablos haces aquí?»—. Hola, Greta, no esperaba verte hasta más tarde.

Inga-Marie y Lotta se miraron con disimulo. Cuando las mejillas de Greta se tiñeron del mismo color que su cabello, se puso en evidencia la intimidad que compartía con el teniente.

—Hola, Mikael. Vine al Paradis para visitar a Cilla, no se sentía bien ayer y quería saber cómo seguía —le explicó al tiempo que, con disimulo, le hacía un gesto a Inga-Marie para que no revelara el verdadero motivo de su presencia allí.

Él no dijo nada. La conocía y sabía que era imposible darse cuenta si decía la verdad o si solo intentaba justificarse por volver a entrometerse en una investigación policial.

—Se ha reportado la desaparición de una joven...

—Así es, teniente —lo interrumpió Lotta—. Se trata de nuestra amiga Elin.

—¿Y usted es...?

—Mi nombre es Inga-Marie Covitz, y ella es Lotta Stærmose —dijo, decidida a intervenir—. Llegamos al pueblo hace una semana acompañadas de nuestras parejas, Lennart y Benedikt. Elin y su novio Stephan fueron los que organizaron este viaje para festejar el décimo aniversario de bodas de Lotta y Benedikt.

A Mikael le costó retener tantos nombres, pero comprobó que, en una libreta azul,

la sargento Thulin tomaba nota de todo.

—Stephan Bringholm se encuentra todavía en la comisaría —les informó.

—¿Lo han detenido? —La que preguntó fue Lotta.

Mikael negó con la cabeza.

—Después de declarar, le sugerimos que permaneciera allí a la espera de novedades.

Greta y él intercambiaron miradas. El procedimiento policial indicaba que el siguiente paso era la inspección ocular de la cabaña que compartía la pareja. Seguramente, la presencia de Stephan en el lugar habría entorpecido el trabajo de los forenses.

—Mikael, si quieres, puedes usar mi oficina para comenzar con los interrogatorios —ofreció Ejnar mientras salía de atrás del mostrador.

—Gracias, pero primero queríamos ver la cabaña donde se alojaba Elin Rosenberg.

—Yo mismo los llevaré. Deja que antes le avise a Vibeke para que venga a cubrirme en la recepción. —La llamó desde su propio móvil, pero no pudo comunicarse con ella—. Lo más probable es que lo haya apagado para no molestar a la niña.

—Si quieres, puedo quedarme yo —sugirió Greta y trató de esquivar la mirada acusatoria de Mikael. Prefería cualquier cosa antes que enfrentarse a su malhumor.

—Perfecto, de todos modos, con el revuelo que se armó en el complejo, dudo de que haya mucho movimiento por aquí. Apenas me desocupe, regreso.

Greta se colocó detrás del mostrador y ocupó una banqueta con rapidez. Escuchó cuando Mikael les comunicó a las amigas de Elin que no se movieran del lugar porque necesitaban tomarles declaración antes de irse. Tanto Lotta como Inga-Marie asintieron en silencio. Ella pensó que se quedarían a hacerle compañía, pero, después de que Ejnar escoltase a Mikael y a Miriam fuera del edificio, ambas se dirigieron al *hall*. Greta se distrajo con dos niñas que pasaron a la carrera delante de ella y, al levantar la vista, vio que las amigas de Elin habían desaparecido.

\* \* \*

Gotilda Thorne abandonó la silla cuando divisó al inspector Lindberg y a la sargento Wallström dirigirse hacia ella por el pasillo del Lassarets. Llevaba casi dos horas a la espera de noticias de su hermano. Una enfermera joven, que se apiadó de su angustia, le había comunicado que aunque Sigvard seguía en urgencias, los médicos habían conseguido estabilizarlo. Después no supo más nada y temía lo peor.

Apenas fue capaz de esbozar una sonrisa cuando Karl la saludó. Percibió la mirada compasiva de Nina y respiró profundo, tenía tangas ganas de echarse a llorar, pero logró contenerse.

—¿Alguna novedad?

Gotilda negó con la cabeza.

—No, sargento. Ni siquiera me han dejado verlo todavía —se quejó al tiempo que se volteaba hacia la puerta que conducía a la sala de emergencias.

—¿Le importa si le hacemos algunas preguntas? —intervino Karl.

Tal vez no era el momento oportuno, pero tenían que descubrir cuanto antes qué había detrás del ataque. Por primera vez en mucho tiempo, tenían una víctima que había logrado sobrevivir y, hasta que él mismo pudiera contarles qué había sucedido, necesitaban avanzar en la investigación.

Gotilda volvió a sentarse y les indicó que hicieran lo mismo. Nina se ubicó a su lado y Karl prefirió quedarse de pie.

—¿Cuándo fue la última vez que vio o habló con su hermano?

—Me llamó ayer por la noche y me contó que había pasado temprano por la librería de su hija para dejar unos folletos del museo. Estas últimas semanas han sido muy agotadoras para él, no es sencillo organizar una muestra tan importante. Apenas nos veíamos.

—Se refiere a la exposición de los caballos de Dalecarlia —adujo el inspector.

El mismo Sigvard se había puesto en contacto con él unos días antes para solicitarle un par de agentes que custodiaran la muestra apenas llegasen los ejemplares al museo. Se esperaban las piezas más valiosas para ese fin de semana, y él le aseguró que enviaría a dos de sus hombres para entonces. Después no habían vuelto a hablar.

—Sí. Sigvard decidió hacerse cargo de todo en persona. Le dije que era demasiada responsabilidad para él y que me enojaría mucho si no aceptaba la colaboración de la gente del museo. —Todavía parecía enojada—. Logré que al menos aceptara que su asistente le diera una mano.

—¿Cuál es su nombre?

La pregunta del inspector sorprendió a la mujer.

—¿Creen que la agresión tiene que ver con el trabajo de mi hermano en el museo?

—Es demasiado pronto para afirmarlo —explicó Nina—, pero tenemos que hablar con todas las personas del entorno de Sigvard, y eso incluye, por supuesto, a la gente del Anders Zorn.

Gotilda asintió.

—Se llama Peder Vanderkelen y hace dos años que se desempeña como asistente de mi hermano. Es un muchacho adorable, apasionado del arte gótico. Una vez vino a

cenar a casa y nos reímos mucho con él.

Nina anotó su nombre en la libreta.

—¿Sabe de alguien que no se llevara bien con su hermano? ¿Discutió con alguna persona recientemente?

—Sigvard se lleva bien con todo el mundo —se apresuró a aclarar—. Nadie que conozco le haría daño. Es posible que hayan entrado a robar, él haya sorprendido al ladrón y recibiera esa golpiza. ¿Es la teoría más plausible, verdad?

Karl y Nina se miraron; ninguno respondió. Al principio ellos también manejaban esa hipótesis, pero después de que los peritos inspeccionaron la escena, nada indicaba que se hubiera tratado de un robo seguido de agresión, sobre todo porque habían encontrado una fuerte suma de dinero en la casa y varios objetos de valor, el botín perfecto para cualquier ladrón de poca monta. Detrás de todo aquello había una motivación más siniestra.

—El robo es una de nuestras líneas de investigación —dijo Nina para no alarmar más a la pobre mujer—. Aun así, debemos explorar todas las posibilidades para dilucidar qué pasó.

—Con respecto a lo del robo, nos gustaría que se acercara a la casa de su hermano apenas le sea posible y nos diga si falta algo.

—Iré en cuanto sepa algo de Sigvard, inspector.

Él asintió. Tal vez cuando Gotilda constatará con sus propios ojos que no se habían llevado nada, empezaría a sacarse de la cabeza la idea del robo.

Un médico enfundado en un ambo de color azul abrió la enorme puerta de la sala de emergencias y se les acercó. Según la etiqueta del bolsillo, se apellidaba Stokke.

—¿Familiares de Sigvard Thorne? —preguntó.

—¡Soy su hermana! —exclamó Gotilda y se paró de la silla como si la hubiera impulsado un resorte.

—Bien. Hemos conseguido estabilizar a su hermano y someterlo a una cirugía. El golpe que recibió en la cabeza le provocó un edema cerebral importante y no ha recobrado el conocimiento todavía.

—¿Se encuentra fuera de peligro, doctor Stokke?

—Las próximas cuarenta y ocho horas serán cruciales —le anunció—. Si logra pasarlas, tiene muchas posibilidades de salvarse.

Gotilda soltó el aire de los pulmones y juntó ambas manos en el pecho.

—¿Sabe cuándo podrá hablar con nosotros? —preguntó Karl.

El doctor lo fulminó con la mirada. Sus ojos eran oscuros y logró intimidarlo.

—Entiendo que la policía quiera hacer su trabajo, pero en este momento el paciente no puede ser molestado, mucho menos ser sometido a un interrogatorio.

—¿Puedo ver a mi hermano? —interrumpió Gotilda.

—Están por trasladarlo a cuidados intensivos, en unos minutos podrá pasar a verlo —informó y se despidió de ellos cuando escuchó que lo llamaban desde traumatología a través de un parlante.

Karl y Nina comprendieron que no podrían obtener nada más al quedarse allí, por lo que decidieron regresar a la comisaría.

## CAPÍTULO VIII

Cuando Stevic y Miriam Thulin ingresaron a la cabaña que Elin Rosenberg compartía con su novio, la encontraron bastante desordenada. Encima de una mesa de cristal había un paquete de cigarrillos y una botella de whisky casi vacía y unas cuantas prendas de vestir estaban desparramadas por el sofá. En el suelo, frente a la chimenea, había una maleta. Mikael se acercó y la movió, estaba vacía. Los forenses todavía no habían llegado, ellos eran los primeros en inspeccionar el lugar, por lo tanto, debían tener cuidado de no contaminar la escena.

—A pesar del desorden no hay señales de pelea —manifestó Miriam y fue hacia una de las dependencias de la cabaña donde funcionaba la cocina—. Los platos sucios siguen en el fregadero —le informó mientras observaba el diminuto espacio donde apenas cabían una estufa, el refrigerador y el mobiliario. Había un manojito de llaves en la mesa y el recibo de una gasolinera. Se acercó para ver mejor y descubrió que estaba fechada cinco días antes. Cuando se dio vuelta, no vio a Mikael. Abandonó la cocina y lo encontró en la habitación, agachado frente a la mesita de noche mientras miraba su interior.

—¿Has encontrado algo?

—El móvil de Erin. Sus amigas dijeron que se lo había olvidado.

—Es extraño.

—¿Qué cosa?

—Que una mujer salga en medio de la noche sin su teléfono.

Mikael asintió, ese era un detalle que tampoco terminaba de cerrarle. Lo tomó y se lo metió dentro del bolsillo del pantalón.

—No tiene mucho sentido seguir al pie de la letra el protocolo policial en lo que a recolección de pruebas se refiere —alegó para justificar lo que acababa de hacer—. Cuanto antes analicemos su teléfono, mejor.

La sargento concordó con él. Tras revisar el armario y comprobar que también las pertenencias personales de Elin continuaban allí, la probabilidad de que se hubiera

marchado por voluntad propia empezaba a perder peso. Ella recordó que, según lo que había planteado Stephan Bringholm, la joven había dejado la cabaña porque estaba demasiado enojada con él como para permanecer a su lado.

—Si de verdad es así, a esta altura Elin Rosenberg ya debería haber regresado —alegó Mikael, poco convencido con la explicación que había dado su novio. El olfato le decía que Stephan ocultaba algo, sin embargo, debían ser cautos. Nada en la cabaña indicaba que se encontrasen frente a una acción criminal—. Por lo pronto, iniciaremos una investigación por averiguación de paradero. De todas maneras quiero que los del laboratorio hagan las pericias en este lugar como si se tratase de la escena de un crimen. Ahora interroguemos a las amigas para conocer los movimientos de Elin antes de su desaparición. —Se rascó el mentón y torció la boca en un gesto de fastidio—. Aunque antes tengo que resolver un asunto.

Miriam lo siguió de cerca hasta la recepción y no pudo evitar cierta desazón cuando él se acercó a Greta y le susurró algo al oído. Él la apartó hacia un rincón para buscar un poco de intimidad y se hizo evidente cuál era la intención de la pelirroja cuando se le prendió al brazo y empezó a sonreírle. Quería salir airosa de toda esa situación y ahorrarse el sermón que seguro tenía preparado para ella. Al darse vuelta se topó con Inga-Marie Covitz.

—¿Cuándo van a empezar los dichosos interrogatorios? —le preguntó antes de llevarse un cigarrillo a los labios.

Miriam miró por encima del hombro. El teniente perdía el tiempo con Greta, así que, en su flamante rol de sargento de la policía, decidió empezar sin él. Guio a la amiga de Elin hasta la oficina de Ejnar Kellander y la invitó a sentarse. Inga-Marie prefirió permanecer de pie, le dio una última pitada al cigarrillo y lo arrojó dentro del cenicero.

Miriam también optó por quedarse parada. Observó con rapidez el lugar y puso atención a una serie de fotografías que colgaban de la pared frente a ella. Eran imágenes del antes y del después del predio que ocupaba el complejo de cabañas. Las que habían sido tomadas antes de la construcción del Paradis eran en blanco y negro; las del después, a todo color.

—¿Y bien, sargento? —preguntó Inga-Marie con impaciencia.

Miriam se acomodó el cabello hacia un costado y rodeó el escritorio. Sacó su libreta y la abrió.

—¿Cuándo fue la última vez que vio o habló con Elin Rosenberg?

—Cenamos todos juntos ayer por la noche en el restaurante del complejo.

—¿A qué hora fue eso?

—A las ocho. Después Lotta propuso dar un paseo por la orilla del lago, pero



Stephan y Elin no quisieron salir, se retiraron poco después de las nueve. Mi esposo y yo tampoco teníamos ganas de trasnochar, aun así, Lotta y Benedikt decidieron recorrer los alrededores.

—¿Notó algo extraño en el comportamiento de su amiga?

Inga-Marie tardó unos cuantos segundos en responder.

—Estaba taciturna y algo distraída. Apenas prestaba atención a lo que sucedía a su alrededor. Cuando le pregunté qué le pasaba, dijo que solo era cansancio.

—¿Y qué hay de su novio? ¿Cómo se comportó esa noche?

—Como siempre —dijo con sarcasmo—. Reía y bromeaba con sus amigos. Empezó a beber desde temprano, por lo que no es raro que terminase completamente borracho y no recuerde que ocurrió exactamente con Elin. —Observó cómo la sargento escribía en la libreta.

—Entonces confirma que la última vez que vio a su amiga fue poco después de las nueve de la noche.

Inga-Marie negó con la cabeza.

—No exactamente...

Miriam dejó de anotar y levantó la vista.

—¿A qué se refiere?

Inga-Marie tomó asiento. Apoyó la espalda en la butaca, dejó el cuerpo por completo erguido y soltó un suspiro.

—Después de verla tan preocupada durante la cena, porque puedo asegurarle que no era cansancio lo que se le reflejaba en el rostro sino angustia, la llamé por teléfono y le pregunté qué le pasaba realmente, pero no tenía ganas de hablar, sin embargo, conseguí convencerla de que nos encontráramos en el bar. Apenas apareció, supe que era grave. La pobre se echó a llorar desconsolada en mis brazos.

—¿Qué le dijo?

Inga-Marie se cruzó de piernas. Los ojos de Miriam entonces se desviaron hasta su pie. Llevaba sandalias y las uñas pintadas de rojo con prolijidad. Un anillo con una diminuta piedra blanca le adornaba uno de los dedos.

—Me contó que planeaba dejar a Stephan. —Hizo una pausa. Se sentía incómoda al hablar de un asunto tan delicado—. Elin creía que él la engañaba con otra.

—¿Le dijo con quién?

La mujer negó con la cabeza.

—No quiso contármelo, aunque tuve la sensación de que ella sabía de quién se trataba.

Miriam hizo un par de anotaciones más en la libreta y subrayó la palabra «infidelidad».

—Nos bebimos un trago y luego regresamos juntas a nuestras cabañas, la suya está al final del complejo, por lo tanto, ella continuó un buen tramo del camino a solas.

—¿A qué hora la dejó entonces?

—No lo sé exactamente, pero sería alrededor de la medianoche.

—¿Vio a alguien merodeando por el lugar?

—Nos cruzamos con un par de huéspedes justo antes de separarnos. Era una pareja de ancianos, creo que son franceses.

—Los buscaremos para preguntarles si han visto algo.

—Sargento, ¿cree que a Elin le ha pasado algo malo?

Miriam Thulin no supo qué responderle. Lo que acababa de contarle sobre una supuesta infidelidad de Stephan y el hecho de que Elin pensaba dejarlo abrían otra hipótesis mucho más perturbadora.

—Haremos todo lo posible para encontrar a su amiga, señorita Covitz.

—Elin no se ha ido por sus propios medios —afirmó—. Cuando nos despedimos, lo hicimos hasta esta mañana, porque ella, Lotta y yo íbamos a pasar el día en el *spa* mientras nuestros chicos salían de excursión. Si no ha aparecido todavía, es porque algo le ha ocurrido.

—Deje que hagamos nuestro trabajo. La investigación recién comienza y es demasiado pronto para saber lo que ha pasado.

Inga-Marie asintió. Ni siquiera la miraba, sus ojos oscuros se perdían en algún punto imaginario mientras apretaba los labios. Había tristeza e incertidumbre en su semblante. Estaba a punto de echarse a llorar, pero se contuvo. Miriam le puso la mano en el hombro en señal de apoyo y la dejó un momento a solas en la oficina para que se recuperara.

\* \* \*

—No vas a conseguir nada con esa sonrisa, pelirroja —le advirtió Mikael a Greta mientras hacía un gran esfuerzo para no perder la poca paciencia que le quedaba.

Todavía recordaba el par de maldiciones que había soltado cuando, al llegar al Paradis, se topó de frente con su coche en el estacionamiento. Imaginar que su presencia en el complejo de cabañas tenía que ver con la aparición de su exnovio en el pueblo lo volvía loco.

Greta tragó saliva. En oportunidades anteriores había logrado apaciguar su malhumor. Bastaba una caricia, una caída de ojos o esa sonrisa mitad inocente mitad seductora, que él insistía en ignorar, para que se olvidara de regañarla. Sin embargo,

parecía que todas esas artimañas que habían funcionado bien hasta ese momento no surtían el efecto deseado.

—Si te digo que me encontraste aquí por pura casualidad, ¿me creerías? — Cuando Mikael enarcó las cejas y la miró, supo que no—. Vine al Paradis para hablar con Elin. En caso de que no lo recuerdes, fuimos compañeras de trabajo en Söderhamn, enseñamos Literatura en el mismo colegio.

—Me lo comentaste hace tiempo, sí lo recuerdo —respondió él, ansioso por oír qué le diría a continuación.

—Ella y sus amigas asisten al club de lectura estival, estuvieron presentes ayer en la primera reunión.

—Eso no me lo mencionaste, pelirroja.

—Se me olvidó.

—¿Hay algo más que hayas olvidado decirme?

Greta comprendió que no era ni el momento, ni el lugar para contarle lo de Stephan. Mikael estaba demasiado ofuscado con ella y no necesitaba que encima le saliera con una escena de celos. Volvió con la misma estrategia de antes y le sonrió. Le tocó el puño de la camisa y le metió un dedo debajo para acariciarle la parte interna de la muñeca. Notó que él contenía la respiración.

—No vas a salirte con la tuya, Greta. —Se cruzó de brazos para que dejara de torturarlo de esa manera—. Además, sigo sin entender qué haces aquí exactamente.

Greta resopló con fuerza y el flequillo se le movió hacia un costado, se lo acomodó en su sitio de un manotazo. Cuando Mikael se metía en el rol de policía y empezaba con el interrogatorio, sabía que no tenía escapatoria.

—Inga-Marie, una de las amigas de Elin, me pidió que viniera a hablar con ella, quería que yo tratara de convencerla para que dejase por fin a Stephan. Ella pensaba que cuando le recordara lo que yo misma padecí a su lado, conseguiría convencerla de que terminara con él. —Se detuvo para estudiar la reacción de Mikael después de mencionar a su exnovio. Él la escuchaba con el ceño fruncido y la mandíbula tensa—. Decidí venir a verla, aunque esperaba no toparme con Stephan en el complejo. Cuando llegué me enteré de lo que sucedió.

—Bringholm apareció en la comisaría mientras yo estaba en el hospital —le informó—. Fue Karl quien le tomó la denuncia.

Greta pensó en su padre y en el impacto que seguro le habría causado ver a su exnovio después de saber todo lo que le había hecho y por un segundo temió lo peor. Miró el bolso. Cuando atinó a sacar el móvil para llamarlo y cerciorarse de que se encontraba bien, Mikael la detuvo.

—Puedes quedarte tranquila, todo se desarrolló con normalidad. Sin embargo,

estoy seguro de que tu padre apenas pudo contenerse cuando tuvo a ese sujeto frente a él. —Sabía que Karl todavía se sentía culpable por no haber podido proteger a su hija cuando Stephan la acosaba.

Ella asintió. La presencia de Stephan en Mora no solo había trastornado su vida, sino también la de aquellos que la rodeaban.

—Cuando yo me lo crucé en el pasillo, no lo reconocí.

—¿Has hablado con él?

—Todavía no, aunque la razón principal por la cual decidimos que permaneciera en la comisaría es para poder interrogarlo.

—No creo que papá...

—Karl me puso a cargo de la investigación, Greta —la interrumpió—. Seré yo quien interroge a Bringholm por la desaparición de su novia —le comunicó.

Greta no dijo nada. La idea no le agradaba demasiado, pero si le daban a elegir, prefería que fuese Mikael quien tuviese que lidiar con Stephan y no su padre.

—¿Cómo sigue Sigvard Thorne? —preguntó. Necesitaba dejar de hablar de su exnovio, aunque sea por un instante.

—No lo sé, seguía en urgencias cuando dejé el hospital. Tu padre y Nina investigarán el caso. —Le echó una ojeada al reloj—. A esta hora deben de estar en el Lassarets con su hermana.

—Creo que voy a llamarla para saber cómo sigue.

—Hazlo —respondió Mikael para secundar su decisión. Podía tratarse de una nueva treta para meter las narices donde no debía, aunque tenía el presentimiento de que esa vez lo hacía porque sentía simpatía por Sigvard y por Gotilda—. Voy a buscar a mi compañera para empezar con los interrogatorios. ¿Ya te vas o planeas quedarte?

—Quiero pasar a ver a la niña. Vibeke no fue a la reunión ayer por la tarde porque Cilla estaba enferma. ¿Olvidé mencionarte que esa es la otra razón que me trajo al Paradis? —agregó con ironía.

Se quedó callado, la pelirroja sabía ser mordaz cuando se lo proponía. Le apretó con suavidad el hombro en un gesto de conciliación.

—Nos vemos en la estación a las seis. ¿Supongo que recuerdas que hoy llegan mis tías, verdad?

Ella le acarició la mano y le sonrió.

—Sí, teniente, lo recuerdo muy bien. Nos vemos más tarde.

Lo observó mientras se dirigía a la oficina de Ejnar para reunirse con la sargento Thulin. Sacó el teléfono del bolso y marcó el número de Vibeke Pålsson. No respondía. Cuando estaba a punto de desistir, escuchó su voz al otro lado de la línea.

—Vibeke, soy Greta. Estoy aquí, en la recepción del Paradis, y no querría irme sin

antes ver a tu hija.

—Acabo de dejarla en su habitación, Greta. Logré que por fin se durmiera.

—¿Qué es lo que le pasa?

—Le duele el estómago y anoche tuvo fiebre. Creo que ha comido golosinas a escondidas. Se lo tengo terminantemente prohibido, pero es demasiado golosa y después de un atracón, es lógico que se enferme.

Greta sintió lástima por la niña. Ella también solía atiborrarse de dulces cuando era pequeña. Los comía en su habitación o en el hueco que había debajo de la escalera; al igual que Cilla, lo hacía cuando nadie la veía. Era la consentida de su padre, de su tío Pontus y hasta del doctor Grahn, por lo tanto, era normal que recibiera más golosinas que los demás niños. Solo las compartía con Hanna, porque a su primo Lasse, quien en ese entonces tenía la horrible costumbre de tironearle de las trenzas, ni siquiera le tocaban unos caramelos.

—Me habría gustado verla y contarle más travesuras de *Miss Marple*, pero es mejor que duerma.

—Le diré que has venido, Greta. Seguro que insistirá en ir a visitarte apenas se recupere. Creo que en este momento, con lo que ocurre en el complejo, será bueno que salga y se distraiga con tu lora. Esta mañana vio a uno de los grupos que se organizó para buscar a Elin Rosenberg y no paraba de hacer preguntas.

—Ojalá que aparezca sana y salva.

—Es lo que todos deseamos. Es preocupante la suerte de la joven, pero Ejnar y yo debemos pensar también en la reputación del Paradis. Un hecho de esas características, con la policía involucrada, solo traería problemas.

Greta notó cierto egoísmo en ese comentario, pero no dijo nada. Se despidió y le pidió a Vibeke que le diera un beso a la niña de su parte antes de cortar. Se paseó por la recepción con la esperanza de que alguien llegase con novedades de Elin, pero el tiempo pasaba y nada se sabía de su paradero. No podía quedarse, con la presentación de la novela de Pernilla Apelgren en puerta y la presencia de Josefina Swartz en el pueblo tenía demasiadas cosas de las cuales ocuparse.

Abandonó el edificio y caminó presurosa hacia el sitio donde había dejado estacionado el Mini Cabrio. Una vez en su interior, a resguardo de los rayos del sol, llamó por teléfono a Gotilda para preguntarle por su hermano.

\* \* \*

A Mikael no le sorprendió en lo más mínimo que Miriam hubiera tomado la iniciativa. Era evidente que había ganado confianza en sí misma durante su estadía en la capital.

La encontró fuera de la oficina de Kellander, después de haber interrogado a Inga-Marie Covitz.

—¿Cómo ha ido?

Ella se recostó contra la pared, empezó a masajearse la nuca para aflojar la tensión que había acumulado esa mañana y luego, para calmar el sofoco, se desprendió el primer botón de la camisa. Notó que el teniente se ponía nervioso.

—Mejor de lo que esperaba. Al parecer, Elin Rosenberg planeaba abandonar a su novio porque creía que le era infiel. Anoche se lo confesó a Inga-Marie mientras tomaban unos tragos.

—Sabemos que no lo ha hecho porque todas sus cosas siguen en la cabaña —comentó Mikael ante el giro que de repente tomaba la investigación—. Tal vez esa fue la razón por la cual discutió con su novio; Elin quería dejarlo y Bringholm no estaba dispuesto a perderla. ¿Qué más ha dicho su amiga?

—Ignora con quién la engañaba, aunque se atrevió a asegurar que Elin sí lo sabía.

—Tal vez consigamos más detalles con su otra amiga, aunque hace rato que la perdí de vista.

Miriam supuso que si había estado con Greta, le habría prestado poca atención a lo que ocurría a su alrededor.

—Yo misma iré a buscarla, teniente. —Se dio vuelta sobre sus talones y atravesó el pasillo en dirección al *hall*, sitio en el cual había visto por última vez a Lotta Stærmoste. Volvió apenas un par de minutos más tarde con malas noticias: la mujer se había descompensado durante la búsqueda de Elin Rosenberg y no podían molestarla por el momento.

Entonces Mikael resolvió citarla a ella y a los demás para que prestaran declaración en la comisaría y se comunicó con la policía de Orsa para pedir refuerzos. En la comisaría del pueblo vecino contaban con un grupo de agentes y perros capacitados en la búsqueda de personas. Aprovecharían cada minuto del día hasta que oscureciera para peinar palmo a palmo el complejo de cabañas y los alrededores. Luego le pidió a la sargento Thulin que estuviera al mando del operativo, él tenía algo más importante que hacer.

## CAPÍTULO IX

Greta había notado a Gotilda Thorne demasiado angustiada al teléfono como para dejarla sola en un momento tan difícil. Le avisó a su primo que no podía pasar por Némesis y alegó que tenía un asunto personal que no podía posponer. Él la conocía, por eso prefirió no hacer preguntas y se ofreció a empezar con la lista de pedidos de la siguiente semana para ganar tiempo.

En recepción le dijeron que Sigvard Thorne acababa de ser trasladado a la unidad de cuidados intensivos y que su hermana se encontraba con él. La empleada le recordó que no era horario de visitas, pero gracias a la intervención de Selma Steinkjer, una de sus chicas del club de lectura que llevaba años como enfermera en el Lassarets, consiguió que la dejaran pasar.

—¿Se va a recuperar? —le preguntó a Selma mientras la escoltaba hasta el área de cuidados intensivos.

—Su estado es bastante grave, Greta —le reveló en voz baja—. No hemos querido comunicárselo a su hermana todavía, pero es posible que nunca vuelva a despertarse. Fue sometido a una delicada cirugía para aliviar la presión cerebral, sin embargo, no está fuera de peligro todavía. Las próximas horas serán cruciales.

Greta asintió. Las palabras de Selma le hicieron rememorar el hecho más doloroso de su vida: la muerte de su madre, acontecida hacía más de diez años cuando tras ser embestida por un conductor ebrio, perdió la vida en una mesa de cirugía de aquel mismo hospital por una hemorragia interna masiva que los doctores no lograron compensar.

Se detuvieron frente a la habitación que ocupaba Sigvard. Selma le comentó que pasaría esa semana por la librería y le aseguró que no se perdería la presentación de la novela de Pernilla Apelgren por nada del mundo.

Greta dio dos golpecitos a la puerta y esperó.

—Adelante.

Cuando ingresó, vio a Gotilda sentada junto a su hermano mientras le apretaba la

mano.

—Greta, qué bueno que hayas podido venir —le dijo e hizo un gran esfuerzo por no echarse a llorar.

Ella le sonrió.

—No quería dejarla sola. —Se acercó y permaneció a los pies de la cama. Observó a Sigvard, quien era constantemente monitoreado por dos enormes aparatos que le registraban los signos vitales. Tenía la cabeza vendada y una máscara de oxígeno conectada a un respirador—. ¿Ha habido alguna mejoría? —No quería pensar en lo que le había dicho Selma. Se le notaba enseguida cuando algo la preocupaba y Gotilda necesitaba estar tranquila.

—Aún no ha despertado, pero yo sé que me escucha —le aseguró al tiempo que le acariciaba el brazo a su hermano.

—Saldrá de esta, ya lo verá. Usted misma me ha dicho siempre que Sigvard tiene la cabeza demasiado dura —comentó en son de broma con el único propósito de aligerar un poco la angustia que reinaba en el ambiente entre el molesto pitido de los monitores y el sonido pesado de su respiración.

Logró que Gotilda esbozara una sonrisa.

—Tu padre y la sargento Wallström han venido a verme. Quieren que vaya hasta su casa para verificar que no falte nada, pero no me atrevo. Tengo miedo de entrar allí y toparme con su sangre en el suelo, lo lastimaron mucho. —Se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar—. ¿Quién pudo hacerle algo así a un hombre tan bueno?

Greta se arrodilló a su lado y le tomó la mano.

—No llore, Gotilda. Lo que papá y Nina le pidieron es lo que se hace en estos casos. Hasta que Sigvard no despierte, ellos necesitan saber qué fue lo que pasó. Su colaboración es muy importante, sobre todo para descartar o validar la hipótesis del robo. Si quiere, yo puedo acompañarla. Sé que luego me acusarán de entrometida, pero no me importa.

La mujer se enjugó las lágrimas con un pañuelo.

—¿Harías eso por mí, Greta?

—Por supuesto. Iremos cuando se sienta preparada.

—¿Podrías acompañarme esta tarde o estarás ocupada con la librería?

Repasó mentalmente si tenía algo que hacer durante el resto del día, entonces recordó que las tías de Mikael llegaban al pueblo en el tren de las seis.

—¿A las cinco le parece bien? —le sugirió—. Una hora más tarde tengo un compromiso que no puedo cancelar.

—Sí, me parece perfecto, Greta. Yo me quedaré al lado de Sigvard hasta entonces, luego le pediré a alguna de las enfermeras que lo cuide hasta mi regreso. En



momentos como estos es cuando añoro tener una familia numerosa —se lamentó—. Hemos sido solo Sigvard y yo durante los últimos diez años.

—Pasaré a buscarla poco antes de las cinco entonces. —Le dio un suave apretón en la mano y se incorporó—. Cualquiera cosa que necesite mientras tanto, no dude en llamarme.

Gotilda asintió.

—Gracias, Greta, eres un verdadero ángel.

La pelirroja sonrió. Dudaba de que Mikael o su padre pensarán lo mismo cuando se enteraran de lo que iba a hacer, pero trató de no pensar en la reprimenda que recibiría de ambos. Ella solo ayudaba a una amiga en un gran momento de necesidad, si ellos no lo veían de esa manera, no era su culpa.

\* \* \*

Cuando Mikael llegó a la comisaría, Ingrid le comunicó que el inspector quería hablar cuanto antes con él. Sospechaba la razón de su urgencia, por lo tanto, era mejor no hacerlo esperar.

—¿Dónde está Bringholm? —le preguntó antes de abandonar la recepción.

—En la sala de interrogatorios. Lleva ahí dentro más de una hora.

Mikael asintió y se dirigió directamente a la oficina de Karl. Se encontró con la puerta entreabierta. No estaba solo, Nina también formaría parte de aquella conversación.

—Entra y cierra la puerta —le ordenó Karl desde el otro lado del escritorio.

Los ojos azules de Mikael se desviaron hacia la sargento. Ella se encontraba junto a la ventana, apoyada en uno de los ficheros con el móvil en la mano. Apartó la vista de la pantalla y le sonrió.

—Stephan Bringholm espera para ser interrogado. Le ofrecimos que llamara a un abogado, pero dijo que no lo necesita. —Karl se inclinó hacia delante y empezó a tamborilear los dedos encima de una carpeta—. Vas a entrar allí y estarás a solas con el exnovio de Greta, Stevic, con un sujeto que le hizo la vida imposible a mi hija y quiero asegurarme de que no me equivoqué al ponerte al frente de este caso. Nina y yo nos quedaremos en la sala contigua. Ante la menor irregularidad, no vacilaré en intervenir y suspender el interrogatorio. ¿Lo has entendido?

Stevic asintió.

—¿Qué has conseguido con las amigas de Elin? —intervino Nina. Su intención era suavizar la situación y Karl se lo agradeció con una sonrisa.

—Solo hemos podido hablar con Inga-Marie Covitz porque Lotta Stærmose sufrió

un colapso nervioso y tuvieron que sedarla. Creo que lo más lógico es que venga hasta aquí y preste declaración cuando le sea posible. Si mañana no se presenta, la enviaremos a buscar. —Miró hacia la puerta con cierta impaciencia. Luego, como si se hubiera acordado de algo, agregó—: Me puse en contacto con nuestros colegas de Orsa para que comanden el operativo de búsqueda. Hace unos minutos me confirmaron que ya están en camino.

Karl aplaudió esa decisión. Sin dudas, una de las más importantes desde que se había hecho cargo del caso. El grupo especializado en búsqueda de personas que dirigía Kollberg en el pueblo vecino era uno de los mejores a nivel nacional. Contar con su colaboración supondría un gran aporte a la investigación. Esperaban dar con el paradero de Elin Rosenberg antes de que cayera la noche.

Mikael recibió un último consejo del inspector y una palmada en el hombro de Nina. Luego atravesó el pasillo a paso firme, del todo consciente de que tan solo un muro de concreto lo separaba del exnovio de Greta. Se tomó unos segundos para estar a solas. Cuando vio de refilón que Nina y Karl se dirigían ya a la sala contigua para supervisar el interrogatorio, entró y cerró la puerta tras él.

Stephan Bringholm estaba sentado con los brazos apoyados encima de la mesa. Lo miró fijo para después mover la cabeza en un claro gesto de fastidio. Lo escuchó resoplar e incluso creyó que había soltado una maldición, seguro que no se esperaba que fuese él quien lo interrogase. Mejor así, pensó, el factor sorpresa jugaba siempre a favor de quien debía formular las preguntas. Se acercó, movió la silla y encendió el grabador antes de sentarse, luego estudió su aspecto y se sentó. Calculó que debía de tener la misma edad que él, quizá un par de años menos. Llevaba el cabello largo casi hasta los hombros, era de una tonalidad un poco más oscura que la suya y le caía constantemente en la cara. Pensó que era el estilo que le gustaba a Greta, que siempre le decía que lo prefería con el cabello largo y algo salvaje. Se molestó consigo mismo por el rumbo que habían tomado sus pensamientos. Debía dejar a Greta fuera de aquellas cuatro paredes.

Se aclaró la garganta y se cruzó de brazos.

—Es el teniente Stevic que interroga a Stephan Bringholm en relación a la desaparición de Elin Rosenberg. Son las tres y veinticinco de la tarde del viernes diecinueve de junio. Diga su nombre completo y dirección para que queden registrados en la grabación.

Stephan se reclinó hacia atrás y la silla de madera rechinó. Permaneció en silencio, por lo que aumentó la tensión, mientras se tomaba su tiempo para escudriñar al teniente.

—Stephan Erik Bringholm, Kunsgatan 18, Söderhamn —dijo por fin mientras le

clavaba la mirada.

Mikael no se sintió intimidado. Parecía que quería manejar la situación, pero no se lo iba a permitir.

—Dígame, Bringholm, ¿qué ocurrió anoche en la cabaña que compartía con su novia?

—Elin no estaba de buen humor y yo empecé a beber temprano. Ni siquiera recuerdo por qué razón discutimos, supongo que se trató de alguna de sus absurdas sospechas.

—¿Sospechas?

—Sí. Últimamente estaba insoportable, me celaba por cualquier cosa —respondió—. Siempre fue bastante posesiva y, aunque reconozco que al principio su actitud alimentaba mi ego, discutíamos mucho. Pensé que durante estas vacaciones nuestra relación mejoraría, pero me equivoqué.

—¿Por qué decidieron venir a Mora?

Stephan no respondió, por el contrario, esbozó una sonrisa socarrona a modo de provocación. El interrogatorio apenas había comenzado y el nombre de Greta, aunque no había sido mencionado ni una sola vez, ya sobrevolaba entre ellos.

—Estuve aquí hace unos años de visita y me enamoré del pueblo. Cuando mi amigo Benedikt me invitó vacacionar con él, su esposa y otra pareja amiga, le propuse que viniéramos a Mora, tenía muchos deseos de volver.

—¿Qué pensó Elin de que haya sido justo usted quien sugiriera venir a Mora?

—Le encantó la idea.

—¿Está seguro?

Él no le creía nada. Acababa de decirle que su novia lo celaba, ¿cómo era posible entonces que Elin hubiera celebrado la idea de ir al pueblo donde vivía la ex de Bringholm?, se preguntó. Se convencía cada vez más de que su presencia en Mora tenía que ver con Greta. Se moría de ganas de saber si ya había estado con ella, sin embargo, no era un dato relevante para la investigación y Karl lo vigilaba de cerca.

Stephan asintió.

—¿De verdad no recuerda sobre qué discutió anoche con su novia? —insistió y llevó el interrogatorio hacia el momento en el cual Elin había sido vista por última vez.

—Ya le dije que bebí mucho y cuando lo hago, suelo olvidarme hasta de mi nombre.

—Tal vez pueda refrescarle la memoria —replicó Mikael, escéptico—. Tenemos un testimonio de alguien que asegura que Elin había decidido dejarlo porque sospechaba que la engañaba. ¿Es eso verdad, Bringholm?

Stephan frunció el ceño. Luego, como si repitiese un libreto, contestó:

—No recuerdo el motivo exacto por el cual empezamos a pelear, teniente.

—Pero supongo que sí podrá confirmar o desmentir lo de su infidelidad.

—Elin se volvió paranoica y creía que la engañaba, pero no era así.

—¿Cómo reaccionó cuando le dijo que quería abandonarlo?

—Ni siquiera sé si me lo planteó anoche. Estaba demasiado ebrio.

—Cuénteme lo que recuerda entonces —le exigió.

A esa altura, no podía asegurar que lo de la falta de memoria por culpa del alcohol fuese verdad. Podría tratarse solo de una estrategia para desviar las sospechas.

Bringholm miró el grabador, juntó ambas manos sobre la mesa y estiró los músculos del cuello mientras emitía un gruñido.

—Cenamos con nuestros amigos y regresamos temprano a la cabaña, creo que eran las nueve. Apenas llegamos, Elin se encerró en el baño. No quería hablar conmigo y se negaba a decirme por qué. Con la botella de vodka me senté frente al televisor y subí el volumen para no oírla llorar. Me emboté con el alcohol y de repente la tuve parada delante de mí. Lo único que recuerdo es que me acusaba, por enésima vez y sin ningún fundamento, de que la engañaba.

—¿Qué pasó luego?

—Creo que traté de convencerla de que se equivocaba, ella arremetió contra mí y le di un empujón. —Entornó los párpados e hizo un esfuerzo por recordar lo que había sucedido—. Lo siguiente que oí fue la puerta de la habitación cerrarse con violencia. No la volví a ver después de eso. Desperté esta mañana cuando mi amigo Lennart vino a buscarme.

—Entonces no puede precisar a qué hora Elin dejó la cabaña.

Stephan negó con la cabeza.

—Supongo que alguien la habrá visto salir —comentó y se encogió de hombros.

El teniente notó cierto desdén en esa actitud. Su novia había desaparecido y a él parecía importarle poco.

—Aún no hemos terminado con las declaraciones de los testigos, pero esperamos sacar algo en claro cuando hablemos con ellos. —Ya no sabía de qué hilo tirar para seguir con el interrogatorio. Stephan alegaba que no podía recordar qué había ocurrido exactamente con Elin la noche anterior y negaba que la engañara y que ella pensase dejarlo. No había evidencias de que se hubiera cometido un delito, por lo tanto, el procedimiento policial indicaba que podía marcharse cuando lo deseara. No servían de nada sus sospechas y lo que pensara del sujeto y tampoco podía dejarse influenciar por lo que ya sabía de él. Aunque no terminaba de cerrarle su declaración, no había ningún motivo de peso para retenerlo en la comisaría—. Hemos terminado,

Bringholm. —Apagó el grabador y se puso de pie—. Lo mantendremos al tanto de cómo marcha la investigación. No abandone el pueblo sin antes avisarnos, es probable que necesitemos volver a ponernos en contacto con usted.

Stephan extendió el brazo por encima de la mesa.

—Fue un placer conocerlo por fin, teniente —le dijo con una sonrisa triunfadora que le cruzaba el rostro—. Lamento que haya sido bajo estas circunstancias.

Mikael dudó en estrechar la mano de ese hombre que disfrutaba burlarse de él. Decidió seguirle el juego para descubrir hasta dónde planeaba llegar.

—No lo tome a mal, Bringholm. —Le retuvo la mano durante unos segundos y se la apretó con firmeza—. La verdad es que habría preferido nunca cruzar mi camino con el suyo.

El otro lo soltó y se levantó para estar a la misma altura. Miró por encima del hombro de Mikael hacia el enorme espejo que cubría la pared, se acercó un poco y con voz baja dijo:

—Dele un abrazo a Greta de mi parte cuando la vea.

El rostro de Mikael se transformó. Cerró la mano en un puño para evitar partirle la cara de un golpe y lo observó mientras se retiraba, derrochaba prepotencia aun en su manera de moverse. Le dio el tiempo suficiente para que abandonara la comisaría y salió al pasillo. Sus compañeros lo esperaban.

—¿Qué piensas? —Fue Nina la que preguntó.

—No le creo nada.

—Concuerdo contigo, esconde algo, aunque no sé lo que es.

Mikael asintió. Le complacía comprobar que no solo él sospechaba de Stephan. Miró a Karl.

—¿Tú también crees que miente?

El inspector se mostró más prudente que ellos.

—Debemos ceñirnos estrictamente al caso y olvidarnos de la opinión que tengamos de Bringholm como persona. Hasta el momento no se ha cometido ningún delito, solo investigamos el paradero de su novia y eso es lo que debemos tener claro para no mezclar los tantos. ¿Estamos de acuerdo?

Ambos le dieron la razón. Nina se encerró en su oficina para hacer un par de llamadas y cuando Mikael pretendió hacer lo mismo, Karl lo detuvo.

—Dime, Stevic, ¿qué te dijo Bringholm antes de marcharse? Por tu reacción, sé que fue algo personal.

—Mencionó a Greta, Karl —respondió, incapaz de disfrazar su rabia—. Planeaba hacerlo desde que puse un pie en la sala de interrogatorios, solo esperaba el momento oportuno para hablarme de ella.

—Imagino que no fue nada sencillo para ti soportar sus provocaciones y quedarte con las ganas de ponerlo en su lugar, sin embargo, me demostraste que tienes no solo la capacidad para hacerte cargo de la investigación, sino también el temple necesario para lidiar con un hijo de puta como Stephan Bringham. Creo que yo no habría sido capaz de contenerme. —Le dio unas palmadas en la espalda—. Te felicito, Stevic.

Él soltó el aire por la nariz y esbozó una sonrisa.

—Gracias, Karl.

—Hoy supiste estar a la altura de las circunstancias, muchacho, pero no lo arruines porque pondrás en riesgo toda la investigación.

No tenía que recordárselo, lo sabía muy bien. Acababa de salir airoso de la primera prueba de fuego y estaba seguro de que lo esperaban muchas más.

\* \* \*

Greta hizo caso omiso a los berrinches de *Miss Marple* mientras trataba de comunicarse con su hermana a través de Skype. La señal de internet, más débil de lo habitual, se había confabulado en su contra y le costó conectarse. Luego le pediría a su primo, quien por supuesto entendía de tecnología más que ella, que le diera una mano para arreglarla. Al primer intento, la llamada se cortó.

—¡Mierda! —exclamó.

Culpó de su desgracia a la *laptop* y le dio un golpe. El ruido espantó a la lora, que optó por bajarse de la mesa y abandonar la cocina a los saltitos. Greta soltó una carcajada cuando escuchó que, desde el salón, repetía una y otra vez ¡mierda, mierda! Era imposible estar de malhumor si *Miss Marple* andaba cerca. Le dio un beso al teclado cuando por fin pudo establecer la comunicación con su hermana.

—Hola, Greta. ¿A qué se debe esa sonrisa? —preguntó Vanja sentada frente a su escritorio.

Siempre hablaban cuando estaba en la oficina para evitar hacerlo frente a su madre. Aunque el Alzheimer no había avanzado demasiado, era frustrante para ella que Isobel le preguntase quién era Greta y de dónde la conocía cuando hacía unos minutos le había vuelto a contar todo sobre ella.

—La culpable es *Miss Marple*, no importa si estoy enojada o me siento una inútil cuando las cosas no me salen como quiero, ella siempre consigue hacerme reír. ¿Cómo estás, Vanja?

—Bien, encerrada en mi oficina en medio de un caso de seguimiento por infidelidad. Más de lo mismo —se quejó—. ¿Y por allí? ¿Alguna novedad jugosa?

Greta se mordió el labio.

—Conozco de sobra ese gesto, Greta. Cada vez que lo haces sospecho que tienes algún misterio entre manos. ¿Me equivoco?

La pelirroja negó con la cabeza.

—No se trata de un solo misterio esta vez, Vanja, ¡sino de dos!

Su hermana abrió la boca de la sorpresa.

—¿Cómo que dos misterios? Yo aquí me aburro como una ostra y tú en Mora ya tienes donde meter la nariz. No es justo, hermanita. ¡Cuéntame ya mismo de qué se trata!

Greta sonrió complacida, le fascinaban las largas conversaciones que sostenía con su hermana. Como no podían juntarse muy seguido, cada vez que hablaban por teléfono o a través de Skype, donde además podían verse las caras, la pasaban muy bien, los problemas y las penas quedaban de lado cuando se ponían en contacto. Vanja le había prometido que la visitaría antes de que terminase el verano, aunque últimamente la enfermedad de su madre le condicionaba la vida y cada una de las actividades que realizaba.

—Una turista ha desaparecido anoche y también uno de los habitantes del pueblo fue atacado en su casa y se encuentra grave. Se trata de Sigvard Thorne, el director del museo. Creo que te he hablado de él.

—Sí, me contaste que lo ayudabas a promocionar una importante exposición mostrando sus folletos en la librería. ¿Ha sido víctima de un robo? Supongo que con tanta gente nueva en el pueblo no es descabellado pensar que se han metido en su casa para robarle.

—No lo sabemos todavía —respondió Greta y negó con la cabeza.

A Vanja le causó gracia el uso del plural, aunque ya se había acostumbrado a que se incluyera siempre en cualquier investigación policial. Sintió pena por su padre y por Mikael, que eran los que más padecían las constantes intromisiones de Greta.

—¿Y lo de la turista?

Greta no respondió de inmediato. Desde el otro lado de la pantalla Vanja la miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué sucede? No es habitual en ti que te quedes callada de repente, mucho menos cuando se trata de resolver un enigma.

—Es que... Conozco a la mujer que ha desaparecido, Vanja. Es Elin Rosenberg, la novia de Stephan.

Fue la detective quien esa vez no pronunció palabra.

—¿La novia de tu ex? ¿Qué hacía en el pueblo?

—Stephan y ella, junto a unos amigos, vinieron de vacaciones a Mora —le contó—. Hace unos días que llegaron. Se hospedan en el Paradis, el complejo de cabañas

que acaba de inaugurar y que dirige Ejnar Kellander, un policía retirado amigo de papá.

Vanja asintió; sabía quién era. El propio Karl le había hablado de él, de su regreso al pueblo y de cómo había resuelto su futuro después de abandonar la policía nacional. Su padre le había confesado también la incertidumbre y la angustia que lo embargaban al ver que faltaban pocos meses para retirarse, sentimientos que por supuesto la pelirroja desconocía.

—Supongo que si llevan algunos días allí ya te habrás cruzado con él.

Greta dudó por un segundo si debía contarle lo que ocurría con Stephan. La única que sabía de su acoso era Hanna, pero había decidido que ya no la preocuparía más cuando solo faltaban un par de semanas para que diera a luz. Sin embargo, le inquietaba la posibilidad de que si Vanja se enteraba de que otra vez era víctima de la locura de su exnovio, no titubease ni un segundo en decírselo a su padre. Se puso a jugar con el borde de una servilleta mientras decidía cuál era la mejor opción. Cuando levantó la vista y se topó con la mirada inquisidora de su hermana mayor, comprendió que podía confiar en ella.

—Stephan ha vuelto a las andadas, incluso antes de saber que había llegado al pueblo. He recibido llamadas extrañas y también Pernilla me advirtió de que un hombre en una camioneta rondaba la librería. Jamás se me cruzó por la cabeza que pudiese tratarse de él. —Hizo una pausa—. Hasta que me lo topé de casualidad mientras almorzaba con Mikael. Además, Elin Rosenberg se inscribió en el club de lectura estival.

—¿Se lo has dicho a Mikael o a papá?

Greta negó con la cabeza.

—Ni siquiera les comenté que Stephan estaba en Mora —reconoció—. Por supuesto, ahora que su novia ha desaparecido, se enteraron. Papá además ha decidido poner a Mikael al frente de la investigación y esta mañana tuve un encontronazo con él en el Paradis.

La rubia no se sorprendió.

—Y tú estabas ahí porque... —Dejó que ella terminara la frase.

—Porque quería hablar precisamente con Elin. Una de sus amigas me pidió que intentara convencerla para que dejara a Stephan. —Antes de que su hermana preguntara por qué, se lo reveló—. Él la maltrata, hace lo mismo que hizo conmigo hace tres años. Aunque a mí nunca llegó a golpearme porque supe alejarme a tiempo, sí fui víctima de sus reacciones violentas y sobre todo de su maltrato psicológico. Lo más sensato habría sido no involucrarme, pero le vi las marcas en el cuerpo y comprendí que tenía que intervenir para evitar que Stephan la lastimara más. Tal vez



ahora ya es demasiado tarde.

—¿Crees que él está detrás de su desaparición?

Greta se encogió de hombros.

—No lo sé, Vanja, pero después del infierno que viví con Stephan, puedo asegurarte que no es descabellado pensar que en un arranque de violencia pudo cometer una locura. Elin estaba bajo su dominio y no era capaz de reconocerlo. A mí me negó que él la golpeará e inventó una excusa tonta esperando que le creyera. Más tarde, su propia amiga me confirmó lo que yo ya sabía. Quería ayudarla a abrir los ojos y hablarle de mi propia experiencia, aunque me hiciera mal recordar todo aquello.

Vanja habría deseado atravesar la pantalla para darle un abrazo. Sabía que no la pasaba nada bien y que la presencia de su exnovio en el pueblo le provocaba temor, y no era para menos.

—¿Puedo darte un consejo, hermanita?

Greta asintió en silencio. Se le había hecho un nudo en la garganta que le impedía hablar. ¿Por qué demonios le afectaba tanto todavía lo que había vivido al lado de Stephan?, se preguntó.

—No le escondas nada a Mikael, tampoco a papá, sobre todo si ese hombre aún te molesta.

—Lo que menos quiero en este momento es preocupar a papá o provocar los celos de Mikael —manifestó y se mantuvo en su postura de que era mejor ocultar la verdad en pos de evitar un mal peor.

Vio cómo Vanja se removía en el asiento frente a la respuesta que acababa de darle y que no era la que esperaba escuchar.

—Greta, si no lo haces y se enteran por otro lado, se van a enojar contigo —le advirtió—. Tú misma has deslizado la posibilidad de que Stephan esté involucrado en la desaparición de su novia. ¿Vas a esperar a que intente lastimarte a ti para contárselo a Mikael o a papá?

No había argumento que refutase las palabras de Vanja. Ella tenía razón, si Stephan le había hecho daño a Elin, nada le impedía hacérselo a ella. Para que se quedara tranquila, le juró por la memoria de su madre que hablaría con ellos lo antes posible.

## CAPÍTULO X

Después de la sequía delictiva en la cual se había sumido la comisaría de Mora durante los últimos meses, no fue sencillo organizarse para llevar adelante dos investigaciones criminales. El inspector Lindberg había resuelto al fin que lo mejor era trabajar en conjunto. Aunque los casos que tenían entre manos no guardaban relación alguna entre sí, durante la primera reunión en el centro de comandos expondrían la poca o mucha información que habían recolectado hasta el momento. Las funciones de cada uno ya estaban pactadas y, al menos que surgiera algún contratiempo, Stevic y Thulin se encargarían de la desaparición de Elin Rosenberg mientras que Karl y la sargento Wälstrom harían lo mismo con el caso de agresión del cual había sido víctima Sigvard Thorne.

La pizarra había sido dividida en dos mitades. El lado derecho había sido asignado a la investigación que dirigía Mikael; el caso que llevaría adelante Karl estaba expuesto a la izquierda. En ese momento, él ocupaba la cabecera de la mesa mientras escuchaba con atención a Miriam.

—Cuando estuve en el Paradis, hablé con varios de los huéspedes y ninguno de ellos ha visto a Elin Rosenberg abandonar la cabaña anoche.

—Faltan los testimonios más importantes —puntualizó Mikael, que estaba de pie junto al expendedor de agua—. Solo hemos podido tomarle declaración a Inga-Marie Covitz, quien habló con Elin en el bar del Paradis poco antes de que desapareciera. —Bebió un poco de agua antes de continuar—. La amiga dice que Elin le contó que planeaba dejar a su novio porque la engañaba. Bringholm asegura que no es así y que los constantes celos de ella fueron los que provocaron la pelea de anoche. Su testimonio es poco fiable, ya que estaba tan borracho que le costaba recordar lo que pasó; tampoco fue capaz de decir en qué momento exacto Elin se marchó.

—¿Qué hay de las cámaras de seguridad del Paradis? —preguntó Karl y miró al agente Bengtsson.

—Ejnar Kellander me dijo que sí cuentan con un circuito de vigilancia en el

complejo, pero solo en puntos estratégicos. Hay cámaras en la parte exterior del edificio principal, en ambas entradas y en la salida trasera que da al lago, no instalaron cámaras en el área de cabañas para proteger la privacidad de los huéspedes. Le pedí una copia de las filmaciones y quedó en enviármelas más tarde.

Mikael arrojó el vaso de plástico al cesto de la basura y observó el reloj.

—Le quedan poco más de seis horas de luz a la unidad de búsqueda y rescate de Orsa para peinar la zona. Trajeron dos buzos con ellos para sumergirse en el lago. Sé que a esta altura es precipitado hablar de un crimen, pero debemos contemplar todas las posibilidades.

Nina fue la única que asintió, luego preguntó:

—¿Cómo encontraron la cabaña cuando hicieron la primera inspección ocular?

—No había ninguna evidencia de que se hubiera cometido un delito, solo indicios de que Elin Rosenberg se marchó de allí sin llevarse ninguna de sus pertenencias. —La atención de Mikael pasó de la pizarra a la *laptop* donde trabajaba Cerebritito—. ¿Ha surgido algo sospechoso de sus registros telefónicos?

—El móvil de Elin estaba protegido con una contraseña. Logré desbloquearlo, pero el software no terminó todavía de recuperar toda la información.

Sobre la mesa, uno de los colaboradores del doctor Grahn había dejado una carpeta con el informe de la recolección de evidencias en la cabaña que Elin Rosenberg compartía con su novio, contenía apenas dos hojas que todos ya habían leído. Según los peritos, en el lugar no había nada que indicara que la joven hubiera sido víctima de algún delito. Parecía que se había marchado por su propia voluntad y que volvería de un momento a otro, como aseguraba Stephan Bringholm.

—Si no surgen novedades en las próximas horas, mañana temprano interrogaremos a los demás —informó Mikael mientras pensaba en el trabajo que la unidad de búsqueda y rescate realizaba en el complejo y en sus alrededores. No quería ser alarmista, pero temía que la desaparición de Elin pronto se convirtiese en una investigación de homicidio. Prefirió guardarse esa teoría por el momento—. ¿Cómo se encuentra Sigvard Thorne?

—Sigue igual, aunque los médicos no pueden asegurar que se salve. Como no pudimos establecer aún el motivo de la agresión de la cual fue víctima, decidimos enviar a un agente de civil para que monte guardia en el hospital —respondió Nina—. Si no se trató de un robo, es muy probable que la persona que lo atacó vuelva a atentar contra su vida.

—Su hermana quedó en ir hasta la casa para comprobar que no faltara nada. La hipótesis del robo es la más viable hasta el momento, pero si Sigvard no se despierta, la única que podrá ayudarnos es Gotilda —afirmó Karl—. Sabemos que el o los

agresores no entraron por la fuerza. La casa se encuentra en una zona bastante aislada, por lo que no contamos con testigos que puedan aportar algún dato sobre cuándo ocurrió exactamente el ataque. Gotilda habló por teléfono con él poco después de las diez y todavía trabajaba en el Anders Zorn. Hay unas doce millas desde el museo hasta su casa, si no se entretuvo en otro lado, habrá llegado antes de la medianoche. Ella volvió a llamarlo esta mañana temprano y Sigvard no contestó.

—Podemos inferir entonces que el ataque ocurrió después de las doce. —Nina lo anotó en la pizarra—. Estaba oscuro, sin embargo, yo diría que de todos modos intentemos hablar con los vecinos más cercanos, tal vez observaron algún vehículo sospechoso en la zona o vieron a Sigvard Thorne en compañía de alguien. No podemos descartar la hipótesis de que no llegase solo a su casa.

Todos concordaron con ella.

—Nos ocuparemos mañana de conseguir testimonios, no solo de los vecinos, sino también de la gente del museo —sugirió Karl mientras se masajeaba la sien.

Estaba agotado y el día todavía no terminaba. Planeaba pasar a ver a Greta antes de irse a su casa para preguntarle por Stephan. No podía quedarse con los brazos cruzados mientras ese hombre estuviese en el pueblo, tan cerca de su hija. No le había comentado nada a Nina, pero sabía que ella estaría de acuerdo en acompañarlo.

Cuando Peter Bengtsson anunció que ya tenía listo el informe sobre el móvil de Elin Rosenberg, los demás sonrieron esperanzados. Pudieron establecer que fue utilizado por última vez la noche de su desaparición. Había una llamada entrante de poco más de cinco minutos de duración que confirmaba lo que había declarado Inga-Marie acerca de haber hablado con ella para invitarla a tomarse unos tragos en el bar del Paradis. No había ningún número sospechoso en la lista de llamadas. Cuando revisó el historial de navegación en internet, descubrió que un par de días antes de su desaparición había leído las noticias locales. La última página que figuraba en el historial era de la sección de cultura, donde se anunciaba el inicio del club de lectura estival en Némesis. Aparecía una breve reseña con los datos necesarios para inscribirse y una fotografía de la librería, que había sido tomada por Hanna Windfell. Ninguno de ellos desconocía el hecho de que Greta había promocionado en varios medios locales las actividades que desarrollaría ese verano en Némesis, sin embargo, no dejaba de llamar la atención que Elin hubiera buscado información sobre ella en la web en los días previos a su desaparición.

Mikael y la sargento Thulin intercambiaron miradas. Él no había mencionado todavía que se habían encontrado con Greta en el complejo de cabañas y, con una sonrisa, le agradeció a Miriam que tampoco lo hubiera contado. Primero quería hablar con ella y, aunque esa tarde llegaban sus tías al pueblo, esperaba tener la oportunidad

de hacerlo a la noche. Greta tenía demasiadas cosas que explicar.

\* \* \*

Greta estacionó el Mini Cabrio a un costado de la propiedad de Sigvard Thorne y enseguida percibió la angustia reflejada en el rostro de su hermana.

—¿Se siente bien, Gotilda?

La mujer la miró y asintió con la cabeza. Greta descendió del vehículo, fue hasta el lugar del acompañante y abrió la puerta. Gotilda apretó su bolso contra el estómago y se tomó algunos segundos antes de bajar. Al hacerlo, empezaron a temblarle las piernas, por lo que Greta la asió del brazo y la acompañó hasta la casa. Se detuvo de repente cuando vio que había un agente apostado al lado de la puerta principal. No contaba con ese contratiempo, aunque fue su propio padre el que le había pedido a Gotilda que pasase por la casa de su hermano para ver si se habían llevado algo y sabía que no aprobaría nunca su presencia allí.

Ambas mujeres retomaron la marcha. Greta empezó a sonreírle ya de lejos y el muchacho, uno de los más jóvenes de la comisaría, se sonrojó. Recordaba que su padre le había comentado que se llamaba Rikard y que hacía apenas seis meses que se había graduado de la academia de policía.

—Hola, Rikard, ¿cómo estás? —lo saludó mientras ayudaba a Gotilda a subir los escalones del porche.

El agente se acomodó el cabello hacia atrás y luego se aflojó el cuello de la camisa. Estaba acalorado y Greta no supo discernir si era por culpa del calor o porque ella lo ponía nervioso.

—Bien, señorita Lindberg, ¿y usted?

—Creo que la última vez que nos vimos te pedí que me llamaras por mi nombre.

Amplió la sonrisa y para terminar de rematar su actuación, le guiñó el ojo. Cualquier estratagema valía si lograba convencerlo de que no dijese que la había visto allí. Las mejillas de Rikard se tornaron más coloradas aún y el tono casi transparente de su piel no lo ayudaba en nada a disimular el bochorno por el cual atravesaba.

—Sí... Sí... Me lo pediste, Greta. —Se animó a tutearla mientras tartamudeaba—. ¿Qué haces aquí? Nadie me avisó que vendrías.

—Pero supongo que sí sabías que Gotilda iba a venir, ¿verdad?

El agente asintió.

—Greta tuvo la amabilidad de acompañarme, muchacho. No me habría atrevido a venir sin ella —intervino Gotilda para salir en su defensa—. ¿Tienes algún problema con eso? Porque si es así, puedo llamar a la comisaría para que nos autoricen a entrar.

—No será necesario, señora Thorne —se apresuró a responder el joven agente y se hizo a un lado para que pudieran ingresar a la casa. Lo que menos necesitaba a pocos meses de haberse incorporado a la policía de Mora era recibir una amonestación de su superior. No había nada de malo en que Greta también estuviera allí, después de todo, era la hija del inspector Lindberg—. Les voy a pedir que no toquen nada, por favor.

—No te preocupes, Rikard, no lo haremos —le aseguró ella mientras contoneaba ligeramente las caderas a medida que se alejaba de él hacia el interior de la vivienda.

Él no dejó de mirarle el trasero hasta que desapareció detrás de la puerta, luego dejó escapar un suspiro. Envidiaba la suerte de Mikael. Sin dudas, la hija del inspector Lindberg era una preciosidad. Emitió un bostezo y dio unas cuantas vueltas para estirar las piernas; sentía que se asaba y todavía faltaban tres horas para que fuesen a relevarlo.

Apenas ingresó al salón, Gotilda se detuvo abruptamente. Greta también lo hizo cuando alcanzó a divisar la mancha de sangre en el suelo de la cocina.

—No creo que pueda...

—Podemos empezar por el salón, si lo prefiere —sugirió. La asió del brazo y la instó a dar media vuelta—. ¿Ve algo fuera de lo normal? ¿Falta algún objeto?

La mujer miró a su alrededor. Lo hizo con lentitud para observar cada centímetro del salón donde tantas veces había pasado el rato con su hermano mayor. Había un poco de desorden y era imposible deducir si era por causa de la agresión o por el trabajo de los peritos.

Greta se acercó a la biblioteca. En los estantes inferiores solo había novelas de misterio; en los de arriba, una imponente colección de literatura clásica. También había varios *souvenirs* de distintos viajes alrededor del mundo. Recuerdos de España, Francia, Inglaterra, Medio Oriente y Estados Unidos.

—No fueron solo viajes de placer —comentó Gotilda—. Sigvard recibió invitaciones de los museos más importantes. Estuvo en el Guggenheim de Bilbao, en el MOMA y tres veces en el Louvre.

Greta sonrió.

—Recuerdo que el año pasado lo acompañó.

La mujer asintió.

—Estuvimos una semana en París. Él fue para participar en una conferencia sobre arte barroco y yo aproveché para modernizar mi guardarropa. —Dejó asomar una sonrisa—. ¿Has estado en París alguna vez?

—No.

—Es una ciudad maravillosa, de esas a las que quieres volver siempre. Es el

rincón más romántico del mundo, una excelente opción para pasar allí tu luna de miel —deslizó—. ¿Tú y el teniente no tienen planes de boda todavía?

—No hemos hablado al respecto —dijo Greta algo incómoda. El tema matrimonio le provocaba urticaria—. Con Mikael estamos bien, la convivencia resultó mejor de lo que esperábamos.

—Yo disfruté de la ciudad con mi hermano, pero estoy segura de que no me habría costado nada enamorarme de alguien en un lugar así. Si un día tu chico te pide que te cases con él, no dudes en elegir París como destino para la luna de miel.

—Lo tendré en cuenta, Gotilda.

Estuvo a punto de preguntarle por qué no se había casado todavía, pero se mordió la lengua antes de cometer una indiscreción. Recordó una ocasión en la cual había oído una conversación entre sus padres. Ella tenía catorce años y estaba en pleno revuelo hormonal, en constante rebeldía porque no la dejaban salir con un chico que vivía a la vuelta de su casa y que Karl no aprobaba porque había abandonado sus estudios para dedicarse a la música. Se llamaba Hans y besaba de maravillas. Gotilda, quien para ese entonces era una joven de veintiún años, se había convertido en la comidilla de todos en el pueblo tras involucrarse sentimentalmente con un hombre casado, que, además, era mucho mayor que ella. El romance duró menos que una tormenta de verano, y las miradas acusadoras y la vergüenza a la que habían sido sometidas ambas familias habían provocado que su amante abandonase Mora para no volver. La conversación que sostenían sus padres en el jardín giraba en torno a lo que había hecho Gotilda y al temor que tenían ellos de que Greta cometiera una locura similar. Nadie jamás habría imaginado entonces que ella también se enamoraría de un hombre casado.

Todavía revisaban el salón cuando Gotilda se detuvo frente a un armario con puertas de cristal y lo abrió. Del interior sacó una caja de madera con la tapa labrada y los bordes dorados.

—No está. —Le mostró a Greta la caja vacía—. Falta la llave del museo. Lo primero que hace Sigvard cuando llega es guardarla aquí.

¿Acaso alguien había entrado en su casa y lo había atacado de esa manera tan feroz para robarle la llave del Anders Zorn?, se preguntó Greta.

—Creo que todo esto tiene que ver con la exposición de los caballos de Dalecarlia —dijo Gotilda y se dejó caer en el sofá con la caja en la mano.

—¿Por qué lo dice?

—Hay una pieza muy valiosa que llegó desde Estocolmo hace unos días. Se trata de un caballo antiguo que perteneció al rey Gustavo V y está tasada en casi medio millón de coronas.

—¿Está segura de que su hermano no guardó la llave en otro lado? Es posible que la tuviera encima la noche en la que fue atacado.

—No, Greta, es imposible. Conozco al dedillo la rutina de mi hermano y jamás la pondría en otro lugar, tampoco la dejaría en el museo —aseveró—. Si no está aquí es porque se la han robado.

Parecía la explicación más lógica: una pieza de arte millonaria estaba a punto de exhibirse en el museo y su director era atacado pocos días después de que la pieza fuese traída a Mora desde la capital. Si Gotilda tenía razón, era posible que a esa altura el Caballo de Dalecarlia ya hubiera caído en manos ajenas. La convenció de ir a contárselo a su padre. Antes de que Gotilda le preguntase si quería acompañarla, Greta le recordó que tenía un compromiso imposible de eludir, por lo que la dejó de pasada en la comisaría y partió rumbo a la estación.

\* \* \*

Mikael miró el reloj por enésima vez. Faltaban quince minutos para que llegase el tren proveniente de Gotemburgo y no había señales de Greta por ninguna parte. Habían quedado en verse directo allí porque a ella se le había hecho tarde en la librería mientras trabajaba en la lista de pedidos junto a su primo, o al menos eso era lo que le había dicho. Con lo que había sucedido en el Paradis y en la casa de Sigvard Thorne, era imposible que Greta se mantuviera al margen de los acontecimientos. Sospechaba que incluso había empezado a tomar notas en su cuaderno rojo.

Se dio media vuelta al oír el pitido de un tren. No podía ser el que traía a sus tías, ya que por lo general los trenes solían llegar con retraso. Le preguntó a uno de los empleados de la estación, quien le confirmó que efectivamente no era el convoy que llegaba desde Gotemburgo. Soltó un suspiro de alivio. Sabía lo feliz que estaban sus tías con la idea de ver a Greta a su lado cuando llegasen al pueblo. Furioso porque no aparecía, sacó el móvil y se dispuso a llamarla, pero el fuerte repiqueteo de unos tacones hizo que alzase la mirada. Cuando la vio correr hacia él a través del andén, con el cabello alborotado por culpa de la tibia brisa que acababa de levantarse, la rabia que sentía se esfumó de repente.

—Mikael, lamento llegar tarde. —Se puso en puntas de pie y lo besó. Luego, por encima de su hombro observó la fila de pasajeros que empezaban a descender del tren.

—Tranquila, pelirroja —le dijo mientras le acariciaba las mejillas. Después de la corrida, se le habían enrojecido—. Ese no es el tren en el que vienen mis tías.

Ella sonrió.



—Recién hemos terminado con la lista de pedidos que, por fortuna, aumenta cada semana —dijo para justificar el retraso.

—¿Ha sido Lasse quien te dio un aventón? —quiso saber.

Le había parecido extraño recibir su llamada en la que le avisaba que no pasara a buscarla por la librería y le sugería que se encontrasen en la estación.

—Sí. No tenía sentido que ambos viniéramos en coche, pensé que era mejor irnos a casa todos juntos.

No era del todo sincera con él, sin embargo, era preferible disfrazar la verdad antes que contarle dónde había pasado en realidad parte de la tarde. Había cambiado los planes a última hora para evitar que Mikael se apareciera más temprano en la casa y no la encontrase donde se suponía que debía estar. Sabía que terminaría por enterarse de todos modos, pero después de lo ocurrido en el Paradis, era mejor dilatar el momento del sermón lo más que pudiera.

Mikael asintió, aunque tenía la vaga sensación de que algo le ocultaba.

—¿Cómo te ha ido con tu querida Josefine Swartz? —preguntó en cambio, a sabiendas de que ella no soltaría prenda hasta que fuese demasiado tarde o que las evidencias la delataran.

—Mejor de lo que esperaba. No estaba muy contenta con la idea de quedarse en el hostel de la señora Hoffman, pero comprendió que era su única opción. Me dijo que pasaría por Némesis esta tarde, espero convencerla para que acepte acompañar a Pernilla durante la presentación de su novela.

—¿Todavía no se lo has comentado?

—No me he animado —aceptó Greta, que conocía a la perfección el carácter *especial* de la escritora—. Es posible que se niegue o, peor aún, que termine por ganar protagonismo y deje a la pobre de Pernilla en un segundo plano. No me sorprendería.

—Es un riesgo que tendrá que correr si desea tanto que Josefine esté allí —adujo Mikael antes de volver a mirar el reloj.

Greta asintió. No podía creer que hablaran de cosas triviales cuando Elin Rosenberg seguía desaparecida y Sigvard Thorne luchaba por su vida después de ser atacado con brutalidad. Estaba más que claro que Mikael no pensaba compartir ningún detalle de las investigaciones con ella, al menos de momento. ¿Seguiría enojado por lo de esa mañana aunque no lo demostrase?, se preguntó. Se moría de ganas de preguntarle si había alguna novedad, pero no quería empeorar la situación, sus tías estaban por llegar y no era el momento de formular preguntas indiscretas y desatar una nueva discusión. Esperaría hasta la noche. En la intimidad de la habitación y, como ya lo había hecho antes, lograría que él la pusiese al tanto de las novedades.

Caminaban por el andén tomados de la mano cuando escucharon el pitido de otro tren que llegaba a la estación. Esa vez sí era el que provenía de Gotemburgo. Se aproximaron a la orilla para que las tías de Mikael pudiesen verlos apenas abandonaran el vagón.

Él la soltó cuando una mujer diminuta, de cabello rubio y enormes ojos claros apareció detrás de un hombre que cargaba a una niña sobre los hombros. Él le tendió la mano para ayudarla a bajar y se fundieron en un tierno abrazo. Con la diferencia de tamaño entre ambos, resultaba gracioso verlos juntos.

—¿No hay nada para tu tía predilecta? —reclamó otra mujer, que se asomaba por la puerta del vagón. Era un poco más robusta que su hermana y llevaba un pañuelo atado en la cabeza.

Mikael se separó de su tía Adele para recibir con la misma efusividad a su tía Gloria. A tan solo un par de metros, Greta observaba la escena con un nudo en la garganta. Nunca lo había visto tan emocionado. De repente, las dos mujeres lo soltaron y se dieron vuelta hacia ella. Se sintió como un bicho raro en exhibición ante el escrutinio al que fue sometida durante unos cuantos segundos por las tías de su novio. La que había bajado primero se acercó y la tomó de los hombros.

—¡Así que tú eres la famosa pelirroja que consiguió conquistar el corazón de mi adorado pero inquieto sobrino! —exclamó antes de estrecharla entre sus brazos—. Yo soy la tía Adele, querida, y no le hagas caso a mi hermana, yo soy su favorita —se jactó y puso énfasis en la palabra «yo».

Gloria se interpuso entre ambas con rapidez, empujó con disimulo a su hermana y también la abrazó.

—Eres preciosa, Greta —le dijo al tiempo que le acomodaba unos mechones de cabello detrás de la oreja—. Mi niño tiene debilidad por las pelirrojas, ¿lo sabías? —Se volteó hacia él—. ¿Cómo se llamaba esa muchacha que vivía a la vuelta de tu casa y que te volvía loco?

Greta también lo miró. Su intención era mostrarse seria, pero le costó mucho contener la risa.

—Fue hace demasiado tiempo como para acordarme de su nombre, tía —respondió Mikael con la esperanza de que el tema de sus exconquistas terminara allí.

—¿No era Samantha? —se metió la tía Adele.

—¡No, se llamaba Amanda! —dijo su hermana, encantada de haber recordado el nombre de la jovencita en cuestión—. ¿Qué habrá sido de ella después de que le rompieras el corazón? Creo que ni siquiera ha vuelto por la ciudad.

Mikael se atragantó con su propia saliva. Por fortuna, el móvil sonó y le dio la excusa perfecta para escabullirse de sus tías. Greta lo observaba con atención mientras

fingía escuchar las anécdotas que le relataba Gloria sobre las travesuras de su único sobrino. Le daba la espalda, pero le bastó ver cómo se pasaba la mano por la nuca y apretaba los dedos para darse cuenta de que acababa de recibir malas noticias. De inmediato pensó en Sigvard. Su vida pendía de un hilo y tenía pocas posibilidades de salvarse. Esperó a que él terminara de hablar para que le dijese qué pasaba.

Mikael guardó el teléfono en el bolsillo trasero de los pantalones y se reunió con ellas.

—Debemos irnos —anunció mientras le hacía señas a uno de los empleados de la estación para que trasladara el equipaje hasta el coche—. Las dejaré en casa y Greta las ayudará a instalarse.

—¿Qué ha pasado, cariño? —preguntó Adele al verle la preocupación instalada en el rostro.

—El trabajo, tía. Estoy en medio de una investigación y acaban de surgir novedades importantes —le explicó sin entrar en detalles.

Greta no podía quedarse con la incertidumbre de no saber qué ocurría. Se le puso al lado y fue directo al grano.

—¿Ha muerto Sigvard Thorne?

—No, Greta, no se trata de él.

—¿Entonces?

—Acaban de encontrar el cuerpo de una mujer flotando en el lago.

## CAPÍTULO XI

El cadáver de Elin Rosenberg apareció al sur del lago Siljan, en las afueras del pueblo. Si no hubiera sido porque una de sus prendas de vestir había quedado enganchada en la rama de un tronco, habría terminado en el fondo del lago.

Cuando Mikael llegó, el doctor Grahn y su equipo ya trabajaban sobre el cuerpo de la joven, él mismo le había avisado mientras se dirigía hacia allí. También había puesto al tanto a los demás en la comisaría, y Karl de inmediato envió a Miriam para que lo esperara en el lugar. Vio que ella hablaba con Joel Kollberg, de la Unidad de Búsqueda y Rescate de Orsa. Se acercó a ellos por el único sendero que había en esa área y que se perdía en el bosque unos cuantos metros más adelante. Era un paraje bastante solitario, con abundante vegetación y poco conocido por los turistas.

—¿Quién lo encontró?

Kollberg señaló un grupo de cuatro hombres.

—Uno de mis mejores elementos, teniente. Vino hasta este sector para internarse en el lago, pero uno de los perros empezó a ladrar y, cuando se acercó, vio una mano que emergía del agua. Dio la alarma y de inmediato me puse en contacto con usted.

—¿Ya habían peinado esta zona?

—Negativo, teniente. Armé una cuadrícula para distribuir a mis hombres y así abarcar más terreno, aunque este sitio era uno de los últimos de la lista, nuestra idea era inspeccionarlo antes de que oscureciera. Sabíamos que aquí el lago tiene mayor profundidad, por esa razón, envié a uno de los buzos.

Mikael extendió el brazo y le estrechó la mano.

—Buen trabajo, Kollberg.

El hombre asintió. Aunque estaba orgulloso del trabajo de su grupo, haber encontrado sin vida a Elin Rosenberg le dejaba un sabor amargo en la boca. Él conocía más que nadie las estadísticas en casos de desaparición, sin embargo, era de los últimos en perder la esperanza.

—Grahn dice que lleva muerta al menos doce horas —le comentó la sargento a

Stevic cuando se quedaron a solas.

—Entonces es probable que muriese poco después de su desaparición. —Se cubrió la frente con la mano para evitar que los rayos del sol lo obnubilasen mientras observaba todo a su alrededor—. El Paradis debe de estar al menos a unos dos o tres kilómetros de distancia. ¿Cómo llegó hasta aquí? No es una zona frecuentada por turistas. —Enfiló hacia la orilla del lago para hablar con el forense, y Miriam lo siguió.

El doctor Grahn se encontraba arrodillado frente al cadáver. Levantó la cabeza cuando la sombra del teniente se recortó frente a él.

—No pidas más respuestas de las que puedo darte en estas instancias de la investigación, Stevic —le advirtió. Sabía la poca paciencia que tenía cuando se le presentaba un caso de homicidio.

El teniente obvió el tono sarcástico con el cual le había hablado y también se arrodilló para observar a la víctima de cerca. Tenía la falda rasgada y unos cuantos arañazos en las piernas.

—Son lesiones *post mortem* que se produjeron cuando el agua golpeó el cuerpo con las ramas, aunque estas de aquí —le levantó la blusa y señaló unos magullones amarillentos— tienen al menos una semana.

Mikael asintió.

—¿Sabes ya cuál fue la causa de la muerte o tendré que esperar los resultados de la autopsia?

El forense tomó a Elin por el cuello y la volteó.

—Murió por un fuerte traumatismo en la parte posterior de la cabeza. —El golpe le había hundido parte del cráneo y le faltaba un mechón de cabello, como si alguien se lo hubiera arrancado—. ¿En qué piensas, Stevic?

El teniente estaba perdido en sus propias cavilaciones. Se rascó el mentón y soltó un suspiro. Un escalofrío le recorrió la espalda al darse cuenta de que en menos de veinticuatro horas tenían dos víctimas con heridas similares. Una de ellas yacía muerta a sus pies; la otra continuaba con vida, aunque no se sabía por cuánto tiempo.

—En la agresión a Thorne le dieron un fuerte golpe en la cabeza, también desde atrás.

El doctor Grahn se quedó tan pasmado como él.

—Dos lesiones iguales infringidas en una sola noche... Es casi imposible que estemos frente a dos hechos aislados.

—Me temo que tiene razón.

Por la expresión de asombro en su rostro, Miriam pensaba lo mismo que ellos. Mikael se incorporó y se sacudió la tierra de los pantalones.

—Regresemos a la comisaría y pongamos a los demás al tanto de las novedades. —Miró al forense—. Quiero el informe de la autopsia lo antes posible sobre la mesa de mi oficina.

El doctor Grahn ni siquiera protestó. Los observó durante unos segundos mientras se alejaban de la orilla hacia donde estaban estacionados los vehículos. Cuando los perdió de vista, volvió a enfrascarse en lo suyo.

\* \* \*

Greta trataba de mantenerse ocupada y ayudaba a las tías de Mikael a instalarse en la habitación de huéspedes, pero desde que él había pronunciado esas fatídicas palabras, que le resonaban una y otra vez en la cabeza, no era capaz de pensar en otra cosa. Acaban de encontrar el cuerpo de una mujer flotando en el lago, repasó.

Aunque no había pronunciado el nombre de Elin, sabía que se trataba de ella. ¿Cómo era posible que hubiera terminado en el lago Siljan?, se preguntó. Sacudió la cabeza mientras sacaba unos almohadones del armario. Adele y Gloria trataban de ponerse de acuerdo y decidir, sin desatar un conflicto, quién se quedaba con la cama que daba a la ventana y quién dormiría en la que estaba más cerca del baño. Greta, ajena a lo que ocurría a su alrededor, desarmaba las maletas. Por primera vez no quería empezar a elucubrar teorías sobre lo que había pasado.

—¿Te sientes bien, querida? —le preguntó la tía Adele y le tocó la frente con el dorso de la mano—. Estás demasiado pálida.

Greta guardó una de las maletas en la parte inferior del armario y le sonrió.

—No es nada, solo cansancio acumulado. Apenas las deje instaladas me daré un baño y me echaré un rato antes de abrir la librería.

—Tú haz lo que tengas que hacer, Greta. Nosotras nos las arreglaremos perfectamente sin ti —le dijo Gloria para quitarle un peso de encima—. Además, mi hermana y yo también debemos reponer fuerzas después de las horas que pasamos arriba de ese tren.

—Si necesitan cualquier cosa, no duden en pedírmela.

Barrió la habitación con la mirada para asegurarse de que no había olvidado nada y se despidió de ambas hasta más tarde. Apenas cerró la puerta a sus espaldas, oyó que volvían a discutir. Respiró hondo y cerró los ojos. No sería sencillo acostumbrarse a su presencia, pero estaba más que dispuesta a poner todo de su parte para que la convivencia fuese agradable. Cuando entró en la habitación, *Miss Marple* saltó de la cama al suelo y luego voló hasta ella. Greta se la subió al hombro. Se sentía inquieta con gente extraña en la casa y las tías de Mikael ni siquiera habían tenido el placer de

conocerla todavía, ya que apenas llegaron, la lora desapareció del salón.

—¿Qué pasa, bandida?

*Miss Marple* aprovechó a picotearle uno de los brazaletes cuando Greta le acarició la cabeza.

—¡Greta, Greta!

—¿Tienes hambre?

Dudaba de que esa fuese la razón de su agitación. Ella misma se había ocupado de llenarle el recipiente de semillas y dejarle algunas almendras como premio a su buen comportamiento durante las últimas semanas. Ya que al fin Mikael había conseguido congeniar con ella, esperaba que la llegada de Gloria y Adele no volviese a alterarle la rutina.

Jugó un rato con ella para distraerse y luego se quedó dormida. Media hora más tarde, se despertó sobresaltada. Respiraba con dificultad y el corazón le latía tan de prisa que tuvo la angustiante sensación de que se detendría de un momento a otro. Acababa de sufrir una pesadilla y, aunque se había despertado, todavía veía el cuerpo de Elin Rosenberg flotando en el lago. Apretó los párpados con fuerza para intentar borrar esa terrible imagen, sin embargo, Elin continuaba allí y le extendía el brazo como si le pidiera ayuda.

Abrió los ojos y se quedó sentada en el centro de la cama. Descubrió que *Miss Marple* ya no estaba a su lado. Intentó calmarse. Empezó por controlar la respiración y exhaló e inhaló profundamente en intervalos cada vez más cortos. Era una técnica de relajación que le había enseñado Hanna. Su ritmo cardíaco también se normalizó con lentitud.

Abandonó la cama y se quitó toda la ropa. Cuando se enfrentó al espejo con el cabello alborotado y unos cuantos mechones pegados en la frente a causa del sudor se asustó de lo que vio. Se tocó el rostro. La tía Adele tenía razón, tenía la piel más pálida de lo habitual, necesitaba con urgencia un baño. Abrió el grifo del agua fría y permaneció bajo la ducha hasta que sintió que el último músculo del cuerpo se le relajaba. Ya de vuelta en la habitación, abrió el armario y buscó uno de sus vestidos más bonitos. Mientras se lo probaba por encima de la bata para ver cómo le quedaba, empezó a tararear la canción Torn, pero se quedó callada de repente. No tenía caso intentarlo, ninguna estrategia de distracción lograría borrar lo que había sucedido con Elin. Ella estaba muerta y, aunque todavía era demasiado pronto para hablar de un crimen, tenía la certeza casi absoluta de que alguien la había asesinado.

Se deshizo de la bata y se puso el vestido por encima de la cabeza. Después de ajustarse el lazo en la cintura, dedicó unos cuantos minutos a cepillarse el cabello. Sentada en la cama con el peine en la mano, empezó a plantearse los primeros

interrogantes: ¿dónde habría aparecido exactamente el cuerpo de Elin?, ¿lejos o cerca de su cabaña? ¿Se habría ahogado o alguien la había arrojado al lago para deshacerse de su cuerpo? ¿Quién querría matarla? No le gustaba nada el rumbo que tomaban sus pensamientos. Después de comprobar con sus propios ojos que Stephan la maltrataba, él era el candidato perfecto para convertirse en el principal sospechoso.

\* \* \*

Aunque nadie en la comisaría lo dijese en voz alta, la aparición sin vida de Elin no causó sorpresa. Apenas Stevic y la sargento regresaron del lugar del hallazgo, el inspector Lindberg convocó a una reunión urgente en la sala de comandos. Habían conseguido mantener a los medios al margen hasta el momento, aunque sabían que era cuestión de tiempo para que la muerte de la joven saltara a las primeras planas de la prensa local. Antes de que eso sucediera, debían avisar a sus allegados para que alguno de ellos identificara oficialmente el cadáver. Mientras ellos se encontraban allí reunidos, en la morgue, el doctor Grahn practicaba la autopsia.

Mikael observó con atención la fotografía de Elin que estaba en la parte superior de la pizarra. No habían conseguido mucha información hasta ese momento y el caso pasaba a ser de homicidio, lo que significaba que debían empezar de cero. Lo primero que tenían que hacer era reconstruir las últimas horas de vida de la víctima y, para ello, Miriam trazó una línea de tiempo en la pizarra.

—Elin Rosenberg fue vista por última vez anoche. —Hizo un par de anotaciones y continuó—. No sabemos a qué hora exactamente regresó a la cabaña, pero sí podemos establecer que fue cerca de la medianoche, ya que estuvo reunida hasta las once con su amiga Inga-Marie en el bar del Paradis.

Bengtsson se acercó y sumó un par de fotografías a la pizarra.

—Estas son las dos únicas capturas de imagen que pude obtener de los videos de seguridad que me enviaron del complejo de cabañas. —Señaló la primera de ellas—. Aquí vemos a Elin Rosenberg que entra al bar donde la esperaba su amiga a las diez y veinte de la noche. Cuarenta minutos más tarde, salen juntas y se dirigen hacia el sector de las cabañas —dijo y les mostró la segunda fotografía—. Como saben, allí no hay cámaras instaladas.

—A menos que alguien haya visto o escuchado algo, no podemos establecer si Elin llegó a su cabaña o fue interceptada por alguien en el camino —comentó Mikael, decepcionado por no haber obtenido nada importante de las cámaras de vigilancia—. Stephan Bringholm asegura no recordar casi nada de lo que ocurrió esa noche, solo sabe que cuando despertó, ella no estaba. Su testimonio tiene varios huecos y el hecho



de que hubiera bebido no quita que nos oculte información, por lo tanto, no podemos descartar la hipótesis de que haya sido él quien la vio por última vez. Además contaba con un motivo. Si Elin Rosenberg planeaba abandonarlo, como afirma su amiga, es posible que tratara de impedirselo. Por ahora es nuestro principal sospechoso y debemos volver a interrogarlo cuanto antes.

Karl, quien no había intervenido todavía en el debate, asintió con la cabeza. Le había exigido a Mikael que no se dejase influenciar por lo que ya sabía de Stephan, sin embargo, él mismo no era capaz de hacerlo.

El doctor Grahn ingresó a la sala de comandos y se sumó a la reunión. Dejó sobre el escritorio la carpeta con el informe de la autopsia que él mismo acababa de redactar y luego ocupó la silla vacía junto a Bengtsson.

—El examen *post mortem* confirmó que Elin Rosenberg murió por causa de un severo traumatismo de cráneo. —Abrió la carpeta y sacó una fotografía para mostrarles—. La golpearon hasta matarla. En la escena encontramos una piedra manchada con sangre. Concuerta a la perfección con la forma de la lesión que tiene en la parte trasera de la cabeza. En este momento está en análisis para buscar huellas y rastros de ADN.

Mikael observó la fotografía que los peritos habían tomado de la roca ensangrentada. No era muy grande, pero después de ver el cadáver de Elin Rosenberg, era evidente que el asesino se había ensañado con ella. Se preguntó cuántas veces la habría golpeado hasta causarle la muerte.

—¿A qué hora se produjo el deceso?

—Entre la medianoche y las cuatro de la mañana. No puedo reducir más la franja horaria debido al tiempo que llevaba el cuerpo sumergido en el agua. Lo que sí puedo decirles es que ya estaba muerta cuando la arrojaron al lago.

—¿Fue asesinada allí?

El doctor Grahn asintió.

—No solo había restos hemáticos en la piedra con la cual fue atacada —explicó—, encontramos algunas gotas de sangre cerca de la orilla. El patrón de salpicaduras indica que estaba de pie cuando la atacaron por detrás. Sin dudas, esa fue la escena del crimen.

Karl y Mikael intercambiaron miradas. Aunque lo que acababa de decir el doctor Grahn no excluía a Stephan como sospechoso del homicidio de su novia, el hecho de que hubiera sido atacada lejos de la cabaña abría otras posibilidades.

—Hay algo más; el cuerpo presentaba varios golpes. Tenía hematomas de vieja data en la espalda y en los brazos.

—¿De cuánto tiempo hablamos?

—Un par de semanas como mucho, inspector.

—Bringholm ha sido violento en el pasado, por lo tanto, es bastante probable que sea el autor de esos golpes —sugirió Karl, convencido de que Elin, al igual que su hija tres años atrás, había sufrido el maltrato de su novio.

Nina le rozó la mano y el inspector la miró. Sabía cuánto le costaba olvidar lo que Stephan le había hecho a Greta. Desde su llegada al pueblo, lo notaba demasiado inquieto y temía que tanto estrés le afectara el corazón. Posó los ojos oscuros en él, que también estaba preocupado y no era para menos. Si, como sospechaban, Stephan era el responsable de la muerte de Elin, la propia Greta podía estar en peligro.

Mikael se levantó de repente y colocó la silla debajo de la mesa. Todos lo miraron.

—Hay que avisar que la hemos encontrado. —Le hizo señas a Miriam y ella también se puso de pie—. Traeré a Bringholm para que reconozca el cuerpo y aprovecharé para volver a interrogarlo.

Antes de que alguien dijese algo, abandonó la sala de comandos seguido por Miriam. Ella se sorprendió cuando en el estacionamiento Mikael le pasó las llaves del coche y le pidió que condujera hasta el Paradis. Cuando subió al Volvo, él estaba con el teléfono en la mano y alcanzó a ver la foto de Greta en la pantalla. Encendió el motor y, aunque no tenía intención de escuchar su conversación con la pelirroja, fue imposible no hacerlo.

\* \* \*

Greta estaba tan concentrada en la lectura de la última novela de Anne Holt, que dio un respingo en la banqueta cuando el móvil empezó a sonar. Dejó el libro abierto encima del mostrador y sacó el teléfono del interior del bolso. Llevaba horas a la espera de que Mikael la llamase. Después de que sus tías saliesen a recorrer el pueblo, había pasado casi toda la tarde pendiente del teléfono. Cuando la espera se hizo insoportable, había optado por entretenerse con una buena historia de misterio. Había poco movimiento en la librería y en ese momento Lasse atendía a un cliente en la flamante sección de Literatura juvenil.

—Pensé que nunca llamarías. —Fue lo primero que le salió y no le importó que sonase a reto. Lo escuchó respirar con fuerza—. No han dicho nada en las noticias sobre la muerte de Elin.

—Eso es porque no hemos involucrado a la prensa todavía —respondió.

Mikael no le negó que se tratase de Elin. Incluso hasta ese momento, guardaba la esperanza de que hubiera sido el cuerpo de otra mujer el que había aparecido en el lago.

—¿Stephan ya lo sabe?

—No, ahora estamos en camino hacia el Paradis para darle la noticia.

—¿Cómo murió?

—Greta, no empieces a jugar a la detective —le pidió—. La investigación apenas comienza y no quiero que te entrometas. Cero preguntas y cero teorías acerca del caso, ¿lo has entendido? Sé que vas a desobedecerme apenas tengas la oportunidad de hacerlo, pero esta vez, de verdad te lo digo, necesito que te mantengas al margen.

Ella ya ni siquiera le prometía que, al menos, haría el intento de no involucrarse en la investigación. No tenía caso, era una promesa que nunca cumplía y Mikael lo sabía muy bien.

—Supongo que ya habrán descubierto que Stephan golpeaba a Elin —comentó y echó por tierra cualquier intento de Mikael para que no metiera las narices donde no debía—. Yo misma le vi las marcas en la espalda. Por supuesto, Elin no reconoció que Stephan la había agredido. Si hubiera hablado con ella...

—No podrías haber evitado lo que ocurrió, Greta.

Ella no estaba tan segura.

—¿Murió a causa de un golpe entonces? —insistió.

Antes de llamarla, Mikael había resuelto que no le revelaría ningún detalle de la investigación, sin embargo, la notó demasiado afectada por la muerte de Elin y, como siempre, terminó por comer de la palma de su mano.

—Sí, Greta, recibió un golpe muy fuerte en la parte trasera de la cabeza. Grahn dice que estaba muerta cuando cayó al agua.

—¿Dónde apareció exactamente? —No iba a desaprovechar la oportunidad de seguir con las preguntas. Mikael había dado el brazo a torcer y parecía estar dispuesto a responder todas sus inquietudes.

—Lejos de la cabaña que compartía con Bringholm en el Paradis. La encontraron al sur del lago, a tan solo unos pocos metros del sendero que conduce al bosque.

—¿Pero la mataron allí?

—Las evidencias sugieren que sí, además, los peritos hallaron la piedra que usaron para golpearla.

Greta se preguntaba cómo había llegado Elin hasta ese lugar. Aunque no estaba demasiado apartada del pueblo, era una zona poco transitada, sobre todo durante la noche. Solo los lugareños se animarían a ir hasta allí sin temor a perderse.

—¿En qué piensas, pelirroja?

—En nada —mintió.

—¿Cómo llevas lo de mis tías?

Ella no protestó cuando cambió de tema.

—Yo bien, la que está un poco contrariada con su presencia es *Miss Marple* —le dijo—. Estuvo escondida en nuestra habitación casi toda la tarde, solo se animó a salir cuando comprobó que tus tías ya no estaban.

—¿Dónde andan?

—En el pueblo. —Se dirigió hasta la puerta y miró hacia el exterior—. No creo que tarden en regresar, se viene una tormenta.

—No sé si pueda llegar a tiempo para la cena, Greta.

—No te preocupes, tus tías entenderán.

—¿No te importa quedarte sola con ellas?

—Para nada, son dos mujeres encantadoras —le dijo para tranquilizarlo—. Es más, estoy segura de que no me costará mucho tirarles de la lengua para que me cuenten todos tus secretos.

Mikael soltó una carcajada.

—¡Eso puedes apostar sin miedo a perder, pelirroja! No hay nadie que pueda resistirse a tus preguntas; yo soy la prueba de que eres capaz de conseguir lo que quieres casi sin ningún esfuerzo.

Greta se mordió el labio. No pudo evitar sentirse un poco culpable por hacer que Mikael siempre claudicase ante sus propósitos apenas ella empezaba a acribillarlo a preguntas.

—Me gustaría ser un poco menos entrometida y no causarle problemas, teniente —le dijo a modo de disculpas. Miró por encima del hombro para comprobar que ni su primo ni el cliente al que atendía la hubieran oído—. Sabes que es más fuerte que yo, que no puedo mantenerme alejada cuando hay un misterio para resolver. Después de varios meses de tranquilidad —había estado a punto de decir aburrimiento—, tenemos dos crímenes en el pueblo y en ambos casos conozco a las personas involucradas. Ya te lo dije una vez, me pasa lo mismo que a *Miss Marple*, los misterios vienen a mí de manera indefectible, yo no salgo a buscarlos. Muchos creen que es un defecto, pero yo estoy convencida de que es una gran virtud. Sea lo que sea, teniente, tiene que reconocer que usted me ama tal cual soy.

Logró que Mikael se quedase callado; sin dudas, un punto a su favor. Cuando por fin abrió la boca, y bajó el tono de voz porque seguro que estaba con alguien más, reconoció que sí, que la amaba más allá de la manía que tenía de inmiscuirse en sus asuntos. Él les mandó un beso a sus tías y prometió hacer todo lo posible para llegar temprano. Cortó antes de que Greta tuviese la oportunidad de arremeter con más preguntas.

Su primo se acercó y dejó un libro encima del mostrador.

—Lo acaban de reservar para la semana que viene —le anunció.

Greta miró la novela en cuestión. Se trataba de Hablaré cuando esté muerto, una de las mejores obras de la autora y enfermera nacida en Gotland Anna Jansson. No recordaba exactamente la cantidad de veces que la había leído, pero cuando vivía en Söderhamn, incluso la había incluido en las actividades del colegio donde enseñaba Literatura. Apartó el libro para no olvidarse de envolverlo y miró a Lasse. Con la fecha del parto tan cerca, estaba más ansioso de lo habitual.

—Si quieres, puedes irte —le dijo. Aún era temprano para cerrar, pero podía arreglárselas perfectamente sin él.

Lasse respiró hondo. No eran solo los nervios de un padre primerizo, estaba agotado y con pocas ganas de atender a los clientes.

—Hanna no durmió bien anoche, el bebé estuvo muy inquieto y no podía encontrar la posición adecuada para poder descansar.

Greta sintió compasión por él. Conocía a su amiga y estaba segura de que ambos habían pasado la noche en vela. Ella, al tratar de dormir con esa enorme barriga a cuestas, y el pobre Lasse, al lidiar con sus berrinches. Adoraba a Hanna, pero cuando se lo proponía, podía llegar a ser insoportable. Menos mal que solo faltaban un par de semanas para que diera a luz, pensó. No lo decía muy a menudo para evitar que se refiriesen a su propia maternidad, pero se moría de ganas de tener en brazos al bebé de su amiga.

—Será mejor que vuelvas al apartamento, entonces.

Lasse aceptó esa sugerencia sin chistar. Necesitaba con desesperación recuperar al menos un par de horas de sueño para funcionar con normalidad, sin embargo, tuvo la sensación de que su prima no la pasaba nada bien tampoco.

—¿Qué sucede? ¿Has discutido con Mikael?

Greta negó con la cabeza. Tal vez lo más prudente hubiera sido seguir callada, la noticia sobre el hallazgo en el lago todavía no se había difundido, pero, más temprano que tarde, lo ocurrido con Elin saldría a la luz, y ella ya no era capaz de fingir que no sabía nada.

—Se trata de Elin, desapareció ayer por la noche del Paradis.

Lasse se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—¿Cómo que desapareció?

—Salió de la cabaña que compartía con su novio y nadie más la ha vuelto a ver desde entonces.

—Quizá regresó a Söderhamn sin avisar.

—No, Lasse, no fue eso lo que ocurrió.

—¿Entonces?

—La encontraron muerta en el lago hace apenas unas horas. Estaba con Mikael en

la estación esperando la llegada de sus tías cuando lo llamaron para avisarle.

Lasse se acercó y la sorprendió con un abrazo.

—Lo siento, prima.

—Me impactó mucho la noticia —le dijo apenas él la soltó—. Aunque habíamos perdido el contacto cuando volví al pueblo y no volvimos a hablarnos después de lo de Stephan, Elin no merecía morir así.

—¿Qué tiene que ver tu exnovio en todo esto?

Greta respiró hondo.

—Elin y Stephan estaban juntos, empezaron a salir un par de meses después de que yo corté con él —le explicó.

Su primo se quedó perplejo.

—¿Y Stephan ha venido con ella a Mora?

—Sí, están de vacaciones aquí, se hospedan en el Paradis junto a dos parejas amigas. —Adivinó cuál sería su siguiente pregunta y decidió adelantarse—. Ya me he encontrado con él y no ha sido en las mejores circunstancias.

Le contó lo que había hecho Stephan desde su llegada al pueblo y de cómo ella lo había enfrentado para exigirle que dejase de espiarla.

—¡Y yo sin enterarme de nada! —le reprochó.

—Tú tienes demasiado ya con el embarazo de Hanna.

—¿Se lo has contado a ella?

—Solo sabe lo de Stephan.

Lasse resolvió que esa noche no le diría nada sobre el fin que había tenido la actual novia del ex de Greta. Hanna no necesitaba una preocupación extra que le impidiese descansar con normalidad.

—Hanna quiere que vayas a verla, se queja de que la has abandonado por culpa de la librería. Sé que tal vez no estás de ánimo para celebraciones, pero ¿por qué no vienen mañana a pasar la Noche de San Juan con nosotros? Mamá estará encantada de tenerte en casa; el tío y Nina ya confirmaron su asistencia.

Greta no sabía nada. Se hacía más que evidente que tanto el club de lectura como el resto de los eventos que había organizado para ese verano le consumían todo el tiempo, hasta se había olvidado de que faltaba un poco más de veinticuatro horas para su fiesta favorita del año. Aunque encontrarse con su padre significaba irremediablemente que hablarían sobre la reaparición de Stephan en su vida, no iba a perderse la invitación de su primo por nada del mundo. Además y, aunque sonara egoísta de su parte, necesitaba despejarse un poco y dejar de sentirse culpable por no haber podido ayudar a Elin.

## CAPÍTULO XII

Un breve pero intenso aguacero logró aplacar el calor agobiante que soportaba la región central del país desde hacía un par de semanas. En Mora, la lluvia se desató hacia el atardecer, justo cuando Mikael y Miriam regresaban al Paradis con el propósito de informar el hallazgo del cuerpo de Elin.

Al llegar al lugar, ya no llovía con la misma intensidad, sin embargo, a ninguno de los dos le importó mojarse cuando descendieron del vehículo policial. Miriam caminaba delante seguida de cerca por Mikael. Fue inevitable que los curiosos ojos del teniente, acostumbrados a deleitarse con la anatomía femenina, se posaran en el trasero de su compañera. La falda de algodón que llevaba se le había mojado y se le adhería a las caderas conforme avanzaba por el estacionamiento. Conocía de sobra las artimañas de seducción femeninas y no le cabía ninguna duda de que Miriam las usaba con él.

Levantó la vista y se enfocó en el edificio principal del Paradis. Algunos de los huéspedes ocupaban las mesas que se habían dispuesto en la terraza para disfrutar de la brisa fresca que había llevado la tormenta. Sonrió cuando Cilla, la hija de Vibeke, lo saludó mientras agitaba la mano por encima de la cabeza. Se acercaron y de inmediato la niña soltó a su madre y se paró delante de él.

—Hola, teniente. —Una dentadura imperfecta se le asomó en el rostro cuando sonrió. Luego se puso seria y miró a Miriam—. ¿Quién eres tú? ¿Dónde está Greta?

—Hola, Cilla. —Mikael se arrodilló para estar a su altura. La habían peinado con dos coletas en lo alto de la cabeza y llevaba un vestidito rojo con lunares blancos—. Greta no ha podido venir porque está en la librería. Ella es la sargento Thulin, trabaja conmigo en la comisaría.

La niña entonces se dedicó a observar a Miriam de arriba abajo en absoluto silencio. Después se aproximó a ella y con el ceño fruncido preguntó:

—¿Eres policía?

—Lo soy —respondió ella.

Cilla volvió a mirar al teniente con un gesto interrogante.

—¿Las chicas también pueden ser policías?

—Por supuesto que sí. ¿Te acuerdas de Nina, la esposa del papá de Greta? —Cilla asintió—. Ella es sargento, al igual que Miriam.

—Pero la madrastra de Greta es más vieja —alegó con desparpajo.

Mikael se imaginó la cara que habría puesto Nina si la hubiera escuchado y le costó contener la risa. A la flamante esposa de Karl no le gustaba que se refirieran a ella como la madrastra de Greta, decía que era un término despectivo y que, además, llevaba a pensar de inmediato en los personajes más odiados de los cuentos para niños.

Miriam decidió intervenir y salir en defensa de Nina en su ausencia.

—La sargento Wallström no es vieja, Cilla, es solo un poco mayor que yo, y ahora ambas somos sargentos de policía —le explicó.

Cilla miró de manera fugaz a su madre, luego asintió como si hubiera comprendido lo que acababan de decirle.

—No eres tan linda como mi amiga Greta, pero me caes simpática.

Miriam se tragó el disgusto y le sonrió. No había peor cosa para ella que la comparasen justo con la hija del inspector Lindberg. No podía negar el hecho de que Greta fuese bonita y además dueña de una simpatía que conquistaba a todo el mundo, sin embargo, ella tenía sus propios encantos y estaba más que dispuesta a usarlos para conseguir cualquier cosa que se propusiera.

—¿Qué los trae por aquí? —Vibeke intervino para callar a Cilla, que hizo un puchero con los labios en señal de protesta.

La expresión en el rostro del teniente se transformó.

—Necesitamos hablar con Stephan Bringholm.

—¿Han encontrado a su novia?

Mikael no le respondió.

—¿Se encuentra en su cabaña? —preguntó en cambio.

—No, lleva metido en el bar desde que regresó de la comisaría. Sus amigos lo acompañan.

Stevic se despidió de Cilla con una caricia en la mejilla. Miriam, en cambio, le dedicó una sonrisa, gesto al cual la niña apenas le prestó atención.

—Será mejor que vayamos dentro, cariño —le dijo su madre y la agarró de la mano con suavidad.

Ella ni siquiera se movió de su sitio, se rehusaba a obedecerla, y Vibeke se vio obligada a tironearle el brazo para poder llevársela. Mientras se rebelaba en su contra y trataba de zafarse, Cilla empezó a chillar. No pensaba arrastrarla hasta su casa frente



a los huéspedes del Paradis, por lo tanto, la levantó en brazos, le murmuró algo al oído y entonces la niña dejó de quejarse.

Cuando Mikael y Miriam irrumpieron en el bar, de inmediato todas las miradas se posaron en ellos. Se encontraba bastante concurrido, por lo que no les resultó sencillo encontrar a Stephan en medio de la multitud. Fue Miriam quien logró individualizarlo en una de las mesas más alejadas; le rozó el hombro a Mikael para avisarle y hacia allí se dirigieron.

El grupo conversaba, pero apenas ellos entraron en escena, se quedaron callados. Inga-Marie, tal vez al presentir la razón de su presencia en el lugar, le apretó la mano al novio por encima de la mesa.

—Teniente Stevic, ¿qué hace aquí?

El que preguntó fue Lennart Bruhn. Stephan parecía el menos afectado por la aparición de la policía. Recostado en su butaca, se bebió de un último sorbo el whisky del vaso y se dispuso a servirse otra ronda, pero Benedikt Stærmose se lo impidió y alejó la botella de él, que le lanzó una mirada asesina.

—Tomen asiento, por favor —les ofreció Lotta mientras se acomodaba el cabello hacia atrás.

—No hace falta, estamos bien así —respondió Mikael sin dejar de observarla. Le temblaba la mano y no dejaba de buscar a su esposo con la mirada.

—¿Hay alguna novedad? ¿Encontraron a Elin?

Miriam tomó la palabra.

—Lamentablemente sí, señor Stærmose. Hace un par de horas, una unidad de agentes especializados en la búsqueda de personas desaparecidas que vino desde Orsa para colaborar con nosotros ha hallado el cuerpo de una mujer flotando en el lago. Aunque necesitamos una identificación oficial, podemos asegurar que se trata de Elin Rosenberg.

La primera reacción de los presentes después de escuchar esa terrible noticia fue de gran estupor. Durante unos cuantos segundos, se hizo un silencio generalizado que solo se quebró cuando Inga-Marie se echó a llorar. Su novio intentó contenerla, pero la mujer quiso salir corriendo y terminó por desmayarse en sus brazos. De inmediato, Lotta se encargó de darle un poco de aire con un pañuelo hasta que recuperó el conocimiento. Luego, ambas mujeres se abrazaron para llorar por la pérdida de su amiga. Benedikt y Lennart, en cambio, negaban con la cabeza, se rehusaban a aceptar la realidad. Stephan no había dicho nada todavía, permanecía en su sitio con la mirada perdida y las manos tensas, cerradas en un puño y apoyadas encima de la mesa. De pronto, se estiró para alcanzar la botella de whisky y volcó todo el contenido en el vaso. Esa vez nadie se lo impidió.

—¿Qué pasó? ¿Cómo terminó Elin muerta en el lago?

—Es lo que tratamos de establecer, señor Bruhn —dijo Mikael sin apartar la vista de Stephan. No podía negar que parecía afectado por la noticia, sin embargo, prefería ser cauto y observar su comportamiento de cerca para ver si descubría alguna actitud que lo pusiera en evidencia. Hasta que no se demostrase lo contrario, él era el primero en la lista de personas de interés en el caso—. Sé que no es el mejor momento para pedirle esto, señor Bringham, pero me temo que tendrá que acompañarnos a la comisaría para identificar de manera oficial el cuerpo de Elin. —Obvió mencionarle que tendrían que volver a interrogarlo.

—¿Es necesario que sea Stephan quien tenga que identificar el cuerpo, teniente? —quiso saber Lennart—. Cualquiera de nosotros puede hacerlo y evitarle semejante dolor.

—En estos casos siempre es mejor que sea la persona más cercana a la víctima —lo interrumpió Mikael. Cuando miró por el rabillo del ojo a su compañera, ella hizo un gesto de sorpresa que nadie más notó. Por supuesto, acababa de faltar a la verdad, sin embargo, quería que fuese Stephan quien viera el cuerpo de su novia en la mesa de autopsias de la morgue.

—Está bien, teniente. —Benedikt se puso de pie—. Yo acompañaré a Stephan a la comisaría. Además de ser uno de sus mejores amigos, soy abogado penalista y es posible que necesite mi asesoramiento.

Mikael no se lo esperaba, pero no podía hacer nada. Para evitar cualquier inconveniente de índole legal, decidió comunicarle su intención de volver a interrogar a Stephan.

—Ahora nos enfrentamos a un caso de homicidio, abogado, y las personas que ya prestaron declaración tendrán que volver a hacerlo. —Inga-Marie lo miró—. Usted también será interrogada otra vez.

La mujer asintió. Descansaba la cabeza en el hombro de su amiga y tenía el rostro bañado en lágrimas. Parecía ser la que más sufría por lo sucedido. Lotta, en cambio, aunque había llorado junto a ella hasta hacía unos momentos, se mostraba como la más fuerte de las dos.

—No me importa pasar por eso otra vez —logró decir a pesar de que le temblaba la voz—. Lo único que quiero es que la persona que nos quitó a Elin pague por lo que hizo.

Benedikt ayudó a su amigo a ponerse de pie. Le dijo a la policía que irían en su propio coche a la comisaría, pero primero acompañaría a Stephan hasta la cabaña para que se diera un baño y se cambiara de ropa.

\* \* \*

Greta estaba a punto de colgar el cartel de «cerrado» en la puerta de Némesis cuando distinguió una figura femenina al otro lado de la calle. Josefina Swartz salía del hostal de la señora Hoffman y se dirigía hacia la librería con el paso apurado para evitar que la lluvia la mojase.

¿Dónde diablos tenía la cabeza?, se preguntó. Ni siquiera recordaba que esa misma mañana la había invitado a conocer las nuevas instalaciones de Némesis. Estaba exhausta y en la casa la esperaban las tías de Mikael, quienes acababan de llegar de su paseo. No se sentía con ánimos de aguantar las excentricidades de Josefina, sin embargo, tenía un asunto pendiente que tratar con ella y aprovecharía la ocasión para pedirle que acompañase a Pernilla Apelgren en la presentación de su novela.

Puso su mejor cara y la recibió con una gran sonrisa. Sabía exactamente cómo tratarla para que se sintiera a gusto y aceptara cumplirle el capricho a Pernilla sin protestar demasiado.

—¡Detesto la lluvia! —exclamó mientras se quitaba el pañuelo de la cabeza y se retocaba el cabello—. Mi plan era dedicarme a recorrer el pueblo y descubrir sus encantos si es que realmente los tiene —se quejó—, pero con este tiempo tan inestable no me queda más remedio que encerrarme en mi habitación y sentarme a escribir.

—¿Cómo marcha la nueva novela? —le preguntó mientras le pedía el pañuelo mojado para colgarlo en el perchero.

—Va más lento de lo que mi editor espera —manifestó con cierto fastidio—. No entiende que una necesita tiempo para habituarse a la trama y a los personajes.

—Sé que no es de esa clase de escritora a la cual le gusta revelar detalles de sus novelas antes de ser publicadas, pero ¿me podría adelantar al menos de qué se trata la historia que escribe ahora?

—Aunque quisiera contártelo, querida, no podría. Apenas tengo un par de ideas que, por desgracia, todavía no conseguí plasmar en el papel. La inspiración se porta muy mal conmigo por estos días. Espero que tengas razón y pueda encontrarla en un lugar como este.

—Estoy segura de que así será, Josefina. No deje que la lluvia la desanime, se trata solo de una tormenta pasajera. Los del clima pronosticaron un día espléndido para mañana, entonces tendrá la ocasión de recorrer Mora y descubrir todos sus encantos.

Josefine, poco convencida de que así sería, sonrió solo para complacer a la muchacha. Greta era su anfitriona en el pueblo y de ella dependía que no se aburriese como una ostra mientras estuviera allí. Recorrieron las nuevas instalaciones de la librería mientras afinaban los últimos detalles del taller de escritura que dictaría Josefine a partir de la siguiente semana. Acordaron que serían dos clases vespertinas de dos horas cada una. Cuando Greta propuso hacer una celebración después de la última clase para que los asistentes al taller leyeran algo de su autoría, la escritora recibió la idea con entusiasmo. Después de comprobar con sus propios ojos los cambios que había implementado Greta en la librería, la felicitó. Sobre todo elogió el buen gusto que había tenido para redecorar el rincón de lectura y, por supuesto, sugirió que sería muy buena idea impartir sus clases de escritura creativa en ese lugar. Greta no pudo negarse, la veía tan entusiasmada, sentada con comodidad en el sillón Chesterfield, que decidió que ese era el momento perfecto para hablar con ella. Es ahora o nunca, pensó.

—Josefine, hay algo que querría pedirle —empezó a decir—. En realidad es un favor para una amiga mía, gran admiradora de sus obras. Me consta que las ha leído todas, y más de una vez. —Notó que esas últimas palabras habían captado su atención—. El año pasado ella escribió una novela y tuvo la suerte de que una editorial se interesase en publicarla. Como parte de las actividades literarias que planeé para este verano, Pernilla me propuso presentar su novela aquí en la librería.

Josefine frunció el ceño.

—¿Pernilla? Me suena ese nombre.

Greta intentó camuflar los nervios debajo de una sonrisa.

—Sí, es posible que se haya cruzado con ella durante la firma que organizamos el año pasado. Ya le dije que es una de sus más grandes admiradoras.

—Ahora la recuerdo, incluso me contó que escribía una novela y el título me pareció bastante ridículo. Me sorprende que haya logrado que se la publiquen.

Greta todavía no le había contado lo que deseaba la anciana para la presentación y sentía que llevaba las de perder.

—Pernilla está muy ilusionada con su primera novela, tanto es así que cuando se enteró de que usted venía al pueblo, pensó que podría acompañarla en un momento tan especial para ella y la gente de Mora. —Listo, lo peor ya había pasado. Josefine permaneció en silencio durante unos cuantos segundos y fue imposible para Greta interpretar lo que pensaba en ese momento, aunque presentía que la idea no le había resultado para nada simpática—. ¿Qué le parece? —se atrevió a preguntar por fin, incapaz de soportar por mucho más tiempo la incertidumbre.

Josefine apoyó ambos codos en el sillón y empezó a balancear la pierna derecha

hacia atrás y hacia delante. Llevaba un pantalón negro de corte clásico y un par de sandalias de taco bajo que hacían juego. Greta fijó la mirada en la pulsera de plata que le adornaba el tobillo.

—No creo que tenga siquiera la oportunidad de negarme —dijo por fin—. Si mal no recuerdo, esa mujer es bastante insistente y estoy segura de que no descansaría hasta que aceptase su petición.

—¿Entonces?

—Dile que puede contar conmigo para la dichosa presentación. Eso sí —dijo y alzó la mano en un gesto de advertencia—, tiene que ser un evento donde tenga la oportunidad de hablar también de mis novelas, después de todo, ya es un lujo para alguien que recién empieza como ella contar con una escritora de mi talla para que la acompañe —exigió.

Greta no puso ninguna objeción y estaba segura de que la anciana tampoco lo haría.

—Gracias, Josefina. Pernilla estará fascinada de tenerla a su lado en un momento tan especial para ella.

—Bien, ahora que ya te has sacado ese gran peso de encima, ¿por qué no hablamos de algo más interesante? —El halo de misterio que le había impreso a esas palabras logró captar el interés de la pelirroja. Estaba a punto de preguntarle a qué se refería cuando retomó la palabra—. ¿Qué es lo que ha ocurrido en el pueblo?

Greta se quedó perpleja. ¿Acaso ya corría el rumor de que había aparecido un cuerpo en el lago? El mismo Mikael le había asegurado que todavía no habían hecho pública la noticia. Irremediablemente pensó en Pernilla, pero tampoco era posible que se enterase cuando habían transcurrido apenas unas pocas horas desde el hallazgo.

—No pongas esa cara, muchacha. Te conozco y me doy cuenta de que estás al tanto de lo que pasó. Sin dudas, eres una privilegiada al estar rodeada de policías, obtienes información de primera mano. ¡Ya querría yo contar con tu misma suerte! —exclamó y dejó el sillón. Fue hasta la biblioteca, miró por encima un par de ejemplares y volvió hacia ella—. Alguien en el hostel mencionó que vio a un grupo de policías con perros en el lago. Semejante despliegue solo tiene una explicación: buscaban a alguien. ¿Me equivoco?

No tenía caso ocultárselo. Tarde o temprano, todos en el pueblo sabrían lo que había ocurrido y Pernilla sería de las primeras en esparcir la terrible noticia apenas se enterase.

—No, Josefina, no se equivoca. En efecto, la policía buscaba a una mujer que desapareció ayer por la noche del Paradis. —Le explicó que el complejo de cabañas lo regentaba un exinspector de policía amigo de su padre—. Han encontrado su cuerpo

en la parte sur del lago esta misma tarde.

Greta creyó percibir que una sonrisa estaba a punto de asomársele en los labios. Más allá de espantarla, parecía que la noticia le había encantado. Asumió que era su faceta de escritora de misterio la que le había provocado esa reacción. No podía culparla; aunque pecase de morbosa, ella también encontraba cierta fascinación cada vez que se cometía un crimen en el pueblo. Se retó por pensar de semejante manera.

—¿Quién es la víctima? —preguntó Josefine y la sacó de sus cavilaciones.

—No es del pueblo, es alguien que vino de vacaciones a Mora y encontró la muerte de la peor manera.

—Como escritora, tengo el don, o el defecto, de ser demasiado observadora y noto cierta tristeza en tus palabras, querida. ¿Acaso conocías a esa mujer?

Greta asintió.

—La conocí cuando viví en Söderhamn. Ambas dábamos clases de Literatura en el mismo colegio y, aunque ciertas circunstancias de la vida impidieron que fuéramos amigas, llegué a apreciar a Elin cuando trabajamos juntas.

—¿Ciertas circunstancias de la vida? —Josefine se plantó delante de ella con los brazos cruzados y en una actitud demandante—. ¿Qué quieres decir con eso exactamente?

—Un par de meses después de que yo abandonara Söderhamn, Elin empezó a salir con mi exnovio.

La escritora se mostró más que interesada en escuchar ese relato, por lo tanto, la instó a que hablara.

—Mi relación con Stephan fue muy complicada y tuve el valor de ponerle fin antes de que fuese demasiado tarde. —Le reveló los detalles de por qué no podía seguir con él—. Durante la boda de una amiga en común, descubrí que Elin se había enredado con él dos meses después de mi partida.

—¿Piensas que su romance empezó mientras tú y él estaban todavía juntos?

—No lo creo. La obsesión de Stephan hacia mí no le permitía ver más allá de lo que yo hacía o dejaba de hacer.

—O sea que, además de violento, era obsesivo.

La pelirroja asintió.

—Y lo peor de todo es que no ha cambiado, es el mismo de siempre, aunque me haya jurado lo contrario. —Comprendió demasiado tarde que había hablado más de la cuenta—. Le tocó a la pobre Elin sufrir en carne propia sus arranques de violencia y, sin dudas, pagó el precio más alto.

Josefine pensó en esas palabras.

—Piensas entonces que tu exnovio está detrás del crimen.

No se lo preguntó, fue una afirmación directa, y Greta tuvo miedo de pronunciar sus sospechas en voz alta.

—Eso no lo sé, Josefina. La única certeza en este momento es que Elin Rosenberg está muerta.

—Pero hay algo más que te lleva a sospechar de él, solo que prefieres actuar con cautela y esperar las evidencias.

—Stephan golpeaba a Elin —le soltó de repente—. Yo misma le vi las marcas en el cuerpo un día antes de que apareciera muerta. Y eso no es todo, Mikael me confirmó que la asesinaron a golpes en la cabeza con una piedra.

—Cuéntame todos los detalles —le pidió—. Dos cerebros aficionados a resolver misterios piensan mejor que uno.

—En realidad no sé mucho más que eso. La encontraron en un área del lago bastante alejada del pueblo, he estado allí en algunas ocasiones y le puedo asegurar que es un lugar muy poco frecuentado por los vecinos y casi desconocido para la gente que viene de afuera. Cuando la encontraron, Elin llevaba menos de veinticuatro horas desaparecida.

—Lo más probable es que la hayan asesinado poco después de su desaparición —especuló Josefina.

Greta concordó con la escritora y miró el reloj. Le habría encantado debatir un poco más con ella sobre el homicidio de Elin, pero se le hacía tarde, y Mikael jamás la perdonaría si dejaba plantada a sus tías. Como parecía que Josefina no se había percatado de su indirecta y no planeaba marcharse todavía, tuvo que hacer algo inesperado: la invitó a cenar y, por supuesto, la excéntrica escritora de novelas policíacas aceptó encantada.

## CAPÍTULO XIII

Fue el teniente Stevic quien condujo a Stephan Bringholm por el pasillo de la comisaría en dirección a la morgue. Benedikt Stærmoose, en calidad de amigo y abogado, esperaba en la recepción junto a Miriam Thulin.

El doctor Grahn, enfundado en un ambo de color verde, fue el encargado de recibirlos. Les ofreció un poco de pomada de eucalipto y mentol para disfrazar el olor fétido de la muerte, pero ambos la rechazaron. Los guio hasta el fondo de la sala de autopsias, donde había acondicionado un pequeño cuarto para brindar un poco de privacidad a los familiares de las víctimas. Allí, sobre una camilla de acero inoxidable y cubierto con una sábana blanca, yacía el cadáver de Elin.

Stephan ingresó primero seguido de cerca por Mikael. El forense rodeó la camilla y se colocó frente a ellos.

—Tómese el tiempo que necesite —le dijo mientras se cruzaba de brazos.

Stephan ni siquiera lo miró. Sus ojos oscuros recorrían el bulto con forma de silueta humana que tenía delante de él. Apoyó ambas manos en el borde de la camilla y rozó la sábana con la punta de los dedos; tenía la mandíbula tensa y un ligero temblor en todo el cuerpo. Unos segundos más tarde, levantó la vista y asintió con la cabeza.

El doctor Grahn apartó la sábana con lentitud hasta descubrir por completo el rostro de Elin. Stephan se sacudió en un violento estertor y retrocedió un par de pasos. Si no hubiera sido por Mikael, que alcanzó a sostenerlo del brazo con fuerza, habría perdido el equilibrio.

—No, no puede ser. ¡Mi Elin no puede estar muerta! —exclamó.

Con un movimiento brusco, logró soltarse y se arrojó encima del cuerpo de su novia. Le acarició el cabello y comenzó a besar cada uno de sus moretones. Cuando se echó a llorar como un niño sobre el cadáver, ninguno de los dos se atrevió a intervenir.

Mikael no se perdía detalle de todo lo que ocurría frente a sus ojos. Intentó pensar



con la cabeza en frío y no olvidar que, por el momento, Stephan era el principal sospechoso del homicidio. El dolor que demostraba frente al cuerpo sin vida de su novia no parecía ser fingido; aun así, no podía bajar la guardia.

Apenas Stephan se apartó por sus propios medios de la camilla, el doctor Grahn volvió a cubrir el cuerpo con la sábana.

—¿Cuándo podré llevármela de regreso a Söderhamn? —preguntó mientras se daba vuelta hacia Mikael—. Todavía no le he dado la noticia a su familia, pero querrán celebrar el funeral allí.

—Me temo que por el momento eso no va a ser posible, Bringholm —le contestó—. El juez tiene que expedir una orden para liberar el cuerpo, recién entonces, cuando ya no sean necesarios más exámenes *post mortem*, su familia podrá disponer de ella para trasladarla a Söderhamn.

Él asintió.

—Ahora tendrá que acompañarme. —Lo asió del brazo, pero Stephan no se movió de su sitio—. Debo volver a interrogarlo.

—Lo hizo esta mañana —replicó.

—La declaración que brindó esta mañana queda sin efecto. Ya no se trata de una averiguación de paradero, su novia ha sido asesinada y, como le mencioné antes, debemos retomar la investigación desde otro ángulo. —Vio que arrugaba la frente, entonces agregó—: No debería preocuparse, sobre todo si no tiene nada que esconder. Su abogado espera fuera y podrá asistirlo durante el interrogatorio.

—Ya le dije todo lo que sabía y lo poco que puedo recordar de lo que ocurrió esa noche.

Mikael todavía lo sujetaba del brazo, pero cuando empezó a oponer resistencia, se vio obligado a soltarlo.

—No importa, Bringholm. Estoy seguro de que con un poco de presión, llegará a recordarlo.

—¿Es una amenaza, teniente? —lo increpó.

—En lo absoluto, solo le hago saber que puedo lograr más de usted en un segundo interrogatorio. Es mi trabajo y, créame, soy muy bueno.

Stephan cambió de actitud con rapidez y dejó de desafiarlo con la mirada para mostrarse compungido otra vez.

—No estoy en condiciones de declarar en este momento, teniente —le dijo en un tono conciliatorio—. No he dormido bien y necesito descansar. ¿Podemos dejarlo para mañana?

Mikael no tenía la menor duda de que se escudaba detrás de su frágil estado emocional para evitar pasar de nuevo por la sala de interrogatorios. Sin embargo, no

podía obligarlo aunque querría. Mucho menos desde que contaba con el asesoramiento de un letrado.

—Está bien. —Se mordió la lengua antes de decir «se ha salido con la suya»—. Puede volver al Paradis ahora. Lo espero aquí temprano por la mañana y traiga a su abogado, lo va a necesitar —le aconsejó.

Stephan no dijo nada. Contempló el cuerpo de su novia una vez más mientras una lágrima se le deslizaba por la mejilla. Luego dio media vuelta y caminó hacia la salida con los hombros caídos y el cuerpo algo doblado hacia delante. Si lo que buscaba era generar compasión, sin dudas hacía su mejor esfuerzo. Por supuesto, un detective experimentado como él no se creyó esa actuación.

Lo escoltó hasta la recepción, donde se reunió con Benedikt. Tras intercambiar algunas palabras con su cliente, el abogado le aseguró a Mikael que Stephan volvería a primera hora del día siguiente para someterse a un nuevo interrogatorio. Después de decir eso, ambos abandonaron la comisaría.

El teniente miró el reloj; había perdido por completo la noción del tiempo. Cuando le preguntó a Ingrid por los demás y ella le dijo que todos ya se habían retirado, decidió que era hora de que él hiciera lo mismo. Después de una jornada agotadora, lo único que anhelaba era llegar a su casa para abrazar a Greta y recibir el cariño de sus adoradas tías. Pensó en llamar para avisarles que estaba en camino, pero resolvió que sería mejor darles una sorpresa.

\* \* \*

A Greta le costaba seguir el hilo de la conversación que sostenían Gloria y Adele con Josefina desde hacía al menos una hora. Las tías de Mikael estaban encantadas de compartir la mesa con una celebridad; la escritora de misterio, por su parte, se aprovechó de la admiración que ambas mujeres le profesaron desde el primer minuto para alardear de sus novelas y relatarles con lujo de detalles, las peripecias de haberse convertido en una de las autoras más leídas del país.

Adele se había esmerado con la cena y preparó arenque ahumado con cebolla y puré de papas, uno de los platos favoritos de Mikael. Su hermana Gloria, con la ayuda de Greta, se había encargado de elaborar el postre. En esa ocasión, la agasajada fue la dueña de la casa, ya que se lució con una *suksessterte*, un delicioso pastel de origen noruego que era popularmente conocido como «tarta del éxito» y que se había convertido en una de sus debilidades después de degustarla en un restaurante durante su visita a Gotemburgo. Josefina, después de insistir mucho, fue quien aportó la bebida para la cena: una botella de bourboulenc, que mandó a pedir en la única tienda

de vinos del pueblo.

Greta contempló la silla vacía a su lado y dejó escapar un suspiro. Disfrutaba de la compañía de las tres mujeres, pero esa noche en especial extrañaba a Mikael más que nunca. Puso atención en las hermanas Stevic; aunque parecían de verdad entusiasmadas con su nueva amiga, sabía que también sentían su ausencia. Se preguntó qué habría provocado su retraso. No pudo evitar especular sobre lo que ocurría en la comisaría. Reprimió el impulso de buscar el teléfono y llamarlo, no quería que él la acusara de entrometida. *Miss Marple* se asomó por la puerta de la cocina y empezó a sacudir las alas. En ese preciso momento, un coche se detuvo frente a la casa. Greta saltó de la silla como un resorte y caminó presurosa hacia la ventana mientras las otras la miraban. Josefina le guiñó un ojo a Gloria.

—Parece que su sobrino la vuelve loca a nuestra querida Greta —comentó mientras se llevaba la copa a la boca y bebía el último sorbo de vino de cepa francesa.

Tanto Gloria como Adele coincidieron con la escritora. Apenas unos segundos después, las tres mujeres también fueron testigos de cómo la muchacha, con cierto desgano, se dirigía a abrir la puerta.

—Es mi padre —anunció.

La primera reacción de Josefina fue de asombro. No había vuelto a ver a Karl desde su anterior visita al pueblo y, aunque sabía por su hija que estaba felizmente casado, le provocaba una gran excitación reencontrarse con él después de tanto tiempo. Se apresuró a sacar el espejo de mano del bolso para revisar su aspecto; se peinó el cabello y se puso un poco de lápiz labial. Olfateó el aire para constatar que olía bien y se acomodó la blusa hacia arriba para asegurarse de que los pechos estaban en su sitio. Mientras hacía todo eso, las tías se miraban entre ellas sin poder aguantarse la risa.

Cuando Greta abrió la puerta y la primera que ingresó al salón fue Nina, a la escritora le costó mucho disimular la desilusión. Aun así, puso su mejor sonrisa y se acercó a los recién llegados para saludarlos.

—Karl, sargento Wallström, ¡qué agradable sorpresa! —Primero agarró a Nina de la mano y se la estrechó con suavidad mientras apenas la miraba a los ojos. Luego puso toda la atención en quien de verdad le interesaba y no tuvo ningún reparo en demostrarle un poco más de afecto al estamparle un beso en cada mejilla.

Karl estaba más sorprendido que la propia Nina, aunque, por supuesto, supo sobrellevar la efusividad de la mujer mejor que ella.

—Me alegra volver a verte, Josefina —le dijo con una sonrisa en los labios.

Nina lo fulminó con la mirada. ¿Desde cuándo la tuteaba? Trató de hacer memoria y descubrir si ya lo había hecho durante su primera visita a Mora, pero en esa ocasión

estaba tan obnubilada por los celos que no pudo recordarlo.

Greta decidió intervenir cuando se dio cuenta de la situación que acababa de suscitarse entre su padre, Nina y la escritora. Después de presentarles a las tías de Mikael, se prendió al brazo de Karl y lo apartó de ambas mujeres para acapararlo solo para ella.

—No me avisaste que vendrías —le dijo y lo llevó hacia el centro del salón.

—Pensé que podía visitar a mi hija sin anunciarme previamente —respondió y se hizo el ofendido.

—No es eso, papá, es que habría preferido saberlo para no invitar a Josefine a cenar.

—¿Por qué no ibas a invitarla a cenar si estábamos nosotros?

Greta se cruzó de brazos y arrugó la frente.

—Sabes muy bien por qué, papá. Acabas de comprobarlo con tus propios ojos. — Bajó el tono de voz—. Poco faltó para que Josefine se tirara en tus brazos.

Karl sonrió para minimizar el asunto. Aunque se había sentido bastante incómodo, no tanto por él, sino por Nina, tenía que reconocer que cualquier hombre de su edad habría estado contento de que una mujer de mundo como Josefine Swartz le prestara atención.

—Exageras, cariño. —Le acomodó un mechón de cabello que le cubría los ojos y le acarició la mejilla—. Además, si vine hasta aquí no fue para verla a ella o conocer a las tías de Stevic, que, por cierto, ni siquiera me habías contado que estaban de visita. Pero bueno, supongo que no es lo único que me has ocultado, ¿o me equivoco?

Greta tragó saliva. Tenía derecho a reprochárselo. Apenas lo vio aparcar el coche frente a la casa, supo la razón de esa visita. Ya que la presencia de Stephan en el pueblo no era secreto para nadie, o casi nadie, debía afrontar las consecuencias de no haberlo puesto al tanto de lo que sucedía.

—Si me disculpan —se dio media vuelta y miró a las mujeres—, mi niña y yo tenemos que hablar en privado. —Tomó a Greta del brazo y la arrastró hasta la cocina. Una vez allí, cerró la puerta para asegurarse de que nadie los oyera y soltó una maldición cuando tuvo que volver a abrirla para dejar pasar a *Miss Marple*.

Como si presintiese que estaba a punto de recibir un fuerte regaño, la lora fue hacia donde estaba su dueña y empezó a frotarse el pico en la punta de sus zapatos.

—¿De qué quieres hablar, papá?

—Lo sabes muy bien, Greta —replicó él y se apoyó en el borde de la mesa.

Cuando la llamaba por el nombre y con ese tono áspero de voz, significaba que estaba de verdad enojado.

—¿Quieres beber algo? Josefine trajo un vino francés que estoy segura será de tu

agrado y...

—No quiero nada —la cortó—. Lo único que pretendo es que dejes de fingir que todo está bien. —La miró directo a los ojos con una mezcla de enojo y angustia—. ¿Por qué demonios no me dijiste que Bringholm estaba en Mora? No te imaginas lo que sentí cuando apareció en la comisaría y supe que llevaba ya varios días en el pueblo.

—Lo siento, papá. Iba a contártelo, te lo juro, pero no encontraba el momento oportuno para hacerlo. —Le dio un empujoncito a *Miss Marple* con el pie y se aproximó más a él. Le rozó la mano al tiempo que ponía cara de víctima—. No puedes culparme por querer evitarte un disgusto. Tarde o temprano Stephan se iría de aquí y asunto terminado. Ni siquiera tenías por qué enterarte o cruzarte con él —alegó para justificarse.

—Pero no contabas con que su novia desapareciera y él se presentara en la comisaría —replicó e hizo un gran esfuerzo para no dejarse convencer de que mantenerse callada había sido la mejor idea.

Greta asintió.

—Ahora Elin está muerta.

—Y Stephan Bringholm es nuestro principal sospechoso. —Cuando vio que ella se quedaba en silencio perdida en sus propios pensamientos, comprendió que había soltado la lengua en el momento menos propicio y delante de la persona equivocada—. Dime, cariño, ¿te has topado ya con él o supiste recién de su llegada al pueblo después de que Elin Rosenberg desapareciera?

Sabía que no debía ocultarle nada más. Pensó en el consejo que le había dado Vanja sobre contarle la verdad a él y a Mikael antes de que se enteraran por otro lado. Aunque estaba a punto de ocasionarle un disgusto, era mejor soltárselo de una vez por todas.

—Lo supe el mismo día que Elin desapareció, y, gracias al gran poder de observación de Pernilla Apelgren, descubrí que Stephan me espiaba. —Notó que su padre empalidecía, aun así, ya que por fin se animó, le contaría todo—. Rondaba por la zona comercial y me llamaba por teléfono y no decía nada. La misma conducta irracional que tuve que soportar cuando estaba en Söderhamn.

—¿Ese imbécil se atrevió a hacerte daño?

—No, papá —lo tranquilizó—. Decidí terminar de una vez con todo y lo enfrenté cuando vi que su camioneta estaba estacionada frente a la librería. Hablamos y le dejé bien claro que no estaba dispuesta a soportar su acoso otra vez. Me juró que había cambiado y que era feliz con Elin. —Negó con la cabeza—. Mentía. Nunca cambió y tampoco era feliz con ella.

—Bringholm la maltrataba —afirmó Karl—. Su cuerpo presentaba varias lesiones que fueron provocadas días antes de su muerte, aunque la asesinaron de un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza.

Greta sintió un escalofrío en la espalda.

—Sabía lo del maltrato y no fue Mikael quien me lo dijo —le aclaró antes de que despotricara contra él. Luego le contó que Elin había asistido a la primera reunión del club de lectura estival y que había sido justo allí donde le había visto las marcas en la espalda.

—Supongo que Stevic ya te lo habrá advertido, pero no está de más que yo también lo haga.

Greta sabía a la perfección lo que se llegaba a continuación.

—No quiero que te involucres de ningún modo en la investigación ni que metas tu nariz donde no debes —le exigió—. A lo sumo irás a la comisaría para declarar como testigo. Es un paso que no podemos evitar porque estuviste en contacto con la víctima el mismo día de su desaparición. Vas a prometerme también que te mantendrás alejada de Bringholm mientras no se vaya del pueblo, esta vez no voy a permitir bajo ninguna circunstancia que juegues a la detective. Ese hombre puede ser el responsable de la muerte de Elin Rosenberg y no quiero que pongas en riesgo tu vida mientras intentas resolver el caso por nosotros. Ya te lo he dicho cientos de veces, es más seguro entretenerte con los misterios que salen en esas novelas de detectives que devoras. — Le sonrió durante apenas unos segundos antes de volver a ponerse serio—. Deja que hagamos nuestro trabajo, para eso estamos.

Greta asintió, aun a sabiendas de que no tenía ningún sentido hacer una promesa que seguro iba a ser incapaz de cumplir. Prefirió mentirle para que, al menos esa noche, pudiera dormir tranquilo. Recostó la cabeza sobre su pecho y él la abrazó.

Permanecieron así hasta que Greta escuchó la voz de Mikael y corrió al salón para recibirlo.

\* \* \*

Inga-Marie caminaba por la habitación con el mismo ímpetu de una fiera enjaulada. El intenso dolor por la muerte de su amiga se había convertido en un sentimiento de rabia que apenas podía controlar. Si se hubiera atrevido a intervenir a tiempo, tal vez Elin seguiría con vida, pensaba.

Fue hasta la mesa de noche y encendió un cigarrillo. Todavía tenía por delante la penosa tarea de comunicarles a los padres de Elin que su única hija había sido asesinada mientras disfrutaba de unas vacaciones en Mora. Después de que Stephan le

pidiera hacerlo, no había podido negarse, pero retrasaba todo lo posible el momento de hablar con ellos porque no se sentía preparada todavía. Se dejó caer en la cama y, tras darle una pitada al cigarrillo, expulsó con fuerza el humo hacia arriba. Por un momento contempló la nube que se le había formado encima de la cabeza mientras intentaba reconstruir en su memoria la última vez que había visto a Elin.

Recordó lo angustiada que estaba porque creía que Stephan la engañaba. Aunque no era la primera vez que llegaba a sus oídos que él le era infiel, supo que en esa ocasión no se trataba de un rumor o de una simple sospecha, Elin parecía estar muy segura de lo que decía. Le llegó a la mente una frase que le había soltado su amiga tras beberse el segundo martini seco de la noche: «Esta vez han llegado demasiado lejos y no se los voy a perdonar».

Recién en ese momento reparó en el hecho de que había hablado en plural. Elin se refería a Stephan y a alguien más. Solo podía tratarse de su supuesta amante y, por su manera de expresarse, la conocía.

## CAPÍTULO XIV

Cuando Greta salió del baño y vio a Mikael sentado a los pies de la cama, supo que la ronda de sermones todavía no había terminado. Él solo quería quedarse a solas con ella para evitar ponerla en evidencia delante de los demás y, como los invitados ya se habían ido y sus tías descansaban en la habitación de huéspedes, no había nada ni nadie que la salvase.

Ella le sonrió de manera sensual mientras avanzaba hacia él, cubierta solo con una bata de algodón blanca. Se acomodó en el hueco de sus muslos. Mikael todavía llevaba los pantalones puestos y tenía la camisa desabotonada. Cuando pretendió quitársela, él la detuvo.

—Espera. —La agarró de la cintura y la empujó un poco hacia atrás—. Sé lo que tratas de hacer, pelirroja, y no vas a salirte con la tuya otra vez. —Trató de mantener la mirada a la altura de su rostro cuando la bata se abrió y reveló uno de sus pechos. No iba a ceder a sus encantos, al menos no hasta que hablase con ella.

Fastidiada porque su plan de seducirlo había fallado, Greta apretó el nudo de la bata para volver a cubrirse. Se apartó con brusquedad y cuando él intentó detenerla, le dio la espalda. Pensaba que se iba a librar de sus preguntas esa noche, ya que había tenido suficiente con el interrogatorio al que la había sido sometida su padre.

—¿Qué quiere saber, teniente?

A Mikael, ese «teniente» pronunciado con cierta ironía le cayó bastante mal. Era él quien tenía derecho a enojarse porque ella le había ocultado que Stephan Bringholm estaba en el pueblo.

—Todo. —La observó caminar hacia la ventana y cruzarse de brazos. Tenía el cabello húmedo todavía y le caía con suavidad sobre la espalda, como una cascada del color del fuego. Se lo había dejado crecer solo para complacerlo a él y ya le llegaba casi hasta la cintura. Reprimió el impulso de acercarse y acariciárselo.

—Mi intención no fue mentirte —se defendió mientras lo miraba a través del reflejo del cristal—. No quería que la aparición de Stephan en el pueblo generase



algún conflicto entre nosotros, por eso decidí no contarte que él había empezado a acosarme.

Mikael saltó de la cama como si hubiera sido impulsado por un resorte y dio dos largos pasos para ponerse detrás de ella. La tomó de los hombros y la obligó a que se diera vuelta.

—¿Qué has dicho? ¿Ese imbécil te ha estado acosando? —la increpó. Se le había hinchado la vena del cuello y parecía que echaba chispas por los ojos.

Eso era justo lo que Greta quería evitar con su silencio, ya que sabía que la reacción de Mikael sería muy distinta a la de su padre. No era solo preocupación por lo que Stephan pudiese llegar a hacerle, estaba de verdad furioso.

—Cálmate, por favor —le pidió.

—No me pidas eso, pelirroja. —Dio un par de vueltas por la habitación con ambas manos en la cintura y regresó a su lado—. ¿Te has encontrado con él? —Temía la respuesta que pudiese darle, aunque después de la actitud de Stephan durante el interrogatorio, no le cabían dudas de que sí lo había hecho; solo necesitaba que ella se lo confirmara.

Greta no se lo dijo con palabras, asintió con la cabeza y esperó lo peor.

—¿Cuándo fue? ¿Qué más me ocultaste?

Ella se acercó.

—Mikael, ¿entiendes ahora por qué preferí no contarte nada? Sabía que ibas a reaccionar así.

Él la fulminó con la mirada y Greta tragó saliva. Como cada vez que se alteraba, los ojos azules se le tornaban más oscuros de lo habitual.

—Lo que de verdad me saca de quicio es que me hayas mentido —le dijo y bajó un poco el tono de la discusión.

—No te mentí, Mikael, tan solo olvidé mencionarte que Stephan estaba en el pueblo.

—De paso también te olvidaste de contarme que ese tipo había empezado a hostigarte —le recriminó—. Y eso no es lo peor, te encontraste con él a mis espaldas.

—No lo digas de esa manera porque suena a traición y lo único que hice fue enfrentar a Stephan para exigirle que me dejara en paz. —Intentó un acercamiento y le acarició el brazo por encima de la camisa—. Por favor, no me gusta que peleemos, mucho menos por culpa de mi exnovio.

Mikael dejó escapar un suspiro y le devolvió la caricia al rozarle la palma de la mano con los dedos.

—No se trata de una escena de celos —le aclaró—. Stephan Bringholm es una parte importante de una investigación policial y no sabemos aún hasta qué punto está

involucrado en el homicidio de su novia, por esa razón y muchas otras que ya conoces de sobra, no voy a permitir que te vuelvas a acercas a él.

Como había hecho antes con su padre, Greta asintió para no empeorar la situación.

—¿Cómo sabías que Stephan y yo nos habíamos visto? —le preguntó a cambio.

—No lo sabía, pero su comportamiento en la sala de interrogatorios me hizo pensar en la posibilidad de que ya hubiera estado contigo. Se burló de mí y hasta tuvo la desfachatez de decirme que te diera un abrazo de su parte cuando te viera.

Greta maldijo a Stephan para sus adentros. Todavía era el mismo patán de siempre y, a la primera oportunidad, había aprovechado para meter cizaña entre ellos.

—¿Vas a contarme cómo fue o tendré que quedarme con las ganas? —Corría el riesgo de que le soltase otro sermón, pero a esa altura, Mikael empezaba a bajar la guardia.

—Después de todo lo que acabo de decirte tenía la esperanza de que, al menos esta noche, no insistieras en saber cómo va la investigación. —Bajó los hombros, en un gesto de total rendición—. ¿Qué demonios voy a hacer contigo, pelirroja? —Era la enésima vez que se hacía la misma pregunta y seguía sin encontrar la respuesta.

Ella aprovechó ese momento de debilidad para hacer lo suyo. Se pegó a su cuerpo y le metió la rodilla entre los muslos hasta rozarle la entrepierna. Luego empezó a acariciarle el pecho por debajo de la camisa y él entonces supo que había vuelto a perder.

Mientras lo empujaba hacia la cama, Greta se quitó la bata hasta quedar completamente desnuda. Aunque sabía que terminaría por hacer exactamente lo que ella quería, Mikael no opuso resistencia alguna y se dejó seducir.

En esa cama, donde tantas veces se habían amado, volvieron a ser un hombre y una mujer. Esa noche no hubo espacio para el policía reacio a revelar detalles de la investigación ni para la lectora aficionada a novelas de misterio que adoraba entrometerse donde no debía.

Greta terminó exhausta y cayó rendida encima del cuerpo de Mikael. Con el dedo le dibujó unos cuantos círculos alrededor del ombligo, y cuando se topó con la cicatriz que le había dejado la herida de bala recibida durante el enfrentamiento con Milo Ljumbark, cerró los ojos. No le provocaba repulsión, pero se le encogía el corazón cada vez que la veía y pensaba que él podría haber muerto por culpa de ese disparo.

Él se dio cuenta y le acarició el cabello. Presentía que en cualquier momento, cuando recuperase el aliento, empezaría con las preguntas, por eso decidió ganarle de mano.

—Pelirroja...

—¿Qué?

—Quiero detalles de tu encuentro con Bringholm, cuándo te encontraste con él y dónde.

Greta levantó la cabeza y lo miró.

—Supongo que es de interés para la investigación —comentó y se hizo la tonta.

—Digamos que sí. Cualquier información, por más insignificante que sea, puede ayudarnos a descubrir qué pasó anoche con Elin Rosenberg.

Ella se acomodó mejor encima de él y quedó con el trasero al aire, Mikael se lo cubrió con la sábana.

—Fue ayer por la tarde, un rato después de abrir la librería. Vi su camioneta estacionada al otro lado de la calle y decidí salir a hablar con él para pedirle que dejase de espiarme —le explicó. Él la escuchaba con atención para no perderse ningún detalle—. Habremos conversado apenas unos pocos minutos.

—¿En la calle?

—No, estaba demasiado ofuscada y creí que era más prudente subirme a su camioneta para evitar que alguien nos viera.

Aunque no le complacía saberlo, tenía que reconocer que había tomado la decisión correcta.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—Me contó que hacía unos días había llegado al pueblo para pasar unas vacaciones con Elin y un grupo de amigos.

—¿No le preguntaste por qué eligió justo Mora?

—Stephan dice que quería verme para pedirme perdón por lo que me había hecho, pero que no encontraba el momento oportuno para acercarse a mí. Me juró que estaba enamorado de Elin y que planeaban terminar las vacaciones en una isla noruega. También me aseguró que había cambiado, sin embargo, sé que no es verdad.

—Lo dices por las marcas que viste en el cuerpo de Elin.

Greta asintió.

—Papá me contó que la mataron de un golpe en la cabeza y que además la autopsia reveló lesiones anteriores. ¿Stephan reconoció que la maltrataba?

—Cuando lo interrogué solo buscábamos a Elin con vida. Mañana por la mañana se presentará en la comisaría para volver a declarar, pero esta vez irá acompañado por su abogado.

—Inga-Marie sabía que Stephan maltrataba a Elin, si él niega haberlo hecho, ella podrá atestiguar lo contrario —manifestó Greta.

Un hombre orgulloso como Stephan jamás reconocería sus errores, y esa era quizá la razón por la cual no había creído en su arrepentimiento. Si lo había perdonado, fue solo para que la dejase en paz.

—Inga-Marie Covitz sabe muchas más cosas —dijo Mikael, a sabiendas de que esas enigmáticas palabras terminarían por cavar su propia tumba.

Le bastó ver la expresión de curiosidad en el rostro de la pelirroja para comprobar que había soltado la lengua otra vez sin que ella insistiera demasiado. Empezaba a creer que Greta tenía algún un método secreto e infalible que le servía a sus propósitos de sonsacar información sin que los demás se dieran cuenta.

—Ya ha abierto la boca, teniente, no se detenga —lo exhortó—. A cambio, puedo revelarle algo importante sobre Sigvard Thorne y la agresión que sufrió en su casa.

El que sentía curiosidad era él.

—¿Te has involucrado en la investigación que lleva adelante tu padre?

—No. Gotilda me pidió que la acompañase a la casa de su hermano porque no se sentía preparada para ir sola al lugar donde casi lo matan. No pretendía desobedecer a papá, pero entiende que tampoco podía negarme, Mikael —se justificó, aunque por la expresión de incredulidad en su rostro era evidente que no iba a convencerlo de lo contrario—. Pero bueno, hablaremos de eso más tarde, dime qué es lo que te ha contado Inga-Marie.

Mikael resopló. Al hacerlo, el flequillo, que volvía a tenerlo largo y desprolijo como a Greta le gustaba, le cayó en la frente y le cubrió casi por completo los ojos. Ella lo apartó hacia un lado y le dio un ligero beso en los labios. ¿Cómo era posible resistirse a sus encantos o negarle cualquier cosa que le pidiera si bastaba solo un beso como ese para conseguir de él lo que se propusiera?, se preguntó.

—Ella estuvo reunida con Elin en el bar del Paradis poco antes de su desaparición. Según su testimonio, esa noche le contó que Stephan la engañaba y que planeaba abandonarlo.

El hecho de que Stephan le fuese infiel a su novia no le sorprendía en lo más mínimo. Después del comportamiento que había tenido con ella los últimos días al acosarla como lo había hecho en el pasado, era muy probable que además del maltrato físico, Elin también tuviese que soportar sus infidelidades. Lo que la inquietaba en realidad era la terrible posibilidad de que Elin se hubiera atrevido por fin a dejarlo y él se lo hubiera impedido. ¿Hasta dónde habría sido capaz de llegar Stephan para evitarlo?, se preguntó. La respuesta a esa pregunta era alarmante.

—Cuando pones esa cara es porque elucubras alguna de tus teorías —comentó Mikael, deseoso de oírla.

—Stephan es de esos hombres que no aceptan con facilidad que una mujer los abandone, y lo digo con conocimiento de causa.

—Además sabemos que es violento —repuso Mikael—. No recuerda lo que pasó esa noche porque estaba ebrio, o al menos es lo que quiere que creamos.

—Fue una de las últimas personas en estar con Elin...

Mikael asintió.

—Tuvo la oportunidad de cometer el crimen y, si ella quería dejarlo, también un motivo para querer asesinarla.

Esa vez, Greta no sumó más ideas, sino que guardó silencio. Aunque todos los indicios parecían apuntar a Stephan, había un detalle que no terminaba de cerrarle.

—Todavía espero, pelirroja. —Mikael le sonrió—. Seguro que tienes un as debajo de la manga que va a dejarme asombrado, o no.

Ella frunció el ceño y se tomó un poco más de tiempo para decir en voz alta lo que pensaba.

—Hasta el momento, todo indica que Stephan es el posible autor de la muerte de Elin; como te he oído decir en alguna ocasión, tiene todas las fichas para ocupar el primer puesto en la lista de sospechosos, pero... —Hizo una pausa para aumentar el suspenso— si de verdad la mató él, ¿por qué hacerlo en un lugar apartado que solo los lugareños conocen? Lo más lógico sería pensar que durante una discusión, a Stephan se le fue la mano y la asesinó. El hecho habría ocurrido en la cabaña, no a unos cuantos kilómetros de distancia. ¿Me explico?

Si algo había aprendido Mikael en todo ese tiempo era a no subestimar las teorías de Greta. Tenía sentido lo que acababa de decir.

—¿Están seguros de que la mataron allí y no en otro lado?

—No tenemos dudas de que esa es la escena del crimen y que no se usó para descartar el cuerpo. Los de criminalística no solo hallaron el arma homicida en el lugar, sino que también había rastros de sangre que indicaban que el hecho se produjo allí.

—Reitero, ¿por qué trasladarse tan lejos para cometer el crimen? Es un sitio que seguramente Stephan, como tantas otras personas ajenas a Mora, no conocía. Si las evidencias demuestran que la mataron ahí, entonces me inclino a pensar que alguien del pueblo está involucrado en el hecho.

Mikael se quedó pensativo. Si tenía en cuenta que Elin había llegado a Mora de vacaciones y, según su novio, se marcharía a Noruega la semana siguiente, era una posibilidad bastante remota que el asesino fuese alguien del pueblo.

—No te convence mi teoría, ¿no?

Él se encogió de hombros.

—Veo difícil que un lugareño sea el autor del crimen. ¿Qué vínculo tenía Elin Rosenberg con Mora?

—Lo tienes justo encima de ti en este momento, Mikael, pero es obvio yo no la asesiné —respondió Greta, medio en serio medio en broma—. Elin nunca ha estado

en el pueblo antes, ni siquiera seguimos en contacto después de que yo me fui de Söderhamn.

—Eso echa por tierra la hipótesis de que haya sido asesinada por alguien de Mora, excepto...

—¿Excepto qué?

—Pudo haberse tratado de un ataque al azar, quizá un intento de robo que salió mal —pensó en Sigvard Thorne y en las circunstancias similares que rodeaban ambos hechos.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, Greta comentó:

—Crees que la muerte de Elin tiene algo que ver con la agresión que sufrió Sigvard.

—Aunque los investigamos por separado, hay ciertas coincidencias que me llevan a pensar que los dos hechos pueden estar relacionados —explicó—. Por ahora es solo una teoría que ni siquiera he comentado con tu padre. Y en cuanto a eso, ¿qué has podido averiguar cuando acompañaste a Gotilda a la casa de su hermano? Yo he compartido detalles de la investigación contigo y ahora lo menos que espero es que retribuyas mi buena disposición y me cuentes lo que sabes.

Greta le sonrió mientras lo recompensaba además con una caricia íntima que provocó que diera un respingo.

—No descubrí gran cosa —dijo y se movió encima de él—. Según Gotilda, no faltaba nada de valor en la casa.

—La teoría del robo acaba de derrumbarse entonces —repuso Mikael y resopló.

No pudo agregar nada más, era difícil enfocarse en hablar y escuchar lo que Greta decía mientras sus dedos lo tocaban de esa manera.

—Yo no la descartaría del todo, teniente.

El as debajo de la manga, pensó él al ver cómo los labios se le curvaban en una sonrisa triunfadora.

—Al parecer, Sigvard guardaba en su casa una copia de la llave del museo. Gotilda revisó la caja donde siempre la dejaba y la llave no estaba. Hace apenas un par de días, llegó al Anders Zorn la pieza más importante de la colección de caballos de Dalecarlia que se exhibirá a partir de la semana que viene y que está evaluada en cientos de miles de coronas. Puede que el agresor entrase en su casa porque sabía que él tenía allí una copia de la llave del museo.

¡Vaya as que acababa de sacar de la manga la pelirroja!, pensó. Era posible que hubiera descubierto parte del misterio. Si contaban con el motivo de la agresión, sería mucho más simple dar con el autor.

—Claro que si mi teoría es acertada y Sigvard fue atacado para apoderarse de la

llave del museo y así robar el caballito que perteneció al rey Gustavo V, no veo qué conexión pueda tener con el asesinato de Elin. —Entornó los párpados y lo miró con un gesto interrogante—. ¿Qué indicios existen realmente de que ambos delitos estén relacionados?

A esa altura, después de que Greta consiguiera tirarle de la lengua, ya no tenía sentido guardarse información. Aunque sabía que si le contaba sobre la investigación que llevaba adelante su padre, tarde o temprano recibiría una sanción, pero estaba dispuesto a correr el riesgo.

—Tanto Sigvard como Elin recibieron un golpe en la parte trasera de la cabeza...

—O sea que fueron atacados por sorpresa o conocían a su agresor y no se esperaban el ataque —interrumpió ella—. Supongo entonces que ninguno tenía signos de defensa.

—Exacto, no tuvieron siquiera oportunidad de luchar contra su agresor.

—¿Algo más que conecte los dos hechos?

—Ambos ocurrieron la misma noche, tal vez con apenas un par de horas de diferencia.

—La casa de Sigvard no queda muy lejos del sitio donde encontraron a Elin. —Vio que Mikael asentía—. Sin embargo, y más allá de esas dos coincidencias que mencionaste, no soy capaz de encontrar el nexo que conecte el asesinato de Elin con la agresión sufrida por Sigvard.

—Todavía —agregó Mikael, convencido de que si existía una relación directa entre ambos delitos, Greta la descubriría.

—Creo que mi cuaderno rojo me ayudará a despejar la cabeza y aclarar las ideas.

Se dispuso a saltar fuera de la cama para ir a buscarlo, pero él la sostuvo de la muñeca para impedirselo.

—No esta noche, pelirroja —le pidió—. Ya tendrás tiempo mañana para exponer tus teorías por escrito en tu famoso cuaderno rojo.

Con un rápido movimiento que tomó a Greta por sorpresa, la arrojó a un lado para acomodarse encima de ella. Ella no puso ninguna objeción cuando Mikael la besó alrededor del ombligo y continuó hasta llegar a su entrepierna, donde permaneció un buen rato para brindarle placer.

## CAPÍTULO XV

El sábado temprano por la mañana, Stephan Bringholm se presentó en la comisaría como había prometido. Cuando Benedikt Stærmose anunció que su cliente se negaba a volver a declarar y que estaba en todo su derecho de no querer hacerlo, Mikael no tuvo más remedio que dejarlo ir. Le comunicó entonces que no podía ausentarse del pueblo sin avisar mientras durase la investigación; Stephan le aseguró que no planeaba irse todavía, ya que tenía algunos asuntos que resolver.

En su oficina, Mikael luchaba contra la frustración de no haber podido interrogarlo por el asesinato de su novia. Asuntos que resolver, ¿qué demonios había querido decir con eso?, se preguntó. La primera respuesta que se le ocurrió no le gustó para nada. Si ese tipo volvía a acercarse a Greta, se las tendría que ver con él. No le importaba quedar fuera del caso o que los de arriba lo suspendieran, no iba a permitir que Stephan siquiera respirara el mismo aire que su pelirroja.

Soltó el bolígrafo que tenía en la mano cuando se dio cuenta de que faltaba poco para que lo quebrara en dos, luego lo arrojó encima de la mesa y se reclinó en la silla. Se masajé la sien para intentar relajarse, pero no lo logró. Sabía que no podía bajar la guardia mientras el exnovio de Greta estuviese en el pueblo. Stephan Bringholm no solo era el sujeto despreciable que le había hecho la vida imposible cuando vivía en Söderhamn, también era el principal sospechoso de la desaparición y posterior homicidio de su novia. Le tocaba a él demostrar que estaba implicado en el hecho o eximirlo de toda culpa, y ciertamente no lo haría sentado detrás del escritorio. Si él prefería quedarse callado, buscaría información por otro lado.

Nina se asomó a la oficina y le avisó que los demás ya estaban reunidos en el centro de comandos. Mikael asintió con la cabeza sin siquiera mirarla, parecía que no tenía la más mínima intención de moverse de la silla en un buen rato, entonces Nina entró y cerró la puerta tras ella. Avanzó hacia el escritorio, se cruzó de brazos y esperó a que le dijese algo, pero él seguía sumido en sus propios pensamientos.

—Estás así por lo de Bringholm, ¿verdad? —le preguntó, aunque no hacía falta



hacerlo. Bastaba verle la cara para darse cuenta de que se había quedado con las ganas de interrogarlo.

Él entonces la miró; había dado en el clavo.

—Ese sujeto oculta algo, y que se haya negado a declarar ahora, cuando ya lo había hecho mientras Elin Rosenberg estaba desaparecida, confirma mis sospechas.

Nina coincidió con él. Aunque la ley lo amparase, resultaba extraño que de un momento a otro hubiera decidido echarse atrás y no someterse a un nuevo interrogatorio.

—¿Cuál es el siguiente paso? —quiso saber. A pesar de que ella investigaba la agresión a Sigvard, no se perdía detalles del caso que él llevaba adelante junto con Miriam Thulin.

—Tirar del hilo por otro lado para ver qué encontramos. —Se guardó el móvil en el bolsillo de los *jeans* y abandonó por fin la silla—. No hay tiempo que perder, hoy mismo interrogaremos a los amigos de Elin Rosenberg; también a los huéspedes y al personal del Paradis.

—A nosotros nos toca hacer lo mismo con los vecinos de Thorne y la gente del museo —comentó Nina.

Fue hacia la ventana y observó el cielo a través del cristal. Aunque la tormenta del día anterior se disipó tan rápido como se había desatado, unas cuantas nubes oscuras todavía se recortaban a lo lejos en el horizonte y presagiaban mal tiempo. Esperaba que no fuese más que una amenaza y pudieran festejar la Noche de San Juan sin tener que preocuparse por el clima.

Mikael se colocó a su lado. Cuando la miró como si tuviese la intención de decirle algo, Nina lo exhortó a que, sea lo que fuera, lo soltase de una buena vez.

—Será mejor que nos reunamos con los demás —sugirió y fue hacia la puerta.

Nina supo de inmediato que la razón de esa actitud evasiva tenía nombre, apellido y el cabello de color rojo. Ansiosa por escuchar en qué se había entrometido Greta, lo apuró para reunirse con el resto en el centro de comandos. Allí se encontraban todos menos Miriam, quien había pedido permiso para llegar un poco más tarde esa mañana de sábado.

Cerebritito estaba concentrado en su trabajo con los ojos clavados en la pantalla de la *laptop*. En el otro extremo de la mesa, Karl hojeaba la carpeta que contenía el informe de la autopsia de Elin Rosenberg. Por la expresión de su cara, él tampoco se había conformado con la negativa de Stephan de prestar declaración. Apartó la vista de la carpeta, le sonrió a su esposa y luego se dio vuelta para quedar de frente a la pizarra.

—Ahora que estamos casi todos, repasemos lo que ya tenemos.

—Karl, antes de eso me gustaría ponerlos al tanto de algunos nuevos indicios que han surgido en las dos investigaciones. —Mikael se apresuró a ocupar una silla. Mientras se dejaba caer en ella y ordenaba los papeles que tenía sobre la mesa, se debatía entre contarle lo que había averiguado como si fuese cosa de él o revelarle que su fuente de información, no tan secreta, era su propia hija. Aunque sabía que se arriesgaba a provocar la ira de su jefe, se decantó por lo más sensato—. Empezaré por el caso que llevan tú y Nina.

—¿Tienes información de nuestro caso, Stevic? ¿Cómo es eso posible? —preguntó perplejo Karl.

De pronto, la expresión de asombro dio paso a una sonrisa cargada de resignación apenas intuyó quién estaba detrás de todo aquello.

—Si has pensado en tu hija, has acertado, Karl. —Sin darle tiempo a despotricar contra él, continuó—. Greta estuvo ayer en la casa de Sigvard Thorne; su hermana Gotilda le pidió que la acompañase.

Karl ni siquiera atinó a interrumpirlo. Él mismo le había pedido a la mujer que fuese a la casa para poder establecer si, además de agredirlo, se habían llevado alguna de sus pertenencias. Jamás habría imaginado que esa petición iba a involucrar a su propia hija. Lo conminó a que retomara el relato.

—Gotilda descubrió que faltaba la copia de la llave del museo que su hermano guardaba en la casa. Greta me habló de una pieza muy valiosa que forma parte de la colección de caballitos de Dalecarlia y que llegó de Estocolmo hace un par de días.

Era tan simple como sumar dos más dos. Si detrás del ataque perpetrado en contra de Sigvard Thorne se encontraba una maniobra para robar el museo, al menos ya sabían por dónde continuar. Karl evitó volver a mencionar el nombre de su hija y dispuso una visita al Anders Zorn para hablar con los empleados del lugar. Por su parte, y en solitario hasta que Miriam llegase a la comisaría, Mikael estaba más que preparado para volver al Paradis y continuar con su propia investigación. Hasta que no hubiera evidencia firme de que quizá ambos casos estuvieran relacionados, prefería quedarse callado y esperar para hablarles a los demás acerca de esa teoría.

\* \* \*

Greta no podía creer su mala suerte cuando al llegar al Paradis se topó casi de frente con el coche de Mikael. Él no iba a tragarse que se había acercado al complejo de cabañas solo para hacerle una visita a la pequeña Cilla, pero ya estaba allí y no pensaba volverse a la librería. Revisó su aspecto en el espejo retrovisor, tomó la bolsa con el obsequio que le había traído a la niña y descendió con rapidez del Mini Cabrio.

El sol de las diez de la mañana le dio de lleno en el rostro. Llevaba unas cómodas sandalias sin tacón, por lo que pudo atravesar el estacionamiento casi a la carrera sin temor a caerse. Quiso evitar otro encontronazo con Mikael y fue directo a la casa de los propietarios del Paradis sin pasar por el edificio principal, pero Inga-Marie le salió al encuentro.

—Greta, ¿te has enterado ya? ¡Es horrible! —exclamó.

Apenas podía articular dos palabras seguidas sin echarse a llorar. Tenía la voz estrangulada por la angustia y los ojos hinchados.

—Lo siento mucho —le dijo Greta y se aproximó a ella para darle un apretón de manos.

La otra empezó a mover la cabeza.

—¡No puedo creer que Elin esté muerta! Sabes, no dejo de culparme por lo que pasó.

Greta compartía el mismo sentimiento de culpa, por eso la comprendía mejor que nadie.

—No te pongas así, lo que importa ahora es descubrir qué fue lo que pasó.

—Yo sé lo que pasó, Greta. ¡Fue él! ¡Stephan mató a Elin porque lo iba a dejar! —Lo proclamó con tanto ímpetu que parecía que nadie iba a lograr convencerla de lo contrario—. ¿Cómo pudo hacerlo, Greta? ¡Con su mejor amiga!

—¿De qué hablas?

—¡De Stephan y de Lotta!

Greta se quedó perpleja. ¿Stephan engañaba a Elin con Lotta Stærmose?, se preguntó.

—¿Estás segura?

La rubia asintió.

—Elin nunca me mencionó su nombre, pero sabía que la amante de Stephan era alguien cercano a ella. No fue difícil llegar a la conclusión de que se trataba de Lotta, yo misma la he sorprendido en ciertas actitudes sospechosas —manifestó—. En ese momento no fui capaz de verlo, pero ahora, después de saber de la infidelidad de Stephan, todo empieza a tener sentido. ¡Pobre Elin! ¡No se merecía que le hicieran algo tan feo!

—¿Se lo has dicho a la policía?

—No.

—Deberías hacerlo —le sugirió—. Podrías aprovechar que el teniente Stevic está por aquí. Te ayudaría a buscarlo, pero prefiero no cruzarme con él por ahora. ¿Dónde está Lennart?

—Imagino que él y el cornudo de Benedikt estarán consolando a su querido amigo

—dijo en tono despectivo—. ¡Prefiere acompañar a un asesino que quedarse al lado de su novia! No es justo, después de todo, yo acabo de perder a mi mejor amiga.

Greta supo que necesitaba un hombro donde llorar y ella se lo ofreció. Cuando logró calmarse, la acompañó hasta su cabaña durante una buena parte del camino y retomó el suyo antes de que Mikael la descubriese en el lugar.

Rodeó la enorme construcción de ladrillos y avanzó por un camino cubierto de arenilla blanca que conducía a la pequeña cabaña que Ejnar Kellander había mandado a construir especialmente para vivir con Vibeke y Cilla. Aminoró la marcha. El frondoso follaje de los árboles la protegía del sol y le permitía moverse sin prisa. Observó la pequeña construcción de dos plantas a medida que se acercaba; las ventanas se encontraban abiertas y una suave brisa bamboleaba las cortinas. Había una bicicleta de niña apoyada en una de las columnas del porche y varias macetas con la tierra removida encima de una mesa de hierro forjado. Echó un vistazo al reloj; eran las diez y media. Cabía la posibilidad de que Vibeke ni siquiera estuviese en la casa, aun así, no se iría sin antes ver a su hija y entregarle el presente.

Esa mañana temprano, después de que Mikael partiera rumbo a la comisaría y antes de que sus tías despertaran, había ido hasta la juguetería de la calle Kyrkogatan para elegir especialmente el regalo de la niña. No le costó demasiado decidirse qué llevarle: apenas posó los ojos en un loro de peluche, que además repetía lo que le decían cuando se presionaba una pequeña perilla en la parte de atrás, supo que era el indicado. Subió los escalones con cuidado y, cuando estaba a punto de golpear a la puerta, se detuvo al oír unas voces que provenían del interior de la cabaña.

—¡Mamá, me duele! —se quejaba la pequeña Cilla, casi al borde del llanto.

—Lo sé, cariño, pero con las gotas que te da mamá pronto se pasará —la tranquilizó Vibeke con dulzura—. Hoy me quedaré contigo todo el día. Si quieres, podemos jugar con tus muñecas o mirar una de tus películas favoritas. Por la noche, cuando te sientas mejor, adornaré tu cabello con flores y nos reuniremos con Ejnar para festejar San Juan.

—¡Quiero ir con papá!

—Él no puede estar contigo ahora, cariño. La policía ha venido para hablar con él y con los huéspedes, es mejor que nos quedemos aquí —le explicó.

Greta sonrió. Cilla era de esas niñas caprichosas que cuando se encontraban enfermas reclamaban la mayor atención posible de todo el mundo. Ella hacía lo mismo a su edad, acaparaba especialmente a su padre, quien incluso sacrificaba horas de trabajo en la comisaría para pasar más tiempo con ella. No le sorprendió que la niña llamase «papá» a Ejnar. Él y Vibeke llevaban juntos poco más de un año y era lógico que Cilla creyese que era suya. Nunca le había preguntado a ella por su pasado,

mucho menos habían hablado del verdadero padre de la niña. Cuando ambas se quedaron en silencio, dio unos golpecitos a la puerta y esperó a que le abrieran.

Lo primero que notó apenas tuvo a Vibeke Pålsson frente a ella fueron los profundos surcos oscuros debajo de los ojos y el cabello desarreglado, signos que sin dudas ponían en evidencia que había pasado una mala noche. Le angustiaba pensar que la enfermedad de la niña fuese más grave de lo que le habían dicho. Le sonrió de manera comprensiva cuando intentó mejorar su aspecto y se peinó con los dedos.

—Espero no ser inoportuna, Vibeke. Sé que tendría que haberte avisado que vendría, pero...

—No te preocupes, Greta, pasa. —La arrastró hacia el interior de la cabaña y cerró la puerta—. Nos encanta que hayas venido a visitarnos, ¿verdad, cariño?

Cilla estaba tendida en el suelo sobre la alfombra con un enorme libro para colorear y un montón de marcadores desparramados a su alrededor. Se puso de pie apenas escuchó que su madre mencionaba el nombre de Greta. Con una mano apoyada en el estómago, se acercó a ella.

—Hola, Greta. ¿Cuándo vas a llevarme con *Miss Marple*? —De inmediato, toda su atención se centró en la bolsa que llevaba la pelirroja y que tenía un enorme moño azul que colgaba de un costado.

—Te prometo que te llevaré a verla apenas te sientas mejor —le aseguró. Luego le puso la bolsa con el obsequio justo delante de las narices y le sonrió—. Mientras, te he traído esto. Espero que te guste. —Se arrodilló y la ayudó a abrir el paquete.

Vibeke las observaba sin perderse ningún detalle. Apenas unos minutos antes, Cilla no paraba de quejarse del dolor de estómago, pero desde la aparición de Greta, ni siquiera parecía acordarse de sus malestares físicos. Le caía simpática la hija de Karl, pero no alcanzaba a comprender esa fascinación que provocaba en la niña.

—¡Oh, es hermoso! —exclamó Cilla al ver el loro de peluche. Se lo arrebujó contra el pecho y, al hacerlo, activó el dispositivo que le permitía al muñeco repetir dos veces todo lo que se decía a su alrededor.

—¡Oh, es hermoso! ¡Oh, es hermoso!

Cilla empezó a reírse a carcajadas y Greta no tardó en imitarla. Dijeron varias frases más con la única intención de que el loro de peluche, bautizado *Teddie Safari* en honor a su personaje favorito de *Mi pequeño pony*, las repitiera hasta el cansancio. Vibeke se excusó con ellas y alegó que tenía unos bizcochos en el horno, por lo que las dejó solas en el salón.

La niña le ofreció a Greta uno de los marcadores para que coloreara con ella uno de los libros. Cuando le dejó el que más le gustaba, no fue capaz de negarse, estaba dispuesta a hacer lo que ella quería si con eso lograba que se sintiera mejor. Greta

llegó a perder la noción del tiempo y, si no hubiera sido porque Vibeke regresó de la cocina para que su hija tomara el medicamento para el estómago, se habría quedado a colorear otro rato. Cilla pidió que fuese ella la encargada de dárselo, pero Greta miró primero a Vibeke, para buscar su aprobación. Tardó unos segundos en acceder a cumplir el capricho de su hija y luego le entregó el frasco con las gotas para el estómago, que la niña se tomó sin chistar ni poner fea cara.

—Me parece que a partir de ahora llamaré a Greta para que venga a darte la medicina —manifestó Vibeke con ironía.

Le molestaba el comportamiento de su hija cada vez que la pelirroja andaba cerca y no veía la necesidad de ocultárselo. Cilla celebró su idea con gran entusiasmo mientras alzaba los brazos y los sacudía en el aire.

Greta se dio cuenta de que Vibeke no se encontraba a gusto con que su hija le manifestara cariño a otra mujer, por lo que le dijo que tenía mucho trabajo en la librería y que no podría estar pendiente de darle la medicina todos los días. Esa respuesta no le gustó demasiado y a punto estuvo de echarse a llorar, pero para evitar que se pusiera triste le prometió que apenas se recuperara del dolor de estómago, la llevaría a su casa para que pasase toda una tarde en compañía de *Miss Marple*. Cuando Vibeke dio su permiso, Cilla dejó de hacer pucheritos y, con una sonrisa en los labios, volvió a colorear sus libros.

Vibeke entonces invitó a Greta a probar uno de los bizcochos de chocolate que acababa de sacar del horno y, golosa como pocas, ella aceptó encantada. Degustó el primero y enseguida fue tentada a comer otro más.

—No podría aunque quisiera —le dijo mientras miraba de reojo la bandeja repleta de bizcochos y maldecía por su mala suerte de aumentar de peso con tanta facilidad—. Lamentablemente, los dulces se me acumulan en las caderas y, con tantas actividades en Némesis, ni siquiera tengo tiempo para salir a ejercitarme.

Vibeke le sonrió.

—Te entiendo, Greta. Gracias a Dios, yo heredé el físico esbelto de mi madre y no tengo problemas de peso, pero no me salvé del estigma de los Pålsson. —Se tocó la nariz. Aunque no era demasiado grande, tenía una protuberancia justo en el medio que la hacía lucir torcida—. ¿Te parece justo tener la misma nariz que tu padre, tu abuelo y tus dos tíos?

—¡No, claro que no! —respondió Greta y trató de contener la risa.

—Pero bueno, con una nariz poco agraciada, logré conquistar el corazón de mi Ejnar.

—Estoy segura de que él ha sabido ver más allá del estigma de los Pålsson —bromeó la pelirroja y provocó que Vibeke soltara una carcajada.

—¡Absolutamente! No sé qué sería de mi vida ahora si Ejnar no se hubiera cruzado en mi camino. —Dejó de reírse para soltar un suspiro—. Es un hombre maravilloso y nunca me importó la diferencia de edad o lo que dijese los demás. Lo único que lamento es que la relación de Ejnar con su hijo se haya resentido por mi causa.

Greta no tenía dudas del amor que sentía Vibeke por el amigo de su padre. Le brillaban los ojos cada vez que mencionaba su nombre.

—No te preocupes por Niklas, tarde o temprano aceptará lo de ustedes, es solo cuestión de tiempo. Yo me comporté de la misma manera cuando papá empezó a salir con Nina y, créeme, no me siento para nada orgullosa de haber sido tan obtusa.

—Se los ve muy felices juntos.

—Lo son. No podrían vivir el uno sin el otro.

—Igual que el teniente y tú —comentó Vibeke mientras guardaba los bizcochos de chocolate en la alacena para ponerlos fuera del alcance de la niña. Se dio vuelta y agregó—: Me enteré de que estuvo a punto de morir el invierno pasado en un enfrentamiento con un asesino serial. ¿Cómo has hecho para seguir después de semejante mal trago?

A Greta se le borró la sonrisa de la cara, no le gustaba recordar ese episodio de su vida. Por su cabeza se sucedieron, una tras otra, las imágenes de lo que había ocurrido esa fatídica noche de noviembre en casa de Maria Nûjen.

—Fue horrible, Vibeke, pensé que perdía a Mikael y que me moriría con él.

—No lo tomes a mal, pero no sé cómo haces para vivir con la incertidumbre de no saber si un día el teniente volverá a casa. —Se sentó frente a ella y, a pesar de la expresión de angustia de la pelirroja, prosiguió—: Cuando conocí a Ejnar y me dijo que era policía, no estaba segura de querer empezar una relación con él. Por fortuna, faltaban solo dos años para su retiro y me aseguró que como inspector hacía casi todo su trabajo desde la comodidad y seguridad del escritorio.

—Aunque lo que le pasó a Mikael fue terrible, he vivido con esa incertidumbre toda mi vida. De niña fui testigo de cómo mi madre se ponía a rezar cada vez que papá llegaba tarde a casa. Por esa razón, resolví que yo no seguiría con la tradición de los Lindberg de ingresar a la policía nacional y, con mi decisión, le di el disgusto más grande a mi padre. —Sonrió con cierta amargura—. Claro que nunca imaginé que me enamoraría de un policía y repetiría la historia de mi madre.

—Pero no te arrepientes de haberlo elegido.

—Nunca —afirmó—. Amo a Mikael por sobre todas las cosas. Lo que siento por él es más fuerte que el miedo que me paraliza cuando imagino que algo malo puede ocurrirle. Él me comprende mejor que nadie y soporta cada una de mis locuras; creo

que estamos hechos el uno para el otro. Ambos venimos de relaciones frustradas y nos encontramos en el momento correcto. Si hace tres años no hubiera regresado al pueblo, quizá hoy mi vida sería muy distinta.

—¿Has estado fuera del pueblo? Pensé que siempre habías vivido aquí.

—Me fui a Söderhamn a trabajar, aunque creo que la verdadera razón por la cual dejé Mora tuvo que ver con mi padre. Necesitaba alejarme un poco de él porque nuestra relación se había vuelto demasiado simbiótica. No me malentiendas, adoro a mi padre —se apresuró a aclararle—, pero en esa época él resentía todavía que su única hija no fuese policía y siempre chocábamos cada vez que hablábamos del tema. Estar distanciados nos ayudó, aunque mi estadía allí no fue tan placentera como hubiera deseado.

Vibeke estaba a punto de preguntarle el motivo de semejante afirmación, pero Ejnar irrumpió en la cocina y ya no pudo hacerlo.

Él se acercó a Greta y la saludó con un abrazo. La conocía desde que medía menos de medio metro y corría por la casa de sus padres, siempre con un libro en la mano. No era extraño que al crecer hubiera optado por convertirse en librera en vez de emular la carrera de su padre. Decisión que, por supuesto, todavía le pesaba demasiado a su amigo. Él había corrido con mejor suerte, ya que Niklas había empezado a pregonar desde niño que, cuando fuese grande, iba a ser policía, y se había convertido en uno de los mejores. Aunque la relación entre ellos no pasaba por su mejor momento, se sentía muy orgulloso de su hijo. Contempló a Greta durante unos cuantos segundos. ¡Qué bonita pareja habrían hecho si ella no se hubiera enamorado del teniente Stevic durante la breve estadía de Niklas en el pueblo!, pensó.

—Cuando vi el Mini Cabrio en el estacionamiento, supe que te encontraría aquí —le dijo—. ¿Cómo estás? El teniente anda por el complejo e interroga a medio mundo.

—¿Ya te ha interrogado a ti? —le preguntó Vibeke y le ganó de mano a la pelirroja.

Ejnar asintió.

—Fui uno de los primeros con los que habló. —Rodeó la mesa y se sentó junto a ella—. Quería que fueras hasta la oficina para hacerte algunas preguntas. Le comenté que la niña no se sentía bien, así que accedió a venir a interrogarte aquí cuando termine con los demás.

—No te preocupes, Vibeke —intervino Greta—. Es solo parte del procedimiento policial. Necesitan conocer los movimientos de todos al momento de la desaparición de Elin Rosenberg para descartar sospechosos.

—Greta tiene razón, cariño. Stevic solo hace su trabajo. —La tomó de la mano y



se la apretó. Luego, volvió la atención a la hija de su amigo—. Por cierto, ¿sabe el teniente que estás aquí? Porque no me comentó nada. —Ella negó con la cabeza—. Entonces hice bien en callarme la boca.

Greta sonrió.

—No le dije que vendría, precisamente para evitar que me regañara. Si consigo marcharme antes de que me vea o puedo evitar que descubra mi coche en el aparcamiento, me ahorraré otro de sus sermones. —Se puso de pie y lo miró—. Siempre es agradable volver a verte, Ejnar.

—Lo mismo digo, muchachita. —Le dio otro abrazo—. Dile al cascarrabias de Karl que venga a visitarme más a menudo. Desde que nos hemos mudado al pueblo, apenas se aparece por aquí. Si no viene, voy a creer que mis sospechas son ciertas.

Greta lo miró con el ceño arrugado.

—¿Cuáles sospechas?

—¡Qué tiene miedo de perder al ajedrez conmigo! —exclamó—. No recuerdo cuándo fue la última vez que jugamos, pero te puedo asegurar que esa partida la gané yo.

—Le diré entonces que lo esperas para jugar al ajedrez, aunque si es verdad lo que dices, dudo de que a papá le entusiasme la idea de enfrentarse de nuevo contigo. Odia perder, mucho más cuando se trata de su juego de mesa favorito. —Se alejó hacia la puerta—. Voy a despedirme de la niña.

—Te acompaño. —Vibeke le dio un beso a Ejnar y siguió a Greta hasta la sala.

Cilla dormía plácidamente en un rincón del sofá. Se había arrebujado con el loro de peluche entre los brazos y Greta no se atrevió a molestarla. Se acercó en puntas de pie para no hacer ruido y le acarició la cabeza, luego volvió al lado de Vibeke.

—Dale un beso de mi parte cuando despierte —le pidió en voz baja—. Si mañana se siente bien, puedes llevarla a mi casa para que juegue con *Miss Marple* o, si prefieres, yo misma la paso a buscar.

—Está bien, Greta, si el malestar estomacal desaparece, te aviso. —Fueron hacia la salida—. Espero que mañana ya no le duela más y podamos retomar nuestra rutina. Cada vez que Cilla se enferma, todo a su alrededor se pone patas para arriba.

Greta pensó de inmediato en Hanna y en Lasse; la vida para ellos tampoco volvería a ser la misma después del nacimiento de su hijo. Los esperaba una etapa de grandes cambios: noches en vela, el llanto del bebé a cualquier hora del día, pañales sucios, biberones que calentar, paseos por las calles del pueblo para presumir de su flamante paternidad, las posibles peleas que surgirán entre los abuelos cuando traten de discernir a quién de la familia se parece la criatura. La lista era infinita, por eso se preguntó si valía la pena tomarse tantas molestias. Cuando contempló a Cilla, la

invadió un gran sentimiento de ternura y comprendió que sí, que cualquier esfuerzo valía la pena si la recompensa era tener un hijo que perpetuase el amor entre dos personas. Se sorprendió por el rumbo que habían tomado sus pensamientos y culpó a Hanna y su manía de insistirle en que le plantease a Mikael la posibilidad de convertirse en padres pronto.

Antes de despedirse de Vibeke, le recordó que la esperaba en la segunda reunión del club de lectura estival. Después de que le contó cómo había estado el primer encuentro, ella le prometió que no se la perdería por nada del mundo.

Bajó las escaleras del porche y enfiló hacia el estacionamiento. De vez en cuando, miraba por encima del hombro para comprobar si Mikael iba detrás de ella mientras bufaba como un toro en pleno ruedo dispuesto a reclamarle su presencia en el Paradis. Cuando faltaban apenas un par de metros para llegar al coche, escuchó que alguien se le acercaba. Respiró hondo y sonrió de oreja a oreja mientras se daba vuelta. La sonrisa se le borró del rostro cuando descubrió que se trataba de Stephan.

## CAPÍTULO XVI

Lotta Stærmose estaba nerviosa; le temblaban las piernas y parecía no saber qué hacer exactamente con las manos mientras Mikael la sometía a su primer interrogatorio. Después de que su declaración hubiera quedado pendiente cuando alegó no sentirse bien tras la desaparición de su amiga, él decidió empezar con ella. La observó con detenimiento mientras bebía un vaso de agua. Lo primero que resaltaba en su fisonomía, sin dudas, era la belleza particular de su rostro: piel blanquísima, ojos azules oscuros, mejillas pronunciadas y labios gruesos. Calculó que rondaría los cuarenta, sin embargo, no tenía casi arrugas, apenas un par de líneas de expresión cuando sonreía o fruncía el ceño. Tenía el cabello rubio y lo llevaba recogido en una trenza al costado de la cabeza. Era de contextura pequeña, aunque de curvas generosas y, por su manera de vestirse, era evidente que no le incomodaba mostrar sus atributos. Tenía unos pantalones cortos de *jean* y una blusa ajustada sin mangas que se le adhería al cuerpo y dejaba poco a la imaginación de todo aquel que la contemplase.

Mikael se le plantó delante y Lotta dejó el vaso de agua encima del escritorio.

—¿Qué es lo que quiere saber, teniente? —le preguntó y lo miró directo a los ojos.

Durante un segundo, la atención de Mikael se concentró en el escote de su blusa. Cuando ella se cruzó los brazos para cubrirse, alzó la vista.

—Comencemos desde el principio. ¿Cuánto hace que conoce a Elin Rosenberg?

—Nos conocimos hace un par de años. Yo era amiga de Inga-Marie y coincidimos en una fiesta.

—Tengo entendido que las tres parejas vinieron a Mora para celebrar el aniversario de su boda, ¿no es así?

Lotta asintió.

—Benedikt y yo cumpliremos diez años de casados dentro de dos días y queríamos festejarlo entre amigos. Cuando Stephan nos propuso hacerlo aquí, todos estuvimos de acuerdo.

Acababa de confirmarle que la idea de vacacionar en el pueblo había sido de Stephan y a él no se le quitaba de la cabeza que Greta era la razón que lo había llevado a elegir Mora como destino turístico. Trató de dejar a la pelirroja aparte, sin embargo, al estar su exnovio de por medio, no era fácil lograrlo.

—Hábleme de la relación entre Elin Rosenberg y su novio.

Lotta bebió un poco más de agua antes de responderle.

—Era una pareja normal, con peleas y desacuerdos, como cualquier otra.

Stevic notó que se había puesto más nerviosa. Ni siquiera lo miraba a los ojos mientras le hablaba.

—¿Alguna vez fue testigo de maltratos por parte de Stephan Bringholm hacia Elin?

Lotta volvió a mirarlo.

—No. —Su respuesta fue rotunda.

—¿Elin le comentó alguna vez si su novio la golpeaba?

—Nunca.

Estaba demasiado tensa y Stevic advirtió entonces que mentía.

—Creemos que Elin Rosenberg descubrió que su novio la engañaba y que la noche de su desaparición planeaba abandonarlo. ¿Qué sabe usted de eso?

Vio que jugueteaba con un brazalete mientras golpeteaba el piso de madera con el pie derecho y le temblaba la boca ligeramente. Mikael supo que iba por el camino correcto; un poco más de presión y conseguiría quebrarla.

—Elin no... No me comentó nada —titubeó—. Tenía más confianza con Inga-Marie, tal vez a ella sí se lo contó.

—Efectivamente, fue Inga-Marie quien mencionó lo de la infidelidad. Poco antes de ser vista por última vez, Elin le habló de dejar a su novio —le explicó sin dejar de estudiar cada una de sus reacciones—. ¿Está segura de que no estaba al tanto de los posibles escauceos amorosos de Bringholm con otra mujer?

—¿Por qué tendría que saberlo, teniente? —le espetó. Era evidente que estaba a punto de perder el control.

—Tal vez Bringholm alardeó de sus aventuras con su esposo y él le comentó alguna cosa...

—¡No! Benedikt nunca me dijo nada.

—¿Por qué se altera de esa manera, Lotta? —le preguntó sin rodeos—. Si me oculta información, solo va a empeorar las cosas.

La mujer se quedó callada y por un instante Mikael pensó que ya no conseguiría nada más de ella. Tal vez debía cambiar de estrategia.

—¿Podría decirme cuáles fueron sus movimientos la noche del jueves? Necesito

descartarla como sospechosa.

Ella se puso pálida.

—¿Sospecha de mí?

—Sospecho de todo el mundo, Lotta. En esta instancia de la investigación, cualquier persona cercana a la víctima puede ser el asesino.

—Yo jamás lastimaría a Elin. Era mi amiga y la quería —le dijo con los ojos brillosos.

Él hizo caso omiso a ese comentario. En los años que llevaba como policía, había aprendido que durante los interrogatorios no era prudente dejarse influenciar por palabras sentidas ni un rostro compungido, mucho menos cuando se trataba de una mujer. Pensó inmediatamente en la esposa del reverendo Erikssen y en sus crímenes.

—Responda a mi pregunta entonces —la exhortó.

No le importaba aparentar rudeza. Su trabajo era descubrir la verdad, no mostrarse condescendiente con ella. Además, todavía tenía la sensación de que le ocultaba información.

—Cenamos todos juntos aquí en el Paradis. Como hacía mucho calor, nos sentamos en la terraza del restaurante. Elin y Stephan fueron los primeros en retirarse.

—¿Notó tensión entre ellos? ¿Cómo se comportó Elin durante la cena?

—Ella estaba un poco distraída, pero no noté nada raro.

—¿Qué hizo después de que la víctima y su novio se fueron?

—Benedikt y yo fuimos a dar un paseo por el lago, queríamos estar un momento a solas. Volvimos a la cabaña cerca de las diez de la noche porque él quería acostarse temprano, madrugaba al día siguiente para salir de pesca —le explicó—. Él se durmió enseguida, yo me quedé en la sala y miré televisión hasta la medianoche, después me acosté. Cuando desperté hoy, descubrí que Elin había desaparecido.

Stevic sacó su libreta y anotó los horarios para no olvidarse ningún detalle. Casi se le cayó al suelo cuando el móvil empezó a sonarle. Metió la libreta en el bolsillo de los pantalones y sacó el teléfono, al ver que lo llamaban de la comisaría, se apartó de la mujer y se dirigió hacia la ventana.

—Stevic.

—Teniente, soy el agente Bengtsson.

Mikael esbozó una sonrisa. Trabajaban juntos desde hacía más de dos años y todavía se anunciaba por su nombre y jerarquía cada vez que lo llamaba.

—¿Alguna novedad?

—Revisé el resto de los videos de seguridad del Paradis y encontré algo interesante que puede serle útil durante los interrogatorios.

—Te escucho. —Miró a través de la ventana. La oficina de Ejnar Kellander daba

al estacionamiento del complejo de cabañas.

—En una de las cintas, aparece Lotta Stærmosse que va hacia la zona del lago.

Mikael se esperaba algo más jugoso. Hacía apenas un par de minutos que ella se lo había dicho.

—Estoy interrogándola justo ahora y es un dato con el que ya contaba —le comentó—. Ella y su esposo salieron a dar un paseo anoche...

—Él no aparece en la cinta, teniente. ¿A qué hora le dijo que salió de la cabaña que compartía con su esposo? —insistió Cerebritito.

—Cerca de las diez.

—Imposible. En la grabación se la ve cruzar el sendero que conduce al lago a las once y veinte minutos.

¡Bingo!, pensó. Era el dato que necesitaba para demostrar que Lotta mentía. Cortó con Bengtsson y, cuando se disponía a enfrentarla con las evidencias que tenía en su contra, algo rojo en el estacionamiento le captó la atención. Aguzó la vista y descubrió que se trataba del Mini Cabrio de su novia. ¿Qué demonios hacía de nuevo allí? Dos personas se acercaron al vehículo. Greta no estaba sola; Stephan Bringholm la acompañaba.

—Teniente, ¿puedo retirarme o tiene más preguntas para hacerme?

Mikael apartó la vista de la ventana y la miró. El interrogatorio no había finalizado, sin embargo, le urgía salir de allí y buscar a Greta. Respiró hondo. A esa altura, sabía que no ganaba nada con enojarse, ella siempre se salía con la suya. Debía darle prioridad a la investigación; Karl había confiado en él para ponerlo al frente del caso y por nada del mundo iba a fallarle.

—De hecho sí tengo una última pregunta para usted. —Se cruzó de brazos y la fulminó con la mirada—. ¿Para qué salió sola de su cabaña la noche en cuestión después de las once? —Lotta se removió en la silla hasta encogerse; parecía que quería desaparecer—. Es inútil que trate de negarlo, las cámaras de seguridad del Paradis la grabaron mientras se dirigía a la zona del lago sin su esposo y una hora más tarde de lo que acaba de decirme a mí.

—Teniente... Yo...

—Dígame la verdad. Investigamos un homicidio y usted fue vista cuando iba hacia el lugar donde apareció el cuerpo de Elin Rosenberg cerca del horario de su muerte. Tiene muchas cosas que explicar.

Lotta se puso de pie, pero fue incapaz de moverse.

—No es lo que usted cree. Yo no tengo nada que ver con la muerte de Elin —le aseguró.

—¿Por qué mintió entonces?

Se tomó unos segundos antes de responder.

—Porque no me siento orgullosa de lo que hice —dijo por fin.

—¿A qué se refiere?

Lotta se rehusó a darle una respuesta y con su actitud evasiva solo logró aumentar la impaciencia de Mikael. Empezó a caminar en círculos como una fiera enjaulada mientras se acomodaba el cabello con tanta fuerza que parecía que se lo arrancaría de un momento a otro. Se detuvo de repente y respiró profundo.

—Yo no volví a ver a Elin después de la cena —le explicó—. Le mentí cuando le dije que fui hasta el lago acompañada de mi esposo. Benedikt sí se acostó temprano y, apenas me cercioré de que dormía, salí de la cabaña sin que se diera cuenta.

—¿Fue a encontrarse con alguien? —La rubia asintió—. ¿Se trata de otro hombre? —Volvió a asentir para luego agachar la cabeza.

Apenas se atrevió a confesar su encuentro clandestino de la noche en la cual se había cometido el homicidio, Mikael empezó a atar cabos. No había que indagar demasiado para adivinar de quién se trataba. Si lo que imaginaba era verdad, la investigación estaba por dar un vuelco inesperado.

—¿Elin Rosenberg sabía que usted tenía una aventura con su novio? —le preguntó antes de que le revelase la identidad de su amante. Ni siquiera hacía falta que se lo dijese.

Lotta se encogió de hombros.

—En realidad no lo sé, teniente. Hoy me enteré de la conversación que había tenido Elin con Inga-Marie poco antes de desaparecer. Ella sospechaba que Stephan la engañaba, sin embargo, nadie mencionó mi nombre. —Se dejó caer en la silla con pesadez—. Yo... Los dos tratamos de ser discretos para evitar que nos descubrieran.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Apenas un par de meses, pero ahora con lo de Elin ya no podría volver a estar con él.

—¿Bringholm alguna vez la maltrató?

—¡Nunca! —exclamó y salió en defensa de su amante—, por eso no le creí a Inga-Marie cuando me dijo que Stephan golpeaba a Elin.

—Las evidencias, en cambio, demuestran lo contrario. —Obvió mencionarle los detalles escabrosos de la autopsia—. Elin sufría maltrato a manos de su novio.

La rubia se negaba a aceptar lo que el teniente le decía.

—Eso no significa nada, mucho menos que esté involucrado en su muerte. Anteanoche nos encontramos y tuvimos sexo en el coche de mi esposo —confesó sin ningún pudor—. Volvimos a nuestras respectivas cabañas poco después de las doce. Habíamos bebido, Stephan mucho más que yo, por eso se levantó con resaca al día

siguiente.

Hasta esa misma mañana, Mikael había apostado todas sus fichas a que Stephan Bringholm, en uno de sus tantos arranques de furia, había asesinado a su novia después de seguirla hasta el lago mientras se amparaba en la oscuridad de la noche y en la escasez de cámaras de vigilancia del complejo de cabañas. Pero después de escuchar el testimonio de Lotta y confirmar que, en efecto, Stephan le había sido infiel a su novia, se abría un abanico de posibles nuevos sospechosos. Además, la mujer acababa de proporcionarle a Stephan una coartada casi irrefutable.

—¿Quién estaba al tanto de su relación con el novio de la víctima?

—Nadie, teniente.

—¿Está segura?

—Si mi esposo estuviese al tanto, jamás se habría prestado a venir hasta aquí para festejar nuestro aniversario de bodas. A Benedikt ni siquiera se le pasa por la cabeza la posibilidad de que yo mire a otro hombre, es demasiado seguro de sí mismo como para pensar que puedo engañarlo.

Mikael empezó a barajar la hipótesis de que quizá Elin sí había descubierto quién era la amante de su novio y planeaba ponerla en evidencia frente a su esposo. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar una mujer como Lotta con tal de mantener su secreto a salvo? ¿Y si se había puesto de acuerdo con Stephan para despistar a la policía con una coartada falsa?, se preguntó. Todo era posible, sobre todo porque aún no podían establecer con precisión cuál había sido el motivo del crimen.

Mikael decidió dar por finalizado el interrogatorio y, antes de abandonar la oficina de Ejnar Kellander, Lotta le pidió que hiciera todo lo posible para evitar que lo de su relación extramatrimonial saliera a la luz. Por supuesto que él no le prometió nada, su infidelidad no entraba en la lista de prioridades. Cuando se quedó a solas, regresó junto a la ventana. No había señales de Greta en el estacionamiento, tampoco de su exnovio, sin embargo, el Mini Cabrio seguía en el mismo lugar. Se preguntó dónde se habría metido la pelirroja. Frente a la duda, resolvió suspender los interrogatorios y averiguarlo por sus propios medios.

\* \* \*

—Greta, no pensarás que tuve algo que ver con la muerte de Elin, ¿verdad? —le preguntó Stephan al notar la frialdad con la que lo trataba su exnovia.

Ella lo miró.

—Eso es algo que deberá determinar la justicia. Lo que yo sospeche o deje de sospechar, importa muy poco.



Stephan la conocía demasiado bien como para tomarse en serio esas palabras. Greta adoraba resolver misterios, por eso, meses atrás, no le había sorprendido leer su nombre en las crónicas policiales que la pintaban como una muchacha sagaz y con un gran poder de observación. Él nunca se había olvidado de ella por completo y todo ese tiempo había estado al tanto de su vida en Mora. Primero, a través de su amiga Maja, luego había seguido sus peripecias como detective aficionada gracias a la prensa. Se acercó un poco más y la reacción de ella fue retroceder unos pasos.

—¿Qué tengo que hacer para convencerte de que soy inocente? Si esta mañana decidí no declarar, no fue por consejo de mi abogado, me negué a hacerlo porque es evidente que tu noviecito espera cualquier error de mi parte para endilgarme el asesinato de Elin.

—Él solo hace su trabajo y es muy bueno en lo suyo —replicó Greta, molesta por la manera ofensiva con la cual Stephan se había referido a Mikael.

—No lo pongo en duda, Greta. El teniente Stevic sabe muy bien lo que hace, sin embargo, tengo la certeza de que su investigación apunta hacia un único sospechoso, o sea, hacia mí.

Ella ni siquiera se molestó en contestarle. Atinó a alejarse otra vez hasta el puesto donde estaba estacionado el Mini Cabrio, pero Stephan se lo impidió y la sujetó del brazo.

—Por eso necesito de tu ayuda. —Aflojó la presión de la mano cuando ella empezó a oponer resistencia—. Sé que, gracias a tu intervención, la policía ha resuelto un par de casos.

—Fueron más que un par —le aclaró ella, orgullosa de sus hazañas como detective aficionada. En ese momento ni siquiera reparó en el hecho de que él hubiese estado pendiente de su vida después de abandonar Söderhamn—. Pero no sé qué es lo que pretendes realmente de mí.

Él seguía sin soltarla.

—Quiero que descubras quién mató a Elin.

Greta consiguió zafarse; aun así, no consiguió dar un solo paso para alejarse de su lado. Lo que Stephan acababa de pedirle la había dejado perpleja.

—No puedes hablar en serio.

—Por supuesto que sí —aseveró—. La única manera de probar mi inocencia es encontrar al verdadero culpable y, si el detective a cargo de la investigación me tiene entre ceja y ceja, no será fácil librarme de las sospechas.

—No puedo entrometerme en una investigación policial así como así —le dijo para hacerlo entrar en razón.

—Eso no es verdad y lo sabes mejor que yo. Si no quieres ayudarme, deberás

inventar una excusa más creíble.

A pesar de lo que Stephan pudiese pensar, deseaba seguir los consejos de Mikael y de su padre de mantenerse alejada del caso.

—Te juro que no tengo nada ver con lo que pasó —dijo Stephan en un último intento por tratar de convencerla—. Confieso que no me he portado demasiado bien con Elin durante los últimos meses, pero jamás la habría lastimado. Yo la quería.

—Y porque la querías, la engañabas con una de sus mejores amigas —replicó.

Él la miró atónito.

—¿Cómo demonios lo has sabido?

—Eso no importa —respondió cortante.

—Lo de Lotta fue un error, nunca debí involucrarme con ella. —Dejó escapar un suspiro y metió las manos en los bolsillos de los pantalones—. Fue durante una fiesta en la casa de unos amigos. Había discutido con Elin por una tontería, ella se fue y me dejó solo y empecé a beber. De repente, Lotta estaba allí, sentada junto a mí para consolarme. Sé que las copas que tomé de más no disculpan mi comportamiento de esa noche, pero de lo único que soy culpable es de haber engañado a mi novia con su amiga, nada más.

—¿Viste a Lotta de nuevo después de esa noche?

Stephan asintió.

—El sexo entre nosotros se volvió casi una adicción —reconoció—. Nunca nos involucramos sentimentalmente, yo amaba a Elin y creo que Lotta también ama a su esposo.

Greta sintió curiosidad de saber qué pensaría en realidad Lotta, sin embargo, había una pregunta que quería hacerle a Stephan.

—Stephan... —No le resultaba sencillo hablar de ese tema con él—. La autopsia reveló que Elin había sido golpeada días antes de su muerte. ¿Fuiste tú, verdad? —Él se puso inquieto y, ante la falta de respuesta, Greta continuó—: Yo mejor que nadie sé de tus arranques de ira. Si golpeaste a Elin, no tiene caso que lo niegues.

—Le levanté la mano solo una vez y no me siento orgulloso de haberlo hecho —dijo sin mirarla a los ojos, prefirió poner toda la atención en otra parte—. Ella sospechaba de que la engañaba, se había vuelto obsesiva con ese tema. Hace unos días decidió enfrentarme. Me atosigaba con preguntas y, para callarla, le di una bofetada. Elin cayó contra una mesa y se lastimó la espalda.

Greta sabía que le mentía. El moretón que ella había visto en el cuerpo de Elin no era a causa del brusco roce contra un mueble. Stephan le había propinado un golpe.

—¿No me crees, verdad?

—No importa si te creo o no, es a la policía a quien debes convencer de que no

lastimaste a Elin. —Intentó retomar la marcha, pero él volvió a impedirselo—. Déjame ir. Le pides ayuda a la persona equivocada.

—¿Ni siquiera si te lo pido por ese amor que dijiste sentir alguna vez por mí? Hubo un tiempo en el que fuimos felices, Greta. —La sujetaba de la muñeca con firmeza—. Sé que fui el único culpable de que lo nuestro se malograra y no te imaginas cuánto me arrepiento de haberte perdido.

Greta tragó saliva. Acababa de recibir un golpe bajo.

—Es cierto, te amé —le concedió—. Sin embargo, contigo también viví un infierno del cual me costó recuperarme, por eso no tienes derecho a pedirme nada. Si quieres demostrar tu inocencia, lo único que necesitas es un buen abogado, yo no puedo hacer nada por ti.

—¿Interrumpo?

Greta se soltó de Stephan con brusquedad cuando escuchó la voz de su novio detrás de ella.

—Mikael...

Él no dijo nada. La miró apenas durante un instante, luego centró toda la atención en Stephan.

—Con Greta recordábamos viejos tiempos —manifestó en tono burlón y sin amilanarse—. Espero que no le moleste, después de todo, su novia y yo tenemos un pasado en común.

Greta vio cómo Mikael apretaba los puños. Se esforzaba en mantener la calma y Stephan no hacía más que provocarlo.

—Mikael, ya me iba. —Lo tomó del brazo e intentó llevarlo hacia el Mini Cabrio, pero él permanecía rígido como una estatua mientras respiraba con pesadez y fulminaba al otro con sus ojos azules cargados de rabia. Tenía que evitar que se fueran a las manos por su culpa. Sabía muy bien que la intención de Stephan era incitar a Mikael a pelear para que fuese apartado del caso y no lo iba a permitir—. Me crucé con Stephan por casualidad y me acerqué para darle el pésame por la muerte de Elin —le explicó. Sus pies no se movieron ni un ápice, pero al menos consiguió que la mirase—. ¿Me acompañas hasta el coche o estás demasiado ocupado?

—Si el teniente todavía no terminó de interrogar a los testigos, yo sí puedo acompañarte —intervino Stephan y acabó en un segundo con el último vestigio de cordura que le restaba al teniente.

Greta alcanzó a interponerse entre ambos cuando Mikael, dominado por la rabia, intentó abalanzarse encima de él.

—¡Mikael, no, por favor! —le rogó—. No le sigas el juego, que lo agredas es exactamente lo que busca.

Detrás de ellos, Stephan los observaba con una sonrisa burlona instalada en el rostro.

Mikael sujetó a Greta de los hombros para apartarla de su camino y, aunque ella se resistió, no pudo hacer nada para evitar que quedasen frente a frente.

—No te preocupes, pelirroja, no voy a caer en su trampa —la tranquilizó. Alzó la mano y le apuntó a Stephan con el dedo. Se había acercado tanto que parecía que estaba a punto de arrojarse sobre él. Bajó el tono de voz para que Greta no lo oyera—. Mantente alejado de mi chica, Bringholm. Si te vuelvo a ver cerca de ella, no me va a importar romperte la cara y perder mi trabajo después —le advirtió.

Volvió al lado de Greta y le rodeó la cintura con el brazo para atraerla hacia él como un animal que marca su territorio delante del enemigo.

Ese claro gesto de posesión incomodó a Greta. Parecían dos machos que se disputaban un trofeo, y ella no era el premio de nadie. Se apartó de Mikael y se marchó sin despedirse de Stephan. Estaba tan enojada que no le importó dejarlos solos, si querían matarse a golpes, ella no iba a quedarse para presenciar el espectáculo.

Atravesó raudamente los pocos metros que la separaban del coche sin mirar hacia atrás ni una sola vez. Se subió al vehículo y arrojó el bolso en el asiento del acompañante. Por el raballo del ojo, alcanzó a ver que Mikael iba hacia ella. No quería que la sermoneara; con el malhumor que ambos tenían, terminarían por discutir. Él le golpeó el cristal del coche y ella tardó unos segundos en decidir si abrirle o no. Por fin, después de que él insistiera, bajó la ventanilla.

—Si vas a reprocharme lo de recién, no tengo ganas de escucharte, Mikael.

Él se puso en cuclillas para estar a su altura y apoyó los brazos en el borde de la ventanilla abierta. Se dedicó a observarla durante unos segundos. Greta tenía el ceño arrugado y un rictus le curvaba la boca ligeramente hacia abajo; tamborileaba los dedos en el volante mientras mantenía el cuerpo rígido pegado contra el asiento. No fue capaz de precisar cuál de los dos estaba más enojado por la situación que acababan de protagonizar a unos metros de allí.

—Greta, ya ni siquiera me molesta el hecho de que hayas vuelto al Paradis con la intención de meter tus narices en nuestra investigación. Lo que no puedo tolerar es que ese sujeto se acerque a ti. —Vio que ella estaba a punto de replicar—. Stephan Bringholm no es santo de mi devoción, tampoco le cae simpático a tu padre y creo que no tienes nada que hacer con él. ¿De verdad lo encontraste por casualidad o solo lo dijiste para evitar que las cosas se pusieran peor entre nosotros?

—Si lo que quieres saber realmente es si vine al Paradis para ver a Stephan, la respuesta es no. Si estoy aquí, es por Cilla; sigue enferma y le traje un regalo. No fue

mi culpa que me cruzara con él.

—Está bien, te creo, pelirroja. —Una sonrisa en señal de tregua se le asomó en los labios—. Es de Bringholm de quien no me fío ni un pelo. Hasta que no resolvamos el caso, prefiero que no lo veas.

Greta no cedería con tanta facilidad. Aún no se le pasaba el enfado y necesitaba estar a solas para sosegarse. Ni siquiera se le cruzó por la cabeza contarle el verdadero motivo que había impulsado a Stephan a acercarse a ella. No tenía ganas de discutir, además, no planeaba aceptar su petición.

—Debo irme. Le prometí a mi tía Ebbe que llevaría pastel de chocolate esta noche y no lo he preparado todavía. —Introdujo la llave en el encendido y, cuando él intentó despedirse con un beso, le dio vuelta la cara—. Nos vemos más tarde.

Mikael apenas tuvo tiempo de separarse del vehículo antes de que ella apretase el acelerador. El Mini Cabrio salió disparado hacia el sendero principal y lo vio perderse detrás de una enorme nube de humo mientras los neumáticos chirriaban contra el asfalto.

## CAPÍTULO XVII

—¿Qué sucede, cariño? —preguntó Ejnar Kellander mientras se asomaba por la ventana de la cocina que daba al patio delantero para descubrir qué había despertado el interés de su mujer.

Vibeke lo miró.

—Greta acaba de marcharse y, por su manera de conducir, iba furiosa —explicó—. Creo que hubo un enfrentamiento entre el teniente y uno de nuestros huéspedes, Stephan Bringholm. Ella se puso en medio de los dos para evitar que se fueran a las manos. ¿Tendrá que ver con la investigación? Supongo que el novio de la víctima es siempre el primer sospechoso. —Luego, como si se hubiera acordado de alguna cosa, agregó—: La noche que Elin Rosenberg desapareció, me asomé por esta misma ventana y vi a Stephan en el estacionamiento.

—¿Se lo comentaste al teniente?

—No, acabo de recordarlo ahora.

—No te preocupes, se lo diremos antes de que abandone el Paradis.

Vibeke asintió.

—De todos modos, la inquina entre Stevic y Bringholm viene desde antes.

—¿De qué hablas?

Él se recostó contra la mesada y se cruzó de brazos.

—Stephan Bringholm fue novio de Greta mientras ella vivía en Söderhamn. La relación no funcionó y Greta decidió regresar a Mora. Karl me contó que fue una época bastante complicada para ella, ya que la pasó muy mal al lado de ese sujeto, era violento y le hacía la vida imposible, por eso no me sorprende que la policía sospeche que está detrás del asesinato de su novia.

—Greta nunca me comentó nada.

—Supongo que para ella no es agradable recordar lo que pasó; a Karl tampoco le gusta hablar del asunto y, ahora que Bringholm apareció en el pueblo, no debe de ser fácil para ellos fingir que todo está bien.

—Tampoco lo será para Mikael —adujo Vibeke, asombrada todavía por lo que acababa de saber—. Hace un rato, allí afuera, poco faltó para que se le tirara encima al ex de Greta.

—Me alegra que no lo hiciera. Hubiera sido un error que habría pagado muy caro porque estoy seguro de que Karl no dudaría ni un segundo de apartarlo de la investigación.

—Tal vez es eso lo que Stephan buscaba, enturbiar las cosas para evitar que la policía descubra la verdad.

Ejnar asintió. Le inquietaba la posibilidad de que estuviesen albergando a un asesino. A pesar de no pertenecer más a la fuerza, llevaría al policía en la sangre hasta el día de su muerte. Debía velar por la seguridad de los suyos y además procurar que lo ocurrido con Elin Rosenberg no afectase a la reputación del Paradis. Había invertido mucho tiempo y una fuerte suma de dinero para reconstruir el complejo de cabañas, era el patrimonio de su familia y no iba a permitir que se fuera todo a la mierda.

Vibeke notó que algo lo preocupaba. Se acercó y lo abrazó.

—¿En qué piensas, Ejnar?

Él le acarició la espalda y le hundió la nariz en el cabello. ¡Dios, cuánto la amaba!, pensó. Vibeke y la pequeña Cilla habían llegado a su vida cuando pensaba que ya no tenía nada por lo que levantarse cada mañana. Después de su retiro, había caído en una profunda depresión y ni siquiera el orgullo y la admiración que sentía por Niklas habían conseguido sacarlo adelante. Agradecía el hecho de que su hijo hubiera estado fuera de Suecia durante su peor momento; él no se merecía permanecer a su lado ni soportar su malhumor, ya había sufrido bastante con la enfermedad de la madre.

Como él no respondió, Vibeke empezó a besarle el cuello. No concebía la vida sin ella. Recordó el día en que la conoció. Se había acercado a él con una sonrisa en los labios y le preguntó si deseaba el menú del día o algún plato especial. Desde esa noche, se volvió cliente habitual del restaurante donde ella trabajaba como camarera y se sentaba en la misma mesa para que Vibeke lo atendiera. Una de esas tantas noches, después de admirarla de lejos durante casi un mes, se atrevió por fin a invitarla a salir. Para su sorpresa, ella aceptó de inmediato. Se encontraron al día siguiente en el *hall* del Cirkus Arena para disfrutar de un concierto y, desde ese momento, ya no pudieron vivir el uno sin el otro. Fue imposible no enamorarse de ella y de la pequeña Cilla. Lo único que lamentaba era que Niklas se negara a aceptar que tenía derecho a rehacer su vida.

Sonrió cuando ella profundizó los besos y empezó a acariciarle el abdomen por debajo de la camisa. Bastaba que lo tocara para olvidarse de que estaba por cumplir

los sesenta. A su lado, bajo el influjo de esas caricias, se sentía como un adolescente con las hormonas alborotadas. La tomó de la cintura y la sentó encima de la mesa; ella abrió las piernas mientras se subía la falda del vestido. Ejnar hizo su parte y se bajó el cierre de los pantalones para luego atraerla más hacia él, entonces Vibeke se le pegó al cuerpo y le colocó los brazos alrededor del cuello. Se pasó la lengua por el labio inferior y sonrió con descaro; sabía que ese gesto lo volvía loco. Empezó a frotarse contra él y anticipó lo que estaba a punto de llegar. Cuando le tocó la erección por encima de la ropa mientras deslizaba la mano hacia arriba y hacia abajo, Ejnar dejó escapar un gemido. Buscó su boca con fervor y, mientras ella dejaba que la devorase a besos, la penetró con todo el ímpetu del que fue capaz.

\* \* \*

Cuando Mikael ingresó al centro de comandos con expresión de perro rabioso y se dejó caer con pesadez en la silla, todos a su alrededor permanecieron en silencio. Miriam, sentada justo enfrente de él, apartó la vista de unos papeles que leía y lo observó con disimulo. No había que ser adivina para saber quién era la culpable de haberlo puesto así.

Karl, que sospechaba cuál era la razón de ese malhumor, ni siquiera se animó a preguntárselo, estaba convencido de que no le gustaría oír la respuesta, por eso prefirió alejarse del escritorio y plantarse frente a la pizarra. Metió la mano derecha en el bolsillo del pantalón y apoyó la izquierda en el mentón mientras barruntaba en silencio. Tenían dos casos que resolver y parecía que cada vez que daban un paso hacia delante, retrocedían dos. Después de unos cuantos segundos en los que nadie abrió la boca ni siquiera para bostezar, el inspector se dio vuelta y los observó con atención uno por uno.

—Debemos repasar todo lo que tenemos hasta ahora. No hemos logrado avanzar demasiado en ninguno de los dos casos, mucho menos establecer si están conectados. —Señaló a Mikael y le dio pie para que hablase de su investigación—. ¿Qué has podido averiguar en el Paradis?

Él respiró hondo y flexionó el cuello para liberar tensiones. Su cuerpo estaba allí, pero su mente no. Necesitaba con urgencia un baño con agua fría y volver a ver a Greta lo antes posible.

—Hablé con los huéspedes de las cabañas aledañas a la que ocupaban Elin Rosenberg y su novio, pero nadie la vio salir esa noche. Ni siquiera pude obtener datos precisos del matrimonio de ancianos franceses que se cruzó con ella y su amiga Inga-Marie después de que dejaron el bar. El único testimonio que la sitúa en otro



lado es el de Stephan Bringholm...

—Que estaba tan ebrio que no puede acordarse de lo que pasó —lo interrumpió Miriam.

—Bringholm mintió. —Todas las miradas se posaron en él—. Lotta Stærmosse confesó que esa noche se encontró con él y tuvieron sexo en el coche de su esposo. Las sospechas de Elin eran acertadas: él la engañaba y lo hacía con una de sus mejores amigas.

Sin dudas, esa era la clase de información que necesitaban para avivar el caso.

—La infidelidad de Stephan Bringholm siempre resurge, parece ser el eje de nuestra investigación —puntualizó Mikael—. Sin embargo —y a él era a quien más le molestaba reconocerlo—, su amante acaba de proporcionarle la coartada perfecta. No creo que Lotta Stærmosse hubiera arriesgado a poner en evidencia su engaño solo para cubrir a Bringholm.

—Hay otra posibilidad —terció Nina—. Si Elin los descubrió, tal vez tenía la intención de contárselo al esposo de Lotta y decidieron callarla para siempre...

—Y puede ser que ahora se cubran las espaldas entre ellos —dijo Karl y terminó la frase de su esposa.

Mikael asintió. Había estado tan enceguecido por la ira que ni siquiera había barajado la teoría de que Stephan y su amante hubieran conspirado para matar a Elin. No se imaginaba a Lotta como una asesina despiadada, capaz de cualquier cosa con tal de mantener a salvo su oscuro secreto. De él podía esperar lo peor.

Le pidió a Cerebritito que rastreara sus teléfonos para comprobar si la noche del crimen los amantes se habían puesto en contacto con más frecuencia de lo habitual. Mientras no pudiesen refutar su coartada, debían pensar en otras líneas de investigación y, aunque la infidelidad de Stephan parecía ser la causa más probable del homicidio, seguían sin tener evidencias sólidas en su contra.

—¿Cómo sigue Thorne? ¿Ha habido alguna mejoría? —preguntó Mikael.

—Todavía no ha salido del coma —respondió la sargento Wallström—. El agente que enviamos para que custodie la habitación nos mantiene al tanto de las novedades. Hasta ahora, la única que lo visita es su hermana.

—¿Nadie del museo se ha acercado?

—Karl y yo hemos interrogado a sus empleados más cercanos. Todos están muy ocupados con la organización de la exposición de los caballos de Dalecarlia —explicó Nina—. Su asistente, Peder Vanderkelen, confirma lo que Gotilda le dijo a Greta acerca de la llave: Sigvard se llevaba una copia a su casa todas las noches. Nadie ha visto nada raro por el momento, pero reforzaron la seguridad hace una semana cuando empezaron a recibir las piezas más valiosas de la colección. Si alguien planea entrar al

museo para robar, no le va a resultar fácil. De todos modos, habrá un par de agentes extra apostados en el lugar hasta que acabe la dichosa exposición. —Soltó un bufido y se secó el sudor de la frente con la mano—. No hubo suerte con los vecinos de Thorne. El que vive más cerca de su propiedad y pudo haber visto algo, ni siquiera estaba en el pueblo la noche del jueves.

—Si los dos casos están relacionados, es posible que el ataque a Sigvard Thorne no tenga nada que ver con un robo —dijo Mikael y experimentó la misma frustración que su compañera.

¡Cómo le habría gustado que Greta estuviese allí para exponer sus propias teorías!, pensó. Si conseguía congraciarse con la pelirroja, estaba más que dispuesto a prestarle oídos a cada una de ellas.

Cuando el intercambio de información acerca de los dos casos que investigaban terminó, el centro de comandos empezó a vaciarse. Karl y Nina decidieron pasar por el Lassarets, con la esperanza de que Sigvard hubiera despertado y les diera el nombre del agresor. Mikael regresó a su oficina con la intención de repasar, por enésima vez, los resultados de la autopsia y el informe de los peritos que habían inspeccionado la cabaña de Elin Rosenberg. Cualquier detalle que se le hubiera podido pasar por alto podría conducir a la resolución del homicidio.

Bengtsson sonrió cuando por fin se quedó a solas con Miriam. Sentía que desde su llegada al pueblo lo evitaba todo el tiempo y todavía no habían podido verse fuera de las cuatro paredes de la comisaría. Se acercó por detrás y comenzó a acariciarle los hombros. Se inclinó hasta hundir el rostro en la suave mata de cabello dorado que le caía sobre la espalda y respiró hondo hasta impregnarse de su aroma. Había cambiado de perfume, pero era el olor de su piel lo que aún lo volvía loco.

Miriam se dio vuelta con brusquedad y lo miró.

—Estamos en la comisaría, Peter —lo amonestó—. No es el momento ni el lugar para demostraciones de cariño.

¿Cariño? ¿Acaso era eso lo que sentía por él?, se preguntó.

—Si no me acerco a ti ahora, ¿cuándo? —replicó—. No quieres venir a mi apartamento ni que me aparezca por el tuyo. Desde que has regresado de Estocolmo apenas hemos podido estar a solas. —Se aproximó un poco más a ella y le acarició la cintura—. Te extraño, Miriam.

Esa vez, ella no lo rechazó. Quizá porque Peter tenía razón y empezaba a sentirse culpable por su manera de tratarlo. Sabía que la relación entre ellos ya no volvería a ser la misma porque ella ya no era tampoco la misma. Le devolvió la caricia solo para que borrara esa expresión de desazón del rostro; odiaba cuando un hombre se valía de una estrategia tan poco masculina para seducirla, era una señal de debilidad y a ella le

atraían los hombres seguros y de carácter recio, como Mikael.

Dejó escapar un suspiro, el cual Peter interpretó como una respuesta a sus caricias, que se habían vuelto más osadas, y se abalanzó sobre ella para besarla. Miriam se entregó a ese beso sin protestar, sin embargo, cuando cerró los ojos, imaginó que estaba en los brazos de otro hombre.

\* \* \*

El Palo de Mayo que había mandado a instalar el tío Pontus el día anterior se erguía justo en el centro del patio. Estaba decorado con hojas y listones azules y amarillos que representaban la bandera sueca. Todas las mujeres asistentes a la celebración de San Juan llevaban una corona de flores silvestres en la cabeza. Para seguir con una antigua tradición que aseguraba que la noche del viernes previa a la de San Juan era mágica, lucían siete o nueve variedades diferentes de flores para poder ver en sueños a su futura pareja.

Greta se llevó la copa de vino a la boca solo para mojarse un poco los labios. Había comido muy poco a lo largo del día y lo que menos deseaba era que el alcohol se le subiera a la cabeza. Después del mal rato que le habían hecho pasar Mikael y Stephan en el Paradis, había regresado a su casa para encerrarse en la cocina y preparar el pastel de chocolate que le había prometido a su tía. Tanto Gloria como Adele se ofrecieron a ayudarla, pero ella se negó rotundamente y alegó que no estaban allí para quedarse encerradas, sino para disfrutar de unas merecidas vacaciones y las instó para que salieran a recorrer un poco más el pueblo. La verdad era que no tenía ánimos de hablar con nadie y había preferido rumiar su rabia en soledad, con la única compañía de *Miss Marple*, que nunca la regañaba y le hacía arrumacos cuando más lo necesitaba. Como preveía que Mikael intentaría ponerse en contacto con ella, había desconectado el teléfono y apagado el móvil.

Stevic debe de caminar por las paredes porque no atiendes el teléfono, le había dicho su primo y a ella le importó muy poco. Esa vez, tendría que hacer muchos méritos para conseguir su perdón. Estaba tan enojada que había decidido irse a la casa de sus tíos antes de que él regresara de la comisaría, con la única y malévolamente intencional intención de no encontrárselo a solas y continuar con la discusión que habían empezado esa mañana.

Unas horas más tarde, cuando ya estaban todos reunidos en la casa de los tíos, se encontraron separados por apenas unos cuantos metros. Ella estaba en una de las reposeras del jardín junto a la piscina mientras que Mikael, en el otro extremo del patio, conversaba con su padre y el tío Pontus. Él no le quitaba los ojos de encima,

Greta, en cambio, se mantenía en su postura y lo castigaba con la indiferencia.

La risa estridente de Josefine Swartz la sacó de esas cavilaciones. La escritora había hecho tan buenas migas con las tías de Mikael que fue inevitable que terminase invitada a la fiesta que se había organizado en casa de los Larsson. A pesar de su edad, las tres mujeres parecían divertirse más que nadie. Habían bailado alrededor del palo y entonado canciones típicas de San Juan, como *Las pequeñas ranas* y *Somos músicos*. La tercera melodía que se solía cantar esa noche era conocida como *Las tres ancianitas*, pero como temían herir la susceptibilidad de las señoras, nadie se atrevió a pedir que la cantasen. Greta había observado todo desde lejos y, cuando su tía Ebbe la invitó a participar, se excusó con ella de que hacía demasiado calor como para ponerse a bailar alrededor del abedul. Envidiaba la energía de Josefine y de las tías de Mikael. Bebió un poco más de vino y dejó la copa en el suelo junto al borde de la piscina para que nadie se la llevase por delante.

—¿Greta, me ayudas? Tu querido primo me ha dejado abandonada.

Cuando levantó la cabeza, vio a Hanna parada detrás de ella, tenía las piernas abiertas y se sujetaba el vientre con ambas manos.

—¿Dónde está Lasse? —le preguntó mientras la ayudaba a sentarse en un sillón con mullidos almohadones, que la tía Ebbe había mandado a instalar en el patio especialmente para su nuera.

—Acaba de unirse al grupo de los hombres y parece que no la pasa nada mal.

Greta miró con disimulo hacia el rincón del patio que había sido acaparado por los hombres. En efecto, Lasse se encontraba allí, reclinado contra la pared que daba a la cocina mientras charlaba con Emil Hoffman, quien todavía frecuentaba a su hermana a pesar de que ya no vivía en el pueblo. Le dedicó una sonrisa a su padre cuando él la saludó mientras alzaba un porrón de cerveza hacia ella, pero desvió la mirada con rapidez cuando sus ojos se toparon con los del teniente.

Hanna carraspeó para llamarle la atención.

—¿Qué pasa entre Mikael y tú? —Había arrugado el ceño—. Llegaron a la fiesta por separado y desde entonces apenas han cruzado un par de palabras. ¿Tiene que ver con Stephan o me equivoco?

Después de cerciorarse de que Hanna se encontraba sentada en una posición cómoda a pesar de su vientre voluminoso, Greta se dejó caer otra vez en la reposera y soltó un soplido antes de abrir la boca. Le contó, con lujo de detalles, sobre el encontronazo que habían protagonizado los tres esa mañana en el Paradis, de lo indignada que estaba por el comportamiento de Mikael y, sobre todo, de lo que pretendía Stephan de ella.

—Supongo que ni siquiera contemplas la posibilidad de ayudarlo, ¿verdad? —le

preguntó Hanna y temió de la respuesta que pudiera darle su amiga.

Greta negó con la cabeza, al hacerlo, la corona de flores se le movió hacia atrás. Era demasiado grande, pero era un regalo de su padre y no podía quejarse.

—Mi intención no es tenderle una mano a Stephan —le aclaró mientras se acomodaba la corona para que no se le cayera—, pero sabes lo mucho que me cuesta mantenerme al margen cuando hay un crimen en el pueblo. Es posible que el asesinato de Elin y la agresión sufrida por Sigvard Thorne estén relacionados de alguna manera. Todavía no sé cuál es el nexo que une ambos casos, pero tarde o temprano lo voy a descubrir.

Y por la determinación de sus palabras, a Hanna no le quedaba ninguna duda de que lo haría.

Lasse se acercó y se arrodilló junto a su mujer.

—¿Cómo te sientes, cariño? —le preguntó mientras le pasaba la mano por el vientre.

—Más allá del calor, de la hinchazón en las piernas, de las ganas de orinar que me vienen a cada rato y de los mosquitos, que parecen haberse ensañado conmigo esta noche, me encuentro perfectamente —respondió con una sonrisa irónica.

—¿Quieres entrar? —le sugirió Lasse.

—No —se apresuró a contestar y miró a Greta—. Quiero ver qué va a pasar entre mi querida amiga y el guapo teniente durante el resto de la velada.

La pelirroja hizo caso omiso a ese comentario, Lasse, en cambio, se encargó de hacerles saber lo mal que estaba Mikael.

—No ha apartado la vista de ti en ningún momento, prima. Apenas prestaba atención a lo que hablábamos.

Greta lo escuchaba y fingía que no le importaba, no quería flaquear tan pronto. Mikael se merecía sufrir con su indiferencia, al menos hasta que esa larga noche de San Juan llegase a su fin.

—Vuelvo enseguida —les anunció—. Necesito un poco de tranquilidad.

—¿Me traerías otro almohadón cuando vuelvas? Mi enorme y chato trasero te lo agradecerá infinitamente.

Hanna, como casi siempre que se lo proponía, consiguió arrancarle una sonrisa a su mejor amiga, que le prometió que le conseguiría los más mullidos y luego ingresó por la puerta que daba a la cocina, consciente de que Mikael estaba atento a cada uno de sus movimientos. Esperaba que no la siguiera hasta allí; lo que menos deseaba esa noche era discutir con él en casa de sus tíos. Por fortuna, la cocina estaba vacía. Se sirvió un vaso de agua bien fría y se la bebió de un solo trago. Cuando guardó la botella en el refrigerador, descubrió que había medio pastel en una bandeja, tenía

abundante crema y enormes fresas que decoraban la superficie. La tentación era muy grande. Miró por encima de su hombro para cerciorarse de que no hubiera testigos de lo que estaba a punto de hacer y luego se robó una tajada pequeña, que se devoró en unos segundos. Sin dudas, la pericia de su tía Ebbe para la repostería no tenía competencia. Se lamió los dedos para limpiarse los restos de crema y ordenó la escena para que no quedaran rastros del delito. Permaneció un rato allí, alejada del bullicio, antes de cumplir con el encargo de Hanna. En el salón, su prima Julia y Emil aprovechaban para hacerse unos arrumacos lejos del alcance de la vista del tío Pontus. Les hizo señas de que no se preocuparan por ella y se llevó el almohadón más grande que encontró. Estaba por regresar al patio cuando escuchó que sonaba un teléfono. Reconoció el *ringtone* de su móvil y recorrió el salón con la mirada hasta que descubrió dónde había quedado su bolso, lo tomó y regresó a la cocina para hablar con más tranquilidad. Dejó el almohadón en una silla y se sentó sobre él. No reconoció el número del cual la llamaban.

—Hola.

No obtuvo respuesta de su interlocutor, pero sí escuchó que respiraba con fuerza. Aunque ignoraba cómo demonios había conseguido el número de teléfono, supo de inmediato de quién podía tratarse.

—Stephan, ¿eres tú? Estoy cansada de este juego. ¿Por qué no me dejas en paz? —Esperó unos segundos para darle la oportunidad de hablar, sin embargo, la persona al otro lado de la línea permaneció en silencio. Greta ni siquiera se dio cuenta de que alguien había abierto la puerta de la cocina—. Voy a colgar, Stephan. No tiene sentido que siga aquí si no vas a decir nada.

—¡No, Greta, espera! No cuelgues.

—¿Qué quieres? Ya te he dicho que no puedo hacer nada para ayudarte...

—Si hay alguien en este maldito pueblo que puede descubrir quién mató a Elin, esa eres tú.

—Pones demasiadas expectativas en mi habilidad para resolver misterios, deberías confiar más en la labor que lleva a cabo la policía para encontrar al culpable de la muerte de Elin.

—Tu padre y tu novio ya me han condenado, Greta, y lo sabes.

—Eso no es cierto —replicó, harta de que repitiese siempre lo mismo—. Si eres inocente, no tienes nada que temer.

—¿No vas a ayudarme entonces?

No supo qué contestarle. Era casi inevitable que terminara por involucrarse en la investigación de la policía. A pesar de todas las advertencias que le daba Mikael o de las reprimendas que recibía de su padre, siempre conseguía meterse en medio de los

casos. Sin embargo, no quería que Stephan pensara que lo hacía por él.

—Aunque ponga todo mi empeño en mantenerme al margen de la investigación, mi afición por resolver misterios es también mi gran perdición —reconoció—. No importa por qué o por quién lo haga —le aclaró—, si está en mis manos, voy a descubrir quién está detrás del asesinato de Elin. Eso sí, no quiero que vuelvas a despotricar en contra de Mikael o de mi padre, mucho menos que subestimes su capacidad como investigadores.

—Está bien —respondió Stephan con resignación—. Haré lo que tú digas.

—Lo primero que voy a pedirte es que dejes de perseguirme, no quiero que se repita la escena de esta mañana.

—Intentaré no acercarme a ti. —Fue su débil promesa—. ¿Algo más?

—Si hay algo que no le has dicho a la policía todavía o si mientes, necesito saberlo. Cualquier detalle, por insignificante que te parezca, puede ser muy valioso para la investigación.

—Si te refieres a mi aventura con Lotta, la policía ya está al tanto. Ella misma se lo confesó al teniente esta mañana cuando la interrogó.

—Está bien. ¿Hay alguna otra cosa que deba saber?

—No. Si mentí durante mi primera declaración, fue solo para proteger a Lotta. Ella quería evitar a toda costa que se supiera lo nuestro.

—¿Elin se enteró de que la engañabas con una de sus mejores amigas?

Mientras escuchaba a Stephan, se anotaba en la mente todos los detalles para registrarlos más tarde en su cuaderno rojo.

—Sí, no sé cómo lo supo, pero la noche que desapareció me lo echó en cara. Esa fue la razón por la cual discutimos y por la que se fue de la cabaña.

—¿Elin te dijo si planeaba abandonarte después de lo que descubrió?

—En medio del fragor de la pelea me dijo muchas cosas, incluso que deseaba verme muerto, pero no mencionó nada sobre dejarme.

—Veo que recuerdas bien lo de esa noche. ¿No estabas ebrio entonces como le hiciste creer a la policía?

—Tomé un par de copas de más, sí, pero no al punto de perder la conciencia y olvidar lo que ocurrió —le explicó—. Poco después de que Elin dejara la cabaña, Lotta me llamó. Benedikt dormía y quería que nos viéramos. Estaba tan enojado con ella que no dudé de aceptar la proposición.

—¿Dónde se encontraron?

—En un lugar apartado del estacionamiento. Tuvimos sexo en el coche de su esposo.

Greta no dijo nada. No era porque se hubiera escandalizado con esa respuesta,

sino que trataba de recordar cuánta distancia había entre el lugar donde Elin había sido asesinada y el estacionamiento del Paradis.

—¿Regresaron juntos al complejo de cabañas?

—No. Yo me fui antes; Lotta se quedó a fumar un cigarrillo en el coche.

—¿A qué hora la dejaste en el estacionamiento?

—No lo sé, supongo que cerca de la medianoche. Cuando llegué a la cabaña, Elin todavía no había regresado.

—¿Algo más que recuerdes de esa noche?

—Te he dicho todo lo que sé.

—Está bien. De todas maneras, es bastante información que aún debo procesar para tener una idea más clara de lo que ocurrió.

Stephan sonrió.

—Sabía que no me equivocaba cuando me atreví a pedirte ayuda.

—No he descubierto nada todavía —le recordó.

—Lo harás, estoy seguro, y resolverás el caso antes de que lo haga la policía.

—En cuanto a la policía... Creo que deberías dejar que vuelvan a interrogarte. Si no lo haces, aún creerán que escondes algo y no podrás culparlos de que te tengan primero en la lista de sospechosos. —Lo escuchó respirar hondo—. Si de verdad quieres que encuentren al asesino de Elin, deberías ponerte a disposición de la Justicia, y un buen punto de partida sería que declares todo lo que sabes.

—Si tú me lo pides, lo haré. Mañana mismo hablaré con mi abogado y el lunes nos presentaremos en la comisaría. Espero que esta vez no sea Stevic el encargado de interrogarme.

—Papá le asignó el caso a él, es lógico que lo haga.

—Preferiría que fuese su compañera quien me interrogase. Es preciosa. He olvidado su nombre.

A Greta le desagradó el tono irónico que había utilizado para recalcar el hecho de que Mikael trabajaba al lado de una mujer como Miriam Thulin. No necesitaba que nadie le recordara que era bonita y que, además, en una época había estado interesada en él.

—Sargento Miriam Thulin, ese es su nombre —respondió Greta, con fastidio—. ¿Necesitas algo más?

—No, aunque me gustaría hablar contigo toda la noche. ¿Recuerdas cuando...?

—Tengo que colgar, Stephan. —Apartó un poco el teléfono de la oreja para que escuchara la música—. Estamos en la casa de mi tía para el festejo de San Juan.

—Buenas noches, Greta —dijo antes de dar por terminada la llamada.

Ella no alcanzó a despedirse siquiera y miró el móvil durante unos segundos.



Todavía sentía curiosidad por saber cómo había conseguido su número, ya que lo había cambiado incluso antes de mudarse a Mora para evitar que él la acosara. Mientras se devanaba los sesos para tratar de descubrirlo, sintió que alguien se movía detrás de ella. Al darse vuelta, se topó con Mikael. Estaba apoyado en el quicio de la puerta con los brazos cruzados y las piernas un poco separadas.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente para darme cuenta de que, una vez más, haces oídos sordos a mis advertencias y a las de tu padre. —Se aproximó cuando ella se puso de pie—. ¿Vas a entrometerte en nuestra investigación para ayudar a tu exnovio? —le cuestionó y puso especial énfasis en la palabra «nuestra».

Greta tragó saliva. Él había escuchado todo lo que había hablado con Stephan, por lo que no tenía sentido tratar de engañarlo.

—Él no me pidió nada que yo no fuese a hacer de todos modos. Sabes que habría metido mis narices en la investigación aunque Stephan no estuviese en el medio —se defendió.

—Claro que lo sé —dijo y extendió el brazo hacia ella con el propósito de acariciarle el rostro. Lo hizo con cautela, ya que tenía miedo de que lo rechazara—, pero me desagrada que tengas que tratar con ese hombre, pelirroja.

Greta no se alejó; ya no quería estar enojada con él. Entornó los párpados cuando Mikael le rozó la mejilla con suavidad y se detuvo unos segundos para acariciarle el labio con la yema del dedo pulgar.

Abrió los ojos y lo miró.

—No tienes por qué sentirte así, Mikael. Stephan ya no significa nada para mí. ¿Recuerdas cuando viajé a Söderhamn para asistir a la boda de mi amiga Maja? —Él asintió—. Me reencontré con él en la iglesia y comprendí que por fin había logrado dejar enterrado en el pasado todo lo que viví a su lado. Tú eres mi presente y no quiero volver a pelear contigo por culpa de Stephan.

Él sonrió. Estaba tan hermosa con esa corona de flores blancas en la cabeza.

—Soy tu presente y tu futuro. Tendrás que soportarme durante una larga temporada. —Le tomó el rostro con ambas manos—. Sé que no vas a hacerme caso, por lo tanto, no voy a pedirte otra vez que te mantengas alejada de la investigación, pero sí voy a exigirte que tengas cuidado. No te fíes demasiado de Stephan, tampoco de sus amigos.

—¿Sospechas de alguno de ellos? —preguntó con interés y, antes de que él respondiera, agregó—: Porque yo creo que tal vez Lotta Stærmosse tuviese una razón muy poderosa para querer deshacerse de Elin.

—Te escucho —dijo con resignación.

—Ella y su esposo vinieron a Mora para celebrar su décimo aniversario de bodas. Sería un escándalo que Benedikt se enterara justo ahora de que Lotta lo engañaba con uno de sus amigos. Stephan me comentó que ella no quería que lo de su romance clandestino saliera a la luz; si Elin lo descubrió y planeaba contárselo a Benedikt, no es descabellado pensar que ella tratase de impedirselo.

Él optó por no revelarles que las sospechas de la policía apuntaban no solo a Lotta, sino también a Stephan.

Greta esperó oír la opinión de Mikael acerca de su teoría, pero se quedó con las ganas.

—¿Qué te parece si en vez de arruinar la Noche de San Juan hablando sobre el caso nos abocamos a disfrutar de nuestra reconciliación?

Se inclinó hacia adelante y empezó a lamerle el cuello. Sus manos también hacían lo suyo y ella no tuvo ni las ganas ni la voluntad de detenerlo cuando le levantó el vestido. Greta se encaramó encima de la mesa y dejó el teléfono a un costado mientras lo atraía más hacia ella y lo aferraba de los hombros. Mikael le buscó con afán la boca y la besó con tanta intensidad que le temblaron las piernas.

Mientras tanto, en el patio, el resto de la familia y amigos seguía con el festejo.

## CAPÍTULO XVIII

La jornada del domingo, Greta complació el deseo de Mikael de compartir tiempo con sus tías. Él había reservado una de las mejores mesas en el Korsnäsgrården para almorzar juntos. Tanto Gloria como Adele ponderaron el plato especial del día y no quisieron marcharse sin antes pasar por la cocina para felicitar al chef. Después, Greta sugirió ir hasta el mirador y, aunque les costó llegar hasta la torre, ninguna de las tías se quejó. Para terminar, Adele le pidió a Greta que las llevara a conocer la zona periférica del pueblo porque ellas solo habían tenido tiempo para recorrer la zona comercial y el famoso lago Siljan.

Disfrutaron de un domingo soleado y caluroso sin interrupciones de ningún tipo. Greta había apagado su teléfono y nadie había llamado a Mikael. De vez en cuando, era agradable poder relajarse y no pensar en el trabajo. Ella había estado tentada de encenderlo en más de una ocasión con la excusa de que Josefine podría intentar ponerse en contacto con ella por cualquier nimiedad, pero había bastado que Mikael le lanzara una mirada reprobatoria para que desistiera de hacerlo.

Durante buena parte del día no se habló del homicidio que había vuelto a conmocionar al pueblo. Greta estaba segura de que Mikael había amenazado a sus tías para que no mencionaran el asunto. Después de haber hecho las paces, no quería reavivar su malhumor al hacer preguntas indebidas. Regresaron a la casa cerca de las cuatro porque Adele no se sentía bien. Preocupado, Mikael la acompañó hasta la habitación y permaneció a su lado hasta cerciorarse de que no se trataba de nada grave.

—Si se siente mal, es culpa de su tozudez —arremetió Gloria apenas se quedó a solas con Greta—. ¡Mira que le repetido hasta el cansancio que no haga esfuerzos inútiles! Pero mi querida hermana no me hace caso.

—No debí llevarlas al mirador, todo esto ha sido mi culpa —se lamentó la pelirroja.

—No digas eso, querida, tú no eres culpable de nada. Además, su problema no es

realmente serio, Adele tiende siempre a exagerarlo todo y no me extrañaría que fuese solo una artimaña para acaparar a Mikael para ella sola. No debería decírtelo, aunque creo que ya has intuido, que Adele siente celos de ti. En realidad ha sentido celos de cada chica que Mikael ha llevado a casa, pero contigo es distinto, es la primera vez que vemos a nuestro sobrino enamorado hasta los huesos. Con Pia nunca fue de verdad feliz. No me malinterpretes —le aclaró—, nos encanta que Mikael te haya encontrado y no nos cabe la menor duda de que a tu lado sí es feliz, y creo que anoche te demostró cuánto te amaba. —Le guiñó el ojo con picardía y provocó que Greta se sonrojase—. No te preocupes por mi hermana, las píldoras que le recetó el cardiólogo hacen maravillas. Ya verás que después de que repose un rato y haya pasado tiempo con mi sobrino estará como nueva.

Greta no dijo nada. Todavía tenía las mejillas coloradas. La noche anterior, después de que se reconciasen en la fiesta de San Juan, Mikael y ella habían regresado poco después de la medianoche para acabar con lo que habían empezado en la cocina de la tía Ebbe. Con la casa a su completa disposición, habían hecho el amor en el sofá de la sala. Cuando Mikael le dio a entender que estaba más que preparado para una segunda vuelta, ella le dijo que prefería la comodidad de la cama y optaron por subir a la habitación. Pensó que las tías seguro habían regresado de la casa del tío Pontus mientras ellos estaban en plena acción.

—¿Qué calor hace, verdad? —Fue hasta el refrigerador y sacó una jarra con limonada. Necesitaba humedecerse la boca con algo bien frío—. ¿Quiere un poco?

—No, querida. —Le dio unas palmaditas en el brazo—. Iré a recostarme un rato yo también, pero antes voy a pasar por la habitación de mi hermana para ver cómo sigue y, de paso, rescataré a mi niño de sus garras —bromeó.

Greta sonrió. Gloria criticaba a su hermana por sobreproteger a Mikael, pero ella hacía lo mismo. Se bebió la limonada y luego buscó a *Miss Marple* para darle una almendra. Le extrañó que no apareciera la primera vez que gritó su nombre y pensó que seguro estaría trepada al árbol del patio. Mientras esperaba que Mikael fuese *liberado de las garras de su tía Adele*, buscó el cuaderno rojo, un bolígrafo y se acomodó en el sofá de la sala, el mismo donde ella y Mikael habían hecho el amor la noche anterior.

Sintió cierta excitación al abrir sus páginas después de tanto tiempo. Cruzó las piernas y colocó un almohadón debajo para escribir con más comodidad. Durante unos cuantos segundos miró la hoja en blanco que tenía delante de ella. Se llevó el bolígrafo a la boca y lo mordió. Por primera vez, no supo por dónde empezar. La misma noche se habían cometido dos delitos similares con resultados muy diferentes. Elin Rosenberg se había llevado la peor parte mientras que Sigvard Thorne luchaba

por su vida en una cama del Lassarets. Dejó escapar un suspiro. Resolvió comenzar por lo más sencillo, entonces escribió la fecha en la parte superior:

Jueves 18 de junio: Elin discutió con Stephan por culpa de una infidelidad. Se enteró de que su amiga Lotta era la amante de su novio. ¿Le anunció a Stephan que pensaba dejarlo? Él asegura que no. ¿Lo amenazó con contárselo todo a Benedikt Stærmoste? Es posible. Hora de su desaparición: no lo sé. Lotta y Stephan se encontraron esa noche. ¿Será verdad o se procuraron una coartada casi imposible de refutar? ¿Qué hizo Lotta después de que Stephan regresara a su cabaña? ¿Sabría que Elin estaba al tanto de que era la amante de su novio? Posible motivo para asesinar a Elin: evitar que pusiera en evidencia la relación clandestina que sostenían Stephan y Lotta Stærmoste.

Dibujó un círculo alrededor del nombre de Lotta. Si le preocupaba que su esposo pudiera enterarse del engaño, tenía una buena razón para querer silenciar a Elin para siempre. Buscó otros posibles sospechosos, pero la lista se reducía a pocos nombres. Ni Elin ni Stephan tenían vínculos con Mora, a excepción de ella, por eso dedujo que el asesino debía de estar dentro de su círculo más cercano. Supo de inmediato quién encabezaría la lista:

Lotta Stærmoste: Stephan sostiene que estuvo con ella la noche en la que desapareció Elin. ¿Será verdad o se habrán confabulado para brindar una coartada falsa? Motivo: evitar que Elin abriera la boca.

Stephan Bringholm: lo mismo que Lotta con respecto a la coartada. Motivo: Elin en verdad amenazó con dejarlo y en un arranque de violencia, la mató.

Se detuvo cuando se dio cuenta de lo que acababa de escribir. Le costaba creer que Stephan pudiese ser capaz de llegar a tanto, sin embargo, ella mejor que nadie sabía en lo que se convertía cuando se enojaba. Había prometido ayudarlo, aunque lo que en verdad quería era descubrir quién había asesinado a Elin. Si Stephan estaba involucrado, tenía que pagar por su crimen. Fue entonces cuando de verdad comprendió que Mikael y su padre tenían razón al advertirle sobre él. Siguió con los demás nombres:

Inga-Marie Covitz: se encontró en el bar con Elin la noche de su muerte y hablaron sobre la infidelidad de Stephan. ¿Qué hizo Inga-Marie después de irse del bar? Motivo: ninguno hasta el momento.

Benedikt Stærmoste: el esposo engañado. Según el testimonio de Stephan, dormía en su cabaña mientras Lotta y él tenían sexo en su propio coche. Motivo...

No encontró ninguno. Si Benedikt hubiera asesinado a alguien, no sería justo a Elin Rosenberg. Escribió el último nombre en la lista: «Lennart Bruhn: amigo tanto de Stephan como de Elin».

Del novio de Inga-Marie era de quien menos información tenía. Aunque había llegado a frecuentarlo mientras vivía en Söderhamn, sabía muy poco de él. También desconocía sus movimientos durante la noche del jueves 18. Dio vuelta el cuaderno y

en el margen izquierdo anotó: «Preguntarle a Mikael».

No hizo más que terminar de escribir su nombre cuando él apareció en el salón. Greta ni siquiera atinó a esconder el cuaderno rojo.

—Sabía que tarde o temprano tu amigo entraría en acción. —Apartó un par de almohadones y se sentó junto a ella—. ¿Puedo echar un vistazo o sería un sacrilegio? —bromeó.

Greta repasó con rapidez lo que había escrito hasta el momento y luego lo miró.

—No he recopilado muchos datos todavía —se quejó.

Mikael estiró el cuello y alcanzó a ver su nombre garabateado en un costado de la hoja.

—¿Qué querías preguntarme, pelirroja?

Ella se dio vuelta hacia él con el cuaderno apoyado en el regazo.

—¿Se sabe cuáles fueron los movimientos de Lennart durante la noche del crimen?

Mikael arrugó el ceño.

—¿Lennart? ¿Acaso sospechas que él es nuestro hombre?

—No, pero es de quien menos información tengo. Mis sospechas apuntan hacia otro lado —manifestó y adoptó una expresión seria.

—Hasta donde sabemos, Lennart estuvo toda la noche en la cabaña. Su novia confirma que cuando regresó del bar después de ver a Elin, él aún permanecía despierto y que se durmieron abrazados hasta la mañana siguiente. El único momento en el cual pudo salir sin que Lotta lo supiera fue cuando Elin estaba con ella en el bar, por lo tanto, lo hemos descartado como sospechoso.

—Además no tenía ningún motivo para matarla —alegó Greta.

—Exacto.

—¿Quién más está en los últimos puestos de la lista de sospechosos de la policía? —se atrevió a preguntar.

Mikael sonrió.

—¿Me vas a dejar leer lo que escribiste si te lo cuento?

Greta asintió y, como prueba del trato, le entregó el cuaderno.

Él se tomó todo el tiempo del mundo para leer las pocas líneas que Greta había escrito. Mientras sus ojos azules recorrían la página de arriba abajo, no una, sino varias veces, ella lo observaba con impaciencia.

—No vas mal encaminada, pelirroja. Nuestros sospechosos más viables son Lotta Stærmosé y Bringholm. —Apartó la vista del cuaderno y la miró—. La otra pareja no parece tener ningún motivo aparente para haber cometido el crimen y Benedikt Stærmosé, quien paradójicamente se ha convertido en el abogado del amante de su

esposa, tampoco parece tener un motivo real para haber cometido el crimen.

Greta caviló durante unos segundos.

—¿No hay manera de probar si de verdad Stephan y Lotta estuvieron juntos esa noche?

—A menos que aparezca algún testigo, no podemos impugnar su coartada. No hay cámaras de seguridad en el estacionamiento, tampoco en el área de las cabañas. Tenemos una única imagen que confirma que Lotta sí salió esa noche, pero es imposible establecer si lo hizo para encontrarse con su amante, como declaró, o si tuvo otra razón más siniestra para hacerlo.

—Motivos para querer asesinar a Elin no le faltaban —acotó Greta.

Mikael concordó con ella.

—Cuando la interrogué, me dejó bien claro que no soportaría la idea de que su esposo supiese la verdad.

—Lo hubiera pensado bien antes de enredarse con el novio de su amiga —manifestó ella, bastante molesta por el comportamiento de Lotta. ¿Cómo había podido convertirse en la amante de un hombre como Stephan, cuando sabía a la perfección que era violento con Elin?—. Tiene que ser uno de ellos, ¿no crees? El Grupo de los Seis —se le acababa de ocurrir el nombre— llegó de vacaciones a Mora y apenas unos días después, Elin desaparece y es asesinada.

—¿«El Grupo de los Seis»? —Mikael la miró con asombro.

—Lo más probable es que el asesino sea uno de ellos —dijo Greta e hizo caso omiso a su pregunta—. Mi lista y la que armaron ustedes en la comisaría es casi la misma, ¿verdad?

—Sí, pero aunque tengamos dos posibles sospechosos, no hay ninguna prueba en su contra, y sabes mejor que yo que ningún caso se sostiene durante mucho tiempo si no hay evidencias firmes. No podemos encerrar a nadie si solo nos basamos en suposiciones o indicios débiles.

—Pero la investigación va bien encaminada —alegó ella para infundirle ánimos, aunque notó cierta disconformidad en su semblante.

—Es lo que me gustaría pensar, pero la verdad es que nos hemos estancado demasiado rápido, pelirroja. No tenemos testigos, tampoco podemos valernos de las cámaras de vigilancia del Paradis y, para rematar, no hay rastros del asesino en la escena del crimen ni en la roca que usaron para matar a Elin.

—Pero hay algo más que te preocupa y creo saber qué es.

Mikael la miró. Era increíble que pudiese hablar con ella de una investigación policial como si compartiera información con alguno de sus colegas. Aunque a veces disentían en sus teorías y la regañara por meterse donde no debía, no cambiaba esa

sintonía que compartían cada vez que intentaban resolver un misterio juntos.

—No has escrito nada sobre lo que ocurrió con Sigvard Thorne.

No hubo ninguna necesidad de aclararle que era precisamente el caso que llevaban adelante Karl y Nina el que lo inquietaba. No poder establecer que estaba relacionado con el homicidio de Elin Rosenberg era un asunto pendiente que no lo dejaba avanzar.

—Iba a hacerlo, pero usted me interrumpió, teniente. —Le quitó el cuaderno y anotó el nombre del director del museo en una página en blanco—. Estoy convencida de que el ataque que sufrió Sigvard está conectado directamente con la muerte de Elin.

—Es el gran bache que tenemos en la investigación en este momento —reconoció él—. ¿Qué relación podría existir entre Elin Rosenberg, una mujer que vivía en Söderhamn y que vino a pasar unas vacaciones al pueblo, con un hombre solitario y dedicado por completo a su trabajo en el museo, como Sigvard Thorne?

—Tal vez llegaron a conocerse durante los pocos días que Elin estuvo en Mora, pero sigo sin ver el nexo entre los dos casos. Sé que la investigación la lleva adelante papá, pero ¿qué dijeron en el museo sobre la desaparición de la llave? —Todavía no tenía del todo claro que se hubiera tratado de un robo.

—Poco y nada. El asistente de Thorne aseguró que era una de las dos únicas copias que había en el Anders Zorn y que por razones de seguridad, él se la llevaba a su casa todas las noches.

—Es lo mismo que me dijo Gotilda —lo interrumpió Greta.

Mikael asintió.

—Creemos que alguien ingresó a su casa para apropiarse de la llave y así robar parte de la colección de los caballos de Dalecarlia. Sigvard seguro sorprendió en plena faena al ladrón, que lo atacó para evitar que lo identificara. La gente del museo reforzó la seguridad del lugar a partir de lo que sucedió, pero hasta ahora nadie ha robado nada. También hemos puesto vigilancia en el hospital, ya que es posible que el agresor quiera terminar lo que empezó. —Vio que Greta negaba con la cabeza—. ¿Cuál es tu teoría?

Ella dejó el cuaderno. No tenía sentido ponerse a escribir cuando tenía a Mikael en carne y hueso para intercambiar ideas.

—En primer lugar, yo no creo que haya sido un robo —expuso con seriedad y logró acaparar rápidamente la atención de Mikael—. Yo vi con mis propios ojos lo que le hicieron a Sigvard, la persona que lo atacó se ensañó demasiado con él. Un ladrón no habría perdido tiempo en golpearlo de esa manera y arriesgarse a que alguien apareciera y lo descubriera, solo lo habría incapacitado para poder huir con el botín.



—¿Y si Thorne había reconocido al ladrón? Lo más lógico era que intentase acabar con su vida para evitar que lo delatara —adujo Mikael y se ciñó a la hipótesis que manejaban en la comisaría, pero sin desestimar el razonamiento de Greta.

—Sí, es posible —aceptó ella—. Sin embargo, en un pueblo como Mora, que ha estado escaso de delitos durante los últimos meses, ¿no te resulta muy extraño que en una misma noche dos personas que aparentemente no tienen ninguna relación entre sí hayan sido golpeadas con un objeto contundente en la parte trasera de la cabeza? Es una coincidencia demasiado obvia como para ignorarla.

Mikael no podía estar más de acuerdo con ella. No creía en las casualidades, mucho menos cuando se daban en el ámbito de una investigación criminal.

Expusieron ideas y barajaron varias hipótesis durante un buen rato, pero aunque se devanaron los sesos, no pudieron llegar a establecer cuál era el nexo entre ambos casos. Greta anotaba todo en el cuaderno rojo mientras Mikael le soltaba algún que otro detalle de la investigación. Más tarde, y a solas, repasaría lo que había escrito para ver si podía sacar algo en claro. No le molestaba intercambiar opiniones con Mikael, pero pensaba mucho mejor cuando no lo tenía al lado y la distraía con alguna caricia o intentando leer por encima de su hombro lo que anotaba en el cuaderno. Él insistió en pasar el resto de la tarde del domingo en algo más placentero y ella no pudo negarse. Cuando iban hacia la habitación tomados de la mano, alguien llamó a la puerta principal.

Mikael la tironeó del brazo.

—Deja, se cansarán y se irán —le dijo en voz baja.

—Tengo que ver de quién se trata, puede ser importante —replicó ella mientras trataba de zafar la mano.

De mala gana, Mikael la soltó. La observó con atención mientras atravesaba el salón con cierta parsimonia. Llevaba unos pantaloncitos ajustados que le acentuaban la redondez de las caderas conforme se movía. Dejó escapar un suspiro cuando se dio cuenta de que si no los hubieran interrumpido, en ese momento estaría quitándoselos. Vio que sonreía y se daba vuelta hacia él.

—Es Cilla —le anunció.

Mikael asintió. No tenía nada en contra de la hijastra de Ejnar, pero su llegada no podía ser más inoportuna. Resignado a que tendría que compartir a Greta con la niña, se acercó a la puerta para recibirla.

Vibeke la llevaba en brazos y de su mano derecha colgaba el loro de peluche que le había regalado Greta el día anterior.

—Perdón por no avisar que veníamos, pero Cilla insistió tanto en que quería darte una sorpresa que no fui capaz de contradecirla —manifestó Vibeke a modo de

disculpa por presentarse de improviso.

—¡Hola, Greta! —la saludó la niña mientras se removía inquieta para que su madre la bajase al suelo—. ¿Dónde está *Miss Marple*?

—Hola, cariño. ¿Te sientes mejor? —preguntó ella en cambio y le acarició la mejilla.

Cilla asintió.

—Hola, teniente —dijo con timidez mientras apretaba el loro de peluche contra el pecho.

Él extendió el brazo y le rozó la nariz con la punta del dedo índice.

—Hola, princesa. Nos alegra saber que estás bien.

Greta lo miró. Parecía que se le había pasado el malhumor por tener visitas inesperadas. Sin dudas, era mérito de la pequeña Cilla, quien se sonrojaba porque él le sonreía. Volvía a comprobar una vez más que el encanto del teniente seducía a las mujeres de todas las edades.

Vibeke bajó a la niña y Greta las invitó a pasar. De inmediato, Cilla empezó a buscar a *Miss Marple* por todos los rincones del salón.

—Lleva un buen rato desaparecida —le comentó Mikael mientras la seguía de cerca—. Creo que se esconde en el patio. Hay un hueco en el árbol y se mete allí cuando Greta la regaña.

Cilla se dio vuelta hacia ella con el ceño fruncido.

—¿La regañas mucho?

—No, solo cuando se porta mal —respondió y lo fulminó a Mikael con la mirada—. ¿Por qué no van el teniente y tú a buscarla mientras nosotras preparamos la merienda?

La idea le pareció estupenda y, sin previo aviso, tomó a Mikael de la mano y lo llevó hasta el patio casi a rastras.

—¡Pobre teniente! —exclamó Vibeke—. Una vez que Cilla entra en confianza se vuelve insoportable.

Greta sonrió.

—No te preocupes. Cilla es encantadora y no cabe duda de que ha logrado conquistar a Mikael con su ternura. —A través de la ventana de la cocina vieron cómo él la sujetaba de la cintura para que alcanzara la parte más alta del árbol y espicara en el interior del hueco en busca de *Miss Marple*.

La lora no apareció y Cilla se puso triste. Pero la tristeza le duró poco, porque apenas unos segundos después, mientras Greta y Vibeke terminaban de preparar la merienda, la escucharon reírse a carcajadas. Greta, incapaz de reprimir el impulso de saber qué ocurría afuera, los espío con discreción. Mikael estaba sentado en el suelo y

Cilla descansaba en su regazo. Hacían muecas graciosas y decían tonterías solo para que el loro de peluche las repitiera.

—Será un muy buen padre algún día —comentó Vibeke.

Greta se apartó de la ventana y no dijo nada. Colocó unas magdalenas de vainilla con pepitas de chocolate en la bandeja y vertió en los vasos el zumo de naranjas recién exprimidas.

—¿Te incomoda hablar del tema, Greta? —le preguntó de repente.

La pelirroja la miró.

—La verdad es que no sé qué sentir —le confesó—. Hace un tiempo, cuando Mikael y yo decidimos probar la convivencia, mi amiga Hanna quedó embarazada. Me incomodaba mucho hablar del tema, porque pensaba que vivir juntos ya era un paso muy importante y no quería precipitar las cosas. Mikael acababa de divorciarse y por fin mi padre aceptaba lo nuestro. Él perdió un hijo con su exesposa y, aunque no lo demuestre, sé que fue una experiencia que lo marcó profundamente. No estuvo con ella cuando pasó y siempre se ha sentido culpable, por eso nunca le sugerí la posibilidad de buscar un hijo.

—Pero tú deseas convertirte en madre —afirmó Vibeke al comprender la razón de su inquietud—. Lo puedo ver en el brillo de tus ojos cada vez que estás con Cilla.

Greta se mordió el labio. Desde el embarazo de Hanna, la maternidad era un tema que la volvía demasiado sensible.

—¿Tanto se me nota?

Vibeke asintió.

—¿Te cuidas? ¿Mikael te lo pidió?

—Él evita hablar de eso, pero sabe que tomo pastillas.

—¿Es decir que nunca le planteaste la idea de tener un hijo?

—Nunca. —Respiró hondo—. Creo que espero a que sea él quien dé el primer paso, si es que alguna vez se anima a darlo.

—¿Has visto cómo se ha comportado con Cilla? Si esa niña no consigue despertar sus instintos paternos, no lo conseguirá nadie.

Las palabras de Vibeke esperanzaron a Greta, pero también le provocaron cierto temor. Hasta esa tarde, no sabía de verdad lo que quería, pero después de desahogarse con ella, descubrió cuánto deseaba convertirse en madre.

\* \* \*

Gotilda Thorne se removió en la butaca y el libro que sostenía en la mano fue a parar al suelo. Alguien había corrido las cortinas para que la luz del sol no le diera de lleno

en el rostro y durante un par de segundos le costó discernir dónde se encontraba. Aturdida debido a las horas que había dormido, miró a su alrededor. Le bastó oír el pitido de los monitores para enfrentarse de nuevo a la cruda realidad que padecía desde hacía cuatro días.

Respiró hondo y levantó el libro. Era una novela policial que le había recomendado Greta y, aunque la trama era atrapante, solo le había sido útil para pasar sus horas vacías en el hospital. Apenas se había movido del lado de su hermano. Tenía temor de irse a su casa y que despertara mientras ella no estuviera, por eso solo permanecía lejos el tiempo suficiente para darse un baño y cambiarse de ropa. Las enfermeras del Lassarets, que se apiadaron de su situación, procuraban que no le faltase nada. Incluso Selma Steinkjer se acercaba para hacerle compañía después de terminar su turno.

Fue hasta la ventana y abrió las cortinas para que se iluminara la habitación. Cuando miró el reloj y comprobó que hacía un buen rato que había amanecido, se sorprendió de que hubiera podido dormir hasta tan tarde. Seguro que las píldoras que la había obligado a tomarse Selma la noche anterior habían obrado el milagro.

—Es un día espléndido, Sigvard —comentó mientras abría el cristal para llenarse los pulmones de aire.

Observó con rapidez su atuendo. Se había cambiado la camisa el día anterior, pero ya estaba arrugada. Se acomodó la falda y con los dedos se peinó el cabello hacia atrás. Cuando se dio vuelta para ver a su hermano, tuvo que aferrarse al respaldo de la silla para no desfallecer de la emoción.

Sigvard había abierto los ojos y movía una mano. Por un instante no supo qué hacer, si llamar a las enfermeras o acercarse a él para asegurarse de que estaba bien. Optó por lo segundo y lo primero que hizo fue apretarle la mano tan fuerte que Sigvard esbozó una mueca de dolor.

—¡Has vuelto, hermano! —No supo en qué momento se había echado a llorar. Se enjugó las lágrimas con la manga de la camisa arrugada y se sentó junto a la cama—. ¿Cómo te sientes?

El tubo que lo conectaba al respirador artificial le impidió contestarle. Cuando Gotilda se dio cuenta, cambió la pregunta.

—¿Te sientes bien?

Sigvard negó con la cabeza. Cuando ella llamó al doctor Stokke para que fuera a verlo, él le soltó la mano y con gran esfuerzo se incorporó hasta quedarse sentado en la cama.

—¡No debes moverte, Sigvard! ¡Es peligroso! —le suplicó mientras lo sujetaba de los hombros para obligarlo a acostarse otra vez.

Había pánico en sus ojos y parecía dispuesto a todo. Gotilda no sabía qué hacer para evitar que cometiera una locura. A pesar de los esfuerzos de su hermana, él pudo arrancarse el tubo de oxígeno. Intentó decirle algo, pero empezó a ahogarse. Desesperada, ella trató de colocarle la máscara de nuevo. Sigvard balbuceó un par de palabras que ella no alcanzó a entender mientras abría la boca para intentar respirar.

—¡Sigvard, por favor, deja que busque ayuda!

Ella estaba por completo fuera de sí al ver cómo su hermano se quedaba sin aire. El monitor emitía un pitido uniforme y una línea roja dividía la pantalla en dos mitades.

—¡La... la mató! ¡Yo vi cuando la mató! —alcanzó a gritar con los ojos inyectados de terror antes de que su cuerpo cayera estrepitosamente sobre el colchón.

Apenas unos segundos después, la habitación se llenó de gente. Gotilda, presa de un ataque de angustia, observaba todo desde un rincón. Alguien la había tomado del brazo con brusquedad para apartarla de su hermano y lo único que podía escuchar era el murmullo de las enfermeras que revoloteaban alrededor de su cama. Poco a poco, el sonido que provenía de los monitores se hizo más débil hasta que la habitación quedó sumida en el más terrible de los silencios. El cuerpo de Gotilda, agotado y adormecido por el dolor, se deslizó con lentitud por la pared hasta llegar al suelo. Se cubrió el rostro con las manos cuando comprendió lo que acababa de suceder. No supo cuánto tiempo pasó, solo reaccionó cuando Selma se arrodilló junto a ella.

—Lo siento mucho, Gotilda.

La reconfortó con un abrazo y pudo sentir cómo le temblaba el cuerpo. Intentó persuadirla de que saliera con ella al pasillo, pero se negó a moverse. Miró por encima del hombro de la enfermera solo para descubrir que ya no quedaba nadie en la habitación; tampoco su hermano. Se lo habían llevado y ella ni siquiera se había dado cuenta.

—¿Dónde está Sigvard?

—Tu hermano sufrió un colapso respiratorio y los doctores no pudieron hacer nada por él.

—Había despertado, quería decirme algo —balbuceó y se echó a llorar de nuevo.

—Lo siento mucho, de verdad. ¿Quieres que llame a alguien? O, si lo prefieres, puedo acompañarte yo misma hasta tu casa.

Gotilda negó con la cabeza.

—¡Quiero ver a mi hermano, necesito despedirme de él! —le exigió.

—Está bien, yo misma te llevaré con él. —Selma la ayudó a ponerse de pie y, apenas salieron al pasillo tuvo que sujetarla del brazo con fuerza para evitar que tropezara con una butaca. Se dio cuenta de que ella quería decirle algo—. ¿Qué

sucede?

—Greta... Quiero que venga Greta.

—No te preocupes, la llamaremos y le pediremos que venga —le prometió.

Gotilda asintió. Se había quedado sola y más que nunca necesitaba una amiga.

## CAPÍTULO XIX

Cuando Greta ingresó a la comisaría, dos agentes que conversaban en el pasillo se dieron vuelta para verla. Ella los saludó con un leve movimiento de cabeza y, a paso firme, se acercó a la recepción.

—Buenos días, Greta. ¿Qué te trae por aquí tan temprano? —preguntó Ingrid con una sonrisa de oreja a oreja instalada en su bronceado rostro.

Estiró su voluptuoso cuerpo por encima del mostrador y lo primero que notó fue que la hija del inspector no traía nada en las manos, lo que la llevó a inferir que la razón de su visita no tenía que ver con el soborno a base de dulces que solía cometer la pelirroja cuando quería sacarle información de la investigación al doctor Grahn.

—Papá me comentó la otra noche que tendría que venir a declarar como testigo en el caso de Elin Rosenberg. —Resopló y demostró fastidio—. Aproveché que había poco movimiento en la librería para hacerlo de una vez por todas. Confieso que cuando se trata de resolver un crimen, prefiero estar del otro lado y recopilar información y...

—Y siempre te involucras de tal manera que terminas por arriesgar tu pellejo y provocar la angustia de todos los que te queremos —la interrumpió y le apuntó con uno de sus cursis bolígrafos, el que había adornado con una rosa roja en la parte superior.

—No me retes tú también, Ingrid —le pidió—. ¿No crees que ya tengo suficiente con los regaños del teniente y del inspector?

Ingrid sonrió.

—¡Está bien, está bien! Haz de cuenta que no he dicho nada. —Se distrajo con una mujer que entraba a la comisaría y volvió a mirarla—. ¿A quién quieres ver?

—Supongo que alguno de los detectives encargados del caso tendrá que tomarme declaración. ¿Anda Mikael por aquí? —preguntó.

No quería prestar testimonio delante de la sargento Thulin, pero prefirió no comentárselo a Ingrid para evitar cualquier indiscreción de su parte. Lo que menos

deseaba era que todos en la comisaría se enterasen de que todavía sentía celos de que trabajase al lado de Mikael.

—El teniente Stevic está en medio de un interrogatorio y no creo que se desocupe pronto. El novio de la víctima llegó muy temprano, acompañado de su abogado. ¿Quieres esperarlo o le aviso a la sargento Thulin?

Greta no podía perder toda la mañana en la comisaría, sin embargo, le convenía quedarse para poder enterarse de lo que sucedía con Stephan detrás de las cuatro paredes de la sala de interrogatorios. ¿Qué podía hacer?, se preguntó. Si se aparecía en el despacho de su padre o en el de Nina con la excusa de una visita, no le iban a creer. Pensó en acercarse hasta la morgue y usar al doctor Grahn como coartada, pero cuando Ingrid le dijo que no llegaría hasta la tarde, comprendió que la única opción que le restaba era la que menos deseaba. Le pidió a Ingrid que la anunciara con la sargento y menos de un minuto más tarde, la vio salir del centro de comandos. A medida que se aproximaba a la recepción, Greta la observó con disimulo y consideró que su atuendo no era el más apropiado para una funcionaria policial. Llevaba una falda ajustada de color bordó y una camisa blanca de mangas cortas. En los pies lucía unas sandalias de tacón alto que hacían juego con el pañuelo que tenía atado en la cintura. Aunque le costara reconocerlo, Miriam era una mujer hermosa.

—Buenos días, Greta. ¿Qué puedo hacer por ti?

Greta se vio obligada a levantar la cabeza para poder mirarla a los ojos. ¡No era justo que además fuese más alta que ella!, pensó.

—Hola, sargento. He venido a declarar como testigo en el caso de homicidio de Elin Rosenberg.

Miriam Thulin frunció el entrecejo.

—Tú la conocías de antes, ¿verdad?

Greta asintió.

—Trabajamos juntas en Söderhamn.

—Si te parece bien, yo me encargaré de tomarte declaración. Mikael interroga a Stephan Bringholm en estos momentos. —Le indicó que la siguiera—. Usaremos su oficina, no creo que le moleste.

Greta la siguió sin abrir la boca. Se había referido a Mikael con tanta familiaridad que la asustaba. ¿Es que desde que ostentaba el cargo de sargento ya no era para ella «teniente Stevic» sino simplemente «Mikael»? Respiró hondo y alzó los hombros. No podía ponerse en evidencia de esa manera.

Apenas pusieron un pie dentro del despacho de Mikael, las envolvió el perfume de su loción de afeitar. Las gafas de sol que se había puesto esa mañana descansaban encima del escritorio junto a su móvil y el llavero con el escudo del IFK Goteborg que



Greta le había obsequiado en su cumpleaños. De cierto modo, esa pieza de goma que Mikael adoraba y que había escogido para él con tanta ilusión la hizo sentirse más segura. Cuando descubrió que había un portarretratos con una foto de ambos encima del fichero, casi deja escapar un suspiro. ¡Acababa de resolver uno de los misterios que la habían intrigado durante las últimas semanas! Era una fotografía que la madre de Mikael les había tomado durante su visita a Gotemburgo. Estaban apoyados contra un árbol y él la abrazaba por la cintura mientras ella recostaba la cabeza en su pecho. Hacía tiempo que la buscaba y Mikael insistía en que tal vez se la habían olvidado en casa de su madre. Le provocó ternura saber que se la había robado para ponerla en la oficina.

Miriam rodeó el escritorio para ocupar el puesto del teniente y extendió el brazo hacia ella.

—Siéntate, por favor —le indicó.

Greta obedeció sin chistar. Se cruzó de piernas y colgó el bolso en el respaldo de la silla.

—Antes que nada quiero explicarte que no voy a someterte a un interrogatorio. Estás aquí en calidad de testigo, por lo tanto, deberás declarar la verdad. Si no lo haces, incurrirás en un delito. Tal vez es algo que ya sepas, pero es mi deber informártelo antes de empezar con las preguntas. ¿Has entendido?

—Perfectamente —respondió ella sin amilanarse.

Miriam se acomodó en la silla y la miró directo a los ojos.

—Sabemos que la víctima asistió a una reunión del club de lectura estival en tu librería el mismo día de su desaparición. ¿Fue la primera vez que tuviste contacto con ella desde su llegada al pueblo?

—Elin pasó esa mañana por la librería para inscribirse al club de lectura, pero yo no estaba disponible y la atendió mi primo Lasse —respondió—. Recién en la reunión volvimos a vernos después de coincidir en la boda de una amiga en común hace poco más de un año.

—¿Estaba sola en la reunión? —preguntó mientras escribía en una libreta.

—No, se inscribió con sus dos amigas y ambas la acompañaron.

—¿Te refieres a Inga-Marie Covitz y Lotta Stærmose? —Greta asintió—. ¿A ellas también las conocías desde antes?

—No, las vi por primera vez en el club de lectura estival.

—¿Notaste algo extraño entre ellas? ¿Pasó algo que te llamara la atención?

Greta trató de hacer memoria y recordó un detalle al cual no le había dado mucha importancia.

—Lo único que me viene a la mente es un comentario algo despectivo que hizo

Lotta Stærmose acerca del novio de Inga-Marie.

—¿Qué dijo con exactitud?

—Se burló del hecho de que Lennart no pudo realizar su sueño de jugar al hockey de manera profesional y tuviese que conformarse con entrenar a un equipo escolar. Creo que fue algo que Lotta dijo sin pensar, pero a su amiga no le agradó demasiado.

—¿Algo más que recuerdes de esa reunión?

Greta cambió de posición e inclinó el cuerpo hacia atrás para descansar la espalda.

—Sí. A pesar del calor que hacía, Elin llevaba un cárdigan de mangas largas. De inmediato deduje que lo hacía para esconder las marcas.

—¿Qué marcas? —Miriam la miró intrigada.

—Las marcas que deja el maltrato.

—¿Estabas al tanto de que Stephan Bringholm maltrataba a su novia?

Greta tuvo la sensación de que Miriam ignoraba el hecho de que antes de ser novio de Elin, Stephan había estado con ella.

—Confirmé mis sospechas cuando acompañé a Elin al tocador y vi el moretón que tenía en la espalda. Supuse que tendría más en los brazos, por eso se cubría con el abrigo.

—¿Por qué sospechabas de que Elin Rosenberg era víctima de maltratos?

—Porque yo misma los sufrí cuando era novia de Stephan.

Miriam se quedó pasmada. ¿Greta y Stephan Bringholm habían tenido una relación en el pasado? ¿Por qué nadie le había dicho nada todavía?, se preguntó. Con eso entendía muchas cosas: el clima enrarecido que se respiraba en la comisaría desde que habían empezado a investigar el homicidio de Elin, las caras largas que ponían el inspector Lindberg y Mikael, el intercambio de miradas suspicaces y los silencios inexplicables.

—¿Le preguntaste a Elin por los golpes?

No tenía caso preguntarle sobre su propia experiencia con un hombre como Stephan, sin embargo, le resultaba más que interesante el hecho de que fuese justo su exnovio el principal sospechoso de la muerte de Elin Rosenberg. Imaginó que Mikael estaría bastante molesto por la reaparición de Stephan Bringholm en la vida de su adorada pelirroja y no pudo evitar sentir cierto regocijo por ello.

—Lo hice, pero, por supuesto, lo negó rotundamente. Su amiga Inga-Marie volvió a Némesis después de que terminó la reunión y me pidió que hablase con ella para tratar de convencerla de que su relación con Stephan no era sana, por eso estaba en el Paradis el viernes a la mañana. Quería contarle a Elin lo que yo misma pasé al lado de Stephan para que se animara a dejarlo, pero llegué demasiado tarde.

—Supongo que durante estos días has tenido la oportunidad de reencontrarte con

tu exnovio. ¿Tuviste contacto con él antes o después de la desaparición de Elin Rosenberg?

Greta no entendía a qué venía semejante pregunta. ¿Qué relación podía haber entre el hecho de que ella y Stephan se hubieran visto con lo que le había ocurrido a Elin? De todos modos, no iba a dejarla con las ganas de conocer la respuesta.

—Me encontré con Stephan la tarde del jueves, aunque supe de su llegada al pueblo un día antes —le explicó sin entrar en detalles.

Miriam se tomó unos segundos antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Te habló de su relación con Elin?

—Hablamos de muchas cosas.

La sargento esbozó una sonrisa ante la escueta respuesta de Greta.

—Imagino que después de no verse durante tanto tiempo, es lo más normal. — Usó un tono comprensivo que no se lo creyó ni ella—. Lo que me interesa saber en realidad es si habló de su novia contigo.

—¿Por qué habría de hacerlo? —replicó la pelirroja.

Empezaba a impacientarse, además, no le gustaba para nada su actitud prepotente. Miriam dejó de sonreír.

—No lo sé, Greta, pero lo más lógico es que terminaran por meter a Elin Rosenberg en la conversación. Era su novia y también tu amiga.

—Con Elin nunca fuimos amigas, dimos clases de Literatura en el mismo colegio —le aclaró—. Stephan sí me habló de Elin, me dijo que estaba enamorado de ella y que planeaban continuar sus vacaciones en una isla de Noruega.

—¿Lo has vuelto a ver?

Greta tuvo la fuerte sensación de que había una doble intención detrás de esas preguntas.

—Sí, hemos hablado por teléfono y nos encontramos en el Paradis por casualidad.

Miriam dudaba de que ese encuentro entre ellos en el complejo de cabañas hubiera sido fruto de la casualidad. Seguro que Greta metía las narices donde no debía y él habría aprovechado la ocasión para acercarse a su exnovia. ¿Estaría interesado en ella todavía? Supuso que no le sería difícil descubrirlo.

—¿Hay algo más que quieras contarme? —Greta negó con la cabeza—. Bien, hemos terminado entonces. —Miriam cerró la libreta, dejó la silla y caminó hacia la ventana—. Voy a preparar por escrito tu declaración y luego tendrás que firmarla. Si no quieres esperar, puedes regresar más tarde.

Greta también se puso de pie y se colgó el bolso al hombro.

—Prefiero esperar, si no te molesta. Pasaré a ver a papá mientras tanto.

Miriam se dio vuelta sobre los talones y le sonrió.

—No, Greta, no me molesta.

La tensión que se respiraba en la oficina de Mikael era tan pesada que podía cortarse con una tijera. Aunque parecía existir un asunto pendiente entre ambas, durante varios segundos se miraron sin decirse nada.

Greta se dirigió hacia la salida y se detuvo delante de la puerta. Se mordió los labios para reprimir el impulso de preguntarle a Miriam sobre su relación con Peter Bengtsson. No era el momento ni el lugar; tampoco tenía la confianza suficiente para hablar con ella de algo tan privado. Sin darse vuelta siquiera para mirarla, abandonó la oficina con los hombros en alto.

Cerró la puerta tras sí y lo primero que hizo fue mirar el reloj. Le había dicho a Lasse que estaría de regreso en la librería antes de las diez, pero no quería irse sin antes saber cómo había ido el interrogatorio.

La suerte, sin dudas, se confabuló a su favor cuando escuchó que se abría una puerta al final del pasillo. El primero en dejar la sala de interrogatorios fue Benedikt Stærmoose. Greta se dio cuenta entonces de que era el hombre con el bigote similar a Errol Flynn que había visto la mañana del viernes en el estacionamiento del Paradis. Detrás de él salió Stephan, tenía una mano en la cintura y con la otra se acomodaba frenéticamente el cabello. Ella aguardó la salida de Mikael, pero él se tomó su tiempo para aparecer. Se quedó allí, parada frente a su oficina, sin saber qué hacer con exactitud. Titubeó unos segundos antes de aproximarse a Stephan y a su abogado. Mientras avanzaba hacia ellos, no apartó la vista de la sala de interrogatorios.

El rostro de Stephan se iluminó cuando la vio acercarse.

—¡Greta, qué bueno que estés aquí! —Su intención fue saludarla con un beso, pero ella no se lo permitió. Él advirtió esa actitud evasiva y puso una mano en el hombro de su acompañante—. Te presento a Benedikt Stærmoose, uno de mis mejores amigos y ahora también mi abogado. Benedikt, ella es Greta Lindberg, la mujer más curiosa e intuitiva que te puedas imaginar.

—Encantado, Greta. He oído hablar mucho de ti —dijo Benedikt mientras se le asomaba una sonrisa por debajo del bigote—. Eres la hija del inspector, ¿verdad?

—Así es, aunque mi relación con la policía de Mora no se limita solo al inspector Lindberg —le aclaró—. La sargento Wallström es mi madrastra y mi novio es el teniente Stevic.

—¡Vaya! —exclamó—. Parece que es verdad eso que dicen de los pueblos pequeños entonces.

—Greta no tiene ganas de escuchar uno de tus chistes ahora, Benedikt —intervino Stephan antes de que su amigo hiciera el ridículo. Miró a la pelirroja—. ¿Tienes prisa o puedo invitarte a tomar un café para contarte cómo ha ido?

Para una detective aficionada como ella, hambrienta de información, la invitación que acababa de hacerle Stephan era muy tentadora, sin embargo, sabía que era un límite que no debía cruzar.

—Mi primo me espera en la librería —dijo al tiempo que miraba el reloj—. Pasaré a ver a papá antes de irme.

En ese preciso instante, la puerta de la sala de interrogatorios volvió a abrirse y Mikael entró en escena.

—Supongo que no pensabas irte sin antes saludarme, ¿verdad, pelirroja?

Greta le sonrió. Mikael dio dos grandes pasos y se le plantó al lado, tan cerca que sus cuerpos casi se rozaban. Ella pensó que, en otro gesto de machismo como el que había tenido en el Paradis, Mikael la abrazaría para demostrarle a Stephan que ellos estaban mejor que nunca y que su presencia en el pueblo no los inquietaba, pero él no la abrazó, lo que hizo fue meter ambas manos en los bolsillos de los *jeans* y no quitarle la mirada a su ex en ningún momento.

—Por supuesto que iba a pasar a verte antes de irme, Mikael. Recién he terminado de rendir mi declaración y espero a que la sargento Thulin la redacte para estampar mi firma.

Él asintió. Desde que había aparecido en el pasillo, Stephan no había abierto la boca. Su abogado, en cambio, observaba con atención a los tres mientras se rascaba la cabeza.

Fue el mismo Stephan quien habló cuando el silencio entre ellos se hizo demasiado tenso.

—Teniente, ¿cuándo podré disponer del cuerpo de Elin? Inga-Marie llamó ayer a sus padres, pero ellos no podrán venir hasta aquí porque su madre está postrada en una silla de ruedas.

Greta se sorprendió con la noticia. Había visto a la señora Rosenberg en un par de oportunidades durante su estadía en Söderhamn y la recordaba como una mujer delgada, con gafas y el cabello siempre recogido en lo alto de la cabeza. Sintió pena por ella, seguro que estaría destrozada por la muerte de su única hija.

—Es el juez quien tiene que liberar el cuerpo, Bringholm —respondió Stevic en un tono áspero; luego, cuando Greta lo amonestó con la mirada, se mostró un poco más compasivo—. Hablaré con él para que agilice el papeleo y pueda disponer de ella para su traslado a Söderhamn.

—Gracias, teniente.

—No me lo agradezca, solo cumplo con mi deber. —Miró a la pelirroja—. ¿Vamos a mi oficina?

—Creo que allí está la sargento Thulin —dijo ella con ironía.

Mikael iba a responderle, pero por encima del hombro de Greta vio que Miriam se dirigía hacia ellos con una carpeta en la mano.

—Ya no —respondió Mikael.

Greta fue testigo de cómo Miriam atrajo la atención de los tres hombres que la rodeaban. Incluso Mikael la miró unos segundos mientras atravesaba el pasillo. Con gusto le habría propinado un codazo en el estómago, pero se guardó el sermón para cuando estuviesen a solas.

—Greta, aquí está tu declaración. —Le mostró el papel, escrito con una caligrafía envidiable, y lo volvió a meter dentro de la carpeta. En la otra mano sostenía un bolígrafo—. Tienes que leerlo y, si estás de acuerdo, firmarlo. ¿Volvemos a la oficina de Mikael o prefieres hacerlo aquí mismo, en el mostrador de recepción?

—Lo haré aquí mismo. —Le quitó la carpeta y leyó la declaración solo por encima. Cuando terminó, Miriam le pasó el bolígrafo para que la firmase. Algo incómoda porque no tenía donde apoyarse, estampó su rúbrica en la parte inferior derecha del documento y le devolvió todo con la esperanza de que desapareciera lo antes posible de su vista.

—Mikael, ¿vienes al centro de comandos conmigo? Creo que Peter tiene algo para nosotros. —Por el rabillo del ojo, Miriam observó la reacción de la pelirroja.

Él estuvo a punto de responderle, sin embargo, ni siquiera pudo abrir la boca porque Greta decidió contestar por él.

—Ve tranquilo. —Le acarició el brazo mientras sonreía—. Yo debo regresar a Némesis. Le prometí a mi primo llegar antes de las diez.

—¿No vas a pasar a saludar a Nina y a tu padre antes de irte? —Sabía que apenas se metiera en el centro de comandos con Miriam, Stephan aprovecharía la oportunidad para quedarse a solas con ella. Incluso estaba seguro de que se atrevería a acompañarla hasta la librería.

La conversación fue interrumpida cuando sonó el teléfono de Greta. Se inquietó al reconocer el número de Selma Steinkjer. Si la enfermera la llamaba desde el Lassarets, era porque algo malo había ocurrido.

—Greta, ¿estás bien? —le preguntó Mikael después de que se pusiera pálida de repente.

Ella no dijo nada. Le dio la espalda y atendió la llamada.

—Hola, Selma. ¿Qué ha pasado?

—Greta, tienes que venir al hospital cuanto antes. Sigvard Thorne acaba de morir y su hermana está destrozada. Ha sido ella la que me ha pedido que te llame.

La noticia la dejó perpleja. Aunque sabía que la condición de Sigvard era crítica, pensaba que lograría salir adelante. ¿Cómo haría Gotilda para lidiar con la muerte de

su único hermano? Estaba tan sola en la vida. Respiró hondo para poder contener las lágrimas, no quería echarse a llorar delante de los demás. Le prometió a la enfermera que iría cuanto antes al Lassarets y cortó.

Mikael, que sospechaba lo peor, la tomó del brazo y la llevó aparte.

—Escuché el nombre de Selma Steinkjer. ¿Te llamaron desde el hospital?

Greta asintió.

—Se trata de Sigvard Thorne. Ha muerto.

Él tampoco se lo esperaba.

—¿Cuándo ha sido?

—Acaba de pasar. Gotilda está muy angustiada, quiere que vaya a verla. La pobre no tiene a nadie, solo a su hermano y acaba de perderlo.

—Tengo que comunicárselo a Nina y a Karl. Su caso de agresión también se ha convertido en uno de homicidio. —Cuando vio que Greta tenía los ojos llorosos, decidió que podía esperar para hablar con ellos. Se acercó y la tomó con suavidad del mentón. Poco le importó que los demás miraran—. Te ha afectado la muerte de Thorne, ¿verdad?

—Era un buen hombre, siempre tenía algo gracioso para decir. —Sonrió con amargura—. Le apasionaban las novelas clásicas de detectives, su favorito era Conan Doyle. Muchas veces, después de cerrar Némesis, nos quedábamos a discutir sobre libros. ¡Él defendía a Sherlock Holmes y yo a Hercule Poirot! —A ella tampoco le importaba que no estuvieran solos, por lo tanto, cuando fue incapaz de detener las lágrimas, buscó consuelo entre los brazos de Mikael. Recostó la cabeza en su pecho y cerró los ojos para dejar de llorar. Al sentir el calor de su cuerpo, perdió la noción del tiempo. Volvió a abrir los ojos y descubrió que el pasillo había quedado vacío.

—Se fueron todos...

Mikael miró a su alrededor. Experimentó un gran alivio cuando vio que Stephan y su abogado bajaban las escalinatas de la comisaría en dirección a la calle.

—¿Quieres que vaya contigo al hospital? —se ofreció.

—No hace falta —le dijo y se enjugó las lágrimas con el pañuelo que acababa de prestarle—. Prefiero llegar sola, no creo que Gotilda tenga deseos de hablar con la policía en un momento como este.

—No iría en calidad de policía —le aclaró.

—Igual es mejor que vaya sola —insistió—. Dile a papá que no hable con ella hoy, que espere hasta mañana.

—No te preocupes, se lo diré.

A Greta le costó apartarse de él.

—Debo irme.

Mikael le secó con el dedo pulgar la mejilla aún húmeda y antes de soltarla le dio un beso.

—Llámame si me necesitas, ¿de acuerdo?

Ella asintió. Él la tomó de la mano y la acompañó hasta la salida, donde se despidieron con un beso mucho más profundo.

\* \* \*

A Greta se le estrujó el corazón cuando al ingresar en la cafetería del Lassarets, vio a Gotilda parada junto a la ventana. Lucía abatida, con los hombros caídos y la cabeza gacha. En la mano derecha sostenía un pañuelo. Siempre había sido una mujer decidida que se movía con elegancia y hablaba con voz pausada; era dulce, pero con un gran carácter. Poco quedaba ya de esa mujer. Sin dudas, lo sucedido la había destruido física y emocionalmente. Se había cruzado con Selma Steinkjer en la recepción del hospital y le había dicho que el cuerpo de Sigvard estaba camino a la morgue. Se acercó hasta donde estaba Gotilda y se le colocó al lado. Guardó silencio mientras esperaba que notara su presencia. Cuando lo hizo, se le echó encima y rompió en llanto.

—Lo siento mucho, Gotilda.

Ella no dijo nada, no podía. La angustia que sentía por la terrible pérdida que acababa de sufrir le atenazaba la garganta y le quemaba el pecho. Lloró en el hombro de Greta hasta que ya no le quedaron más lágrimas. De vez en cuando, balbuceaba el nombre de su hermano para luego volver a sumirse en el silencio. Las personas que estaban en la cafetería las observaban con compasión. A esa altura, todo el pueblo conocía la triste noticia. Sigvard era un vecino muy querido en Mora y su muerte había causado un gran impacto. Greta consiguió convencer a Gotilda para que se tomara un té y le ofreció el brazo para conducirla hasta una de las mesas.

—Gracias por venir, Greta. —Su voz era apenas un susurro. Le temblaban los labios, pero al menos ya no lloraba.

—No tiene nada que agradecer. —Le apretó la mano y sonrió—. No podía dejarla sola en un momento como este.

—Todavía me cuesta creer que Sigvard se haya ido. Estaba tan segura de que se recuperaría... —Movió la cabeza como si se negara a aceptar la realidad—. El doctor Stokke me dijo que había pocas esperanzas de que sobreviviera, por eso cuando despertó y me miró a los ojos estaba segura de que mi hermano había vencido a la muerte.

—¿Sigvard logró salir del coma?



Gotilda asintió.

—Fueron apenas unos segundos. —Respiró hondo. Le dolía el alma al imaginarse que esos habían sido los últimos instantes compartidos con su único hermano—. Intentó levantarse, estaba desesperado. ¡Nunca antes lo había visto tan asustado!

—¿Pudo decir algo?

—Sí, se había quitado la máscara de oxígeno y apenas podía respirar, pero aun así hizo un gran esfuerzo para poder hablarme. Creo que sabía que se moría y no quería irse sin antes decírmelo.

—¿Decirle qué, Gotilda? —insistió. Tenía la esperanza de que Sigvard hubiera mencionado el nombre de su asesino antes de morir.

—Greta, mi hermano estuvo presente cuando mataron a esa muchacha.

La pelirroja abrió los ojos como platos.

—¿Está segura? ¿Qué le dijo con exactitud?

Afectada todavía por lo ocurrido, Gotilda le contó lo que había alcanzado a balbucear su hermano justo antes de morir. Aunque se había llevado el nombre del asesino a la tumba, sus últimas palabras habían logrado resolver parte del misterio. Ya no cabía ninguna duda de que ambos crímenes estaban conectados.

—Después de que volvía del museo, Sigvard salía a caminar casi todas las noches. La zona del lago era su favorita. ¿Crees que murió porque vio algo que no debía? —preguntó cuando Greta permaneció en silencio, perdida en sus propios pensamientos.

Lo que acababa de escuchar confirmaba sus sospechas. Estaba más que claro cuál había sido el móvil del asesinato. Sigvard Thorne había muerto por una única razón: estar en el sitio y en el momento equivocado.

No podía esperar para contarle a Mikael las novedades.

## CAPÍTULO XX

A Greta no le sorprendió llegar a su casa y encontrarla vacía. Cuando entró en la cocina, había una nota pegada en la puerta del refrigerador. Se acercó y la leyó.

Querida Greta,  
Salimos a dar un paseo. No nos esperes para el almuerzo.

Adele y Gloria

Un corazón garabateado debajo del texto le provocó una sonrisa. Sin dudas, las tías de Mikael habían sabido ganarse el suyo en apenas un par de días. Estaba segura de que incluso las extrañaría cuando decidieran regresar a Gotemburgo, la casa ya no sería la misma sin ellas.

Dejó el bolso encima de la mesa y fue entonces que reparó en el cuenco de semillas de *Miss Marple*: estaba lleno, como si la lora ni siquiera lo hubiera tocado. Más extraño aún era el hecho de que no había salido a recibirla. Abrumada por un mal presentimiento, empezó a buscarla por toda la casa.

—¡*Miss Marple*! ¡Bandida! ¿Dónde te has metido?

Recorrió las habitaciones dos veces sin resultados. Incluso había mirado dentro del armario, debajo de su ropa y de la de Mikael, a la espera de encontrarla escondida, pero no había señales de ella por ningún lado. Esa mañana apenas se había dejado ver, pero ella había atribuido ese comportamiento huraño a la visita de las tías de Mikael. Salió al patio y miró en cada rincón. Estaba por regresar a la casa cuando creyó escuchar un murmullo. Prestó atención para descubrir de dónde provenía. ¡El árbol!, pensó. La lora solía ocultarse allí cuando no quería ser encontrada. Se acercó y se agachó. Metió la mano en el hueco que había en la parte inferior del tronco y alcanzó a rozar su plumaje.

—*Miss Marple*, ven aquí, por favor —le suplicó. El agujero era más bien estrecho y no sería sencillo sacarla. Se estiró un poco más para llegar hasta ella, que apenas se

movía, y Greta se asustó—. ¡*Miss Marple*! ¡Sal de allí, cariño! Si te portas bien, te daré una ración doble de almendras.

No obtuvo ninguna respuesta. Intentó otra estratagema.

—Mikael debe de estar por llegar. ¿No quieres comer pepitas de girasol y tirar las cáscaras dentro de sus pantuflas?

Era una de sus travesuras predilectas, sin embargo, tampoco consiguió que reaccionara. Hizo un gran esfuerzo e introdujo la mano y parte del brazo para tratar de sacarla. Tanteó su anatomía hasta que encontró la cabeza. La acarició y, al hacerlo, se dio cuenta de que la lora ardía. ¡Dios! *Miss Marple* estaba enferma y no sabía cómo demonios sacarla de allí. La tomó de una de las patas y la empujó hacia delante. Como temía lastimarla, lo hizo con cuidado hasta que logró verle el pico.

—Vamos, falta poco —dijo y se recostó en el suelo para poder mantener el brazo derecho, luego la atrajo hacia afuera un poco más. Estuvo a punto de echarse a llorar cuando logró que se asomara por el hueco del árbol y la miró con sus brillantes ojos negros. Los cerró con rapidez, como si le costase mantenerlos abiertos—. ¿Qué pasa, cariño?

Empujó de ella un poco más hasta que por fin pudo sacarla. La tocó para cerciorarse de que no tuviese nada roto y se sentó en el suelo para subirla a su regazo. Allí, arrebujada entre las piernas de Greta, *Miss Marple* se quedó quieta mientras respiraba con dificultad.

Permaneció allí y la llenó de mimos bajo la sombra del árbol el tiempo suficiente para que la lora se tranquilizara. Cuando comprendió que algo muy malo le ocurría, buscó la jaula y la metió en su interior. Pasó por Némesis para avisarle a Lasse que debía llevar a *Miss Marple* de urgencia a la veterinaria y, sin perder un minuto más, partió rumbo al consultorio de la doctora Ulla Schenker.

Con los pies apretados en el acelerador del Mini Cabrio, llegó a la calle Spanskvägen en un tiempo récord. Cuando estacionó frente al edificio donde funcionaba el consultorio veterinario, descubrió que ya había cerrado. Miró el reloj, todavía era temprano, por lo que pensó que la doctora habría salido para atender alguna urgencia. *Miss Marple* estaba en un rincón de la jaula, con el plumaje alborotado y los ojos entornados. No podía esperar, pero ella era la única veterinaria en el pueblo con experiencia en aves. Desesperada y sin saber qué hacer por *Miss Marple*, decidió llamarla por teléfono. Por fortuna, estaba en camino a su consulta y apenas le tomó unos diez minutos llegar hasta allí.

Tras una exhaustiva revisión, la doctora concluyó que *Miss Marple* padecía de una intoxicación severa. Tranquilizó a Greta y le aseguró que con el tratamiento adecuado saldría adelante. Le aconsejó que la dejara un par de días internada para ver cómo

evoluciona, ya que se la debía hidratar con suero e inyectarle un antibiótico cada ocho horas. Aunque sabía que la dejaba en las mejores manos, Greta no pudo evitar sentirse angustiada cuando se despidió de ella. La doctora le dijo que podía visitarla cuantas veces deseara y le prometió que la llamaría de inmediato si surgían complicaciones.

Con el corazón en un puño, se subió al Mini Cabrio y apretó con fuerza el volante. Al estar sola, se permitió derramar unas cuantas lágrimas. *Miss Marple* llevaba a su lado más de diez años y no podía imaginarse la vida sin ella. No era la primera vez que se enfermaba, pero nunca antes la había visto tan mal. ¿Cómo era posible que se hubiera intoxicado?, se preguntó, si ella misma cuidaba su alimentación y lo único que ingería fuera de su dieta regular eran las almendras. Nunca antes le habían hecho daño. Pensó si acaso le habrían dado algún alimento nocivo para su salud. No quería culpar a nadie, pero vivían dos personas más en la casa y en un descuido cualquiera de ellas pudo alimentar a *Miss Marple* con algo indebido. Respiró hondo. Ya habría tiempo para averiguar qué había sucedido.

En ese momento, lo que más necesitaba era un abrazo de Mikael. Además, tenía que contarle lo de *Miss Marple*. Él se había encariñado tanto con la lora que la noticia lo pondría muy triste. Pasaría por la comisaría para decírselo en persona y, de paso, ponerlo al tanto de lo que había dicho Sigvard Thorne antes de morir.

\* \* \*

Mikael esperó a que Karl y Nina se les unieran en el centro de comandos para ponerse al día con las novedades. Tomó en cuenta el pedido que le había hecho Greta y aconsejó que era mejor esperar para hablar con Gotilda Thorne; todos estuvieron de acuerdo.

Ya se enfrentaban a dos casos de homicidio y en las últimas veinticuatro horas no habían conseguido avanzar demasiado. El segundo interrogatorio a Stephan Bringholm solo sirvió para aumentar las sospechas en su contra, pero seguían sin poder probar que estuviese involucrado en el asesinato de su novia. Cerebritito había conseguido establecer que la noche del hecho, Stephan y Lotta habían hablado en siete oportunidades, pero eso no los sindicaba como los autores del crimen, mucho menos cuando ya sabían que ambos mantenían una relación clandestina y tenían una razón para estar en contacto. Existían solo dos posibilidades: Stephan y su amante decían la verdad o habían urdido la coartada perfecta.

La lista de sospechosos se cerraba con ellos. Tras comprobar los movimientos de Benedikt Stærmose, de Inga-Marie Covitz y de su novio Lennart durante la

desaparición de la víctima, llegaron a la conclusión de que ninguno de ellos había tenido la oportunidad de cometer el crimen. Tampoco parecía que contaran con un motivo para querer asesinar a Elin Rosenberg. Al igual que lo había hecho Greta, habían barajado incluso la posibilidad de que el autor del crimen fuese alguien del pueblo, pero ante la falta de evidencias que demostrasen esa teoría, optaron por continuar con la línea de investigación más lógica: a Elin la había asesinado alguien cercano a ella.

Durante el resto del día se abocaron a recopilar información sobre el Grupo de los Seis, como los había bautizado Greta. Mikael también llamó a la policía de Söderhamn para que les enviaran todo lo que tuviesen de ellos. Con lo que habían obtenido en la base de datos y los informes que les habían enviado sus colegas por fax, esa tarde se sentaron en ronda alrededor de la mesa para debatir en grupo.

Dejaron los de los principales sospechosos para el final y empezaron por Benedikt Stærmose: abogado y amigo de Stephan, pero también el esposo burlado. No había mucho sobre él. Había nacido en Estocolmo, pero se había mudado a Söderhamn después de graduarse en la escuela de leyes y estaba casado con Lotta desde hacía diez años. El matrimonio no tenía hijos, pero hacía menos de un año se habían presentado en el juzgado de menores como posibles adoptantes de una niña que acababa de perder a sus padres en un accidente automovilístico. Según constaba en los archivos, la adopción seguía vigente. Benedikt era socio en un bufete de abogados y se había ganado la fama de ser incorruptible dentro del circuito legal de Söderhamn después de que, gracias a su actuación en la corte, se había logrado condenar a prisión perpetua a un pez gordo del crimen organizado que traía de cabeza a la policía de Suecia y de Dinamarca. Sin dudas, tenía un expediente intachable y muy pocas probabilidades de ser el hombre que buscaban.

—¿Estamos seguros de sus movimientos la noche del crimen? —preguntó Karl, que ocupaba su sitio en uno de los extremos de la mesa.

Aunque el caso todavía era de Mikael, mientras creyeran que el homicidio de Sigvard Thorne y el de Elin Rosenberg estaban conectados, trabajarían en conjunto para resolverlos.

—Después de la cena que compartió con su esposa y los demás, volvió a la cabaña y, según su propio testimonio y el de Lotta, que lo avala, no se movió de allí en toda la noche —puntualizó Mikael—. Si bien formaba parte del entuerto amoroso que se traían su esposa y uno de sus mejores amigos, parece ser el que menos motivos tenía para asesinar a Elin. Como un hombre engañado, tendría más sentido que hubiera acabado con la vida de Lotta o la de Bringholm.

—Mikael tiene razón —intervino Nina—. Aunque sabemos que su esposa volvió

a salir antes de la medianoche y lo dejó a solas en la cabaña, Stærmose tampoco aparece en las imágenes captadas por las dos únicas cámaras de seguridad del lugar.

—Mientras no podamos establecer si alguien de Mora está involucrado en el homicidio de Elin Rosenberg o en la brutal agresión a Sigvard Thorne que derivó en otro crimen, enfoquémonos en el Grupo de los Seis —sugirió Mikael mientras tomaba entre las manos una de las carpetas que había estado leyendo buena parte de la tarde.

—¿De dónde salió ese nombre? —preguntó Karl intrigado.

Mikael comprendió que no había anda de malo si le decía la verdad. A esa altura, Karl estaba tan resignado como él a que Greta hiciera su santa voluntad y metiera las narices en la investigación.

—Fue una ocurrencia de tu hija, Karl.

El inspector ni siquiera se sorprendió.

—Esa muchacha tiene mucha imaginación —comentó mientras ensanchaba los labios en una sonrisa que todos interpretaron como un gesto de padre orgulloso. Miró fijo a Mikael—. Supongo que Greta ya te habrá expuesto sus propias ideas acerca de la investigación. ¿No te gustaría compartirlas con nosotros?

El teniente cerró la carpeta que tenía delante de él y apoyó los brazos en la mesa.

—Aunque no sabe cómo, ella sostiene que ambos casos están relacionados y que es probable que fueran cometidos por alguien del pueblo.

—¿Y en qué se basa para creer eso? —la que preguntó fue la sargento Thulin.

—En la escena del crimen. El lugar donde encontramos el cuerpo de Elin Rosenberg es poco frecuentado, incluso por los vecinos del pueblo. Greta dice que alguien de afuera no habría sabido cómo llegar hasta allí, mucho menos alguien que visita Mora por primera vez —explicó.

Karl asintió.

—La hipótesis de mi querida y entrometida hija tiene sentido. Si el asesino es del pueblo, podríamos vincularlo al homicidio de Sigvard Thorne. Sin embargo, con Elin Rosenberg, esa hipótesis pierde fuerza. La muchacha llevaba apenas una semana en Mora cuando fue asesinada. ¿Quién podría tener un motivo para querer matarla?

—El único nexo que unía a la víctima con este pueblo es precisamente Greta —adujo Miriam—. Trabajaron juntas en Söderhamn y sabemos por el historial de navegación de su móvil que Elin Rosenberg había buscado información sobre su club de lectura en internet antes de llegar a Mora de vacaciones.

Todas las miradas se posaron en ella. Aunque intentaran apartar a Greta de la investigación, de una manera u otra siempre terminaba en el medio.

—La sargento Thulin tiene razón —aseveró Mikael—. No parece existir otro vínculo entre la víctima y el pueblo, sin embargo, debe de haber algo más, tiene que

haber algo más.

Se respiraba frustración en el centro de comandos. Estaban estancados entre tantas sospechas y pocas evidencias. Tenían dos homicidios que resolver, pero ninguno de los allí reunidos dudaba de que se enfrentaran a un mismo asesino. El gran dilema era demostrarlo.

El doctor Grahn irrumpió en el centro de comandos para informarles que acababa de practicarle la autopsia al cadáver de Sigvard Thorne.

—La causa de muerte es casi idéntica a la de Elin Rosenberg —anunció mientras le entregaba el informe a Karl—. Recibió un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza que le provocó una doble fractura. Utilizaron un objeto de punta redondeada. Sugiero que volvamos a inspeccionar la casa para ver si podemos hallar el arma homicida. Si es el mismo asesino, no olvidemos que dejó la piedra con la cual ultimó a Elin Rosenberg en la escena del crimen, por lo tanto, es probable que haya hecho lo mismo en casa de Thorne.

—Es un asesino impulsivo y desorganizado —puntualizó Nina.

—Si es así, no tardará en cometer un error —manifestó Mikael. Todavía se negaba a descartar a Stephan y a su amante de la lista de sospechosos—. ¿Qué sabemos de la otra pareja?

Toda la información que tenían de Lennart Bruhn y de su novia Inga-Marie ocupaba apenas dos hojas. Karl le pidió al agente Bengtsson que leyese en voz alta. Él se aclaró la garganta antes de empezar.

—Tanto Lennart Bruhn como su novia son oriundos de Söderhamn. Inga-Marie trabaja como contable en una financiera desde hace doce años y él es entrenador de hockey en un colegio local, el mismo donde enseñaba Elin Rosenberg.

Y Greta, pensó Mikael mientras lo escuchaba con atención.

—¿Cuál es con exactitud el vínculo que ambos tienen con Elin Rosenberg? —quiso saber Nina.

—Lennart, además de trabajar en el mismo colegio que ella, es amigo de Stephan Bringholm —explicó Cerebrito—. No hay una relación anterior entre Inga-Marie y la víctima, por lo que podemos inferir que empezaron a frecuentarse debido a la amistad que existía entre sus parejas.

—¿Y entre Lennart Bruhn, su novia y los Stærmose?

—Además del vínculo amistoso que ambos hombres tienen con Stephan Bringholm; Inga-Marie Covitz y Benedikt Stærmose también son primos, sargento.

—¿Algún posible motivo para querer deshacerse de Elin?

—Hasta el momento no. Tampoco tenían vínculo alguno con el pueblo, excepto...

—Que Lennart Bruhn también conocía a mi hija —lo interrumpió Karl y terminó

la frase por él.

Bengtsson asintió y Mikael volvió a intervenir en el debate.

—¿Qué hay de sus registros bancarios? ¿Algún movimiento extraño?

Aunque era una hipótesis que no habían manejado hasta el momento, cabía la posibilidad de que cualquiera de los integrantes del Grupo de los Seis hubiera contratado a alguien para asesinar a Elin.

—Lo normal, teniente. Nada que indique que hubieran retirado o recibido una suma sospechosa de dinero durante los días cercanos al homicidio; tampoco encontré nada raro en sus registros telefónicos, mucho menos algo que los conecte con Sigvard Thorne.

—No podemos descartar a Inga-Marie y a Lennart Bruhn de nuestra lista de sospechosos todavía.

Karl concordó con su esposa, luego miró hacia la pizarra y enfocó toda la atención en la fotografía de Stephan Bringholm.

—Aparentemente, Elin Rosenberg y Sigvard Thorne no se conocían, sin embargo, las evidencias apuntan a que fueron asesinados por la misma persona. —Karl se puso de pie. Como solía hacerlo cada vez que analizaba alguna resolución importante, caminó por el centro de comandos con las manos en los bolsillos de los pantalones—. Necesitamos establecer cuanto antes qué relaciona a las dos muertes; mientras tanto, no le quiero perder pisada ni a Bringholm ni a Lotta Stærmose. —Se dio vuelta y apuntó el dedo hacia Mikael—. Stevic, tú y la sargento Thulin se encargarán de vigilar a Stephan; Nina y el agente Bengtsson harán lo mismo con Lotta. Eso sí, debemos actuar con discreción porque no tenemos la autorización del juez para hacerlo. No quiero esperar mientras llega la orden, ya hemos perdido demasiado tiempo. ¿Cuándo se inaugura la dichosa exposición de caballos de Dalecarlia en el Anders Zorn? —preguntó de repente.

—Estaba prevista para fines de esta semana, pero ahora que Sigvard Thorne ha muerto, tal vez haya un cambio de planes —respondió Nina, que sospechaba lo que pasaba por la cabeza de su esposo.

—Mantendremos un par de agentes en el museo, solo por precaución. Dudo de que la colección de caballitos esté de verdad en peligro. Cada vez me convenzo más de que el robo de esa llave nunca existió, fue solo una puesta en escena que armó el asesino para despistarnos.

—Pero entonces es alguien que conocía la rutina de Thorne —concluyó Mikael—. Supongo que no mucha gente sabía que él guardaba una copia de la llave del museo en un armario de la casa.

Nina secundó esa teoría.



—Según hemos podido averiguar, los únicos que estaban al tanto eran su hermana y Peder Vanderkelen, su asistente en el museo.

—Gotilda Thorne nunca fue considerada sospechosa —aseguró Karl—. Pudimos establecer que la noche en la que su hermano fue atacado, lo llamó en reiteradas ocasiones. La triangulación de la señal de su teléfono demuestra que nunca se movió de su casa. En cuanto a Vanderkelen, esa noche ni siquiera estuvo en el pueblo, fue a visitar a su novia que vive en Östnor. Ella confirmó que durmió en su apartamento y que volvió a Mora a la mañana siguiente, a tiempo para abrir el museo.

—Es posible, entonces, que cualquiera de ellos le haya mencionado lo de la llave a alguien más —conjeturó Mikael.

Karl negó con la cabeza.

—También cabe la posibilidad de que Thorne ese día se la hubiera olvidado en el museo o la hubiera perdido de camino a su casa. —Ya ni siquiera podía aseverar que la dichosa llave formase parte de la ecuación—. Que no aparezca no quiere decir que el asesino se la haya robado.

Los demás tampoco tenían esa certeza. Esperaban que la segunda inspección ocular en casa de Sigvard arrojara resultados positivos.

El móvil del teniente empezó a vibrar. Trató de ignorarlo, pero cuando miró la pantalla y vio que era un mensaje de Greta, resolvió hacerle caso. Cuando lo leyó, se asustó.

—Regreso enseguida. —Se levantó de la butaca y abandonó raudamente el centro de comandos bajo la atenta mirada de los demás.

Sin dudas, quien más celebraba el hecho de que le hubiera tocado realizar tareas de vigilancia junto a él era Miriam, que no se preocupó en esconderlo. Bengtsson, en cambio, no podía disimular que la idea le había caído como una patada en el hígado.

Afuera, en el pasillo, Mikael se encontró con Greta. Apenas lo vio, ella se arrojó a sus brazos.

—¿Qué pasa, pelirroja? No me asustes.

Ella se separó y lo miró a los ojos.

—Se trata de *Miss Marple*, he tenido que llevarla a la veterinaria porque estaba muy mal. La doctora Schenker dice que tiene una intoxicación severa. —Respiró hondo para no llorar delante de él—. La dejé allí para que recibiera el tratamiento adecuado, necesita suero y antibióticos. No entiendo qué ha podido pasar.

—Estas cosas ocurren, Greta. Seguro que habrá comido algo que la enfermó. ¡Ya sabes que a glotona no le gana nadie! —bromeó, aunque a él también lo angustiaba la salud de la lora.

Greta no dijo nada. Prefirió guardarse sus sospechas para no generar ningún

conflicto, además, ni siquiera estaba segura de que la responsable de haber enfermado a *Miss Marple* fuese alguna de sus tías. Pensó en la visita de Cilla, la tarde anterior. La niña había jugado con la lora y también podría haberle dado de comer algo indebido. Las posibilidades eran diversas como para apuntar el dedo hacia alguien en particular, por eso, era mejor callarse. La doctora le había asegurado que se recuperaría y eso era lo más importante para ella.

Mikael le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja y le acarició la mejilla.

—¿Quieres que vaya contigo a casa? Estoy segura de que a Karl no le importará que te acompañe.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo irme sin antes contarles lo que descubrí hoy —dijo con ese aire de intriga que conseguía siempre atraer su atención.

Él arrugó la sien, se cruzó de brazos y la miró directo a los ojos.

—¿Dónde has metido las narices esta vez, pelirroja?

Greta se encogió de hombros y puso cara de inocente.

—En ninguna parte, aunque no me creas —replicó un tanto molesta—. ¿Recuerdas la llamada del hospital de esta mañana?

Él asintió.

—Gotilda me necesitaba, Mikael. Ahora que perdió a su hermano, se ha quedado completamente sola. Yo me acerqué a ella para brindarle un hombro donde llorar y, sobre todo, le presté una oreja para escuchar sus penas.

Mikael ni siquiera se molestó en regañarla, ya que no había hecho nada malo. Últimamente, parecía que conseguía averiguar ciertos detalles de la investigación sin siquiera proponérselo. Tal vez ella tenía razón cuando decía que, al igual que Jane Marple, los crímenes venían hacia ella y no al revés.

—¿Y bien? ¿Hasta cuándo piensas mantener el suspenso? —replicó con impaciencia. Presentía que estaba por oír algo interesante, tal vez la resolución de los dos crímenes que habían sacudido al pueblo en los últimos días. Cualquier cosa podía salir de esa boca que se curvaba en una sonrisa con aires de triunfo.

Ella prolongó la intriga durante unos cuantos segundos más con el único propósito de comprobar el poder que ejercía sobre él cada vez que obtenía información de algunos de sus casos.

—Al fin descubrí cuál es el nexo que existe entre los dos homicidios.

Hizo una pausa solo para observar su reacción. Él entornó los ojos y abrió la boca; no era un ademán de sorpresa, más bien parecía ávido de escucharla. Decidió no hacerlo esperar más y le contó el resto. Apenas ella pronunció la última palabra y, sin

previo aviso, Mikael la tomó de la mano y la arrastró hasta el centro de comandos.

Todos se dieron vuelta hacia ellos cuando entraron azotando la puerta. Antes de dedicarle una sonrisa a su hija o darle la bienvenida, Karl le lanzó una mirada asesina a Mikael.

—¿Qué significa este exabrupto, Stevic?

—¡Hemos resuelto una de las principales incógnitas que nos volvía locos, Karl! —exclamó sin soltar la mano de Greta—. Me refiero a la relación que sabíamos que existía entre los dos casos —explicó luego ante el asombro de los demás.

Karl miró a su hija. Ella le sonrió y buscó por enésima vez su comprensión.

—Imagino entonces que no es casualidad la presencia de Greta en la comisaría —manifestó y cambió la dura expresión del rostro por una un poco más indulgente.

—¿Qué has descubierto, Greta? —preguntó Nina, ansiosa por saber.

—Creo que es mejor que Mikael se los cuente —dijo ella al percatarse de que su aparición en el centro de comandos había causado diversas reacciones. Acostumbrada a que su padre reprobara cualquier intervención suya en los casos policiales, prefirió centrarse en los demás. Tanto Nina como Bengtsson le sonrían con complicidad; en cambio, Miriam parecía ser la más molesta por su presencia. Como una respuesta a la mirada cargada de aversión que le dedicó, ella apretó la mano de Mikael y le colocó la suya alrededor del brazo—. Debo irme, tengo que afinar los últimos detalles para el taller de escritura creativa que dictará Josefina Swartz a partir de mañana en Némesis; con lo de *Miss Marple*, no he tenido tiempo de nada...

—¿Qué pasó con ella? —la interrumpió Karl.

—Tuve que dejarla en el consultorio de la doctora Schenker, papá. Comió algo que le hizo mal y padece una intoxicación severa. No es grave —lo tranquilizó. Ella más que nadie sabía de la adoración que sentía su padre por la lora—, pero debe permanecer allí mientras dure el tratamiento.

—Pasaremos más tarde a verla, ¿verdad, Nina? —manifestó y buscó la anuencia de su esposa con la mirada. Ella asintió.

—Me parece perfecto, papá. Yo ahora me marcho.

—No, hija. Creo que lo más justo es que seas tú quien nos revele el gran misterio. Su propuesta la dejó perpleja.

—¿De verdad quieres que sea yo quien lo cuente, papá?

Karl se aproximó y la apartó de Mikael para poder pasarle el brazo por el hombro. Era una clara señal de que, al menos esa tarde, le permitía volver a formar parte del equipo.

—Por supuesto —le dio un suave apretón mientras sonreía—. Eso sí, te advierto que tu participación en nuestra investigación policial empieza y termina aquí. ¿Has

entendido?

Greta debía haber adivinado que ese voto de confianza conllevaba ciertas condiciones.

—Entendido, papá. Intentaré mantenerme al margen del caso, y dije caso, en singular, porque pude confirmar que ambas muertes forman parte de una misma investigación. —Se zafó del abrazo de su padre y se dirigió hacia la pizarra. Se le hizo un nudo en la garganta cuando los ojos se le toparon de lleno con la imagen de Elin. En el extremo opuesto estaba la fotografía de Sigvard, lucía un impecable traje azul y corbata a tono. Sin pedir permiso, tomó ambas imágenes y las puso en el centro de la pizarra una al lado de la otra—. La noche del jueves, como solía hacerlo casi a diario, Sigvard Thorne salió a dar un paseo por los alrededores del lago. Gotilda me confirmó que hacía siempre el mismo recorrido, que incluía el lugar exacto donde Elin Rosenberg fue asesinada. Ese importante detalle, sumado a lo que él le dijo justo antes de morir, me llevó a concluir que él presencié el homicidio. Alcanzó a balbucear algunas palabras cuando salió del coma. «Yo vi cuando la mataban», dijo momentos previos a su desenlace. Como verán, está muy claro. El asesino descubrió que había un testigo que podía identificarlo y decidió acabar con él. Supongo que lo siguió hasta su casa y allí lo atacó con brutalidad, del mismo modo que minutos antes había atacado a Elin: con un golpe en la parte trasera de la cabeza. Lo creyó muerto y se marchó. Tuvo suerte de que muriese antes de revelar su nombre.

Cuando Greta se dio vuelta, descubrió que todos la miraban. Por la expresión de perplejidad en sus rostros, dedujo que todavía no habían asimilado lo que acababa de revelarles.

¿Sigvard testigo del asesinato de Elin? Era una teoría que ni siquiera se les había cruzado por la cabeza, sin embargo, nadie se atrevió a objetar la exposición que había planteado Greta.

—Esto descarta definitivamente la hipótesis del robo —alegó Nina.

—Creo que lo de la llave fue solo una puesta en escena —manifestó Greta al retomar la palabra—. Si el asesino siguió a Sigvard hasta su casa, es posible que lo haya visto guardar la llave en la caja del armario o, tal vez, perturbado como estaba después de presenciar el crimen de Elin, pudo haberla extraviado en el camino. Las posibilidades son varias, pero está más que claro que no se trató de un robo. A Sigvard Thorne lo mataron para evitar que contase lo que vio.

—Greta tiene razón —intervino Mikael.

Era maravilloso ver cómo había conseguido meterse a todos en el bolsillo con sus teorías. Estaba tan orgulloso de ella, que le habría estampado un beso allí mismo sin importar le recibir una sanción de su jefe.

—Les diré a los del laboratorio que mañana, cuando vayan a inspeccionar la escena, peinen minuciosamente el trayecto que hay desde la casa de Sigvard Thorne hasta el sitio donde se halló el cuerpo de Elin Rosenberg —anunció Karl—. Puede que la llave, e incluso el arma homicida que se usó para ultimar a Thorne, hayan sido descartadas allí.

—No es un camino demasiado extenso —agregó Greta—. Hay menos de dos kilómetros entre ambos puntos.

Karl asintió y luego le hizo un gesto que la pelirroja captó de inmediato; sabía cuando estaba de más. Como el inspector había mencionado antes, su participación en el caso llegaba hasta ahí. Resignada, comprendió que debía irse. Le dio un caluroso abrazo a su padre en agradecimiento por haberle permitido contar lo que había descubierto y, junto a la puerta, se despidió de Mikael con un beso en la boca.

## CAPÍTULO XXI

La primera clase del taller de escritura creativa dictado por Josefina Swartz fue todo un éxito. El espacio que Greta había acondicionado especialmente para ella en el rincón de lectura apenas pudo albergar a las personas que se habían inscrito. Algunas de ellas, aspirantes a convertir el sueño de ver sus novelas publicadas; el resto, seguidores de la autora que no quisieron perderse las clases por nada del mundo.

El taller se desarrollaba dentro del horario comercial para permitir a los ocasionales clientes que entraban a Némesis que se acercasen para presenciar la charla. Greta pasaba de vez en cuando por allí para supervisar que todo marchase sobre ruedas. Pernilla Apelgren ocupaba la primera fila y escuchaba con atención los consejos que daba Josefina sobre cómo construir un buen personaje literario. Anotaba todo en un cuaderno de espirales grandes que sostenía en el regazo. Greta sonrió cuando descubrió que un ejemplar de su novela le asomaba del bolso, tenía el presentimiento de que se lo obsequiaría a Josefina después de la clase.

Regresó a la librería cuando sonó la campanilla de la puerta. Lasse le había pedido permiso para faltar esa tarde, Hanna no se sentía muy bien y habían decidido pasar los días previos al alumbramiento en casa de los padres de ella. A su primo no le agradaba demasiado la idea de compartir tiempo con Hylvid Windfell, pero sabía que Hanna se sentía más tranquila si tenía a su madre cerca.

Greta se asustó cuando vio que Ulla Schenker ingresaba a la librería.

—¿Le pasó algo a *Miss Marple*? —preguntó antes de saludarla.

Esa mañana, ella y Mikael habían pasado por el consultorio para visitarla y la habían encontrado un poco mejor, aunque seguía con fiebre.

—Hola, Greta. No te inquietes, estoy aquí como cliente, no como doctora de *Miss Marple* —la tranquilizó con una sonrisa—. El tratamiento da resultados, aunque la recuperación será lenta. Creo que lo peor ya pasó. Si vas a tener la constancia de traerla tres veces al día a la consulta para que le inyecte el antibiótico, podrás llevártela a casa mañana mismo.

Aliviada con la noticia, Greta soltó el aire de los pulmones.

—La llevaré cuando haga falta, doctora, y seguiré al pie de la letra sus instrucciones —le aseguró—. Quiero tenerla en casa cuanto antes, no se imagina cómo la extraño. Incluso Mikael echa de menos sus parloteos y berrinches.

—Lo sé, ella también los extraño, por eso creo que la mejor medicina es estar rodeada de la gente que la ama —dijo mientras husmeaba entre los libros expuestos en la mesa de ofertas.

—¿Busca alguna lectura en particular?

—No es para mí, sino para mi padre. Cumple años mañana y quería obsequiarle algo especial. Es dueño de una biblioteca bastante surtida, pero sus novelas favoritas son las de misterio.

Greta rodeó el mostrador y se dirigió hacia uno de los estantes.

—Imagino que tendrá un autor predilecto.

—Sí, adora a Raymond Chandler.

El nombre del autor americano le recordó a Niklas Kellander, quien también lo contaba entre sus favoritos.

—Creo que tengo la opción perfecta para un admirador de Chandler. —Se estiró para alcanzar uno de los estantes más altos y, tras recorrer con el dedo los lomos de los libros, extrajo el que buscaba. Se trataba de *El mundo de Raymond Chandler en sus propias palabras*—. No es una de sus novelas, sino una biografía ilustrada que editó el año pasado Barry Day, biógrafo de Dorothy Parker y de Oscar Wilde —le explicó cuando la vio poco convencida con su sugerencia. Luego escuchó que la puerta de Némesis se abría—. ¡Estoy segura de que a su padre le encantará! —exclamó para contagiarle entusiasmo.

—¿No habrá una copia de esa biografía para mí, señorita Lindberg? —preguntó una voz masculina a sus espaldas—. Me declaro fanático de Chandler, además, siempre quise parecerme a Philip Marlowe.

Greta se dio vuelta con brusquedad cuando reconoció al dueño de esa voz.

—¿Niklas? ¿Qué haces aquí? —Lo miró con la boca abierta mientras él aprovechaba para acercarse y darle un abrazo.

—Conseguí tomarme por fin unos días de descanso y decidí venir a pasarlos aquí, sabes que me encanta Mora. Siempre es grato para mí volver al lugar donde nací y dejé amigos. —Se apartó de ella solo para dedicarse a escudriñarla con atención—. Estás más bonita que la última vez, creo que el amor te ha sentado de maravillas, Greta Lindberg.

Ella sonrió y no pudo evitar ruborizarse por el comentario. Entonces se dio cuenta de que, con la aparición inesperada de Niklas, se había olvidado por completo de Ulla

Schenker.

—Doctora, lo siento —se disculpó y le entregó la biografía de Chandler para que la hojeara.

—No te preocupes por mí, las sorpresas suelen provocar distracciones.

Miró de soslayo al joven alto y de gafas oscuras que todavía no había soltado a Greta y recordó haberlo visto antes en el pueblo. Sin dudas, era un ejemplar masculino digno de admiración y difícil de olvidar. Notó también la manera en la que trataba a Greta y creyó advertir que compartían cierta intimidad entre ellos. ¿Acaso habían tenido un romance en el pasado?, se preguntó. No era un asunto de su incumbencia y tampoco le importaba. Si se le presentaba la oportunidad de frecuentarlo, no la iba a desaprovechar.

—Mi nombre es Niklas Kellander. —Se quitó las gafas para verla directo a los ojos mientras extendía el brazo hacia ella—. Soy amigo de Greta y admirador también de las novelas de Chandler —dijo en un tono seductor.

Greta se mordió la boca para no reírse. ¡Niklas coqueteaba con ella!

—Soy Ulla Schenker, una de las veterinarias del pueblo. —Le dio la mano y él se la apretó con suavidad. La sostuvo durante más tiempo de lo normal, pero era evidente que a la doctora no le incomodaba—. Y aunque me gusta leer, Raymond Chandler no es mi favorito, sino el de mi padre —le aclaró.

—¿Y cuál es su autor favorito?

Greta sintió que sobraba. De repente, ninguno de los dos pareció acordarse de ella.

—Me inclino más por la lectura clásica. En mi biblioteca encontrarás libros de William Shakespeare, Gustave Flaubert o James Joyce. Como hija de un fanático del policial, también he leído a Chandler, pero confieso que dentro del género negro mis favoritos son los autores británicos.

La charla sobre libros habría continuado si el móvil de la doctora Schenker no hubiera sonado. Una urgencia con uno de sus pacientes la obligó a irse, pero antes le pidió a Greta que le envolviera la biografía de Chandler para pasar a buscarla más tarde.

—Veo que no pierdes el tiempo —dijo la pelirroja mientras guardaba el libro debajo del mostrador—. Antes de que preguntes, la doctora Schenker no tiene novio y, si no me equivoco, anda a la cacería de uno —bromeó.

Niklas sonrió.

—¿Fui tan evidente?

—¿Tú qué crees?

—Bueno, yo también sigo soltero, por lo tanto, no veo nada de malo en conocer un poco más a la doctora de *Miss Marple*. —Se quedó callado cuando escuchó una



voz familiar que provenía del rincón de lectura—. ¿Es quien pienso que es?

—Sí. —Greta se inclinó sobre el mostrador. Al hacerlo, el escote de su camisa se corrió. Cuando se dio cuenta de que Niklas también se había percatado de eso, se apresuró a acomodárselo—. Josefina Swartz también está en Mora. Decidí organizar varias actividades literarias durante buena parte del verano y la invité para que venga a dictar un taller de escritura creativa. En este momento se encuentra en medio de su primera clase. Se inscribió mucha gente, así que supongo que estará contenta.

—Me gustaría saludarla.

Greta miró el reloj.

—La clase termina en quince minutos, puedes esperarla si quieres. Te invitaría un café, pero Lasse no está y no puedo dejar la librería sola.

—Si no te molesta, esperaré aquí contigo. Mientras nos hacemos mutua compañía, nos pondremos al día con las novedades.

—¡Me encanta la idea! —exclamó y buscó una banqueta en el depósito para él y ocupó la suya detrás del mostrador. Aunque pecase de egoísta, deseó que nadie los interrumpiera. ¡Tenía tantas cosas que contarle! Y estaba segura de que Niklas también.

—Supe que encontraron el cuerpo de una turista que desapareció del Paradis la semana pasada. Últimamente, mi padre y yo apenas nos comunicamos. Me enteré de lo que ocurrió por los periódicos.

—Sí, su cuerpo apareció en el lago Siljan menos de veinticuatro horas después de desaparecer. Se hospedaba en el complejo de cabañas y yo la conocía.

—¿Era amiga tuya?

—No exactamente. Trabajamos juntas en un colegio de Söderhamn y poco después de que yo regresara a Mora entabló una relación con mi exnovio. Él también se encuentra aquí, es el principal sospechoso de haber cometido el crimen y, como si fuera poco, me ha acosado porque quiere que lo ayude a demostrar su inocencia. Como podrás imaginarte, ni Mikael, ni mi padre están tranquilos con su presencia en el pueblo.

Niklas permaneció en silencio mientras digería lo que Greta acababa de contarle.

—Además ha habido otra muerte. Un vecino de Mora fue atacado con brutalidad en su casa la noche en la que asesinaron a Elin Rosenberg. Así se llamaba la novia de mi ex —le explicó—. Ambos ocurrieron la misma noche y, tanto Elin como Sigvard Thorne, recibieron un golpe detrás de la cabeza. Él logró sobrevivir, pero murió ayer por la mañana después de estar en coma durante cuatro días. La policía pensaba que lo de Thorne había sido un robo porque desapareció la llave del museo, sin embargo, yo intuía que se trataba de algo más, y no me equivoqué.

Él la instó a que continuara cuando se detuvo, su relato era atrapante. Parecía que le contaba la trama de una novela policial.

—Existían un par de indicios que indicaban que los dos hechos se relacionaban de alguna manera. Ocurrieron durante la noche del jueves con poco tiempo de diferencia. Además, ambas víctimas fueron ultimadas con un golpe en la parte posterior de la cabeza. A pesar de que se estableció que Elin y Sigvard no se conocían, era evidente que habían sido asesinados por la misma persona.

—Supongo que habrás sido tú quien descubrió qué relación había entre las dos muertes —dijo Niklas cuando Greta hizo una pausa para recuperar el aire.

Ella asintió.

—Y fue por azar, no porque haya metido las narices donde no debía —le aclaró—. Sigvard pudo despertar del coma justo antes de morir y alcanzó a decir que había visto cómo mataban a Elin. El nombre del asesino, en cambio, se lo llevó a la tumba.

—O tal vez no supo quién era. Si era otro turista, cabe la posibilidad de que no lo conociera.

Niklas tenía razón, era una posibilidad que no se le había cruzado por la cabeza. Y si era así, la lista de sospechosos volvía a cerrarse alrededor de su círculo más cercano.

La clase de escritura creativa llegó a su fin y Greta y Niklas no pudieron seguir conversando porque Josefine consiguió acapararlo solo para ella. Lo convenció para que la acompañase a dar un paseo y él no fue capaz de negarse. Antes de marcharse, aceptó la invitación a cenar que le hizo Greta.

\* \* \*

Ese martes por la noche, Benedikt Stærmose se presentó de manera espontánea en la comisaría porque tenía algo importante que declarar. Mikael, quien ya estaba a punto de marcharse, lo recibió en su oficina. Lo instó a sentarse, pero el abogado prefirió permanecer de pie.

—¿Qué era eso tan importante que tenía para decirme, Stærmose? —Lo notó bastante nervioso—. ¿Tiene que ver con su cliente?

La expresión de su rostro cambió. Tenía tensa la mandíbula y los ojos llenos de rabia.

—¡Ese sujeto ya no es mi cliente, teniente, mucho menos mi amigo! —vociferó mientras empezaba a caminar en círculos por el despacho.

Mikael intuía la razón de su malhumor, pero prefirió que él mismo se la dijese.

—¿Qué ocurrió entre ustedes para que se refiera a Bringholm de esa manera?

—¡El muy cerdo se revuelca desde hace meses con mi esposa y tuvo el atrevimiento de pedirme que fuese su abogado!

—Señor Stærmoose, será mejor que se calme —le sugirió.

—Usted lo sabía, ¿verdad? Usted y toda la comisaría estaban al tanto de que yo era un cornudo.

—La relación que existía entre su esposa y el novio de la víctima surgió durante la investigación —le informó.

—¿Por qué nadie me lo dijo?

—No nos correspondía a nosotros hacerlo, Benedikt —alegó y lo llamó por su nombre de pila—. ¿Cómo se enteró usted?

—¿Acaso importa?

—Si tiene relación con el hecho que investigamos, sí.

—No me lo dijo Lotta, si es lo que piensa, tampoco el cobarde de Stephan. Esta tarde, cuando volvimos con mi esposa a la cabaña, alguien había tirado una nota por debajo de la puerta.

—¿La tiene en su poder todavía?

—No, la arrojé al sanitario después de leerla.

—Pero recuerda lo que decía.

Benedikt lo fulminó con sus ojos oscuros.

—¿Cree que podría olvidarme de algo así? —lo increpó—. Recuerdo cada palabra. Estaba escrita a mano con tinta roja. —Hizo una pausa antes de continuar—: «Abra bien los ojos. Su esposa y Stephan Bringholm lo traicionan». Se la mostré a Lotta y no tuvo más remedio que confesarme la verdad. Le juro que estuve a punto de salir a buscar a Stephan para romperle la cara, pero no quería rebajarme y actuar como él. Yo no soy un hombre violento, prefiero hacerle pagar por lo que me hizo y contar lo que vi esa noche.

Mikael frunció el ceño.

—¿Se refiere a la noche en la que Elin Rosenberg fue asesinada?

—Así es, teniente. —Se acercó hasta la silla y se sentó. Parecía más calmado, sin embargo, había cierta frialdad en su mirada—. Lotta abandonó la cabaña cerca de la medianoche y no regresó hasta un par de horas más tarde.

Su declaración no aportaba nada nuevo. Ellos sabían que Lotta había salido esa noche, lo que no podían demostrar era que lo había hecho, en efecto, para reunirse con su amante en el estacionamiento.

—¿Recuerda con exactitud a qué hora regresó?

—Sí, yo fingía dormir, pero cuando ella entró al baño, miré el reloj. Eran las dos y veinte de la mañana. Estuvo fuera más de dos horas, teniente.

—Eso no significa nada, Benedikt. Su esposa asegura que tuvo un encuentro sexual con Bringham en su propio coche. —Notó cómo la vena del cuello se le hinchaba—. Él corrobora su coartada, sin embargo, no podemos verificar si dicen la verdad o si mienten para cubrirse mutuamente las espaldas.

Aunque Lotta y Stephan habían tenido el tiempo suficiente para cometer ambos crímenes, no contaban con evidencia que lo probase. Además, no podía obviar el hecho de que Benedikt era un hombre que acababa de enterarse de que su esposa lo engañaba con su mejor amigo y, probablemente, hubiera decidido presentarse en la comisaría a declarar por despecho o por rabia.

—¿Notó algo extraño en su esposa esa noche? —le preguntó de todas maneras.

—Estaba un poco agitada, aunque supongo que es normal si acababa de revolcarse con su amante en mi coche —manifestó con ironía—. Creo que no deberían perderle pisada a ninguno de los dos, teniente. Si lo piensa bien, tenían un motivo muy poderoso para asesinar a Elin. Tal vez ahora planeen deshacerse de mí también para despejar el camino.

La actitud de Stærmose parecía la de un hombre paranoico. Mikael sabía que perdía el tiempo con él. Lo que necesitaba era evidencia que los señalara como culpables o algún testigo que los hubiera visto en el estacionamiento y los liberase de toda sospecha.

—Una última pregunta, Benedikt. ¿Le suena el nombre de Sigvard Thorne?

—Escuché que algunas personas en el complejo de cabañas lo mencionaban esta mañana. ¿Por qué? ¿Debería conocerlo?

Mikael negó con la cabeza, no iba a revelar detalles de la investigación. Le bastaba con saber que no lo conocía y estaba seguro de que el resto del Grupo de los Seis tampoco. Miró el reloj e hizo un gesto de impaciencia que sirvió para que Benedikt interpretara su mensaje. El abogado se puso de pie y le tendió la mano.

—Si necesita de mi colaboración, teniente, no dude en pedírmela.

—Lo haré, gracias.

Cuando se quedó a solas, se reclinó en la silla y subió las piernas encima del escritorio. Estaba exhausto y decepcionado porque el testimonio de Benedikt apenas había servido para establecer la hora en la que su esposa había regresado a la cabaña. Era un dato que desconocían hasta el momento, ya que Stephan había declarado que cuando abandonó el estacionamiento para regresar con su novia, Lotta permanecía todavía en el coche. Según le había dicho Benedikt, ella había vuelto recién a las dos de la madrugada. ¿Había estado todo ese tiempo en el estacionamiento o su esposo mentía para involucrarla en la muerte de Elin con el único propósito de vengarse por su infidelidad?, se preguntó. Podía volver a interrogar a Lotta, pero estaba seguro de

que no serviría de nada.

Se masajeó el estómago cuando empezó a protestar de hambre. Había almorzado poco y deseaba llegar a la casa para compartir una deliciosa cena con tres de sus chicas favoritas. A la cuarta la extrañaba porque estaba a cientos de kilómetros de allí. Sentía ganas de escucharle la voz, por lo tanto, sacó el móvil del bolsillo de la camisa y marcó el número de su madre.

\* \* \*

Greta metió la cuchara de madera en la cacerola y probó la salsa; la combinación de hierbas frescas que le había añadido le daba un sabor especial. No tenía tiempo para una cena demasiado elaborada, pero sabía que Niklas adoraría sus espaguetis con salsa de tomate y hongos. Había logrado librarse de Josefine Swartz gracias a que un grupo de admiradores la había invitado a cenar en el mejor restaurante de Mora para celebrar que la primera clase del taller de escritura creativa había sido todo un éxito.

Las tías de Mikael no habían aparecido todavía y estaba preocupada. Imaginó que se habrían entretenido en alguno de los recorridos por el pueblo o que, incluso, habrían decidido hacerle una visita a su padre. Ojalá vuelvan pronto, pensó, no quería ni pensar en la reacción de Mikael cuando llegase y viera que estaba a solas con Niklas Kellander.

Aminoró un poco el fuego de la hornalla para que no se le pasara la salsa y regresó al salón. Niklas estaba despatarrado en el sofá y hojeaba el único ejemplar de la biografía de Raymond Chandler que le quedaba en *stock*. Por supuesto, iba a ser para él. Nadie lo disfrutaría más.

—La cena estará en un momento. —Le empujó un poco los pies para sentarse en un rincón del sofá—. ¿Tienes apetito?

—Mucho, sobre todo porque recuerdo que tenías muy buena mano para la cocina. —Dejó el libro a un lado y la miró fijo—. ¿Me equivoco o no le dijiste nada al teniente de mi llegada al pueblo?

—No he tenido la oportunidad de hablar con él desde esta tarde cuando pasé por la comisaría.

—Podrías haberlo llamado para decírselo y, de paso, avisarle que me has invitado a cenar. No creo que le agrade demasiado encontrarme en el salón de su casa en plena conversación con su mujer.

—No digas tonterías, Niklas —lo amonestó—. Él sabe que somos buenos amigos, ya no tiene ninguna razón para sentir celos de ti. Hace un año, cuando llegaste al pueblo para ayudar con el caso de Kerstin Ulsteen, no estábamos juntos todavía, pero

creo que fue justo tu presencia la que propició nuestra relación.

—¡El teniente te conquistó y yo perdí la batalla incluso antes de empezar a luchar por ganarme tu corazón! —exclamó en son de broma.

Ella usó un almohadón como proyectil y se lo arrojó mientras se reía a carcajadas. Niklas logró esquivarlo y se lo devolvió. Luego, cuando Greta se fue a la cocina porque su móvil había empezado a sonar, volvió a prestarle atención a la biografía de Chandler.

Greta no reconoció el número que aparecía en la pantalla, pero supuso que sería una de las tías de Mikael que avisaba que no llegarían a tiempo para la cena.

—Diga.

Quien respiraba con fuerza al otro lado de la línea no respondió. Greta comprendió entonces que no eran ni Gloria ni de Adele.

—¿Eres tú? —Solo conocía a una persona que la llamaría para quedarse callado—. ¿Qué quieres ahora de mí, Stephan? ¡Déjame en paz! —le gritó, a sabiendas de que haría caso omiso a sus exigencias.

Seguía sin hablar y a ella le crispaba los nervios escuchar esa respiración pesada al otro lado del teléfono.

—¿A qué demonios juegas, Stephan? No vas a ganar nada si te comportas de esta manera tan infantil. Si tienes algo que decirme, habla.

Lanzó una maldición y luego le cortó. Dejó el teléfono encima de la mesa y se cubrió el rostro con ambas manos. ¿Hasta cuándo duraría esa pesadilla?, se preguntó.

—Greta, ¿estás bien? —preguntó Niklas al asomarse por la puerta de la cocina—. Me pareció que le gritabas a alguien.

Respiró hondo e intentó serenarse. No tenía caso inquietarlo con otra de las tonterías de Stephan. Se dio vuelta hacia él y le sonrió.

—Toda está bien. ¿Me ayudas a poner la mesa?

Buscó los platos de porcelana que le había regalado Nina tras la mudanza y se los entregó. En ese momento, resolvió que para evitar otro conflicto, tampoco le contaría a Mikael sobre la llamada que acababa de recibir.

## CAPÍTULO XXII

Mikael dobló en la esquina de Kyrkogatan y se vio obligado a detenerse para leer con calma el mensaje de texto que acababan de enviarle. Estacionó el Volvo frente a la iglesia del reverendo Erikssen y esbozó una sonrisa cuando descubrió que era de su tía Adele.

Cariño, llegaremos tarde esta noche. Fuimos a visitar a Pernilla. También pasamos por la casa de tu suegro y Nina nos ha invitado a cenar. Aprovecha para sorprender a Greta con una cena romántica. Te queremos.

Después del texto había insertado un emoticón de carita feliz y un corazón.

Una noche a solas con Greta era justo lo que necesitaba después de una jornada agotadora. No podía llegar con las manos vacías, así que debía improvisar. Decidió desviarse del camino y pasar por la tienda de vinos. Después, para que la velada romántica fuese completa, le compró a Greta un bonito ramo de rosas rojas. Ignoraba qué habría preparado de cenar, así que la comida tailandesa del Thai Queen era una opción más que acertada.

Llegó a la zona comercial poco antes de las nueve. No había mucho tránsito y avanzó por Millåkersgatan con tranquilidad. Notó que había un poderoso coche deportivo azul estacionado frente a la librería y pensó que seguro su dueño era alguien que se hospedaba en el hostel de Inger Hoffman. Admiró el vehículo mientras estacionaba el suyo detrás. Él no era experto en coches de alta gama, pero, sin dudas, ese Lexus de magnífico porte debía de ser uno de los últimos modelos del mercado.

Recogió las flores, la botella de vino y se bajó. Cuando pasó junto al coche, no pudo evitar la tentación y lo tocó. No tenía ni una mota de polvo mientras que el Volvo necesitaba con urgencia pasar por el lavadero de coches. Pasó delante de Némesis; las luces estaban apagadas. Como era martes, había cerrado más temprano. Era durante el fin de semana que Greta aprovechaba la llegada de turistas al pueblo para abrir hasta las nueve de la noche.

Enfiló hacia la casa. No había señales del Mini Cabrio por ninguna parte y, por un segundo, temió que su dueña no hubiera aparecido todavía. Decidió entrar por el garaje. Soltó un suspiro de alivio cuando vio que el coche se encontraba en su interior. Ya en la cocina, dejó la botella de vino encima de la mesa y se dirigió al salón con el ramo de flores oculto tras la espalda, pero se detuvo súbitamente al descubrir que Greta hablaba con alguien. Estaba por irrumpir en el salón y ver de quién se trataba cuando escuchó la risa de un hombre.

La reconoció de inmediato. Se asomó apenas por la puerta y vio a Niklas Kellander recostado en el sofá. A su lado, sentada a sus pies, estaba la pelirroja, que se reía a carcajadas con él. Era una escena que no esperaba encontrarse en su casa esa noche. ¿Cuándo había llegado Niklas al pueblo? Su padre le había dicho que era improbable que llegase y en ese momento lo tenía metido en su salón. Apretó el ramo de rosas y el ruido del papel celofán que envolvía las flores lo delató. Ya no tenía caso ocultarse.

—Buenas noches. —Se aproximó a ellos mientras trataba de mantener intacta la sonrisa.

Greta abandonó el sillón para darle un abrazo. Mikael exigió un poco más y la besó en la boca. Mientras lo hacía, espiaba al otro por el rabillo del ojo.

—Hola, Mikael, ¿cómo estás? —lo saludó Niklas sin moverse un ápice de su sitio. Parecía muy cómodo, despatarrado en el sillón con la cabeza apoyada en uno de sus almohadones del IFK Goteborg y los brazos cruzados encima del pecho.

Él se separó de Greta, pero no la soltó.

—Muy bien, ¿y tú? ¿Qué te trae de nuevo por el pueblo?

Con el brazo derecho la sujetaba a Greta por la cintura mientras que con el izquierdo procuraba que ella no descubriese el ramo de rosas.

—Esta vez vine a Mora en calidad de turista. Tenía ganas de conocer el complejo de mi padre y, de paso, visitar a viejas amistades. —Le sonrió a la pelirroja; luego lo miró a él con el ceño fruncido—. ¿Vas a darle esas flores a Greta o esperarás a que se marchiten?

Ella, nerviosa por la incómoda situación que se había generado, ni siquiera se había dado cuenta de que Mikael llevaba algo escondido. Se quedó con la boca abierta cuando él le extendió el ramo de rosas rojas. No muchos hombres le habían regalado rosas a lo largo de su vida. Si dejaba de lado a su padre y al tío Pontus, Mikael era el primero que lo hacía en mucho tiempo. Tal vez era otra manera de disculparse con ella por la pelea que habían tenido después de lo de Stephan. Por la razón que fuese, ese gesto romántico, poco frecuente en él, le había encantado. Lo que sí lamentó era que seguramente Mikael no esperaba tener que dárselas delante de Niklas Kellander.



—¡Son hermosas, Mikael! Ya mismo las pondré en un jarrón. —Le dio un ligero beso en los labios a modo de agradecimiento y desapareció detrás de la puerta de la cocina, por lo que los dos hombres quedaron a solas.

Mikael vio dos latas de cerveza encima de la mesa. Supuso que estaban vacías, lo que le llevó a preguntarse cuánto tiempo hacía que Niklas había llegado.

—¿El Lexus azul es tuyo? —Se dejó caer en el sofá y se acomodó el cabello hacia atrás.

Niklas, incómodo con esa posición, decidió incorporarse para estar a la misma altura que él.

—Sí, lo adquirí hace un par de meses, después de volver de Alemania. El viaje anterior en tren fue bastante agotador, por lo que esta vez decidí conducir hasta aquí.

Mikael asintió. ¿Acaso un investigador de su talla ganaba tanto dinero como para permitirse un coche de alta gama? Aparentemente, la policía de la capital estaba mejor remunerada.

—Sé lo que piensas, Stevic, y déjame aclararte que como detective en jefe de una unidad de delitos que investiga casos de pedofilia y pornografía infantil no gano mucho más que tú. Tuve que pedir un crédito al banco para poder cumplir mi sueño de montarme arriba de un deportivo. —Sonrió—. Hay placeres que hay que dárselos cuando se presenta la oportunidad, ¿no crees?

—Imagino que sí —fue lo único que atinó a decir. Por un momento, tuvo la sensación de que se mofaba de él y de su no tan moderno Volvo—. ¿Has hablado con tu padre ya?

Sabía que había tocado un tema álgido cuando vio que se le borraba la sonrisa de la cara.

—No todavía. En realidad, él no sabe que estoy en Mora —le explicó—. Nuestra relación no pasa por su mejor momento y he venido hasta aquí precisamente para tratar de hacer las paces con él.

—Le va muy bien con el complejo de cabañas, apenas lo inauguró hace unas semanas y ya se convirtió en uno de los centros turísticos del pueblo.

—Lástima que se haya visto involucrado en la desaparición y posterior asesinato de uno de sus huéspedes —manifestó e interrumpió su relato.

—Veo que ya estás enterado. —Miró hacia la cocina para buscar a la responsable de haber soltado la lengua.

—No tiene caso que le echas la culpa a la pobre Greta, supe lo de esa muchacha por la prensa —dijo Niklas para salir en defensa de la pelirroja.

—Sí, pero asumo que a esta altura ya te habrá relatado todos los detalles de la investigación, como así también que tenemos otro homicidio entre manos que está

relacionado con el de Elin Rosenberg. —Enarcó las cejas y lo miró con un gesto interrogante—. ¿Me equivoco?

Niklas sonrió.

—No, no te equivocas. Greta me ha contado lo de ambos casos y de cómo ella descubrió cuál era con exactitud el nexa que los unía.

—Así es. En la comisaría nos devanábamos los sesos para tratar de establecer la conexión entre ambas muertes. Bastó una visita a la hermana de la víctima para que ella en un segundo diera con la solución.

—¿Qué opina el inspector Lindberg?

—Creo que el pobre Karl se ha resignado hace tiempo a que su hija se involucre en nuestros casos sin pedir permiso. Aunque refunfuñe y le advierta de no hacerlo, sabe que lleva siempre las de perder. Llevamos, porque, como te imaginarás, a mí tampoco me hace caso cuando tiene delante de las narices un misterio que resolver —reconoció.

—¡Veo que han aprovechado mi ausencia para hablar de mí a mis espaldas! —manifestó Greta mientras se llevaba una mano al pecho para fingir indignación. Se acercó y se sentó entre ambos—. La cena estará lista en un momento. —Le sonrió a Mikael—. Ya había preparado espagueti, por lo tanto, si no te importa, reservaremos la comida tailandesa para mañana. Acompañaremos la pasta con el vino que has traído —agregó y se sintió un poco culpable por no comer esa noche el cerdo con curry rojo del Thai Queen.

—Como quieras, cariño. —Le tomó la mano y empezó a acariciársela—. Cuando venía a casa, mis tías me enviaron un mensaje de texto. Fueron a visitar a Pernilla y terminaron en lo de tu padre, Nina las invitó a cenar y no pudieron negarse.

—Imaginé que podría estar con ellos o con Pernilla. Hicieron muy buenas migas las tres.

—¿Tus tías están en Mora? —preguntó Niklas sorprendido.

—Sí, se hospedan aquí con nosotros. Siguieron el consejo del cardiólogo que atiende a mi tía Adele y vinieron a pasar unos días al pueblo y, de paso, querían conocer a la damisela que logró conquistar el corazón de su único sobrino. —Se llevó la mano de Greta a la boca y la besó.

Niklas sonrió. No le molestaban las constantes muestras de afecto que le prodigaba Mikael a la pelirroja; muy por el contrario, le divertía que lo hiciera delante de él, como si todavía le preocupase que entre ellos pudiese pasar algo.

—Con respecto a las damiselas que conquistan corazones... —Greta miró a Niklas directo a los ojos—. Ejnar me ha contado que no te has tomado muy bien lo suyo con Vibeke.

Él apoyó el brazo en el sillón y dejó escapar un suspiro.

—No peco de egoísta si es lo que creen —se atajó. Vio que tanto Greta como Mikael negaban con la cabeza—. Mi madre murió hace mucho tiempo y nunca desaprobé la idea de que mi padre rehiciera su vida. Es más, hace unos diez años empezó a salir con alguien de la comisaría. Era una mujer muy agradable, se llamaba Benedicte y parecía estar de verdad enamorada de mi padre. No sé qué pasó, pero unos meses más tarde rompieron. Luego supe que terminaron porque ella quería casarse y él no. Una tarde, hace poco más de un año, me llamó a mi oficina para contarme que acababa de conocer a la mujer de su vida. La verdad, en ese momento, creí que desvariaba, sin embargo, apenas unos días después de esa llamada, apareció en mi apartamento acompañado de una mujer joven. Me contó cómo la había conocido y que tenía una hija pequeña.

—¿Te molestó la diferencia de edad entre ellos? —El que preguntó fue Mikael.

—Sería inútil negar que me molestó el hecho de que Vibeke parecía su hija y no su novia —reconoció—. Nunca imaginé ver a mi padre con una mujer varios años más joven a su lado. Que tuviera una hija era un detalle menor para mí.

—Pero... —dijo Greta, quien comprendía mejor que nadie lo que había pasado.

—No sé cómo explicarlo, pero hay algo en esa mujer que no termina de convencerme.

—¿Por qué dices eso? ¿Crees que está con tu padre por alguna razón en especial?

Niklas guardó silencio. De inmediato, Greta percibió que se tomaba demasiado tiempo para responderle.

—¿Qué es eso que no te animas a contarnos? —le insistió.

Se peinó el cabello con los dedos y recostó la espalda en el sillón.

—Me conoces mejor de lo que imaginaba, Greta.

El comentario no le hizo mucha gracia a Mikael, pero prefirió quedarse callado, no quería cometer el mismo error dos veces. Ya había metido la pata con Stephan, por lo tanto, intentaría llevar la reunión en paz con Niklas.

—Porque te conozco, sé que lo que te inquieta no es una tontería o los celos típicos de un hijo que no quiere ver a su padre con otra mujer que no sea su madre y hablo con conocimiento de causa, por lo tanto, suelta eso que tienes atorado en la garganta. Estás entre amigos, ¿verdad, Mikael?

Él asintió.

—Conuerdo con la pelirroja, Niklas.

—Bien, se los voy a contar. —Volvió a incorporarse. Parecía que seguía sin encontrar la postura adecuada—. Tiempo después de que papá me presentara a Vibeke, decidí aparecerme en el restaurante donde todavía trabajaba de camarera.

Tenía la intención de hablar con ella para que me dijese qué pretendía realmente con mi padre. Sabía que le sorprendería verme allí, sin embargo, el sorprendido fui yo.

—¿Qué pasó? —preguntó Greta e interrumpió el relato en la mejor parte. Por hacerlo, se ganó una mirada reprobadora de Mikael.

—La vi que coqueteaba con uno de los clientes del restaurante. Por supuesto, desistí de buscarla para hablar con ella, lo que acababa de ver era prueba suficiente para saber qué clase de mujer era. No dejé que me viera, pero yo sí la vigilé desde lejos. Cuando terminó su turno, se encontró con el sujeto fuera del restaurante. Fue entonces que comprendí que ya se conocían, aunque mi padre llevaba con ella más de un mes.

Greta no daba crédito a lo que acababa de escuchar. ¿Vibeke había engañado a Ejnar? Si ella misma le había contado cuánto lo amaba y que había llegado a su vida cuando más lo necesitaba. ¿Acaso todo ese amor que decía sentir por él no era más que una mentira?

—¿Estás seguro de que no malinterpretaste los hechos? Tal vez era solo un amigo.

—No, Greta. Lo que vi no dejaba lugar a la duda. Vibeke y ese hombre se besaron en la calle como si no les importara nada y se marcharon de allí tomados de la mano.

—Y no se lo has dicho a tu padre —manifestó Mikael, aunque conocía la respuesta de antemano. Era suficiente ver cómo Ejnar miraba a Vibeke para darse cuenta de que ignoraba el engaño.

—No pude hacerlo, Mikael. Lo intenté en más de una ocasión, pero sé que sufriría mucho al saber la verdad. Además, temo que esa mujer lo ha puesto en mi contra y nunca me creería si se lo dijese. Vibeke lo hace comer de su mano y mi padre no ve más allá de ella y de la pequeña Cilla.

—Aun así, creo que deberías decírselo —sugirió Greta—. No sé si Vibeke continuará con ese hombre o no, pero si ya ha engañado a tu padre una vez, nada le impide volver a hacerlo. Ejnar no se lo merece.

—En este momento, para papá, su palabra es más confiable que la mía. Si le menciono lo del engaño, creerá que no es más que el invento de un hijo resentido que solo busca separarlo de la mujer que ama.

—¿Has averiguado quién era ese sujeto y si todavía se ven?

—Creo que tú también me conoces bien, Stevic. —Le sonrió—. Lo primero que hice después de verlo con Vibeke fue tratar de identificarlo. Para ello, inicié mi propia investigación, incluso los seguí durante un tiempo. Así descubrí que vivía en un edificio de apartamentos en las afueras de Estocolmo. Se llamaba Primus Roosmann y tenía antecedentes policiales. Había estado cuatro años en prisión por el asalto a una gasolinera.

¿Vibeke involucrada con un sujeto de esa calaña? Greta seguía sin poder creérselo. Una idea se le cruzó por la cabeza entonces. ¿Y si ese hombre era el padre de Cilla?

—¿Sabes desde cuándo ella y ese tal Primus se conocían?

—Piensas lo mismo que yo, ¿verdad?

Greta asintió.

—Según los registros de la cárcel donde purgó la condena, recibía la visita de Vibeke todas las semanas. Estuvo detenido desde el año 2010 al 2014, pero obviamente se conocían desde antes.

—Por lo tanto, ese hombre podría ser el padre de Cilla.

—Es posible.

—¿Se frecuentarán todavía? —El que preguntó fue Mikael.

—No lo sé, le perdí el rastro cuando ella y mi padre se vinieron a vivir a Mora.

—Quizá Vibeke decidió abandonarlo e intentar ser feliz con Ejnar —adujo Greta, aunque no sonaba muy convencida con esa teoría.

—No creo que un sujeto de la calaña de Roosmann renuncie con tanta facilidad a lo suyo, mucho menos si la niña es su hija.

Mikael arrugó el ceño.

—¿Crees que pueda haber venido hasta aquí para recuperar lo que perdió?

—Todo es posible, teniente. No olvidemos que estamos en plena temporada estival y es muy sencillo mezclarse entre tantos turistas que pululan por las calles del pueblo.

—¿Le vas a contar a tu padre lo que sabes? —intervino Greta, ansiosa por conocer la respuesta.

—No va a creerme. Como buen policía, querrá que le presente evidencias que respalden mi acusación, y está tan ciego por esa mujer que a ella no le costará nada manipularlo para desacreditarme delante de él. Con lo mal que nos hemos llevado estos últimos meses, papá se pondrá de su lado y le creerá cada mentira que le diga.

Greta pensó que no era justo que un hombre bueno y honesto como Ejnar fuese engañado de esa manera, alguien tenía que hacer algo para abrirle los ojos. No había podido evitar que Elin se animase a dejar a Stephan, pero quizá se le presentaba la oportunidad para redimirse y salvar al padre de Niklas de vivir un amor de mentira. Si Niklas no podía hacerlo, ella al menos lo intentaría.

\* \* \*

El funeral de Sigvard Thorne se realizó el miércoles por la mañana bajo una tenue

llovizna que tiñó aún más de gris el ánimo de los presentes. Se había congregado mucha gente del pueblo para asistir a la ceremonia de uno de sus vecinos más respetados. Greta había llegado temprano acompañada de Mikael y de sus tías, quienes habían querido presenciar el evento a pesar de no conocer al difunto.

La autopsia no había arrojado resultados significativos más allá de los ya sabidos. Al igual que Elin Rosenberg, el director del museo tampoco se había defendido de su atacante y había encontrado la muerte por sorpresa. Mikael le pasó el brazo por el hombro a Greta cuando se dio cuenta de que había empezado a llorar, conmovida por la escena que se desarrollaba apenas unos pocos centímetros de allí. Gotilda Thorne se rehusaba a separarse del féretro que contenía los restos de su hermano. A pesar de la lluvia, acariciaba la madera y se negaba a dejarlo partir de manera definitiva.

Fue el reverendo Erikssen el primero en acercarse a ella para brindarle consuelo apenas dio por finalizada la lectura de un sentido discurso. Logró que Gotilda soltara el féretro y no pudo hacer nada cuando ella se le arrojó a los brazos en un llanto desgarrador. Cuando la ceremonia finalizó, la gente se retiró de a poco. La mayoría se aproximó a Gotilda para darle las debidas condolencias, los demás la observaron de lejos casi con impavidez.

Greta se soltó de Mikael y se acercó a ella.

—Gotilda. —Puso su mano en el hombro de la mujer—. Lo siento mucho.

Ella ni siquiera la había oído. Todavía lloraba, arrebujaada en el pecho del reverendo Erikssen. Él la miró.

—Qué bueno que hayas venido, Greta. En un momento aciago como este, Gotilda necesita rodearse de amigos.

—Yo me encargo de ella si quiere, reverendo. La llevaré a su casa y procuraré que descanse.

Él apartó a Gotilda y le acarició la mejilla.

—¿Has oído, hija? Greta cuidará de ti, no estarás sola.

—Ya no tengo a nadie, padre —balbuceó al tiempo que negaba con la cabeza. Buscó la mano de Greta y se aferró a ella con todas sus fuerzas—. ¡Me arrebataron a mi hermano de la manera más horrible! ¡Ya nada volverá a ser lo mismo para mí! — La miró directo a los ojos—. Lo único que me queda es saber quién me lo quitó. Me ayudarás a descubrir quién lo hizo, ¿verdad, Greta?

—Le prometo que lo intentaré. Usted no se preocupe por nada, ya verá que pronto la policía dará con el asesino.

—Hasta que ese día llegue, no podré vivir tranquila y mi hermano tampoco descansará en paz.

Greta asintió. Ella también había pasado por una situación similar tras la muerte

de su madre. Aunque se hubiera tratado de un accidente, había un culpable: el borracho que huyó después de embestirla con su coche y que jamás apareció. No saber a quién responsabilizar por la pérdida de su madre había causado estragos en ella y en su padre. A pesar de que el hecho se había investigado, el caso se cerró pocos meses después de abrirlo. No hubo testigos ni evidencias físicas en el lugar del atropello y, así, la identidad del culpable nunca se descubrió. Por eso comprendía a Gotilda mejor que nadie. No saber quién le había arrebatado a su madre en esa carretera era una espina que llevaba clavada en el alma desde hacía más de diez años.

—¿Te quedas tú con ella entonces, hija?

La voz del reverendo Erikssen la apartó de sus pensamientos.

—Sí, reverendo. Le diré a Mikael que nos deje en su casa y no me separaré de ella hasta asegurarme de que esté bien.

—Dios te bendiga.

—Gracias. —Se dirigió con Gotilda hacia donde la esperaban los suyos—. Iré con ella, no puedo dejarla sola. Le avisaré a Lasse que se encargue de la librería hasta que yo vuelva.

—Está bien, pelirroja. Vamos.

Él sujetó a Gotilda del brazo para ayudarla a subirse al coche y pudo sentir cómo le temblaba todo el cuerpo. La mujer se ubicó junto a Gloria, quien de inmediato la consoló con un abrazo.

Después de dejar a Greta y a sus tías, Mikael corrió de regreso a la comisaría. Esa mañana temprano, Karl había enviado a los peritos para que inspeccionaran de nuevo la casa de Sigvard. Puso especial énfasis en que peinasen cada palmo del camino que había recorrido el director del museo la noche del crimen para ver si encontraban evidencias que los condujeran a resolver el caso. No era posible que en ambos homicidios, el asesino no hubiera dejado ningún rastro. La piedra con la cual había sido ultimada Elin Rosenberg era la única evidencia física con la que contaban, sin embargo, solo habían podido hallar restos de su propio ADN. Si lograban dar con el arma homicida que había sido utilizada para atacar a Sigvard, tal vez, conseguirían descubrir la identidad del asesino. Todos los involucrados en la investigación estaban de acuerdo con la hipótesis de que el crimen perpetrado en contra de Elin no había sido un acto premeditado y, cuando se cometía un delito de manera desorganizada, era normal que el asesino cometiese errores, pero hasta el momento había conseguido salirse con la suya.

Cuando puso un pie dentro de la comisaría, la sargento Thulin ya lo esperaba junto al mostrador de recepción. Esa mañana empezaban con el operativo de vigilancia y, aunque no le hacía demasiada gracia pasarse horas espionando al ex de su

chica, no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Karl así lo había establecido y, si presentaba alguna queja, corría el riesgo de que lo apartara del caso.

—Voy a buscar las gafas a mi oficina y regreso enseguida —le anunció a su compañera y pasó por delante del mostrador de Ingrid como un vendaval.

La recepcionista dejó escapar un suspiro.

—Ese teniente está cada día más apuesto. ¡Qué suerte ha tenido Greta! —Cerró la novela rosa que había comenzado a leer esa mañana y miró a la sargento—. Peter también tiene su encanto —agregó mientras le guiñaba un ojo.

Miriam sonrió. Era imposible comparar a ambos porque, sin dudas, Cerebritito perdería. Más allá de su inteligencia y de su sentido del humor, Peter Bengtsson jamás podría igualar a Mikael Stevic, y ella lo sabía.

—Son dos estilos muy diferentes. —Miró a su alrededor para asegurarse de que Mikael no anduviera cerca—. Sin embargo, yo prefiero los hombres recios y decididos, de esos que emanan sensualidad por cada poro de la piel.

Ingrid le clavó la mirada.

—¿Es mi imaginación de ferviente lectora de novela romántica que me juega una mala pasada o todavía sientes algo por Stevic?

Miriam no iba a reconocerlo delante de una mujer como ella porque corría el riesgo de que toda la comisaría se enterara de la verdad en un abrir y cerrar de ojos. Guardó silencio y la dejó con las ganas de escuchar la respuesta. Por fortuna, Mikael apareció y se marcharon juntos.

\* \* \*

El teléfono despertó a Greta apenas unos minutos después de que lograra conciliar el sueño. Había regresado de la casa de Gotilda cerca del mediodía, justo a tiempo para ayudar a su primo a cerrar la librería. En recompensa por haberlo dejado solo toda la mañana, le dio la tarde libre para que la pasara junto a Hanna. Ambos contaban los días que faltaban para la llegada de su primer retoño y, aunque intentasen disimularlo, Greta no podía asegurar cuál de los dos estaba más ansioso. Lasse incluso ya le había comprado la camiseta del IFK Mora para ponérsela apenas se lo entregaran en la *nursery*.

Miró a su alrededor con los ojos todavía entornados y trató de recordar dónde había dejado el móvil. Se desperezó y, con desgano, abandonó la cama. Lo encontró encima de una silla, justo antes de que dejase de sonar. Cuando reconoció el número de Ulla Schenker, no supo si alegrarse o preocuparse.

—Doctora, ¿le ha pasado algo a *Miss Marple*? —fue lo primero que preguntó



mientras se dirigía hacia la ventana para correr las cortinas.

—Calma, Greta, *Miss Marple* está bien. Justo te llamaba para avisarte que hoy mismo la puedes llevar a casa, pero recuerda que deberás traérmela tres veces al día para inyectarle el antibiótico. También deberá seguir una dieta estricta, nada de almendras durante unas cuantas semanas.

—Pasaré por ella antes de abrir *Némesis* —dijo aliviada—. ¿Ha conseguido descubrir qué fue lo que la enfermó?

—No podría decírtelo con certeza. Los síntomas que presentó son los de una intoxicación grave, sin embargo, pudo tratarse de algo más.

—¿A qué se refiere con exactitud?

—Es posible que *Miss Marple* haya sido envenenada deliberadamente. Si tú lo autorizas, le extraeré una muestra de sangre para enviarla a analizar.

Greta fue incapaz de reaccionar. Las palabras de la veterinaria le retumbaron en los oídos por un buen rato. No era posible...

—¿Greta, sigues ahí?

—Sí, es solo que... No puedo creer que alguien haya querido hacerle daño a *Miss Marple*.

—No nos precipitemos a sacar conclusiones todavía. Deja que mande a analizar su sangre para estar seguras, ¿te parece?

—Está bien, haga todo lo que sea necesario para saber qué fue lo que pasó con ella.

La cabeza no dejaba de darle vueltas. Tuvo que regresar a la cama y sentarse porque, de repente, sintió que el suelo se le empezaba a mover debajo de los pies. Se despidió de la doctora hasta esa tarde y volvió a recostarse.

Se acomodó el cabello mientras miraba el techo. No podía ser cierto lo de *Miss Marple*, las sospechas de su veterinaria eran infundadas. Sí, eran solo eso, sospechas. Estaba segura de que la lora solo había comido algo que le cayó mal, no concebía la idea de que hubieran intentado matarla. ¿Con qué fin? ¿Acaso alguien buscaba lastimarla a ella y le pegaba donde más le dolía? Pero ¿quién?, se preguntó.

Se sobresaltó cuando escuchó que el teléfono sonaba otra vez. No tenía ganas de responder, solo deseaba cerrar los ojos y dormir el resto de la tarde. Intentó apagarlo, pero la venció la curiosidad por saber quién la llamaba. Cuando descubrió que era el número de Stephan, se debatió entre responder o ignorarlo. Otra vez, la detective que llevaba dentro la conminó a contestar.

—Hola, Stephan, ¿qué quieres? ¿Vas a hablar esta vez? —Utilizó un tono áspero con él para que no le quedasen dudas de que la molestaba.

—Greta, ¿por qué me tratas así?

—¡Ah, qué extraño! Pensé que te ibas a quedar callado como anoche. ¿Cuándo vas a dejar ese tonto juego de lado? —Había logrado exasperarla—. Me cansé de que me acoses, de que me digas una cosa y hagas lo contrario.

—Greta... —intentó hablar, pero ella no se lo permitía.

—Si te comportas como un imbécil, no vas a ganarte mi confianza, mucho menos me convencerás de que eres inocente.

—Mira, Greta, no sé qué demonios te pasa conmigo, pero yo no te llamé anoche. Supongo que si miras el número, podrás comprobar que no he sido yo.

—Eso no significa nada, puedes haberme llamado desde cualquier teléfono.

—¿Con qué razón?

—¡No lo sé! Tal vez para intimidarme, como lo has hecho antes. —Ni siquiera se había dado cuenta de que gritaba.

Stephan no dijo nada. Prefirió esperar a que ella se calmara.

—Comprendo que tengas motivos para odiarme, pero te juro que yo no he vuelto a molestarte. Te llamaba solo porque necesitaba hablar con alguien —manifestó en un tono conciliatorio—. Mi amigo Lennart ya no quiere saber nada conmigo, todos saben lo de mi romance con Lotta y se han puesto del lado de Benedikt. Quería escuchar tu voz, nada más.

Greta respiró hondo. Tal vez se había excedido con él al descargar la frustración que sentía por no saber qué pasaba realmente a su alrededor. La llamada anónima, el posible envenenamiento a *Miss Marple*. ¿Y si ambos hechos estaban relacionados? Sin embargo, no podía fiarse por completo de él, no cuando ya había actuado de manera irracional en el pasado con tal de retenerla a su lado.

—Acaban de trasladar a Elin de regreso a Söderhamn y no podré despedirme de ella. Me quedaré con la imagen de su cuerpo en esa camilla de metal en la morgue de la comisaría. Ni siquiera me dejan estar con ella hasta el final.

Lo notó bastante angustiado.

—¿La policía te retiene en el pueblo? Si hablas con papá...

—No es la policía la que me impide ir, Greta. Su familia no me quiere allá, la madre de Elin me prohibió acercarme a ella. Me cree culpable de la muerte de su hija. —Greta no supo qué decirle—. Quiero verte.

—No, Stephan. Después de lo que pasó con Mikael en el Paradis, no creo que sea conveniente.

—¿Ni siquiera para escuchar mis penas? Mis amigos me han dado la espalda, no tengo a quién recurrir. No conozco a nadie por aquí y no puedo volver a Söderhamn hasta que la policía decida que ya no soy sospechoso. Un café es lo único que te pido.

Otra vez volvía a debatirse entre lo que quería hacer y lo que no debía.

Encontrarse con Stephan, aunque fuese en un lugar público, podría generar un nuevo conflicto. Mikael jamás lo aprobaría, tampoco su padre. No solo por lo que había ocurrido en el pasado, sino también porque podía estar involucrado en las muertes de Elin y de Sigvard. Fue quizá eso último lo que terminó de convencerla. Si hablaba con él, podría obtener información de primera mano.

—Está bien, tú ganas. Acabo de despertarme y no he almorzado todavía. ¿Te parece que nos veamos en el restaurante Korsnäsgrården? —Utilizaría las influencias que tenía Mikael en el lugar para conseguir una mesa.

—¡Me parece perfecto!

—Nos vemos allí en media hora.

Inmediatamente después de cortar con él, lo primero que hizo fue contemplarse en el espejo. Dejó escapar un suspiro. Esperaba que lo que estaba a punto de hacer fuera lo correcto.

## CAPÍTULO XXIII

—**P**arece que Bringholm se mueve —anunció la sargento Thulin al mirar hacia el estacionamiento del Paradis a través del espejo retrovisor.

Mikael encendió el motor y esperó. Llevaban casi dos horas estancados allí a la espera de que el objetivo hiciera algún movimiento. Durante todo ese tiempo había intentado sostener una conversación amable con su compañera, pero era difícil hacerlo cuando ella buscaba por todos los medios posibles hablar de asuntos que nada tenían que ver con la investigación. Le había preguntado cómo había sido su vida antes de llegar a Mora e incluso se había atrevido a mencionar su matrimonio con Pia; además le había confesado que durante su estadía en la capital se había acostado con otros hombres mientras seguía en relaciones con Bengtsson. A él poco le importaban sus peripecias amorosas lejos de su pareja. La sinceridad con la cual Miriam le hablaba de ciertos temas lo incomodaba, por eso agradeció al cielo cuando Stephan abandonó el complejo de cabañas. Necesitaba concentrarse en otra cosa que no fuera la voz melosa de su compañera o la sonrisa seductora que le dedicaba cada vez que lo miraba.

La Toyota Hilux de Stephan Bringholm se alejó del Paradis por la calle Flottarvägen y luego cruzó el puente de la autopista 45 en dirección a la zona comercial. Ellos iban a unos cuantos metros de distancia, escudados detrás de dos vehículos más para no ponerse en evidencia. Cuando estaba por llegar a Moragatan, aminoró la velocidad y obligó a Mikael a hacer lo mismo para no ser descubiertos.

Stephan ingresó al predio donde funcionaba el Korsnäsgråden y él optó por estacionarse en la calle, delante del hotel Siljan. Apagó el motor y observó con atención todo lo que ocurría a su alrededor. A su lado, Miriam registraba en una libreta todos los detalles del operativo.

—¿Crees que Bringholm haya pactado una cita con Lotta Stærmosse en este lugar? Mikael apartó la vista del restaurante por un segundo y la miró.

—Pronto lo sabremos.

Nina y Cerebritito habían sido asignados para vigilar a la amante de Stephan. Si era con ella con quien esperaba encontrarse, el coche del agente Bengtsson no tardaría en aparecer por allí. También estaba pendiente de lo que sucedía a unos cuantos kilómetros de allí. La inspección ocular a la casa de Thorne y al sendero que utilizaba para hacer sus recorridos nocturnos había comenzado temprano esa mañana y todavía no tenían novedades. Le había pedido al doctor Grahn que lo llamase apenas encontrasen algo. Revisó que el teléfono no se le hubiera quedado sin batería y, al levantar la cabeza, tuvo que quitarse las gafas para cerciorarse de que el sol no le nublabla la visión.

El Mini Cabrio de Greta se acercaba con lentitud por Moragatan. Cuando hizo el mismo recorrido que había hecho Stephan hacía apenas unos minutos, supo que no era a Lotta Stærmose a quien él esperaba.

Miriam no dijo nada, solo respiró hondo e intentó que Mikael no se diera cuenta de que sonreía para sus adentros. Greta se había citado con su exnovio en uno de los restaurantes más coquetos del pueblo, ¡y todo sucedía delante de las narices del teniente! Era más que evidente que él no sabía nada y vio cómo cerraba los puños alrededor del volante y farfullaba una maldición.

—No imaginabas que sería ella, ¿verdad? —preguntó en un tono comprensivo.

Mikael tardó en reaccionar. La inesperada aparición de Greta lo había descolocado.

—No me dijo nada, ¡y eso que tanto su padre como yo le advertimos que no volviera a acercarse a ese sujeto! —explotó.

Miriam colocó una mano en la pierna de Mikael.

—No te enojés. La conoces mejor que nadie; sabías que esto podía llegar a suceder tarde o temprano.

Él estaba tan enfurecido que apenas reparó en el hecho de que Miriam lo tocaba.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

—Me refiero a que ese hombre y Greta tuvieron una historia en el pasado. No me parece tan descabellado que busquen cualquier excusa para volver a verse.

Él la fulminó con la mirada, lo que provocó que ella esbozara una sonrisa para suavizar la tensión.

—¿Insinúas que Bringholm y la pelirroja se ven a mis espaldas? Eso no te lo crees ni tú, Miriam. —Nunca había tenido motivos para desconfiar de la fidelidad de Greta, ni siquiera en ese momento en el que su ex la rondaba. Era de él de quien no podía fiarse.

—Acabas de decir que ella no te contó nada.

—Si no lo hizo, fue solo porque sabe que ni su padre ni yo aprobaríamos que se

hubiera acercado a Bringholm con la única intención de sacarle información.

—¿De verdad eres tan ingenuo como para pensar que esa es la única razón que lleva a Greta a reunirse con su exnovio?

Como él parecía no reaccionar a su contacto, intensificó la caricia y le deslizó la mano por el muslo. Mikael dio un respingo.

—¿Qué haces?

—Lo que siempre he querido hacer...

Miriam se aproximó más a él. Al moverse, se le subió la falda unos cuantos centímetros. Sentía que era su oportunidad y no la iba a desaprovechar. Mikael estaba vulnerable, confundido porque Greta se encontraba cerca de allí con otro hombre. Era en ese momento o nunca, pensó. Le colocó la mano en la bragueta del pantalón y comenzó frotarla contra su miembro.

Mikael no pudo hacer nada cuando Miriam se le arrojó encima y lo besó. Por unos instantes, él respondió al beso, y también su cuerpo lo traicionó al reaccionar a esas caricias. Una motocicleta pasó a toda velocidad junto al coche y les tocó bocina. Ese segundo de distracción fue todo lo que Mikael necesitó para apartarla de su lado y evitar que la situación pasara a mayores.

Por unos cuantos segundos ninguno de los dos dijo nada. Él la amonestó con la mirada por su atrevimiento; ella, en cambio, le dedicó una sonrisa seductora.

—Nadie tiene por qué saberlo, Mikael.

—Estás loca, Miriam.

—Vamos... —Quiso rozarle la mejilla con los dedos, pero él la sujetó del brazo para impedirlo—. En los pasillos de la comisaría todavía se comenta que cuando estabas casado, tenías la costumbre de engañar a tu mujer. Es más, muchos apuestan a ver cuánto tardarás en hacerle lo mismo a la hija del inspector. Un hombre no puede cambiar tanto, Mikael, menos uno como tú.

—Será mejor que cierre la boca, sargento Thulin. No olvide que habla con uno de sus superiores, por lo tanto, puedo sancionarla por conducta impropia e insubordinación.

Por un momento, Miriam pensó que bromeaba, sin embargo, tardó un suspiro en darse cuenta de que hablaba en serio. Después de la larga lista de amantes que habían pasado por sus brazos mientras estaba casado con Pia Halden, no era posible que la humillase de esa manera. Era la segunda vez que intentaba seducirlo y él la rechazaba.

Encendió la radio y rumió toda su bronca mientras escuchaba una canción de The Eagles. Ya no iba a ser capaz de mirar a Mikael a los ojos después de lo que había pasado entre ellos. Pensó en refugiarse en los brazos siempre protectores de Peter, pero comprendió que no era justo para él lidiar con su frustración. Tampoco tenía por

qué soportar sus berrinches o los continuos cambios de humor. Tal vez su destino no estaba en Mora después de todo. Apenas tuviese oportunidad, le pediría al inspector Lindberg que dispusiera su traslado a la capital.

\* \* \*

Greta recorrió el comedor del restaurante con la mirada hasta que dio con Stephan. A pesar de la poca antelación con la que había llamado para reservar un lugar, había conseguido que le reservaran una de las mesas mejor ubicadas junto a la ventana. Fue suficiente mencionar el nombre de Mikael para que atendieran su pedido sin protestar. Seguro que tanto el gerente del Korsnäsgråden como el resto del personal se sorprendería de verla allí acompañada por otro hombre. Llevaba unas gafas oscuras y no se las quitó en ningún momento mientras atravesaba el comedor; guardaba la esperanza de pasar desapercibida. Parecía que iba a lograrlo, ya que la mayoría de los comensales eran turistas, Sin embargo, justo antes de llegar a la mesa, se topó con la mirada indiscreta de Laetitia Keergaard. La anciana, miembro activo de la Asociación de Damas de Mora, había sido vecina de Mikael cuando él todavía estaba casado con Pia. Si quería tener un encuentro discreto con su exnovio, había elegido el lugar equivocado. Le devolvió el saludo con una sonrisa y se dio vuelta de prisa para no tener que mirarla a la cara otra vez. Stephan se puso de pie de inmediato cuando ella se acercó; Greta se sorprendió al ver que le corría la silla y se sentó mientras dejaba el bolso encima de la mesa. No pudo evitar sentirse un poco incómoda con la situación.

—Me alegra que hayas aceptado verme —le dijo mientras le llenaba la copa con el vino—. Espero no volver a ocasionarte ningún problema con el teniente, porque esa nunca fue mi intención.

Ella apenas esbozó una sonrisa y se preguntó por qué le costaba tanto creerle. En el pasado se había acostumbrado tanto a sus mentiras y juegos de manipulación que ya no podía fiarse de nada de lo que le dijese. Con un hombre como Stephan, nunca era prudente bajar la guardia, y ella lo sabía.

—Si he venido, es porque cuando hablamos por teléfono percibí que estabas muy angustiado por lo de Elin. —Vio que esas palabras lo complacían. Acababa de decirle exactamente lo que quería oír.

Stephan la miró sin ningún reparo y se detuvo más tiempo de lo normal en el escote en v de su vestido. Lo había elegido porque, de todos los que tenía colgados en el armario, era uno de los que más la favorecía. No era ajustado ni demasiado corto, pero la tela se le adhería a las formas del cuerpo cada vez que se movía. Mientras se lo probaba delante del espejo, nunca se le pasó por la cabeza que iba a vestirse para él,

aunque por la forma en que la miraba, Stephan parecía creer lo contrario.

—¿Te gustaría ordenar o prefieres esperar?

—La verdad es que tengo un hambre voraz. Desayuné apenas un café en la mañana —dijo y curvó los labios en una sonrisa, no ganaba nada si se mostraba hostil con él. Si quería conseguir información, necesitaba tratarlo con amabilidad.

Stephan también sonrió. Luego se abocaron a leer el menú y él llamó a una de las camareras para ordenar. Greta se puso nerviosa cuando descubrió que se trataba de la misma muchacha que los había atendido a ella y a Mikael días atrás. Parecía que cuanto más discreción buscaba, más en evidencia se ponía. Primero, la exvecina de Mikael; luego, la camarera que le había guiñado el ojo. Jugeteó con la correa de su bolso y esperó a que se marchara para intentar poner en marcha su plan.

—¿La policía no ha vuelto a molestarte?

—Si te refieres específicamente al teniente Stevic o a tu padre, no, no se han vuelto a poner en contacto conmigo después de que presté declaración por segunda vez. Sé que aún creen que tengo que ver con la muerte de Elin, solo buscan la manera de probar que lo hice. —Sus ojos color café se clavaron en ella—. No van a encontrar nada porque yo no asesiné a mi novia.

Greta bebió un poco de vino para humedecerse la garganta. Ya no la intimidaba la fuerza de su mirada. Dejó la copa en su sitio y trató de olvidarse por un momento de que compartía la mesa con un posible doble homicida.

—¿Quién crees que lo ha hecho?

—Podría preguntarte lo mismo, Greta. Apuesto a que tú también tienes a tu propio sospechoso.

Su evasiva la descolocó, sin embargo, estaba más que dispuesta a seguirle el juego solo para saber hasta dónde era capaz de llegar.

—No son muchas las posibilidades —respondió—. El asesino conocía a Elin; se ensañó demasiado con ella como para que se haya tratado de un ataque perpetrado al azar. Por alguna siniestra razón, quería desfigurarle el rostro, destruir su belleza y convertirla en un amasijo de sangre y carne.

En ese preciso momento se acercó la camarera con la orden y se horrorizó con lo que Greta acababa de decir. Guardaron silencio hasta que volvió a dejarlos a solas.

—Piensas en Lotta, ¿verdad?

Greta se encogió de hombros.

—Fue alguien de su círculo más cercano, y ella tenía un gran motivo para deshacerse de Elin: evitar que le contara a su esposo sobre el romance que sostenía contigo. También cabe la posibilidad de que lo hiciera por celos.

—No, descarta los celos, lo nuestro no iba más allá del sexo, jamás fue algo



romántico.

—Tal vez no de tu parte —adujo la pelirroja—, pero quizá Lotta sí involucró sentimientos en la aventura que mantenía contigo. —Stephan se quedó pensativo—. Si se enamoró de ti, es evidente que Elin le estorbaba, sobre todo porque sabía que tú no planeabas dejarla por ella, ¿o me equivoco?

—Nunca habría abandonado a Elin por Lotta —aseguró—. Fui claro con ella desde el principio, lo nuestro iba a ser solo sexo. El día que se tornara en otra cosa, se terminaba.

Cada detalle que Stephan le contaba hacía que todas las sospechas recayeran sobre su amante. Nadie podía asegurar cuáles habían sido los movimientos de Lotta la noche en que Elin fue asesinada, la única certeza era que se había encontrado con Stephan en el estacionamiento del Paradis, o al menos era lo que él le había declarado a la policía.

—¿De verdad no sabes a qué hora regresó Lotta a la cabaña con su esposo?

—Le dije a la policía que yo me fui antes que ella. Se quedó un rato más en el coche porque siempre le gusta fumarse un cigarrillo después de tener sexo —le dijo y la miró otra vez con intensidad.

Si lo que pretendía Stephan cada vez que le mencionaba la aventura que tenía con la esposa de su mejor amigo era que ella se sintiera incómoda, no lo lograba.

—Y al día siguiente, cuando Elin no apareció, ¿notaste alguna actitud extraña en ella?

—Nada. Estaba tan preocupada como nosotros porque no sabíamos dónde estaba.

—Háblame de ella. Además de los celos y de las sospechas de que la engañabas, ¿cómo actuaba los días previos a su muerte?

—Cuando le entraban esos ataques irracionales de celos, solía volverse insoportable. Estaba convencida de que había vuelto a serle infiel, pero jamás mencionó el nombre de Lotta. Inga-Marie asegura que Elin sabía que ella era mi amante.

—¿Cómo lo supo? ¿Crees que la misma Lotta se lo pudo haber dicho?

—No lo creo. Ella era la más interesada en esconder lo nuestro. Benedikt se enteró mediante un anónimo que alguien deslizó por debajo de la puerta de su cabaña, es posible que a Elin también se lo hicieran saber de ese modo.

¿Un mensaje anónimo? Era posible, pensó.

—¿Hubo algo en su comportamiento que te llamase la atención? Además de las escenas de celos, me refiero.

—Estaba más distraída de lo normal. El día que desapareció, apenas regresó del club de lectura, recibió un mensaje de texto que la dejó bastante inquieta. No quiso

decirme de quién era y lo borró antes de que yo intentase leerlo.

Era la primera vez que Stephan le revelaba semejante detalle.

—¿Por qué no lo has mencionado hasta ahora?

—Porque esa noche bebí demasiado y algunas cosas se borraron de mi mente. Fue cuando Benedikt me dijo lo del anónimo cuando recordé que Elin había recibido ese misterioso mensaje de texto. No le presté mayor importancia, pensé que tal vez ni siquiera tuviese relación con su muerte.

—Si Lotta no quería que se supiese lo del engaño, dudo de que haya sido ella la que esté detrás del anónimo. ¿Has vuelto a estar con ella?

Stephan negó con la cabeza. Greta lo observaba con atención para tratar de descubrir si le mentía.

—Lo de Elin me ha dejado devastado. No creo que pueda volver a estar con otra mujer en mucho tiempo. —Respiró hondo y guardó silencio durante un momento antes de proseguir. Ella no pudo hacer nada cuando se tomó el atrevimiento de tocarle la mano por encima de la mesa—. He perdido a la mujer que amaba, Greta. Lo único que me importa ahora es demostrarle a todo el mundo que a pesar de haber engañado y lastimado a Elin, jamás habría atentado contra su vida. Su familia no cree en mi inocencia; mis amigos, tampoco. Dime, ¿me crees culpable tú también?

Se miraron fijo. Por un instante, Greta creyó percibirle un atisbo de honestidad en los ojos y se preguntó si era posible que estuviese dejándose influenciar por lo que él le había hecho en el pasado. Empezaba a creer que el infierno que había vivido al lado de Stephan no le permitía discernir con claridad lo que ocurría en el presente. Parecía de verdad sincero y conmovido por haber perdido a la mujer que amaba de la peor manera. Tal vez debía dejar la desconfianza de lado y brindarle su apoyo, sin embargo, cuando pensaba en la llamada anónima que había recibido y el posible envenenamiento de *Miss Marple*, se resistía a confiar ciegamente en él. Aunque a *prima facie* era totalmente descabellado sospechar que Stephan podría haberse metido en la casa para dañar a su mascota, prefería moverse con cautela.

—No tienes derecho a reprocharme que ya no pueda confiar en ti, Stephan. No después de todo lo que me has hecho pasar. Apareces de repente en el pueblo y ¿qué es lo primero que haces?, empiezas a espiarme, a hostigarme con llamadas anónimas. ¿Qué quieres que piense?

—No he sido yo el que te llamó anoche —volvió a insistir—. Alguien más te molesta. Deberías cuidarte.

¿Ahora se preocupaba por ella?, se preguntó. Cuando vio que trataba de tocarle la mano otra vez, fingió que buscaba algo en el bolso. Dio un respingo porque en ese preciso instante, su móvil empezó a sonar. Una mezcla de inquietud y ansiedad se

apoderó de ella al reconocer el número de su primo.

—Lasse, ¿qué sucede? —No solía llamarla al móvil si no era por algo importante.

—¡Greta, se trata de Hanna! Empezó a sentirse mal y el doctor Haugaard nos recomendó que la ingresáramos al hospital lo antes posible. Se quejaba de muchos dolores abdominales. ¡Todavía falta una semana para que dé a luz! ¡Es demasiado pronto para que tenga contracciones!

—Lasse, cálmate. No ganas nada si te pones así. ¿Estás en el Lassarets?

—Sí, la trajimos hace media hora, sus padres también están aquí. Tengo miedo, prima. No podría soportar que algo malo les ocurriese. —Estaba agobiado por la angustia y no era para menos, ya había sufrido la pérdida de un hijo y Greta sabía que su primo no soportaría volver a pasar por lo mismo—. Cuando Monica me llamó para avisarme, justo preparaba la lista de los pedidos. Dejé todo y salí corriendo.

—No te preocupes ahora por Némesis. Hanna y el bebé son nuestra prioridad —lo tranquilizó—. Yo salgo ya mismo para el hospital, nos vemos allí en unos minutos. —Arrojó el teléfono dentro del bolso y miró a Stephan—. Tengo que irme, es una urgencia.

—¿Qué pasa?

—Mi mejor amiga está a punto de dar a luz. Tal vez haya complicaciones con el parto; se suponía que el niño no nacería hasta dentro de unos días.

—Es más normal de lo que crees que lleguen antes de lo esperado. Puedo llevarte si quieres —le ofreció.

—No es necesario, vine en mi coche. —Se levantó, se acomodó el vestido y fue hacia la salida sin siquiera despedirse de él.

Stephan se puso inmediatamente de pie. Arrojó sobre la mesa una generosa suma de dinero que cubriese no solo la comida, sino también la propina de la camarera y abandonó el restaurante con la esperanza de alcanzar a Greta. La vio junto al Mini Cabrio, estaba en cuclillas y recogía las cosas de su bolso. Se acercó y se arrodilló junto a ella.

—Déjame que te dé una mano. Estás muy nerviosa, no deberías ni siquiera conducir —le dijo mientras la ayudaba a recolectar sus pertenencias del suelo. Sonrió cuando se topó con un viejo llavero de plata del cual colgaba una medalla en forma de libro abierto—. Todavía lo conservas. Si mal no recuerdo, me contaste que tu madre te lo había obsequiado cuando te graduaste de la secundaria, ¿no es así?

—Sí, fue el último obsequio que me hizo antes de morir —respondió ella y se lo quitó de la mano. Se cercioró de que no faltara nada y abrió la puerta del coche—. Debo irme, gracias por el almuerzo.

—Espero que podamos volver a vernos pronto. Me hizo muy bien pasar un rato

contigo, Greta.

Ella lo miró.

—No puedo prometerte nada, Stephan. Ya te lo he dicho, no necesitas mi ayuda para probar tu inocencia, las evidencias hablarán por sí solas. Si de verdad no tuviste nada que ver con lo de Elin, pronto se sabrá. —Subió la ventanilla y encendió el motor—. Debo marcharme ya, Hanna me necesita.

Stephan se apartó del Mini Cabrio para dejarla partir. Greta era una mujer increíble y él se había encargado de arruinar lo que tenían. También había perdido a Elin y ya no había manera de recuperarla. Pero no podía regresar el tiempo atrás, solo mirar hacia adelante, y tal vez era hora de reconocer que necesitaba ayuda para lograrlo. Respiró hondo hasta llenarse los pulmones de aire y caminó hasta la camioneta. Volvería al Paradis e intentaría convencer a sus amigos de que pondría todo su empeño en cambiar, pero primero debía demostrarles a todos su inocencia.

Cuando miró a través del espejo retrovisor para salir marcha atrás, se percató de que había un vehículo estacionado al otro lado de la calle. Tenía la certeza de que llevaba allí el mismo tiempo que él, entonces aguzó la vista para ver de quién se trataba y reconoció de inmediato a los dos ocupantes.

¡Conque el teniente Stevic lo seguía!, pensó. Más allá de sentirse molesto por la vigilancia policial a la que era sometido, le dio cierto placer saber que había presenciado su encuentro con Greta.

## CAPÍTULO XXIV

Mikael conducía en silencio atento a la camioneta de Stephan, que retomaba la misma ruta para regresar al complejo de cabañas. Desde el descarado comportamiento de Miriam, ya no habían vuelto a dirigirse la palabra. Ella escuchaba la radio, o fingía hacerlo, mientras que él intentaba no pensar en lo que había sucedido entre Greta y su exnovio en el Korsnäsgråden. En más de una oportunidad, había reprimido el impulso de abandonar su puesto y aparecerse en el restaurante, sin embargo, no iba a exponerse de esa manera. Esperaría hasta la noche para ver qué explicación le daría la pelirroja para justificar esa falta de sensatez. Era inaudito que hiciera de las suyas y desoyera sus advertencias, ya que se ponía constantemente en peligro.

Cuando la Toyota Hilux de Stephan ingresó al Paradis, él decidió permanecer en el exterior del complejo para montar vigilancia desde allí. Miró con impaciencia el reloj; faltaban diez minutos para las dos de la tarde y todavía no había almorzado. Consciente de que le esperaba una larga jornada tras los pasos del ex de Greta, decidió pedir una pizza. Estaba a punto de llamar cuando vio que Miriam bajaba el volumen de la radio.

—¿No crees que deberíamos hablar de lo que pasó?

—Yo planeaba pedir algo para comer —replicó él y le dejó claro que no tenía deseos de tratar un tema que lo ponía tan incómodo—. ¿Te conformas con una pizza y un par de refrescos?

—Por supuesto que me encantaría disfrutar de un almuerzo con usted, teniente —dijo y volvió a poner distancia entre ambos—, pero no tiene ningún sentido que finjamos que nada ocurrió. Vamos a continuar juntos en el trabajo, aunque no sé durante cuánto tiempo más. Quizá, menos de lo que imagina...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es probable que pida mi traslado a Estocolmo. Le diré al inspector que no me siento cómoda aquí, o tal vez lo convenza si le digo que Mora ya no cumple mis expectativas laborales igual que antes.

Mikael no supo qué decir. Aunque pensaba que era egoísta, e incluso injusto, que ella tuviese que dejar el puesto en la comisaría por su causa, también era cierto que no parecía haber otra solución.

—No se sienta culpable, teniente, porque es la mejor decisión que pude tomar, por mi bien y por el suyo —manifestó al tiempo que esbozaba una sonrisa cargada de resignación—. Perdí mi oportunidad de tener algo con usted hace tiempo; pensé que había superado lo que sentía, pero bastó verlo para comprender que todavía me gusta, teniente Stevic. También es evidente que nunca va a haber algo entre nosotros mientras exista Greta Lindberg en su vida.

—Miriam, no tienes por qué marcharte si no quieres.

—Después del mal rato que le hice pasar, volver a la capital es la opción más razonable. Apenas recibí la placa de sargento, me ofrecieron ocupar un puesto en la Unidad de Homicidios. Lo rechacé porque mi idea era volver a Mora. Estoy segura de que si hablo con la persona indicada, conseguiré el cargo de todos modos.

Él sonrió.

—Veo que estás decidida.

—Lo estoy, teniente.

—¿Qué dirá Cerebritito?

Ni siquiera pensó en la reacción de Peter cuando se enterase de su inesperado plan, que, por supuesto, no lo incluía. La verdad era que también se marchaba para alejarse definitivamente de él.

—No estará de acuerdo, pero tendrá que hacerse a la idea de que ya no trabajaremos juntos. Lo lamento por él, pero lo nuestro no tiene futuro. Ya no quiero engañarlo y fingir que todo va bien. A la larga me lo agradecerá, ¿no cree?

—Supongo que sí —respondió él, poco convencido.

La conversación que sostenían sobre la inminente partida de Miriam y lo que provocaría en un hombre enamorado como Bengtsson fue interrumpida cuando la melodía de *Help* empezó a retumbar en el interior del vehículo. Por una milésima de segundo, se planteó no responder el llamado de Greta, sin embargo, lo hizo con la única intención de ponerla a prueba.

—Hola, pelirroja...

—¡Mikael, Hanna está en el hospital! ¡Parece que el bebé se ha adelantado! —le anunció atropelladamente. Parecía al borde del colapso.

—Greta, tranquilízate —le pidió—. Respira profundo y cuenta hasta cinco. En este momento, lo que Hanna menos necesita es que a su mejor amiga le dé un ataque de nervios. ¿Dónde estás? —La oyó que soltaba el aire con fuerza.

—En el Lassarett. Apenas Lasse me llamó para avisarme vine corriendo.

—Creí que estabas con él en la librería —comentó y aguardó la respuesta con ansias.

Greta se tomó su tiempo para contestarle.

—No, tuve que reunirme con Pernilla para arreglar algunos detalles de la presentación de su novela —mintió—. Lasse sí se encontraba en Némesis cuando Monica le avisó. Por supuesto, cerró y se marchó al hospital de inmediato. Te llamaba no solo para contarte lo de Hanna, necesitaba pedirte un favor.

—¿Qué quieres? —Estaba molesto y no se preocupó en disimularlo. Además de mentir acerca de su paradero, se atrevía a pedirle un favor.

—Quedé en pasar por *Miss Marple* esta tarde, pero quiero quedarme con Hanna hasta que nazca el niño. ¿Podrías ir tú a recogerla?

—Estoy en medio de un operativo importante...

—¿Un operativo importante? —lo interrumpió—. ¿De qué se trata?

—No puedo hablarte de eso ahora. —Fue cortante, pero cuando Greta musitó un «está bien» y percibió la desazón en su voz, se arrepintió rápidamente de haberle hablado con dureza. Le dijo que no se preocupara, que apenas tuviera un rato libre pasaría por el consultorio de la doctora Schenker y llevaría a *Miss Marple* de regreso a la casa.

\* \* \*

El estrecho pasillo del Lassarets empezó a atiborrarse de gente a medida que pasaban los minutos. Hanna había sido trasladada a la sala de partos exactamente a las cuatro y diez de la tarde. Como lo habían planeado desde hacía tiempo, Lasse ingresó con ella para presenciar el alumbramiento de su hijo. Afuera, familiares y amigos aguardaban con impaciencia cualquier novedad.

Monica y Hylvid Windfell, tomados de la mano, rezaban en silencio para que todo saliera bien. A un par de metros de distancia, se encontraba el resto de la familia Hansson. Greta se había sentado junto a su tía Ebbe, quien apenas podía controlar la ansiedad. El tío Pontus, Julia y Tammi, en cambio, lucían más calmados.

—¿Por qué tardan tanto?

—Ebbe, cariño, apenas hace media hora que la ingresaron —dijo su esposo y le dio unas palmaditas en el hombro para contagiarle un poco de tranquilidad—. No hay nada de qué preocuparse. ¿Recuerdas cuando nació nuestro muchacho? Estuviste más de cinco horas en trabajo de parto, parecía que Lasse se resistía a salir.

Ebbe logró sonreír.

—Fueron las cinco horas más angustiantes de mi vida —dijo antes de soltar un

suspiro—. Era nuestro primer hijo, teníamos miedo, pero apenas le vi el rostro arrugado de tanto chillar, comprendí que Dios acababa de depositar sobre mi pecho el mejor de los regalos. —Miró a sus dos hijas—. Luego llegaron Julia y Tammi y creí que no era posible tanta felicidad.

La tía Ebbe comenzó a llorar y logró conmover a Greta con esos recuerdos, el embarazo de Hanna la había vuelto más sensible de lo habitual y adjudicó sus propias lágrimas a la llegada del primer ahijado; no quería indagar demasiado en sus pensamientos por temor a lo que pudiese llegar a descubrir, ya que le inquietaba reconocer que sentía una gran curiosidad por experimentar la maternidad.

Le dejó su puesto al tío Pontus y comenzó a recorrer el pasillo de un extremo a otro para aplacar los nervios. Todos se dieron vuelta de repente cuando la puerta de la sala de partos se abrió y apareció una enfermera. Se acercó a ellos y se quitó el barbijo de color verde que le cubría la parte inferior del rostro.

—Es un niño sano y robusto —les anunció.

Después de los abrazos y las correspondientes felicitaciones, Monica preguntó por el estado de su hija.

—La madre se encuentra bien, solo un poco cansada. Es el padre quien me preocupa, estuvo a punto de perder el conocimiento cuando vio que se asomaba la cabeza de su hijo, pero supongo que ya se recuperó —comentó mientras sonreía—. En unos minutos trasladaremos a Hanna a una habitación para que puedan pasar a verla.

—¡Yo quiero ver a mi nieto! —exclamó Pontus con el pecho henchido de orgullo.

—Lo verá, señor Hansson, no se preocupe. Cuando el doctor termine de revisarlo, lo llevaremos a la habitación con su madre.

Greta ya no soportaba la ansiedad. Quería abrazar a Hanna y conocer por fin el rostro de su ahijado. ¡Un varón! Imaginó lo ilusionado que debía de estar Lasse con la llegada de su primogénito. Seguro que ya se había encargado de que alguna de las enfermeras de la *nursery* vistiera al niño con la camiseta del IFK Mora.

Sintió que su teléfono vibraba. Se disculpó con los demás y salió al patio interno del Lassarets para responder. Sonrió cuando descubrió que se trataba de Mikael.

—¡Es un niño, Mikael! ¡Soy madrina de un niño! —exclamó, incapaz de contener la emoción.

Pensó en cómo le habría gustado tenerlo allí para compartir ese momento con él. Hanna no le había mencionado nada, pero tenía la fuerte sospecha de que tanto ella como Lasse planeaban pedirle que fuese el padrino de su hijo, pero ella no iba a arruinarles la sorpresa.

—¡Bien, pelirroja! Me alegro por ti y por los flamantes papás. Apenas pueda me



acercaré al hospital para felicitarlos en persona.

—¿Has ido a buscar a *Miss Marple*?

—Sí. Justo acabo de salir de la veterinaria. ¿Por qué demonios no me comentaste que podría haber sido envenenada? —le recriminó. Greta empezó a moverse de un lado a otro y hundió los pies en el césped que cubría buena parte del patio del hospital. Poco le importó que los zapatos se le mojaran a causa del rocío—. Greta, ¿me has oído? —preguntó ante el silencio prolongado de la pelirroja.

—Sí, te oí perfectamente —balbuceó—. Es solo que tenía la esperanza de que las sospechas de la doctora Schenker fuesen infundadas. No quería echarle la culpa a nadie, seguro que se trató de un accidente. *Miss Marple* comió algo que no debía y...

—Greta, no se trató de un accidente, tampoco de un error. Alguien envenenó deliberadamente a *Miss Marple*. La doctora Schenker encontró en su sangre rastros de una sustancia altamente dañina para los de su especie. Sustancia que, por supuesto, no tenemos en casa. Por fortuna, gracias a tu rápida intervención y al tratamiento adecuado, se evitó lo peor. Ahora podría estar muerta si no la hubieras llevado a tiempo a la veterinaria.

Greta sintió escalofríos.

—Pero ¿quién querría matar a *Miss Marple*?

—Creo que conoces mejor que yo la respuesta a esa pregunta.

Ella no dijo nada. Ya se le había cruzado por la mente esa terrible posibilidad, sin embargo, se negaba a aceptar que alguien querría atentar contra su vida.

—¿En quién piensas?

—¡En Bringholm, por supuesto! —Ella no creía a Stephan capaz de hacerlo. A pesar de su conducta violenta, estaba segura de que él jamás la lastimaría—. ¿Por qué no dices nada? Te conozco, pelirroja. Si me ocultas algo, será mejor que lo sueltes.

Ya no tenía caso callar. Tarde o temprano, Mikael se enteraría de que alguien la acosaba por teléfono.

—Primero prométeme que no vas a enojarte conmigo.

Lo escuchó contener la respiración al otro lado de la línea.

—Pides demasiado, Greta —se quejó—. Pero está bien, prometo tomármelo con calma.

Ella dejó escapar un suspiro.

—La otra noche, cuando estaba con Niklas en casa, alguien llamó a mi móvil, se mantuvo en línea durante un par de minutos y luego cortó sin decir nada. Aunque habían llamado desde un número privado, pensé de inmediato en Stephan, pero él me aseguró que no fue. Tampoco creo que tenga que ver con el envenenamiento de *Miss Marple*. Para poder hacerlo, tuvo que tener acceso a la casa.

—Tú no lo habrás invitado a pasar durante mi ausencia, ¿verdad?

—¡No, por supuesto que no!

Mikael no entendía esa manía de defender a su exnovio. Después de ver con sus propios ojos que se había encontrado con él ese mediodía en el restaurante, no era descabellado imaginar que el muy patán se las hubiera ingeniado para lograr meterse en su propia casa.

—Solo hay una manera de demostrar que él no ha sido el autor de esa llamada anónima. Le pediré a Cerebritito que intervenga tu teléfono, pero primero pasaré por casa y dejaré a *Miss Marple* con mis tías. Han surgido novedades en el caso y debo volver a la comisaría cuanto antes.

—¿Novedades? —preguntó Greta de manera inocente e intentó congraciarse con él.

—Sí, novedades importantes —le aclaró en tono misterioso para alimentarle la curiosidad.

—¿Avances en el crimen de Elin o en el de Sigvard? —insistió en preguntar. No estaba dispuesta a que la dejase con las ganas de saber.

—Si no te lo digo, corro el riesgo de que esta noche no me dejes dormir en nuestra cama, ¿me equivoco?

Greta sonrió.

—Usted sabe que soy capaz de eso y de cosas peores, teniente —le advirtió.

Mikael también había aprendido a que no era bueno jugar con la curiosidad de una mujer, en especial si era aficionada a resolver enigmas y siempre se salía con la suya.

—Supongo que de todas formas vas a enterarte —dijo a modo de justificación por ceder a su chantaje—. Ha aparecido la llave que faltaba de la casa de Sigvard Thorne. Los peritos la han encontrado en una bolsa a un costado del sendero que conduce al lago Siljan. También hallaron un tubo de hierro que aún conservaba restos de cabello y de sangre en uno de sus extremos. Hay que realizarle los exámenes pertinentes, pero no hay dudas de que se trata del arma homicida con el que lo atacaron.

—Es un gran avance —comentó Greta entusiasmada.

—Lo es. El asesino cometió su primer descuido y es posible que haya dejado algún rastro en el tubo o en la llave. Fue un gran error haberse deshecho de las pruebas de un modo tan burdo.

—Demasiado burdo, quizá —alegó ella.

—¿Qué quieres decir? —Imagino que Greta ya elucubraba alguna nueva teoría y abrió bien las orejas para escucharla.

—Si partimos de la base que ambos crímenes están conectados y de que es posible que hayan sido perpetrados por el mismo asesino, me parece extraño que ahora, de

golpe y porrazo, aparezcan la llave y el objeto que utilizó para asesinar a Sigvard. Si bien en la escena del primer homicidio se halló la piedra con la cual fue ultimada Elin, el asesino se aseguró de no dejar ninguna evidencia física, no había huellas dactilares ni restos de ADN. ¿Crees que habrá sido tan torpe como para descuidarse con el segundo crimen?

—La muerte de Thorne ni siquiera entraba en los planes del asesino —puntualizó Mikael—. Se vio obligado a eliminarlo para evitar que contara lo que vio, por lo tanto, es posible que la prisa o la falta de premeditación lo hayan llevado a cometer un error.

Greta no tuvo argumentos para contradecir esa hipótesis. Sonaba bastante razonable que el homicida no hubiera medido sus acciones en el afán de quitar del medio al único testigo que podría identificarlo. Quiso contarle sobre el mensaje que había recibido Elin poco antes de morir, pero como se había enterado gracias a Stephan, prefirió guardárselo, al menos por el momento.

Se despidió de él hasta más tarde cuando una de las enfermeras apareció en el pasillo para anunciarles que ya podían pasar a ver a la flamante mamá. Los primeros en ingresar a la habitación fueron los orgullosos abuelos. Luego siguieron sus primas, Tammi y Julia, quienes debutaban en el rol de tías, incluso ya discutían para ver cuál de las dos consentiría al integrante más pequeño de la familia Hansson. Fue inevitable no compararlas con las tías de Mikael.

Greta decidió esperar fuera de la habitación para no abrumar demasiado a Hanna. Respiró hondo y cerró los ojos cuando por fin se quedó a solas. Se lamentó cuando se dio cuenta de que con la prisa se había olvidado de terminar de acondicionar el presente que ella y Mikael habían elegido especialmente para entregarle a Hanna apenas diera a luz. Era una cuna antigua de madera, fabricada y labrada a mano por un carpintero de Orsa, el pueblo vecino. Después de recorrer varios sitios, habían dado con su taller gracias a un anuncio en el periódico y, aunque el precio resultó más elevado de lo que esperaban, ninguno de los dos dudó de que era el obsequio ideal. La cuna estaba escondida en el depósito de Némesis, detrás de unas cajas, para evitar que Lasse la descubriera. Confiada en que su ahijado no nacería hasta dentro de unos días, había pospuesto la tarea de poner a punto la cuna, ya que le hacía falta una mano de laca para que luciera como nueva. Esa misma noche se encargaría de terminarla y acordaría con Lasse llevársela a la mañana siguiente, así cuando Hanna y el niño volvieran al apartamento, la cuna los estaría esperando.

—Greta, cariño, Hanna quiere que entres. —Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que ni siquiera se había dado cuenta de que su tía Ebbe había salido al pasillo—. ¡Si vieras lo hermoso que es mi nieto! Tiene la carita de mi Lasse.

Greta sonrió. Apostaba que tanto Monica como Hylvid asegurarían que el niño había heredado algún rasgo físico de su familia.

—Vamos, tía, que quiero conocer por fin a mi ahijado. —La tomó del brazo y entraron juntas a la habitación.

La primera imagen que retuvo Greta en su retina, y que supo que jamás olvidaría, fue la de Hanna mientras sostenía en su seno un bulto pequeño envuelto en una manta de lana blanca. A su lado, Lasse la contemplaba con una expresión de total embeleso. Así, los tres juntos, parecían una estampa de la felicidad plena. El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando escuchó que el bebé gorgoteaba.

—Acércate, Greta —le pidió Hanna mientras apartaba a un lado la manta para dejar al descubierto el rostro de su hijo.

Greta avanzó entre medio de la pequeña multitud que se había formado alrededor de la cama y se detuvo junto a su primo. Cuando Hanna le mostró a su ahijado, tuvo que volver a respirar hondo para tratar de no llorar. La tía Ebbe no había exagerado, su nieto era hermoso. El abundante cabello que le caía en la frente era tan dorado como el de su madre y también la forma redondeada de la nariz era herencia de los Windfell. Mantenía los ojos cerrados mientras chupaba el dedo de Lasse, por lo tanto, se quedó con las ganas de saber de qué color serían.

—Son verdes, como los míos —le dijo él emocionado.

Greta lo miró. El nudo que tenía en la garganta no le había permitido pronunciar palabra alguna todavía. Lasse la instó a que tocara a su ahijado. Le pareció tan pequeño y frágil que lo hizo con cierto recelo. Primero le rozó el rostro, luego se detuvo en la naricita y por último le acarició las manos. Eran tan pequeñas, pero se le aferraron con fuerza alrededor del dedo.

—Reconoce a su madrina —manifestó Hanna al borde de las lágrimas.

—Es... Es lo más tierno que vi en mi vida —pudo decir por fin Greta al compartir la emoción de su amiga. Recordó esas largas conversaciones que solían sostener de niñas, durante las cuales se habían hecho la mutua promesa de que serían madrinas de sus respectivos hijos—. ¿Has decidido ya cómo se llamará?

—¡No puedo ponerle Candy! —bromeó Hanna al aludir al nombre que había elegido hacía años en honor a su manga favorito.

El comentario provocó que todos rieran.

—Hanna y yo logramos ponernos de acuerdo con el nombre sin discutir demasiado —intervino el feliz padre—. Se llamará Viggo Hansson Windfell.

—Bienvenido al mundo, Viggo Hansson Windfell —dijo Greta y se inclinó hacia adelante para besarle la frente y aprovechó para abrazar a su amiga.

—Viggo no podría tener una madrina mejor —le susurró Hanna al oído. Cuando

la apartó y la miró a los ojos, descubrió que lloraba—. Espero que ahora te decidas por fin a formar tu propia familia, Greta —le dijo en voz baja, para evitar ponerla incómoda delante de los demás—. Salta a la vista que estás más que preparada para convertirte en madre tú también. —Le guiñó el ojo—. Puedes empezar a practicar con tu ahijado mientras el teniente y tú se deciden a quedarse embarazados.

Hanna no tuvo reparo en decir esa última frase en voz alta, lo que provocó que los tíos de Greta se entusiasmaran con la idea de que se convirtiese pronto en madre. Cuando se sintió invadida por las preguntas y los comentarios de lo contento que se pondría Karl con la llegada de un nieto, decidió escapar de la situación y alegó que tenía asuntos pendientes en la librería.

Abandonó el edificio del Lassarets poco después de las tres y media de la tarde. Si se daba prisa, tendría tiempo de darse un baño y mimar un rato a *Miss Marple* antes de abrir las puertas de Némesis. También debía ponerse en contacto con Pernilla para avisarle que Josefina había aceptado su propuesta y que estaba todo listo para que la presentación de la novela se realizara ese mismo fin de semana. Decidió que mejor la llamaría por teléfono. Con los terribles acontecimientos que habían sacudido al pueblo después de estar sumido en el letargo durante meses, sabía de antemano que si la visitaba en su casa, corría el riesgo de que intentara por todos los medios sacarle información sobre los homicidios de Elin y de Sigvard. Cualquier dato que se le escapara delante de la anciana podría perjudicar la investigación, y ni Mikael, ni su padre se lo perdonarían jamás.

Cruzó el estacionamiento del hospital a toda prisa para escapar de los inclementes rayos del sol que habían elevado varios grados la temperatura en apenas un par de horas y sintió cómo la blusa se le pegaba en la espalda por causa del sudor. Entró al Mini Cabrio y lo primero que hizo fue activar el aire acondicionado. Se abrió el cuello de la blusa para masajearse el cuello y se le escapó una sonrisa cuando recordó el momento en el cual su ahijado le había apretado el dedo con sus pequeñas manitas. No parecía posible que una criatura así de frágil se hubiera aferrado a ella con tanta fuerza. Se moría de ganas de ver la cara que pondría Mikael al verlo por primera vez. Metió la llave en el encendido y miró a través del espejo retrovisor para cerciorarse de que la salida estuviese despejada. Un utilitario azul con los vidrios polarizados pasó muy despacio junto a ella. Tuvo la extraña sensación de que era observada. De repente, la ventanilla del lado del acompañante se deslizó hacia abajo y alguien sacó una pistola. Greta alcanzó a arrojarse al piso justo antes de que el disparo se estrellase contra el cristal trasero de su coche y lo hiciera pedazos. Se quedó allí abajo, inmóvil, arrebujada entre el asiento y los pedales mientras se cubría la cabeza con las manos y el corazón le subía por la garganta. Cuando escuchó el chirrido de la camioneta que se

alejaba a toda velocidad del estacionamiento, recién pudo recuperar el aliento.

Esperó unos minutos antes de incorporarse. Lo hizo con lentitud mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que había pasado el peligro. Se asomó por la ventanilla; no había rastros del utilitario azul. El impacto de la bala había hecho un agujero también en el cristal delantero, a la altura de su cabeza. Habría muerto si no hubiera reaccionado a tiempo. Un escalofrío le bajó por la espalda. Con las manos temblorosas, hurgó en su bolso hasta hallar el móvil; lanzó una maldición al aire cuando el aparato se le cayó al piso. Cerró los ojos y respiró profundo, no ganaba nada si se ponía nerviosa, lo peor ya había pasado. Cuando recuperó el teléfono, su mente quedó en blanco un instante. No era prudente llamar a su padre y contarle que habían intentado matarla. Temía por su salud, ya que semejante noticia podría ocasionarle un infarto. Por ese mismo motivo, Nina tampoco era una buena opción porque no iba a ser capaz de mantenerlo al margen de lo ocurrido. Mikael era su última posibilidad; aun así, vaciló antes de llamarlo. Cuando le contase que alguien le había disparado, se aseguraría de que ya no metiera las narices en los asuntos de la policía. Lo conocía y sabía que también era capaz de prohibirle que saliera de la casa. ¿Y si no se lo contaba a nadie?, se preguntó. No parecía la resolución más sensata. Si querían asesinarla, lo volverían a intentar hasta conseguir su cometido. Se tranquilizó al pensar que solo deseaban darle un susto. Si en efecto era así, solo significaba una cosa: estaba cerca de la verdad.

Aunque nadie en los alrededores parecía haberse percatado del disparo todavía, sabía que tenía que reportar lo ocurrido. En ese preciso momento, se le cruzó otra alternativa por la cabeza. Buscó el número de Niklas entre los contactos del teléfono y lo llamó.

## CAPÍTULO XXV

No bien recibió la llamada de Niklas, Mikael abandonó la vigilancia en el Paradis y partió rumbo al hospital. Cientos de imágenes perturbadoras se le cruzaron por la mente mientras conducía a toda velocidad por las calles del pueblo. Había bastado que el detective mencionase el nombre de Greta y la palabra disparo en la misma oración para que se volviera loco. Acató al pedido de la propia Greta y no le había avisado nada a Karl todavía. Miriam, en desacuerdo con esa decisión, le dijo que cuanto antes enviasen a los peritos al lugar, mejor. El incidente había ocurrido en un lugar público y era menester acordonar la escena para recolectar evidencias que ayudasen a dar con la identidad de la persona que había disparado contra la hija del inspector Lindberg. Durante buena parte del trayecto, ella no se cansó de repetir que debían informar de lo ocurrido a sus superiores. Mikael estaba de acuerdo con ella, pero lo único que le importaba era el bienestar de Greta.

Giró con brusquedad por Moragatan y no dejó de apretar el acelerador hasta llegar al estacionamiento. Ya desde lejos divisó el Lexus de Niklas. Un par de metros adelante, estaba el Mini Cabrio con la puerta del lado del conductor abierta y el cristal trasero hecho añicos en el suelo. Descendió del coche y el corazón le dio un vuelco en el pecho cuando vio a Greta abrazada a Niklas. Acortó la distancia que los separaba con apenas un par de largos pasos. Ambos se dieron vuelta cuando lo oyeron acercarse y Greta corrió hacia él y se arrojó a sus brazos. Miriam se detuvo para observar la escena desde lejos. Se le formó un nudo en la garganta al comprender que, a pesar de sus reiterados y vanos intentos de seducir a Mikael, jamás habría podido romper el lazo que lo unía a Greta. Le bastó ver cómo la apretaba entre sus brazos para abandonar cualquier plan de conquistarlo.

Mikael, imposibilitado de pronunciar palabra debido a la emoción, permaneció en silencio. Acurrucó a Greta contra el pecho porque necesitaba tenerla así aunque solo fuese por unos cuantos segundos. Imaginarse que algún loco había estado a punto de arrebátarsela le provocó escalofríos. Inhaló profundo y luego expulsó el aire con

fuerza; ya podía volver a respirar con normalidad. Le besó la frente mientras hundía las manos en la melena alborotada y luego la apartó para observarla de arriba abajo y asegurarse de que no la habían lastimado.

—¿Estás bien, pelirroja?

Greta lloraba y él le secó las lágrimas con la yema de los dedos.

—Sí, la bala ni siquiera me rozó.

—Estás viva de milagro —manifestó Niklas y señaló el agujero en el cristal a la altura del asiento del conductor—. Agradece que tienes buenos reflejos y lograste esquivar el disparo, si no, el resultado habría sido otro. —No le importaba sonar alarmista ni asustarlos más de lo que ya estaban. Greta no podía involucrarse más de esa manera en una investigación policial. Había vuelto a arriesgar la vida y esa vez casi no lo contaba.

—Kellander tiene razón, pelirroja —concordó Mikael—. No sabes lo que sentí cuando me llamó para avisarme lo que había ocurrido. —Greta pensó que iba a recriminarle el hecho de que no lo hubiera llamado primero, pero él continuó con el discurso—. ¿Cómo hago para que entiendas de una buena vez que jugar a la detective puede ser peligroso? No quiero volver a pasar por esto nunca más. —No fue una expresión de deseo, sino una seria advertencia—. ¿Te imaginas lo que va a decir tu padre cuando lo sepa?

—¿Es necesario decírselo?

Mikael la tomó de los hombros y la fulminó con la mirada.

—Greta, es imposible que Karl no se entere. Acaban de dispararte, por lo tanto, el estacionamiento del Lassarets, así como también el Mini Cabrio, son parte de la escena de un crimen ahora. Vendrán los peritos para recolectar evidencias y a nosotros nos tocará interrogar a los posibles testigos, si es que hubo alguno. —Greta contempló a Miriam. Ni siquiera habían intercambiado un saludo todavía—. Vas a tener que declarar todo lo que sabes.

—Pero yo no sé nada. Tampoco alcancé a ver quién me disparó.

—O sabes demasiado y por eso quieren eliminarte —terció Niklas mientras se aflojaba el nudo de la corbata.

Greta, algo confusa, lo miró.

—Todavía no he logrado descubrir quién está detrás de los crímenes de Elin y de Sigvard —le aclaró.

—Pero, al igual que la policía, tendrás tu propia lista de sospechosos.

—¿Crees que uno de ellos intenta asesinarme? —La posibilidad de que Stephan o su amante querrían sacarla del medio le heló la sangre, hacía apenas unas horas que había almorzado con él en el Korsnäsgråden. ¿Acaso Lotta lo habría descubierto y,



por celos, había decidido eliminarla como había hecho con Elin?, se preguntó. Aunque la teoría no tenía bastante asidero, era la única que se le ocurría por el momento. También cabía la posibilidad de que no fuera Lotta, sino Stephan. Antes de marcharse del restaurante, le había dicho que Hanna estaba a punto de dar a luz, por lo tanto, él sabía dónde encontrarla.

—¿En qué piensas?

—Sospecho de las mismas personas que sospecha la policía, Mikael.

—Sí, pero es imposible que Bringholm o Lotta Stærmose te hayan disparado —le aseguró—. Miriam y yo hemos seguido a tu ex durante todo el día y Nina y Cerebrito hicieron lo mismo con su amante hasta hace apenas media hora. Ninguno de los dos tuvo tiempo para venir hasta aquí y dispararte.

Greta se mordió el labio. Mikael entonces la había visto reunirse con Stephan en el Korsnäsgråden. ¿Por qué no se lo había mencionado cuando hablaron esa tarde por teléfono?

—Con respecto a Stephan...

—Hablaremos de ese otro asunto más tarde. Ahora será mejor que te marches a casa. Después de lo que pasó, necesitas descansar y mantenerte ocupada en algo más acorde a tu rubro —le sugirió—. Tienes encima la presentación de la novela de Pernilla, también las clases de Josefine Swartz y, como si fuera poco, acaba de nacer tu ahijado. Deja la investigación policial en nuestras manos. No quiero volver a repetírtelo, ¿has entendido?

—Sí, lo entendí. ¿Me llevas tú?

Mikael miró a Niklas. En un momento crítico como ese, sus absurdos celos no tenían razón de ser. Además, había notado el inusitado interés de la doctora Schenker por el detective cuando, esa tarde, al pasar por el consultorio, le había preguntado por él.

—Te irás con Kellander. —Vio que Niklas asentía con la cabeza—. Seguro que tu padre te espera en casa para darte un abrazo y soltarte otro de sus sermones. Espero que sean más efectivos que los míos. —Y antes de que ella dijese algo, agregó—: Se lo conté a Nina primero para evitar cualquier contratiempo. Apenas se lo informó a tu padre, me llamó para avisarme que más allá del impacto de la noticia, él estaba bien. Lo único que quería era venir hasta aquí para comprobar con sus propios ojos que no te habían lastimado, pero ella logró persuadirlo de que no lo hiciera y le minimizó los hechos para que se quedase tranquilo.

A Greta se le encogió el corazón. Por culpa de ella, su padre podría haber tenido una recaída. No se merecía que la quisiera tanto, tampoco que se preocupara de esa manera por ella. En su afán por jugar a la detective aficionada, se olvidaba de que,

muchas veces, su imprudencia traía consecuencias nocivas a todos lo que la rodeaban.

Dejó que Mikael le diera un último abrazo y se subió al Lexus de Niklas. Cuando sus ojos se toparon con los de Miriam, la saludó con un suave movimiento de cabeza, gesto al que la sargento respondió apenas con una tibia sonrisa.

\* \* \*

Niklas apagó el motor del Lexus para contemplar el complejo de cabañas a sus anchas. Llevaba más de veinticuatro horas en el pueblo y ya no podía posponer más el reencuentro con su padre. A esa altura, incluso, era posible que él ya estuviera al tanto de su llegada. Después de ver fotografías del Paradis en la web, se complació de que el trabajo y el esfuerzo que había hecho su padre hubiera valido la pena. Desde su posición, tenía una vista privilegiada de la enorme piscina en forma de riñón que se había construido especialmente para aprovechar una de las zonas arboladas de la propiedad. Aunque faltaban un par de horas para que anocheciera, muchos de los huéspedes del complejo se divertían y buscaban alivio a las altas temperaturas al zambullirse en el agua.

Había una cabaña de dos plantas pegada al edificio principal. Sabía que allí era donde se habían instalado su padre y Vibeke apenas abandonaron Estocolmo. No era una construcción lujosa, sin embargo, los gruesos troncos y las ventanas con hojas de madera pintadas de blanco la hacían lucir muy acogedora. No se parecía en nada al apartamento en el cual su padre había pasado los últimos treinta años de su vida.

Respiró hondo. No tenía sentido permanecer más tiempo en el interior del Lexus. Si había sido capaz de tragarse su orgullo e ir hasta allí con la única intención de intentar reconciliarse con él, no podía vacilar en su propósito a último momento.

Se bajó del vehículo y rápidamente logró atraer la atención de un par de señoras de muy buen ver que descansaban junto a la piscina. Cuando se dio cuenta de que era objeto de su admiración, se dio vuelta y les guiñó el ojo; como respuesta, ambas mujeres le dedicaron una sonrisa. Sin prisa alguna, Niklas se dirigió a la cabaña. Mientras avanzaba por el sendero de grava, repasaba en su mente una y otra vez lo que le diría a su padre apenas lo tuviese enfrente. Esperaba que el impacto de verlo aparecerse allí, sin previo aviso, no provocara un nuevo conflicto entre ellos.

Estaba a punto de anunciar su llegada cuando escuchó la voz de su padre al otro lado de la puerta.

—¿Por qué no has hablado todavía con la policía, Vibeke?

Advirtió que estaba enojado y prefirió esperar.

—¡Ya te he dicho que con la enfermedad de la niña se me olvidó! —le espetó ella

a los gritos.

—¿Cómo puedes olvidarte de algo así? La inocencia de ese hombre puede estar en tus manos. Debes contarle al teniente Stevic que viste a Stephan Bringholm en el estacionamiento la noche en la que desapareció su novia.

—No quiero involucrarme en un asunto tan escabroso, Ejnar —manifestó, un poco más calmada.

Su padre guardó silencio durante un instante antes de volver a retomar la discusión.

—Vibeke, tu testimonio podría ayudar a resolver el caso, o al menos descartaría al novio de la víctima como sospechoso. No puedes permitir que el verdadero culpable se salga con la suya. Mañana mismo te acompañaré a la comisaría para que cuentes lo que viste.

—¡No voy a hacerlo, Ejnar! ¡No puedes obligarme!

Aunque la puerta le impedía verla, se imaginó a Vibeke en medio de un ataque de histeria.

—¿Por qué demonios no quieres colaborar con la policía?

—¡Porque ese hombre no se merece que nadie haga nada por él! ¡Tiene que recibir su castigo!

Por la manera en la que hablaba de Stephan, Niklas tuvo la sensación de que ella lo conocía.

—¿Qué quieres decir con eso, Vibeke?

—Nada, Ejnar. Es solo que escuché a una de las amigas de Elin decir que la golpeaba. Un hombre así es capaz de cualquier cosa y yo no quiero tener nada que ver con él.

—Cariño, entiendo que no apruebes la conducta de Bringholm, pero el hecho de que haya maltratado a su novia no lo convierte en un asesino.

¿Por qué la novia de su padre se negaba a contar lo que sabía? No creía que fuese por el rechazo que sentía hacia Stephan y su conducta violenta. Allí había gato encerrado y aprovecharía su breve estadía en Mora para averiguar lo que sucedía.

Se dio vuelta de un sopetón cuando alguien le tironeó la manga de la camisa.

—Hola.

La hija de Vibeke Pålsson lo miraba con esos enormes ojos verdes mientras se rehusaba a soltarlo. Llevaba un sombrero de paja que le quedaba grande y le cubría buena parte del rostro. En la mano izquierda sostenía un loro de peluche.

—Hola, Cilla. ¿Cómo estás? ¿Te acuerdas de mí?

La niña apretó los labios y asintió con la cabeza. Luego se puso seria y respondió:

—Eres el hijo mayor de papá.

A Niklas le causó asombro que se refiriera a su padre en esos términos; era la primera vez que lo llamaba «papá» delante de él. Estaba sorprendido, pero no le molestaba. No tenía nada en contra de la pequeña, era a su madre a quien no terminaba de descifrar, sobre todo después de haberla escuchado discutir con su padre por no querer testificar a favor de Stephan. Se soltó y le hizo una reverencia.

—¿Entramos, señorita?

Cilla se cubrió la boca con la mano cuando, tras apretar la perilla que el loro de peluche tenía en la espalda, empezó a repetir lo que acababa de decir Niklas. Los dos se rieron a carcajadas.

Atraídos por el bullicio, Ejnar y Vibeke salieron al porche para ver con quién estaba la niña. Él y su padre intercambiaron miradas en silencio.

—¡Niklas, qué sorpresa! —exclamó Vibeke al tiempo que se ocupaba de apartar a Cilla de él. La niña opuso resistencia, pero ella casi la obligó a entrar a la cabaña—. ¿Por qué no avisaste que vendrías? Habríamos preparado algo especial. No deberías presentarte así de sopetón.

Él ni siquiera se molestó en responderle.

—¿Cómo estás, papá? —La presencia de Vibeke le impedía expresar lo que de verdad sentía.

Tenía ganas de abrazarlo y pedirle perdón por su egoísmo; sin embargo, no le daría el gusto a esa mujer de reírse luego a sus espaldas. Sabía que se encontraba frente a una impostora y no tardaría en quitarle la máscara.

—¿Cuándo has llegado, Niklas? —preguntó Ejnar, embargado por la emoción de ver a su hijo después de varios meses en los que apenas se habían mantenido en contacto por teléfono.

—Ayer por la tarde, papá.

—¿Y te apareces recién ahora? Vibeke tiene razón, si hubieras avisado con tiempo, te habríamos preparado la habitación de huéspedes para que te quedaras con nosotros.

—No hace falta, me hospedo en el hotel Siljan.

—¿Hasta cuándo piensas quedarte?

Niklas miró a la novia de su padre. Era evidente que su inesperada llegada al pueblo la había molestado.

—No tanto como querría. Me han otorgado solo unos pocos días de vacaciones y decidí pasarlas en Mora. Espero no haber importunado a nadie con mis planes.

—No, hijo, por supuesto que no. Nos encanta tenerte aquí. —Le palmeó la espalda y lo invitó a entrar.

Vibeke se movió para que pudieran pasar y permaneció en el porche un poco más.

Se tomó todo el tiempo del mundo para ir detrás de ellos; cuando lo hizo, todavía curvaba los labios en una sonrisa que Niklas sabía muy bien no era sincera.

\* \* \*

Greta había acondicionado un rincón en el patio para trabajar en la cuna que habían comprado para el pequeño Viggo. Tenía planes de aprovechar las últimas horas de luz solar para terminarla. Su padre acababa de marcharse y Mikael había llevado a *Miss Marple* al consultorio de la doctora Schenker para que le administrara el antibiótico. Aunque había insistido en que podía quedarse sola en la casa, las tías de Mikael, más tozudas que ella, se negaron a apartarse de su lado. Tanto Gloria como Adele continuaban impactadas por lo ocurrido en el estacionamiento del hospital y le habían prometido a su sobrino que cuidarían de Greta durante su ausencia.

Ella tampoco había logrado superarlo, sin embargo y, para tranquilidad de los que la rodeaban, fingía que todo estaba bien. No pudo evitar que se le aguasen los ojos cuando recordó el abrazo que le había dado su padre apenas la vio después del disparo. Dejó el pincel encima del tarro de laca y se enjugó las lágrimas con un paño de algodón. No recibió de su parte ni un reproche, ni un sermón; Karl, completamente devastado por la terrible posibilidad de perderla, le había suplicado que se mantuviese al margen de la investigación. Cuando le dijo, con la voz quebrada, que su corazón no iba a poder soportar que algo malo le ocurriera, Greta no tuvo más opción que prometerle que ya no se metería con el trabajo de la policía. Había roto la misma promesa tantas veces, que no fue suficiente con su palabra. Delante de ella y, sin pedir su consentimiento, él y Mikael resolvieron que Greta no podía salir a menos que alguien la acompañara. Hasta que no descubriesen quién había intentado asesinarla, solo se movería entre la casa y la librería. Por supuesto, la pelirroja no estuvo de acuerdo con esos planes, pero ni siquiera le dieron la oportunidad de quejarse.

Le dio las últimas pinceladas a la cuna y se puso de pie para contemplarla desde lejos, la laca hacía que la madera cobrase vida. Era de una tonalidad rojiza y el artesano le había calado unos arabescos en forma de flores en la cabecera. Las tías de Mikael, encantadas de colaborar con el obsequio, se habían ocupado de bordar unas sábanas blancas con pajaritos de diversas formas y colores. Completaría el ajuar, una manta de lana adornada con cintas de raso, que Sue Ellen Carlisle había tejido mientras llevaba a Greta en su vientre. Después de haber estado guardada por tantos años en el fondo del armario, ya era hora de que tuviese un destino mejor.

Juntó los enseres de pintura y dejó la cuna en el patio para que terminara de secarse durante la noche. Hanna abandonaba el hospital a la mañana siguiente, pero

había acordado con Lasse que Mikael y ella pasarían por el apartamento temprano para que su amiga se encontrara con la cuna apenas llegase. También le había pedido a su primo que, por el momento, no le mencionase nada a Hanna sobre el atentado del cual había sido víctima apenas unos cuantos minutos después de que diera a luz a su niño.

—¡Greta! ¡Greta!

Sonrió al escuchar el parloteo de *Miss Marple*. Se quitó el pañuelo que le cubría la cabeza y atravesó el patio en dirección a la cocina. Lo primero que hizo fue darle un beso en el pico a modo de bienvenida.

—¿No hay nada para mí? —protestó Mikael mientras se disponía a sacar una lata de cerveza del refrigerador.

Greta dejó a la lora y avanzó hacia donde estaba él. Antes de que se llevara la Crocodile a la boca, ella se colocó en puntas de pie, le tomó el rostro con ambas manos y le mordió el labio superior antes de besarlo. Se apartó con rapidez y lo dejó con ganas de más.

—¿Eso es todo, pelirroja?

Ella le sonrió y volvió con *Miss Marple* para que bebiese un poco de agua. Mikael entonces aprovechó para contemplarla a sus anchas. Llevaba unos pantalones cortos y una vieja camiseta con la imagen de Evergrey estampada en el pecho, se había recogido el cabello en lo alto de la cabeza y se le formaban unos cuantos rizos en la nuca. Habían transcurrido algunas horas desde el atentado que había sufrido en el Lassarets y el miedo a perderla se había vuelto insoportable. No le importaba que Greta pensara que la decisión que habían tomado para protegerla fuese exagerada, si fuera por él, no volvería a abandonar la seguridad de su casa hasta que todo se resolviese. Nadie en la comisaría dudaba de que el disparo que había recibido Greta guardaba una relación directa con los homicidios de Elin y de Sigvard. No haber descifrado aún quién estaba detrás de todo ese macabro plan era lo que más le preocupaba. Ya sabían que ni Stephan ni su amante habían tenido la oportunidad de efectuar el disparo, por lo que tenían que centrarse en otros posibles sospechosos.

—Hanna deja el hospital mañana temprano —le recordó.

—Lo sé, y la esperaremos con el regalo en el apartamento, como habíamos planeado.

Greta asintió y luego se quedó callada. Cuando *Miss Marple* se acercó para pedir unos mimos, le hundió el dedo en el plumaje y le acarició la cabeza.

—Cambia esa cara, pelirroja. —Mikael apartó una silla y se sentó junto a ella—. No puedes culparme a mí o a tu padre por querer cuidarte.

Ella lo miró directo a los ojos.

—No los culpo. Sé que todo lo que hacen es por mi propio bien, por eso prometí no cometer ninguna imprudencia.

—Pero...

Greta soltó un bufido.

—No me gusta estar encerrada, mucho menos aislarme de todo lo que sucede a mi alrededor. ¡No es justo que yo tenga que esconderme y el asesino se pasee a sus anchas por el pueblo! —se desahogó y levantó considerablemente la voz, lo que provocó que *Miss Marple* se asustara.

Mikael le apretó la mano.

—Por supuesto que no es justo —concedió—. Sin embargo, mientras ese loco siga suelto con la clara intención de sacarte del medio, vas a quedarte en casa y atenderás la librería como lo has hecho hasta ahora. Solo saldrás si es de verdad necesario y lo harás acompañada. Si no estás dispuesta a obedecer las reglas que impuso tu propio padre, entonces nos veremos obligados a enviar a un agente para que monte guardia aquí fuera las veinticuatro horas del día.

Greta ni siquiera tuvo ánimos de protestar. Permanecer encerrada o salir siempre con alguien no era lo que más le molestaba, era la falta de noticias del caso lo que empezaría a echar de menos. Ella misma había escuchado cuando su padre le prohibió terminantemente a Mikael que le contara sobre los avances de la investigación, y ni siquiera podía contar con la complicidad de Niklas, ya que apenas se puso en contacto con él para obtener información, el detective se negó de manera rotunda a contrariar las órdenes que le había dado su padre.

Resignada a que por el momento no podría salirse con la suya, prefirió pasar un rato con *Miss Marple* antes de preparar la cena.

## CAPÍTULO XXVI

Mikael intentaba concentrarse en el camino, pero no era sencillo hacerlo porque cada vez que le echaba un vistazo a Greta, descubría que tenía una eterna expresión de perro rabioso instalada en el rostro.

—¿Qué sucede, pelirroja? Pensé que esta mañana despertarías de mejor humor —comentó para suavizar la situación—. Si todo sale como lo planeamos, llegaremos al apartamento a tiempo para instalar la cuna en la habitación de Viggo y sorprender a Hanna. —Miró el reloj—. A esta hora, Lasse ya debe de estar en el hospital. Me hace mucha ilusión conocer a tu ahijado, Greta. Dime, ¿se parece a Hanna o ha heredado los rasgos de tu primo? —Advirtió que ella empezaba a ceder. Era evidente que hablar del pequeño Viggo le cambiaba el humor.

—Se parece a Hanna, aunque tiene los ojos de Lasse —respondió sin siquiera mirarlo. Prefería enfocar su atención en las calles del pueblo, que a esa hora de la mañana todavía no estaban plagadas de turistas.

—Lasse no hace otra cosa que hablar de su hijo. Anoche, cuando lo llamé por teléfono para ponernos de acuerdo a qué hora deberíamos ir para que todo saliera según lo previsto, me contó que el bebé, después de alimentarse, se durmió en su pecho mientras le apretaba el dedo. ¡Incluso me dijo que ya había estrenado la camiseta del IFK Mora! —Consiguió que Greta esbozara una sonrisa—. Supongo que es normal sentirse así de eufórico tras la llegada del primer hijo.

Se miraron durante un momento, pero ella fue incapaz de hacer algún comentario acerca de lo que acababa de decir. Estaba demasiado ofuscada como para tratar un tema tan delicado. Por fortuna, el móvil de Mikael empezó a sonar y la salvó de tener que abrir la boca.

—Stevic.

Mikael empezó a responder con monosílabos, como si tratara de evitar que ella oyera más de la cuenta. Greta supo de inmediato que la llamada tenía que ver con la investigación. Parecía que en esa ocasión, él tenía toda la intención de cumplir las



exigencias de su jefe a rajatabla, si hasta se había abstenido de indagar sobre su encuentro con Stephan en el restaurante para no tener que mencionar el caso.

Cuando terminó de hablar, se metió el teléfono en el bolsillo de la camisa y encendió la radio para evadir cualquier intento suyo de sacarle información. Greta reaccionó, se cruzó de brazos y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento. Una canción de los Rolling Stones sonó en la emisora que había seleccionado Mikael y casi sin darse cuenta empezó a tararearla en voz baja. Aunque se moría de ganas de preguntarle qué le habían dicho desde la comisaría, se mordió los labios para controlarse. No importaba las veces que ella arremetiera con lo mismo, el rudo teniente Stevic no iba a desistir.

Llegaron al apartamento de los flamantes papás poco después de las ocho. Lasse les había dejado una copia de la llave y contaban con el tiempo suficiente para preparar todo antes de que Hanna y el pequeño Viggo aparecieran. Mikael bajó primero, se dirigió hasta el maletero y bajó la cuna. Greta, por su parte, se ocupó de llevar las sábanas bordadas a mano y la manta de lana que había sido suya cuando era niña. En la planta baja se cruzaron con uno de los antiguos vecinos de Mikael que se detuvo para saludarlo. El ascensor estaba vacío. Con la cuna y los demás enseres que cargaban, apenas había espacio para ellos dos. No se dijeron nada, pero sus miradas se encontraron en el espejo en más de una ocasión.

Ya en el interior, Greta condujo a Mikael hasta la habitación del niño y le indicó dónde ubicar la cuna.

—¿Te parece bien aquí o tal vez quedaría mejor más cerca de la ventana?

Ella observó a su alrededor para cerciorarse de que ese era el sitio indicado. Estaba en el centro de la habitación y le daba la luz del sol a pleno.

—Es perfecto.

Se acercó para terminar de armar la cuna. Mientras envolvía el suave colchón de plumas de ganso con las sábanas bordadas, podía sentir los ojos de Mikael clavados en su nuca. Emocionada, acarició la manta que había tejido su madre y, al darse vuelta, se topó de frente con él.

—¿Hasta cuándo me tratarás así, pelirroja? —quiso saber.

—¿Vas a contarme qué fue lo que te dijeron por teléfono? —retrucó.

—Si esa es tu estrategia para conseguir que suelte la lengua, no va a funcionar —le advirtió—. Te mantendré alejada del caso aunque para hacerlo tenga que soportar tu malhumor. Karl cuenta conmigo y no voy a defraudarlo.

Y con esas palabras, que a Greta le sonaron a sentencia, él dio por terminado el asunto de una vez por todas.

La intransigencia que había mostrado hasta ese momento desapareció de un

plumazo cuando Hanna por fin llegó y le mostró a su hijo. Aunque al principio se resistió, el rostro de Mikael se transformó por completo apenas ella se lo puso en los brazos. Greta incluso se atrevió a jurar que había estado a punto de derramar una lágrima cuando el pequeño Viggo empezó a bostezar. Siguió las instrucciones de Lasse y le colocó una mano detrás de la cabeza para arrullarlo con suavidad hasta que los párpados se le cerraron.

Tanto Hanna como Lasse ponderaron su habilidad para lograr que el niño se quedara dormido. Greta, en cambio, se quedó asombrada por lo cómodo que parecía sentirse con un bebé entre los brazos. Se le aguaban los ojos de imaginárselo en una escena similar con su propio hijo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Hanna y la apartó de los hombres para hablar con su amiga en privado. La emoción que embargaba a Greta le impidió abrir la boca—. Le sienta bien arrullar a un niño en los brazos, ¿no crees? —Ella asintió—. Deberías manifestarle cuanto antes las ganas que tienes de convertirte en madre, Greta. ¿No te basta ver con qué ternura trata a mi hijo para terminar de convencerte de una vez por todas de que él desea lo mismo?

Greta no se cansaba de contemplar a Mikael, que se había sentado en el sillón porque, aunque Viggo no pesaba demasiado, sus brazos faltos de costumbre se le empezaban a aflojar. Era imposible no dejarse llevar por un intenso sentimiento de ternura al verlos juntos.

—Lasse y yo hemos pensado mucho —dijo Hanna y le tocó el hombro a Greta para captarle la atención—. Aunque la primera opción para ser padrino de Viggo era mi padre o el suyo, decidimos evitar cualquier conflicto de celos entre ambos abuelos y se lo vamos a pedir a Mikael. ¿Crees que le gustará la idea?

Greta ya sabía la respuesta. Era más que evidente que, en apenas unos pocos minutos, el pequeño Viggo se había ganado el corazón de Mikael.

—¿Cuándo se lo van a proponer? —preguntó, entusiasmada con la idea de compartir el padrinazgo con él. Podría ser un excelente punto de partida para pensar en la posibilidad de un hijo propio.

Hanna sonrió.

—Creo que no hay por qué esperar. —Fue hasta donde estaba Lasse y tras susurrarle algo al oído, se sentó junto a Mikael—. Si estás cansado, solo tienes que decírmelo.

—Estoy bien —dijo Mikael sin apartar los ojos del bebé.

—Tenemos una propuesta que hacerte. —Extendió el brazo y le pidió a Lasse que se acercara. Greta, en cambio, seguía firme en su sitio y contemplaba la escena con lágrimas en los ojos.

—¿Por qué tanto misterio? —preguntó e indagó en sus rostros para buscar la razón que se ocultaba detrás de esas enigmáticas palabras. Se le formó un nudo en la garganta cuando descubrió que Greta hacía lo imposible para que él no se diera cuenta de que lloraba.

—A Lasse y a mí nos encantaría que tú fueras el padrino de nuestro hijo —le soltó al tiempo que acariciaba la cabeza de Viggo.

Todos fueron testigos de cómo el teniente abría la boca en un gesto de perplejidad.

—¿Yo, padrino de su hijo?

Volvió a mirar a Greta, ya con la certeza de que ella ya estaba al tanto de lo que planeaban su amiga y su primo.

—Sí, Mikael —afirmó Lasse—. Después de elegir a Greta, creemos que tú eres nuestra mejor opción. Además, tienes que saber que si aceptas, evitarás que se desate una nueva pelea entre los abuelos de Viggo.

—Mi padre piensa que tiene todo el derecho de ser el padrino —intervino Hanna—. Por supuesto, mi encantador suegro opina exactamente lo mismo. Si nombramos a alguien más, acabaremos con el conflicto antes de que ellos decidan comenzar.

Explicado de esa manera, parecía que Mikael era su última opción, sin embargo, estaba lejos de la verdad. Ni Hanna ni Lasse dudaban de que tanto él como Greta serían los mejores padrinos del mundo.

—Eso sí —manifestó la rubia y apuntó a Mikael con el dedo índice—. La proposición que Lasse y yo acabamos de hacerte no es totalmente desinteresada.

—Hanna, no —le pidió Greta. La conocía demasiado bien como para darse cuenta de lo que pretendía.

Ella hizo caso omiso a esas palabras.

—Queremos... No, exigimos —se corrigió— que cuando Greta y tú tengan a su primer hijo, seamos nombrados sus padrinos.

Mikael observó a Greta y advirtió el gesto de reproche que le hizo a su amiga. También era evidente que ese asunto ya lo habían conversado entre ellas. Por un segundo se le cruzó por la cabeza la idea de que Greta estuviese ya embarazada y no se atreviera a contárselo todavía, le temblaban las piernas de tan solo imaginárselo. Consternado por semejante posibilidad, le entregó el bebé a Hanna y se puso de pie.

—¿Qué dices, Mikael? ¿Aceptas ser el padrino de Viggo? —insistió en saber Lasse.

Él había olvidado que aún aguardaban una respuesta. Se dio vuelta hacia él y le dio una palmada en la espalda.

—Por supuesto, Lasse. Les agradezco que hayan pensado en mí; haré todo lo posible para ser el mejor padrino que el pequeño Viggo pueda tener. —Le dio un

abrazo, contempló una vez más al niño y luego se aproximó a Greta—. ¿Hay alguna cosa que quieras decirme?

Ella se sintió intimidada cuando se le plantó de frente y la fulminó con su mirada azul intensa. Por encima del hombro vio cómo Lasse, que se había percatado de que ellos necesitaban privacidad, llevaba a Hanna a la habitación de Viggo para mostrarle la cuna. Ella intentó hacer lo mismo, pero Mikael la tomó del hombro y se lo impidió.

—No sé a qué te refieres.

—¿De verdad no lo sabes o solo tratas de evadirme? —La soltó cuando se dio cuenta de que la incomodaba con su actitud.

—Ya deberías estar acostumbrado a las bromas de Hanna —le dijo al sentirse incapaz de someterse a un interrogatorio.

—No me pareció que bromeara —concluyó Mikael.

Como si la hubiera llamado con el pensamiento, en ese preciso instante Hanna apareció en la sala y casi se interpuso entre ambos.

—¡Es hermosa la cuna, Greta! —exclamó y le dio un fuerte abrazo. Luego hizo lo mismo con Mikael—. Hemos recibido varios presentes durante los dos últimos días, pero sin dudas el de ustedes es el más bonito.

—Mis tías bordaron las sábanas en un tiempo casi récord —comentó Mikael y curvó los labios en una sonrisa cargada de orgullo.

—Y la manta era mía —intervino Greta—. La tejó mi madre cuando estaba embarazada de mí.

Hanna frunció el entrecejo.

—¡Oh, Greta! No deberías haberte desprendido de ella si es un recuerdo de Sue Ellen. —Miró de soslayo a Mikael—. Tal vez deberías conservarla para cuando te haga falta.

Greta no quería volver a lo mismo, cualquier comentario que hiciera Hanna acerca de una posible maternidad sería malinterpretado por Mikael. Fue suficiente ver la expresión de su rostro para advertir que él ya se imaginaba lo que no era.

—Quería que mi primer ahijado la tuviera —manifestó y le lanzó una mirada que solo ella era capaz de entender. Era la misma que solían hacerse mutuamente cuando se pedían con disimulo delante de terceros cerrar la boca.

—Si es lo que quieres, entonces no volveré a mencionar ese asunto —la tranquilizó y Greta supo que no hablaba solo de la manta que le había obsequiado.

—Me gustaría quedarme más tiempo, pero debo estar cuanto antes en la comisaría —dijo Mikael y echó un vistazo al reloj. Luego miró a Greta—. ¿Nos vamos?

—Supongo que pasar la mañana con mi amiga no es una opción plausible —replicó ella a sabiendas de que no se iría sin ella.

—Tú te vienes conmigo, pelirroja.

—Debes hacerle caso, Greta —terció Hanna a favor de Mikael—. Después de lo que pasó en el hospital, no puedes andar sola por ningún lado.

Ella le lanzó una mirada asesina a su primo, no había podido quedarse callado y esperar a que fuese ella quien se lo contara a Hanna.

—Lo siento, Greta, pero creí que tenía que saberlo —se defendió Lasse.

—¡Casi me da un síncope cuando me enteré! Fingí ignorar lo que había ocurrido para no enturbiar este momento de alegría, pero déjame decirte que me sentí muy ofendida de que no me lo hayas contado. Por eso ahora deberás seguir al pie de la letra todo lo que te indique la policía. ¿De acuerdo, amiga?

Greta estuvo a punto de protestar, pero se abstuvo. Hanna también se había confabulado en su contra para mantenerla al margen de todo lo que sucedía a su alrededor. Sentía como si estuviera atrapada en una burbuja de aire, donde nadie podía tocarla. ¿Hasta cuándo iba a tener que soportar esa situación?

\* \* \*

La segunda clase del taller de escritura creativa que brindaba Josefine Swartz en la librería volvió a ser un éxito. Los que ya habían asistido, se habían encargado de divulgar la noticia por el pueblo y los alrededores, por lo tanto, el cupo de ese jueves sobrepasó la capacidad del rincón de lectura. Para solucionar semejante contratiempo, Greta ofreció llevarlo a cabo en la librería, en la sección de clásicos, que era el más espacioso. A pesar de haber casi duplicado la cantidad de concurrentes, la escritora no se mostró demasiado conforme con esa decisión. Para que se le quitara el malhumor, Greta arrastró el sillón Chesterfield desde el rincón de lectura y lo colocó de frente a una de las vidrieras, para que desde allí tuviese una visión más completa de todo lo que ocurría tanto en el interior de Némesis como así también en la calle.

Aburrida, Greta trataba de concentrarse en el libro que leía, pero con la voz chillona de Josefine era imposible lograrlo. Ella se había quedado para atender a los clientes esa tarde, mientras, en el depósito, Lasse ordenaba la remesa de novedades que habían enviado el día anterior los proveedores de Estocolmo.

Cerró la novela de Patricia Hall y optó por releer lo que había anotado en el cuaderno rojo para tratar de descubrir si se le había escapado algún detalle. Después de haberse devanado los sesos durante un buen rato, llegó a la conclusión de que su único mérito como detective aficionada había sido poder conectar los homicidios de Elin y de Sigvard. Por lo demás, seguía por completo a ciegas; ni siquiera había podido establecer si el asesino era alguien de Mora o uno de los tantos turistas que

proliferaban por el pueblo desde hacía semanas.

La frustración aumentaba a medida que pasaban los días y ella ignoraba lo que ocurría con la investigación. Mikael no mencionaba nada que tuviese que ver con la comisaría; su padre y Nina hacían lo mismo. Niklas, de quien sospechaba que se mantenía al tanto del caso, apenas pasaba a verla porque estaba demasiado entusiasmado con su nueva conquista. La doctora Schenker y él habían hecho tan buenas migas, que incluso se había ofrecido, cada vez que hiciese falta, trasladar a *Miss Marple* hasta el consultorio veterinario para continuar con el tratamiento a base de antibióticos. Observó el reloj que colgaba junto a la puerta. Justo en ese momento, Niklas se encontraba con Ulla Schenker y ella esperaba con ansias el regreso de la lora, quien desde que había caído enferma demandaba más atención que de costumbre.

Cuando escuchó que la puerta de la librería se abría, esbozó una sonrisa. Niklas cargaba en la mano derecha la jaula con *Miss Marple*. En la izquierda llevaba un paquete de colores brillantes y un enorme moño rojo en forma de estrella.

—No te hagas ilusiones que el regalo no es para ti —fue lo primero que dijo al ver el brillo en los ojos de Greta.

Ella no se molestó en demostrar que sus palabras la habían desalentado.

—¿Es para la doctora Schenker? —le preguntó en cambio mientras rodeaba el mostrador para hacerse cargo de *Miss Marple*.

—No, le compré un obsequio a Cilla. A pesar de que su madre y yo tenemos nuestras diferencias, he congeniado de maravillas con la niña.

A Greta le complacía saber que se llevaba bien con ella. Aunque el mismo Niklas le había contado que la relación con su padre todavía era tirante, sabía que él creía que Vibeke era la culpable de todo. Le abrió la jaula a *Miss Marple* y le ofreció la mano para que se le subiera encima. Otra de las cosas que lamentaba de la situación injusta que le tocaba soportar esos días era el hecho de no haber podido hablar con Vibeke para sacarse la duda y comprobar que las sospechas de Niklas no fuesen infundadas.

—¿Quieres quedarte a cenar o tienes otros planes para esta noche? —preguntó al tiempo que trataba de que la lora no le quitara uno de sus pendientes.

Niklas se inclinó hacia delante, apoyó ambos codos en el mostrador y dejó encima el obsequio para Cilla.

—Acabo de pactar una cita con Ulla —dijo con una amplia sonrisa como si fuera todo un donjuán—. Iremos a cenar y después tengo planeado invitarla a dar un paseo por la orilla del lago.

—Suena bastante romántico para alguien que dejará el pueblo en apenas unos días —comentó Greta y se anticipó a lo que podría suceder una vez que Niklas regresara a

Estocolmo. ¿Qué sería entonces de la pobre doctora Schenker cuando él se marchara?

El comentario de Greta cambió el semblante de Niklas por completo.

—Es una salida informal, sin compromisos —le aclaró, quizá para sentirse mejor consigo mismo.

—¿Ulla piensa lo mismo?

El detective se encogió de hombros.

—Ella sabe que debo volver a la capital en unos días; si pretendiese algo serio conmigo, supongo que habría rechazado mi invitación, ¿no crees? Ulla es una mujer adulta y sabe lo que quiere.

—Sin embargo, las mujeres somos más sensibles que ustedes a la hora de enredarnos sentimentalmente con un hombre. Podrías romperle el corazón cuando la dejes —adujo y se burló de él al verle la expresión de desconcierto en el rostro.

—¿Tú crees? —Fue Greta la que se encogió de hombros en un gesto de incertidumbre—. Ulla me gusta mucho —se justificó.

—Tú también le interesas, Niklas. —Dejó a *Miss Marple* sobre el escritorio, se llevó ambas manos a la cintura y lo miró fijo—. ¿Sabes qué? Olvida lo que te he dicho. Sal con ella esta noche y diviértete todo lo que puedas sin pensar en lo que pasará mañana.

Él sonrió.

—Seguiré tu consejo, pelirroja.

—¡Perfecto! Pero permíteme hacerte una pequeña sugerencia.

—Soy todo oídos.

—No me llames «pelirroja», mucho menos, delante del teniente.

Ambos se echaron a reír a carcajadas, luego, cuando se dieron cuenta de que habían captado la atención de los concurrentes al taller de escritura, se quedaron en silencio, aunque contenían la risa. También lo hicieron porque habían llegado un par de clientes a la librería. Niklas recogió el paquete y, cuando se disponía a retirarse, se quedó casi petrificado al observar con atención a uno de los dos hombres que acababa de entrar.

Era un sujeto de cabello oscuro, con abundante barba y un *piercing* en la nariz. Llevaba unos *jeans* azules tan holgados que parecía que se le caerían de un momento a otro y una camiseta sin mangas con el nombre de una reconocida banda de heavy metal estampada en el pecho.

A Greta le recordaba a uno de esos raperos que salían en MTV. Lo observó cuando pasó delante de ellos y se dirigió a husmear entre los libros de uno de los estantes. Advirtió entonces que Niklas no le quitaba los ojos de encima. El extraño había conseguido que se quedara mudo.

—¿Ocurre algo?

Él la miró. Había una mezcla de estupor y rabia en sus ojos.

—Nada, Greta. Es que recordé que debo hacer algo importante antes de llevarle el regalo a Cilla. Nos vemos pasado mañana en la presentación del libro de Pernilla Apelgren. Dile a Josefine que no pude quedarme esta vez para saludarla —dijo y salió disparado hacia la calle sin darle siquiera la oportunidad de volver a abrir la boca.

Se preguntó por qué la aparición de ese sujeto había provocado que Niklas se hubiera marchado de manera tan abrupta. Era más que evidente que lo conocía, aunque el otro apenas había reparado en él al entrar a la librería. Comprendió que Niklas había preferido no darle ninguna explicación porque, como hacían todos durante los últimos días, quería mantenerla apartada de cualquier hecho relacionado con el caso.

Harta de ignorar qué demonios ocurría a su alrededor, resolvió desobedecer las órdenes de su padre y hacer lo que más le gustaba: entrometerse en la investigación.

Lo primero que hizo, fue dejar a *Miss Marple* en la jaula y acercarse hasta donde estaba el sujeto. Se acomodó unos mechones de cabello detrás de la oreja y puso su mejor sonrisa, esa con la que conseguía cualquier cosa.

—Buenas tardes, ¿puedo ayudarte? —Era mejor tratarlo de tú, ya que no parecía ser mucho mayor que ella.

Logró que se diera vuelta y, cuando lo hizo, le clavó la mirada. De inmediato, Greta experimentó rechazo hacia él. Fue una sensación inexplicable, como si hubiera una razón de peso para temerle.

—Una mujer bonita como tú seguro podrá ayudarme de muchas maneras —le soltó sin ningún reparo mientras apoyaba la mano en uno de los estantes y le sonreía.

Ella tragó saliva, pero tuvo el coraje suficiente como para devolverle la sonrisa.

—¿Buscas algún autor en particular?

—Me gusta mucho Mankell. En el sitio donde me encontraba tuve la oportunidad de leer todos sus libros.

—Asumo entonces que te gustaría la obra de un autor similar a él. —Greta intentaba hilar teorías a medida que lo escuchaba. Por lo que acababa de decir, lo más probable era que hubiera estado en un mismo sitio durante mucho tiempo, tal vez un hospital de salud mental o una prisión. La última opción la llevó a pensar en el hombre que Niklas aseguraba era el amante de Vibeke. Si en efecto se trataba de él, solo había una manera de confirmarlo—. Puedo recomendarte a varios si lo deseas. A propósito, ¿cuál es tu nombre?

—Me llamo Primus Roosmann ¿Tú eres Greta, verdad?

A ella se le reseco la garganta de golpe. Acababa de confirmar sus sospechas:



tenía frente a ella al hombre con el cual Vibeke había engañado a Ejnar Kellander. Sin embargo, lo que más le inquietaba era que supiese su nombre.

—Me topé con un grupo de adolescentes cuando paseaba cerca del lago, al preguntarles por alguna librería en el pueblo, me recomendaron la tuya.

Esas palabras lograron saciar su curiosidad solo a medias, ya que tuvo el fuerte presentimiento de que ese hombre no se había presentado en Némesis con la única intención de comprarse un libro.

## CAPÍTULO XXVII

El ambiente que se respiraba esa tarde de jueves en la comisaría era diferente, incluso podía decirse que los rostros de los detectives encargados de resolver las muertes de Elin y de Sigvard lucían más distendidos.

La primera pista importante había surgido durante las últimas horas y había arrojado como resultado un perfil de ADN masculino. Tras una minuciosa tarea en el laboratorio, uno de los expertos había conseguido aislar una muestra de tejido epitelial de la llave del museo. Era una traza diminuta, pero suficiente como para obtener un perfil genético completo. Cuando lo compararon con el ADN de Sigvard, no coincidió, por consiguiente, tampoco le pertenecía a Gotilda. Después de ingresar el patrón genético en la base de datos, no tuvieron que esperar mucho para obtener una correspondencia.

Al descubrir que se trataba de un exconvicto que ni siquiera residía en el pueblo, todos quedaron desconcertados, todos menos el teniente Stevic. Él se quedó mudo, pero de la sorpresa. Cuando Frederic Grahn mencionó el nombre de Primus Roosmann, recordó de inmediato de quién se trataba.

—¿Estás seguro? —preguntó Karl mientras asimilaba el vuelco que acababa de dar la investigación con las nuevas evidencias, que apuntaban, nada más y nada menos, que al supuesto amante de la mujer de Ejnar Kellander.

—El propio Niklas lo investigó hace unos meses cuando descubrió que se veía con Vibeke Pålsson, incluso tenía la firme sospecha de que todavía se frecuentaban aquí, en el pueblo.

—Sí, pero ¿qué tiene que ver ese sujeto con Elin Rosenberg o Sigvard Thorne? Según su expediente, luego de salir en libertad bajo palabra, ha vivido en Estocolmo desde octubre de 2014. Sabemos poco de él y no podemos establecer si posee vínculos con Söderhamn o con Mora —alegó Nina al repasar el informe de dos hojas que les habían enviado por fax desde la capital.

—Tal vez deberíamos hablar con el detective Kellander.

La que planteó la sugerencia fue Miriam. Aunque ya había hablado con el inspector para decirle que había decidido seguir su carrera policial en Estocolmo, no pudo negarse cuando le pidió que se quedara en Mora hasta resolver los dos crímenes que tenían en jaque a toda la comisaría.

Apenas un par de minutos después de que ella pronunciara esas palabras, Ingrid se asomó a la puerta del centro de comandos para avisarles que Niklas Kellander acababa de llegar y necesitaba hablar con urgencia con Mikael. De inmediato, Karl le indicó que lo hiciera pasar.

—Justo hablábamos de ti —fue lo primero que dijo Mikael cuando lo vio. Por la expresión agitada de su rostro, se trataba de algo serio—. ¿Qué necesitabas decirme con tanta urgencia?

Niklas no respondió enseguida. Toda su atención se había enfocado en una fotografía que había en la pizarra. Fue hasta allí y la arrancó.

—¿Por qué este sujeto forma parte de la investigación? —exigió saber.

—Hemos encontrado su ADN en la llave que fue robada de la propiedad de Sigvard Thorne la noche en la que fue atacado.

Niklas solo se limitó a asentir con un ligero movimiento de cabeza mientras regresaba la fotografía de Roosmann a la pizarra.

—Stevic dice que lo has investigado durante un tiempo.

—Así es, Karl, y te puedo asegurar que Primus Roosmann es un sujeto de temer. Asumo que ya deben de estar al tanto de que estuvo en prisión por el robo en una gasolinera y el intento de abuso a una de las empleadas. —Sus ojos se cruzaron con los de Stevic. Era un detalle que Niklas le había ocultado a Greta y que había surgido recién mientras lo investigaban—. Le perdí el rastro cuando Vibeke se mudó a Mora. Pensé que habían dejado de verse, pero acabo de verlo en el pueblo, lo que significa que todavía se frecuentan. Y eso no es todo, ayer escuché una discusión entre Vibeke y mi padre sobre una declaración que ella se negaba a darles a ustedes.

Mikael arrugó el entrecejo.

—¿De qué discutían con exactitud?

—Por lo que pude oír, ella podría corroborar la coartada de Stephan Bringholm la noche en la que su novia desapareció y fue asesinada, lo vio en el estacionamiento, pero le dijo a mi padre que no haría nada para ayudarlo. Lo más extraño es que creía que Bringholm debía ser castigado.

—¿Castigado? ¿Por qué motivo? Si ella misma lo sitúa en otro lado al momento del hecho —terció Nina, un poco apabullada por la información que les brindaba Niklas.

—No lo sé, pero esa mujer no es de fiar. Si encontraron el ADN de su amante en

la llave que pertenecía a Thorne, incluso podría estar involucrada en los crímenes.

Se hizo un silencio sepulcral en el centro de comandos. Nadie hasta el momento se había imaginado siquiera que Vibeke tuviera algo que ver con las muertes de Elin y de Sigvard. Tal vez Niklas tenía razón y podían estar frente a una mujer calculadora, capaz de planear dos homicidios con la colaboración de su amante.

Karl era quien menos confiaba en esa teoría.

—¿Y cuál sería el móvil entonces? ¿Por qué Vibeke querría deshacerse de Elin Rosenberg? Sabemos que Thorne fue asesinado para evitar que contase lo que vio, pero desconocemos qué razón podría haber tenido para acabar con la vida de una mujer que llevaba apenas unos días en el pueblo. ¿Elin y Vibeke se conocían desde antes?

Niklas negó con la cabeza.

—No sabría decírtelo, Karl. —En ese momento, se debatía entre contarles en qué lugar había visto a Roosmann o quedarse callado. Le preocupaba la seguridad de Greta, pero, al mismo tiempo, le tranquilizaba saber que no estaba sola en la librería. No solo la acompañaba su primo, sino también Josefina y su séquito de alumnos del taller de escritura creativa. Un tipo cobarde como Roosmann no se atrevería a lastimarla en un lugar público—. Lo único que se me ocurre es que quizá Elin Rosenberg se topó con Roosmann mientras salía a dar un paseo. Con sus antecedentes, es posible que intentase abusarla y que ella se defendiera, por lo que pudo no haber tenido otra opción que eliminarla para evitar que lo denunciara.

—No había signos de ataque sexual o señales de defensa en el cuerpo de la víctima —puntualizó Nina y echó por tierra esas conjeturas.

—No podemos ignorar el hecho de que Vibeke no ha declarado todo lo que sabe sobre el crimen de Elin Rosenberg —estipuló el teniente—. Si su intención es que Bringholm reciba un castigo, tal vez deberíamos indagar si es con él con quien tiene algún vínculo que desconozcamos.

El primero en apoyar esa moción fue el inspector Lindberg. Invitó a Niklas para que se uniera a la investigación, aunque fuese de manera extraoficial, y se abocaron a trabajar por un objetivo en común: descubrir si Vibeke Pålsson y su amante estaban detrás de los asesinatos.

\* \* \*

—¡Ay, querida! Confieso que no puedo vivir sin mis lectores, pero cuando empiezan a acribillarme con preguntas sobre cuándo sale la nueva novela o sobre qué escribo en este momento, querría encerrarme en un caparazón y no salir durante mucho tiempo

—exclamó Josefine Swartz después de asegurarse de que su comentario no llegase a oídos de ninguno de los asistentes del taller de escritura creativa que acababa de finalizar.

Esperó el comentario de Greta, pero descubrió que estaba ocupada atendiendo a un cliente. Se deslizó los anteojos por el puente de la nariz para observarlo con atención; el sujeto tenía todo el aspecto de ser un chico malo: era atractivo y pudo notar que miraba a Greta de una manera bastante peculiar. Ella, algo nerviosa, jugueteaba con su cabello mientras le sugería qué libro llevarse. Vaciló entre acercarse para ver si necesitaba que alguien la liberase de una situación incómoda o dejar que terminara de convencerlo para que comprase una novela de Nesbø, que particularmente a ella no le había gustado. Resolvió esperar, aunque se mantuvo cerca por las dudas.

Cuando el extraño pasó junto a ella para dirigirse al mostrador con su reciente adquisición literaria, aprovechó para echarle otro vistazo. Le llamó la atención un tatuaje en forma de calavera que tenía en la espalda a la altura de la clavícula. Aunque aparentaba ser un hombre tosco y rudimentario, olía muy bien. Bajó la mirada. Los *jeans* holgados no le permitieron descubrir si, además, era dueño de un buen trasero. A su entender, era la mejor parte de la anatomía masculina, sobre todo en un ejemplar joven como el que tenía frente a ella.

—¿Quién era? —preguntó no bien se quedó a solas con Greta. Ella seguía sin apartar la vista de la puerta. El tal Primus Roosmann se había ido y al fin se sentía más segura—. ¿Lo conocías, verdad? —insistió, presa de la curiosidad.

Greta negó con la cabeza.

—Es la primera vez que lo veo en mi vida, sin embargo, sé quién es.

Por supuesto, esas enigmáticas palabras solo consiguieron aumentar el suspenso.

—¿Qué quieres decir?

Greta la miró. En el pasado, discutir sobre un caso policial con ella y exponer teorías a diestra y siniestra había resultado beneficioso. Ya que Mikael y los demás la habían apartado de cualquier intento de descubrir al asesino, quizá Josefine era la única persona con la que podía compartir sus ideas.

—¿Le gustaría tomar un té mientras se lo cuento? La tía Adele ha horneado un delicioso pastel de arándanos y muero por probarlo. Le avisaré a Lasse que se ocupe de la librería y, si usted se queda conmigo, las tías de Mikael podrán salir a pasear. No es justo que tengan que encerrarse en casa para cuidarme, ¿no cree? Después de todo, han venido al pueblo de vacaciones, no para hacer de niñeras.

Josefine concordó con ella. Además, con lo golosa que era, también moría de ganas de comer el pastel.

Lo primero que hizo Greta fue acercarse a la habitación de Adele y Gloria. Les comentó que si se daban prisa, podrían llegar a tiempo a la feria de artesanos que se organizaba en la iglesia para recaudar fondos para los más necesitados. Cuando les aseguró que era posible toparse con objetos realmente únicos, ninguna quiso perderse el evento. Una vez que comprobaron que Greta no se quedaría sola, salieron rumbo a la iglesia del reverendo Erikssen para husmear en la dichosa feria.

Apenas se quedaron solas, Greta puso a calentar el agua para el té, mientras tanto, Josefine aprovechó para robarse uno de los arándanos secos que adornaban el pastel. Aunque se había propuesto llevar adelante una rigurosa dieta para tratar de perder un par de kilos que ni siquiera sabía cómo se le habían acumulado en el abdomen, de tanto en tanto caía víctima de la tentación y cedía delante de algún dulce. Cuando Greta la sorprendió inclinada encima del pastel, sonrió para disimular la culpa. Para que no se sintiera avergonzada, Greta también hizo de las suyas. Deslizó el dedo por el plato y lo hundió en la crema para luego llevárselo a la boca.

—Una delicia, ¿no cree?

Josefine asintió. Luego se ofreció a cortarlo mientras ella preparaba la infusión. Decidieron disfrutar de la merienda en el salón. Para fortuna de la escritora, *Miss Marple* no se encontraba presente, ya que Greta la había encerrado en la habitación para que pudiese descansar de tanto ajeteo. Todavía debía continuar con el tratamiento de antibióticos por otra semana y, cada vez que volvía del consultorio de la doctora Schenker, lo único que quería eran mimos y acurrucarse en el armario envuelta entre su ropa o la de Mikael.

—Bien, ahora que ya estamos tranquilas y no hay nadie que nos interrumpa —manifestó y se refirió claramente a las tías, ya que nadie dudaba de que podían llegar a parlotear más que *Miss Marple*—, quiero que me cuentes de dónde conoces a ese joven.

Greta le entregó la taza con el té y le acercó la bandeja con el pastel para que lo probara.

—Lo conocía solo de nombre porque Niklas me habló de él el mismo día que llegó al pueblo. —Le relató con lujo de detalles todo lo que sabía del tal Primus Roosmann mientras Josefine disfrutaba de la merienda y la escuchaba con suma atención—. Él cree que ha venido hasta aquí a buscar a Vibeke. Si Cilla es su hija, incluso podría pretender ejercer sus derechos como padre.

Josefine se secó los labios con una servilleta y la miró fijo.

—Pero es algo que tanto Niklas como tú ignoran, ¿verdad?

Greta asintió.

—Vibeke no ha mencionado nunca al padre de la niña. Las fechas coinciden.

Primus y ella se frecuentaban cuando debió de quedar embarazada. Es como sumar dos más dos.

—A veces, la matemática es una ciencia no tan exacta, querida, sobre todo cuando se aplica a las relaciones humanas. —Se devoró una tajada más pequeña de pastel y meditó durante unos cuantos segundos—. Si esa mujer está con el padre de Niklas solo por su dinero, no tardará en darle la estocada y salirse con la suya. También existe otra posibilidad...

—¿Cuál? —quiso saber Greta, ávida por conocer su opinión.

—Aunque no soy propensa a las historias románticas, sino que prefiero una trama menos rosa y más siniestra, habría que evaluar otra teoría: quizá Vibeke sí buscaba beneficiarse económicamente al enredarse con Ejnar Kellander, pero le salió el tiro por la culata y se enamoró de él.

—Y ahora no sabe cómo sacarse de encima a Primus —repuso Greta y completó así la parte que faltaba para redondear la hipótesis.

—¡Exacto!

A Greta le complacía comprobar que esa afinidad que habían compartido en el pasado seguía intacta. Parecía que la presencia del amante de Vibeke en Mora ya tenía una explicación razonable. Sin embargo, le carcomía el cerebro no poder dilucidar quién estaba detrás de los dos homicidios cometidos hacía exactamente una semana.

Cuando intentaron concentrarse en los crímenes de Elin y de Sigvard, descubrieron que la falta de información no les permitía avanzar demasiado. Greta hizo un comentario sobre estar atascadas igual que la policía y Josefine no tuvo ningún reparo en soltar un par de maldiciones al aire. Ambas sospechaban que la investigación sí había avanzado después de que Greta hubiera sido baleada en el estacionamiento del Lassarets, pero las órdenes de Karl respecto a brindarle detalles del caso, eran cumplidas a rajatabla.

—Stephan y su amante, Lotta Stærnose, son los principales sospechosos de haber cometido los crímenes —manifestó Greta después de beberse el té.

—Según la hipótesis de la policía, ambos tenían un motivo muy poderoso para querer deshacerse de Elin: evitar que contase su romance o que decidiera abandonar a su novio después de enterarse del engaño. —Greta asintió—. ¿Por qué será que no te veo del todo convencida de esa teoría?

—No pondría las manos en el fuego por ninguno de los dos, sin embargo, no puedo creer que Stephan haya sido capaz de asesinar a Elin o a Sigvard ni siquiera con la complicidad de su amante.

—¿Y qué hay de ella? Podría haber actuado sola.

—Es poco probable que los crímenes hayan sido cometidos por una mujer, mucho

menos con la contextura física de Lotta. Tanto Elin como el director del museo fueron atacados con mucha saña. El agresor ni siquiera les dio la oportunidad de defenderse.

—Pero supongo que con ella se ensañó más, después de todo, era su objetivo principal. El pobre Sigvard se convirtió en su víctima por puro azar, por estar donde no debía.

—Si esa noche no hubiera salido a dar un paseo, es probable que hoy siguiera con vida.

Pensó en Gotilda y en lo mal que estaba. Tenía que llamarla para hacerle saber que contaba con ella para cualquier cosa que se le ofreciera y aprovecharía para invitarla a la presentación de la novela de Pernilla Apelgren.

En ese preciso momento, el teléfono de Greta empezó a sonar, y ya no pudieron conjeturar más sobre el caso que todavía desconcertaba a la policía local y que tenía en vilo a los habitantes del pueblo.

Cuando se dio cuenta de que se trataba del número de Vibeke, se tomó unos segundos para pensar si debía responder o no.

—¿Qué sucede, querida? —preguntó Josefine al advertirle la expresión de desconcierto en el rostro.

Greta la miró.

—Es Vibeke Pålsson —le anunció.

—¡Contéstale, muchacha! —la incitó ante su falta de decisión—. Quizá quiera sincerarse con alguien ahora que su amante ha aparecido en el pueblo.

A Greta no le interesaba demasiado entrometerse en la vida privada de la mujer de Ejnar, sin embargo, si sus sospechas se confirmaban y la llegada a Mora de su amante había trastocado la vida de Vibeke y de la pequeña Cilla, tal vez necesitaba sus consejos. Después de todo, la joven no tenía amigas en el pueblo y, a pesar de no frecuentarse a menudo, la relación de amistad que compartían Karl y Ejnar, así como también el cariño que sentía por su hija, las había hecho más cercanas. Ya que a ella la habían relegado definitivamente de la investigación policial y la habían confinado a estar metida entre las paredes de su casa y de la librería, tal vez podía usar la intuición y sus habilidades de observación para intentar darle una mano a Vibeke.

—Hola, Greta.

No esperaba escuchar la voz de Cilla.

—Hola, cariño. ¡Qué sorpresa! —Luego, al temer que hubiera sucedido algo con Vibeke, preguntó—: ¿Estás bien? ¿Por qué me llamas desde el teléfono de tu mamá?

—Se lo he robado —confesó—. Está enojada conmigo y no me deja hacer nada. Le pedí que me llevara a ver a *Miss Marple*, pero no quiere. Dice que no debo molestarte.



—Tú no me molestas, Cilla. Estoy segura de que a *Miss Marple* le encantaría que vinieras a jugar con ella. ¿Quieres que hable con tu mamá para intentar convencerla de que puedes venir a visitarnos?

—¿Harías eso por mí?

—Por supuesto, cariño.

Cilla tardó apenas unos pocos segundos en pasarle el teléfono a su madre, y Greta dedujo que Vibeke se encontraba al lado de la niña mientras hablaba.

—Greta, ¿cómo estás? Espero que mi hija no te haya importunado con la llamada. Ha hecho berrinches toda la tarde porque no la dejo ir a jugar con tu lora. Le expliqué que se había enfermado, aun así, insiste en verla.

Greta se preguntó cómo se había enterado de la enfermedad de *Miss Marple*. Supuso entonces que su padre se lo habría comentado a Ejnar durante alguna partida de ajedrez.

—No me molesta que Cilla venga a ver a *Miss Marple*, Vibeke. Si bien es verdad que todavía sigue con el tratamiento, creo que la presencia de la niña le hará bien. Puedes traerla cuando quieras.

—Prefiero esperar a que se recupere del todo, Greta. Cilla tiene que entender que no puedo cumplir cada uno de sus caprichos cuando a ella le plazca —manifestó con seriedad—. Ahora está entusiasmada con la llegada de Niklas, anda todo el día detrás de él, quien, además, la malcría, le compra obsequios y le da golosinas a mis espaldas.

Vibeke parecía de verdad enojada. Sin embargo, creyó percibir algo de preocupación en el tono de su voz.

—¿Sucede algo más que te tiene inquieta? —indagó, para ver si se animaba a soltarle lo de su amante. Ella guardó silencio—. ¿Sigues allí?

—Sí, Greta, disculpa. Estaba perdida en mis propios pensamientos. No querría agobiarte con mis problemas.

—Soy buena para escuchar los problemas de los demás, al menos es lo que suelen decir —alegó, en un último intento por convencerla para que se desahogara con ella.

Vibeke dejó escapar un suspiro.

—La verdad es que sí necesito hablar con alguien y Ejnar no es la persona indicada para contarle lo que me pasa —reconoció—. ¿Quieres que nos encontremos esta misma tarde? No quiero que nos veamos en el Paradis o en tu casa, prefiero un lugar abierto. Me siento tan ahogada que hasta necesito respirar otro aire.

Greta trató de pensar rápido en alguna solución que le permitiera salir de la casa sin que nadie se alarmara o avisara de inmediato a la policía. Miró a Josefina, quien no se había apartado de su lado mientras conversaba con Vibeke.

—Josefina, ¿puedo pedirle un favor? —preguntó mientras se alejaba el teléfono de

la oreja—. Necesito salir para encontrarme con Vibeke, y usted deberá convertirse en mi coartada.

Los ojos de la escritora se iluminaron.

—¿Tendré que mentir para cubrirte con la policía? —Greta asintió—. ¡Cuenta conmigo entonces, querida!

Ella retomó la conversación con Vibeke y acordó pasar a buscarla por el complejo de cabañas en poco más de una hora.

## CAPÍTULO XXVIII

Dar con Primus Roosmann resultó más sencillo de lo que habían imaginado. Después de investigar en los hoteles y hostales del pueblo, consiguieron localizarlo en el Målkullan Hostel. Fue el propio Mikael quien habló con el empleado del lugar para que actuara con cautela y no pusiera en sobreaviso al sospechoso. Una vez que se confirmó que se encontraba en su habitación, mandaron a un par de agentes a buscarlo. El juez Fjæstad les había expedido una orden de detención al basarse no solo en el ADN de Roosmann hallado en la llave que pertenecía a Sigvard, sino también en el hecho de que conducía un utilitario color azul oscuro muy similar al vehículo desde el cual le habían disparado a Greta. El plan era que mientras lo interrogaran en la comisaría, los forenses aprovecharan para registrar la habitación y el utilitario en busca de evidencias.

Por el momento se centrarían en Roosmann porque todavía no habían podido vincular a Vibeke con los asesinatos. El agente Bengtsson y Miriam habían sido asignados para investigar a la mujer de Ejnar. A Niklas, demasiado involucrado a nivel personal con el caso, no se le permitió intervenir de manera directa, pero, gracias a la gestión de Mikael, continuaba en la comisaría y se mantenía al tanto de todas las novedades que surgían conforme pasaban las horas. Mikael se ofreció para llevar adelante el interrogatorio de Roosmann y, por supuesto, Karl ni siquiera se atrevió a objetar esa decisión.

El sospechoso de haber cometido los homicidios de Elin y de Sigvard llegó a la comisaría cerca de las nueve de la noche. Iba esposado y arrastraba los pies al caminar. Tenía el cabello mojado y la camisa fuera del pantalón, como si hubiera sido sorprendido mientras se aseaba. Lo primero que advirtió Mikael apenas lo vio fue la soberbia con la que observaba a todos a su alrededor mientras atravesaba el pasillo escoltado por los agentes que lo habían detenido. Esperó unos instantes mientras lo conducían a la sala de interrogatorios y, con carpeta en mano, ingresó al recinto. Cerró la puerta tras de sí, del todo consciente de que al otro del cristal Karl y Nina los

observaban.

Primus Roosmann ya ocupaba una silla. Había apoyado ambos brazos encima de la mesa y se tocaba las esposas de manera casi compulsiva. Levantó la cabeza cuando Stevic arrojó la carpeta casi delante de sus narices. Luego se sentó, encendió la grabadora y la abrió para dejar expuestas las fotografías de ambas víctimas. Notó que Roosmann volvía a apartar la mirada.

—Es el teniente Stevic que interroga a Primus Roosmann. —Obvió mencionar los pormenores del caso en esa instancia hasta no estar seguro de cómo se desarrollaría el interrogatorio. Echó una ojeada al reloj—. Son las ocho y cuarenta de la noche del jueves 24 de junio de 2015. Diga su nombre y dirección, por favor.

—¿Para qué? Acaba de mencionar mi nombre —replicó en tono burlón.

Mikael respiró hondo. No podía perder la paciencia con tanta facilidad.

—Roosmann, sabemos que ya ha tenido problemas con la ley, por lo tanto, sabe cómo funciona esto. Diga su nombre y dirección en voz alta para que quede registrado en la grabación.

—Me llamo Primus Roosmann y vivo en la calle Sankt Göransgatan número 57, en Kungsholmen, Estocolmo.

—Si estuvo atento cuando le leyeron sus derechos, sabrá que puede solicitar la asistencia de un abogado.

—No lo necesito —lo cortó. Todavía lo miraba con prepotencia, como si el hecho de que llevase esposas o estuviese en un interrogatorio por un doble homicidio apenas lo afectara.

—Está bien, como quiera. Empecemos por lo más simple, entonces. ¿Qué lo ha traído a Mora?

—Vine de vacaciones —respondió al tiempo que tamborileaba los dedos en la mesa para molestar a su interlocutor con el ruido.

—¿Por qué eligió este pueblo para pasar el verano? ¿Había estado ya en alguna oportunidad o tiene conocidos aquí?

—Es mi primera vez en Mora —afirmó—. Me topé con una publicidad en el periódico y me dieron ganas de conocer el lugar.

—Hemos hecho nuestro trabajo, Roosmann, y sabemos que sí tiene vínculos con el pueblo. No tiene sentido que lo niegue. —Hizo una pausa solo para estudiar su reacción. Percibió que tragaba con dificultad—. Me refiero a Vibeke Pålsson. Usted y ella sostuvieron un romance en el pasado y, por lo visto, nunca dejaron de frecuentarse, o al menos se han vuelto a encontrar aquí, en Mora.

—¿Acaso tener una aventura es delito? Me gustaría saber con exactitud por qué me han traído hasta aquí para interrogarme, teniente —exigió.

—Investigamos el homicidio de Elin Rosenberg y la agresión y posterior muerte de Sigvard Thorne. Ambos hechos ocurrieron el jueves de la semana pasada. ¿Le suena alguno de los nombres?

—Para nada, jamás los he oído antes.

—¿Cuándo llegó al pueblo?

Roosmann no respondió de inmediato.

—Hace cinco días.

—¿Está seguro?

Él asintió. Mikael tomó la carpeta con el informe del caso y apartó una fotografía.

—¿Reconoce esta llave?

Roosmann se inclinó hacia delante para observarla mejor.

—No.

—¿Cómo es posible entonces que hayamos encontrado su ADN adherido a ella?

Roosmann se propulsó hacia atrás, frunció el ceño y empezó a negar con la cabeza.

—¡No es posible! ¡No es mío! —se defendió—. Seguro que alguien lo plantó allí para echarme la culpa. Mi ADN está en la base de datos, cualquiera pudo manipularlo y endilgarme esas muertes.

—¡Cálmese, Roosmann! Lo que dice no tiene sentido. Usted ni siquiera es de aquí, por lo tanto, la policía local no tiene acceso a una muestra de su ADN para plantarlo en una de las pruebas que forma parte de nuestra investigación. Si su perfil genético apareció en esa llave es porque la manipuló y, si es así, miente acerca de su llegada al pueblo. Usted ya estaba en Mora la noche de los asesinatos.

Primus Roosmann se quedó callado.

—La evidencia indica que Elin Rosenberg fue atacada en la orilla del lago y su cuerpo arrojado al agua, seguramente para borrar rastros. Fue golpeada con brutalidad con una piedra en la cabeza, lo que le provocó la muerte casi instantánea. Sigvard Thorne, nuestra segunda víctima, pasaba por allí y presencié el crimen. Usted lo siguió hasta su casa, lo atacó de la misma manera que había atacado a Elin Rosenberg y así se aseguró de que no contase lo que había visto. Thorne logró sobrevivir a esa noche, pero tras estar algunos días en coma, falleció. Sin embargo, lo que no sabe es que el director del museo despertó justo antes de morir y habló.

Roosmann se pasó la mano por el cabello húmedo. Parecía ponerse cada vez más nervioso, que era justo lo que Mikael pretendía.

—¡No pienso hablar más con usted sin un abogado presente! —exclamó e hizo uso de sus derechos, ya que se encontraba de verdad acorralado.

—Puedo llamar a un letrado si lo desea, Roosmann, pero solo empeoraría su

situación por demás complicada. —Mikael esbozó una sonrisa comprensiva—. ¿Por qué no me cuenta lo que pasó? Si coopera, yo mismo intercederé por usted con el fiscal del caso.

Roosmann lo miró. Había incredulidad y miedo en sus ojos oscuros.

—Ese cuento me lo han echado antes, teniente. Esta vez no pienso caer en el juego de la policía. Si fueron capaces de sembrar mi ADN para culparme de esas muertes, no puede pedirme que confíe en usted.

—Es inútil que lo niegue. Lo que más le conviene es confesar sus crímenes, es la única manera de conseguir que atenúen su condena, y lo sabe.

Roosmann sacudía la cabeza y se negaba a reconocer que una evidencia tan contundente como su perfil genético lo señalaba como el responsable de las muertes. Tras un par de minutos en los que la sala de interrogatorios permaneció en silencio, Mikael decidió arremeter contra él, en esa ocasión, al valerse de una táctica diferente.

—Está bien, Roosmann. Supongamos que usted tiene razón, ¿cómo explica entonces lo del ADN? Y deje de lado esa fábula absurda que huele a conspiración policial porque ni siquiera usted se la cree. —No le respondió. Carecía de un argumento válido para refutar las evidencias en su contra—. Voy a contarle lo que creemos que pasó. ¿Le parece bien?

El otro se encogió de hombros y apartó la mirada con rapidez. Empezaba a flaquear y podía olerle el miedo.

—La noche del jueves 18 de junio, Elin Rosenberg, tras discutir con su novio, se alejó del Paradis para dar un paseo por la orilla del lago. En algún momento, tuvo la mala suerte de toparse con usted. Elin era una mujer muy hermosa y estaba sola, seguramente vulnerable porque había descubierto que su novio la engañaba con una de sus mejores amigas. Usted se aprovechó de ella, como lo haría cualquier depredador. Se acercó y, cuando Elin lo rechazó, herido en su orgullo o quizá avergonzado porque no se le paraba, decidió acabar con su vida...

—No tiene ni la más puta idea de lo que pasó, teniente —se jactó. Mikael arrugó el entrecejo y se preguntó si pretendía burlarse de él o estaba a punto de soltarle la verdad—. ¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo y volvió a mirarlo directo a los ojos con la misma prepotencia que había demostrado al llegar.

—Lo escucho.

—¿Dónde apareció la maldita llave que tiene mi ADN?

—En el interior de una bolsa de plástico, junto con un tubo de acero que fue utilizado para golpear a Sigvard Thorne.

—Maldita zorra —farfulló.

—¿A quién se refiere?

—¿Es verdad eso que me dijo sobre interceder a mi favor con el fiscal si digo todo lo que sé? Si voy a terminar en prisión, quiero garantías.

—Por supuesto. Yo mismo me aseguraré de que tanto el juez como el fiscal tengan en cuenta a la hora de dictar sentencia su buena voluntad al cooperar con la investigación. No puedo prometerle mucho —le advirtió y se arriesgó a que se echase para atrás—, sin embargo, haré lo posible para que salga bien parado de todo esto.

Roosmann asintió.

—Bien. En primer lugar, querría aclararle que vine a Mora porque una mujer me lo pidió.

—Vibeke Pålsson.

—Sí. Ella y yo fuimos amantes durante muchos años, incluso nos veíamos cuando empecé a salir con Kellander. Se marchó de Estocolmo con él, y yo me volví loco. No soportaba la idea de perderla, por eso cuando me llamó para decirme que me necesitaba, dejé todo y me vine al pueblo. Me di cuenta entonces de que nunca había dejado de amarme, que si seguía con Kellander, era solo por interés. Le rogué que lo dejara y que nos fuéramos juntos, pero la niña le impedía decidirse. No quería arriesgar su futuro, decía que Kellander se había encariñado mucho con ella y que lograría que le diera su apellido.

—¿No le molestó que tuviera esos planes para Cilla? —preguntó Mikael e interrumpió su relato.

—No, la niña nunca me importó. Vibeke estaba obsesionada con su hija, al punto de enfermarla para que dependiera de ella por completo.

Mikael recordó los malestares que habían aquejado a Cilla durante los últimos días. ¿Acaso era posible que hubiera sido su propia madre quien se los provocara? ¿Y la indiferencia de Roosmann hacia ella?, se preguntó. Solo tenía una explicación posible.

—Cilla no es su hija, ¿verdad?

—No. Cuando conocí a Vibeke la niña ya tenía unos pocos meses. Le pregunté qué había ocurrido con el padre, pero nunca quiso hablarme de él.

—Continúe con su relato —lo exhortó, ansioso por escuchar el resto de la verdad.

—La noche del jueves, Vibeke me llamó por teléfono. Estaba extraña, le temblaba la voz y exigía verme con urgencia. Cuando llegué donde estaba, me dijo que acababa de matar a alguien y que una persona había presenciado el crimen. Se trataba de un hombre. Lo había seguido hasta su casa con la intención de eliminarlo antes de que abriese la boca. Ella no se atrevía a hacerlo, acababa de asesinar a alguien y no era capaz de acabar con él —ironizó—. Desesperada, me suplicó que lo matara, que era la única manera de asegurarse de que no contase lo que había visto. Por supuesto, al

temer que terminase sus días en la cárcel, ni siquiera me tembló el pulso cuando le golpeé la cabeza a ese pobre hombre, cuyo único pecado fue aparecer en el momento erróneo.

—¿De quién fue la idea de robar la llave?

—Esa llave nunca fue robada, teniente. Vibeke me dijo que se le había caído a Thorne mientras regresaba asustado a su casa después de presenciar el homicidio de Elin Rosenberg. Me la entregó a mí después de que terminó todo para que me deshiciera de ella junto con el arma homicida. Yo arrojé esa bolsa en un vertedero de basura, si apareció en otro lado, es porque ella misma se encargó de plantarla en un lugar de fácil acceso con la siniestra intención de endilgarme los crímenes a mí.

—¿Le explicó Vibeke por qué había asesinado a Elin Rosenberg? —El móvil que se escondía detrás de su muerte todavía era un misterio, por lo que esperaba que Roosmann se lo aclarase por fin.

—Lo único que me dijo era que había llegado la hora de que recibiera su castigo y que ella era la persona indicada para imponérselo. No me pregunte a qué se refería porque nunca me lo aclaró.

A Mikael le sorprendió esa respuesta. Era la segunda vez que escuchaba que Vibeke hablaba de castigar a alguien. Según la discusión que había sostenido con Ejnar, se había negado a declarar a favor de Stephan porque merecía ser castigado, y luego surgía la hipótesis de que su novia había muerto por la misma razón. ¿Por qué creía Vibeke que ambos debían recibir un castigo?, se preguntó.

—Es decir que usted solo se limitaba a obedecer, por eso cuando le pidió que acabara con Sigvard Thorne, no vaciló en tenderle una mano. —Era él quien teñía sus palabras con ironía—. ¿También fue una orden de Vibeke dispararle a la hija del inspector Lindberg?

—Me dijo que quería asustarla, nada más —alegó, como si con eso pudiese minimizar el hecho de que había estado a punto de matar a la hija de un inspector de policía.

—¿Qué tiene Vibeke Pålsson en contra de la señorita Lindberg? —insistió.

Ya estaba cansado de sus evasivas porque tenía la certeza de que no le contaba todo lo que sabía. Todavía no había recibido noticias del allanamiento y del registro del utilitario azul. Miró a hacia la puerta con la esperanza de que se abriese en cualquier momento y entrase alguno de sus compañeros con los resultados. El mismo Roosmann acababa de reconocer que le había disparado a la pelirroja, pero si encontraban evidencia que respaldara esa declaración, mucho mejor, ya que tendría la facultad de detenerlo de inmediato y evitar que, con la asistencia de un abogado, lograra invalidar todo lo que había dicho dentro de esas cuatro paredes de la sala de



interrogatorios.

—Me dijo que estaba cansada de que rondara a su hija. No le gustaba que la niña se hubiera encariñado con ella y pidiese verla a cada rato. Creo que por eso le daba ese jarabe para que Cilla se enfermara y no pudiese verla.

A Mikael todavía le parecía increíble que una madre fuese capaz de atentar contra la salud de su propia hija solo para evitar que compartiese tiempo con otras personas. Había leído alguna vez sobre el síndrome de Münchhausen por poder, en el que la persona a cargo del cuidado de un menor de forma deliberada le causa lesión o enfermedad. Sin dudas, Vibeke era un claro ejemplo de semejante trastorno.

—Voy a responder por el crimen de Sigvard Thorne, teniente, pero no tuve nada que ver con la muerte de esa muchacha y, con respecto a lo de la hija del inspector, solo pretendía asustarla, nunca tuve la intención de matarla. —Lo miró con un gesto interrogante—. Si declaro en contra de Vibeke en el juicio, ¿me reducirán la condena?

—Es probable.

—¿Puedo pedirle algo más?

Mikael asintió.

—No quiero pasar los próximos años de mi vida en una cárcel de Estocolmo, tengo demasiados viejos conocidos a los que prefiero perder de vista. Me gustaría cumplir mi condena en una prisión del interior, si es cerca de la casa de mi madre, mucho mejor.

Después de saber que había estado a punto de asesinar a Greta, aunque alegara lo contrario, lo habría enviado a una prisión de máxima seguridad para que se pudriera en una celda hasta cumplir su sentencia, pero no dependía de él, sino del juez de turno, a quien le tocaría evaluar si las condiciones que exigía Roosmann eran plausibles.

Cerró la carpeta y lo miró. A pesar de los baches en su declaración, tenía suficiente para pedir una orden de arresto. Lo que no estaba claro aún era la verdadera razón que había llevado a Vibeke a cometer el crimen de Elin. Apagó la grabadora y se puso de pie.

—Quédese aquí, Roosmann. Un agente vendrá a buscarlo para trasladarlo a su celda. Apenas llegue la orden de detención, lo enviaremos a la corte para que hable en persona con el juez de la causa y le comunique sus pretensiones.

—¿Qué pasará con Vibeke? —le preguntó antes de abandonar la sala de interrogatorios.

—¿Después de que trató de endosarle los crímenes le preocupa su destino?

Roosmann dejó escapar un suspiro.

—No debería, pero todavía la quiero.

—Y por eso va a declarar en su contra —retrucó Mikael.

—Vibeke jugó sucio, teniente. No le importó lo que sentía por ella. —Sonrió con sarcasmo—. Me usó para sus propósitos y ahora me descarta porque ya no le sirvo. Es tiempo de que le devuelva el favor, ¿no cree?

Mikael no dijo nada. Apenas puso un pie fuera de la sala de interrogatorios, se topó con Karl y Nina en el pasillo.

—Acaban de llegar los resultados de los forenses —anunció Karl con una sonrisa triunfal en los labios—. Encontraron un arma en la habitación del hostel donde se quedaba Roosmann, es del mismo calibre que usaron para dispararle a Greta. Además, llegaron las imágenes de las cámaras de seguridad del Lassarets y no hay ninguna duda de que es su utilitario azul el que escapa a toda velocidad después de efectuar el disparo.

Mikael apenas asintió.

—Todas esas evidencias en su contra no explican el gran misterio, Karl. ¿Qué motivo tenía Vibeke Pålsson para asesinar a Elin Rosenberg?

## CAPÍTULO XXIX

Greta conducía desde hacía varios minutos mientras, a su lado, Vibeke contemplaba el paisaje sin decir absolutamente nada. La había pasado a buscar por el Paradis como acordaron y todavía no le había dicho hacia adónde quería ir con exactitud. La radio permanecía encendida con el volumen bajo y sonaba una vieja canción de Earth Wind & Fire.

—¿Tienes en mente algún sitio en especial? —le preguntó, un tanto intrigada por su silencio.

Vibeke despegó la vista del cristal y se dio vuelta para mirarla.

—Tú conoces el pueblo mejor que yo, Greta —respondió—. Lo único que deseo es encontrar un lugar tranquilo donde podamos hablar sin que nadie nos moleste. Dijiste que eras buena para escuchar y de verdad necesito desahogarme con alguien.

Greta le sonrió. Parecía más angustiada de lo que había imaginado.

—Si quieres, podemos ir hasta el mirador —le sugirió—, es uno de mis rincones favoritos. Cuando me siento triste, subo hasta la cima para contemplar el pueblo desde lo alto. Sé que puede resultar una bobería, pero me hace sentir poderosa. Tal vez el culpable sea mi padre.

—¿Por qué lo dices? —preguntó.

—Él y mi madre solían llevarme allí cuando era niña. Mi padre me subía encima de sus hombros para hacerme creer que podía volar. Yo veía todo tan diminuto desde ahí arriba que de verdad estaba convencida de que si extendía mis brazos, echaría a volar —sonrió con nostalgia—. Tonterías que una imagina de niña.

—No son tonterías, Greta. Cuando somos pequeños, nos creemos todo lo que nos dicen. —Respiró profundo—. A los ocho años, mi hermana Priscilla me prometió que jamás se apartaría de mí. Era la mayor, aunque apenas nos llevábamos once meses. Estábamos siempre juntas, sin embargo, todo cambió cuando nuestra madre murió. Ella empezó a salir, a huir de las borracheras de nuestro padre y me dejaba sola. A veces tardaba días en volver, hasta que una mañana recogió todas sus cosas y se

marchó definitivamente. Le supliqué que me llevara con ella, pero me dijo que no podía, que iba a estar mejor en casa. ¿Mejor? —Una sonrisa irónica le curvó los labios—. ¿Cómo es posible estar mejor al lado de un padre que se emborrachaba todas las noches y trataba de meterse en mi habitación?

Greta comprendió entonces que la angustia que ahogaba a Vibeke se remontaba al pasado. Miró a través del espejo retrovisor para cerciorarse de que no iba nadie detrás de ellas y estacionó el Mini Cabrio para escuchar su relato con calma. Estaban bastante cerca del mirador, si Vibeke deseaba ir hasta el lugar, podrían caminar los últimos metros.

—¿Tu padre... él...?

Vibeke negó con la cabeza.

—Nunca pudo ponerme una mano encima. Yo me encerraba en mi habitación y no salía hasta asegurarme de que se hubiera marchado. —Se cubrió el pecho con los brazos en una actitud defensiva—. Un día yo también armé las valijas y me escapé. Gracias a un amigo en común, y después de rodar por varios lugares, logré dar con el paradero de mi hermana. La busqué y, cuando me vio en su puerta con mis bártulos, no tuvo el coraje de echarme. Me quedé en su apartamento y me consiguió un empleo en el mismo hotel donde ella trabajaba.

—¿Todo esto que me cuentas ocurrió en Estocolmo?

—Sí, nacimos y nos criamos en la capital —aseveró—. A pesar de haber huido de casa y de haber estado a punto de ser violada por mi propio padre en tantas ocasiones, era feliz porque Priscilla y yo volvíamos a estar juntas. Pero esa felicidad no duró mucho. Ella conoció a un hombre y se enamoró perdidamente de él, tanto así que decidió dejarlo todo y seguirlo hasta Söderhamn. Volvió a abandonarme sin importarle lo que yo sentía.

A Greta no le fue indiferente que mencionase Söderhamn en su relato y que no le hubiera comentado nada cuando le contó que había vivido allí durante cuatro años.

—¿Qué pasó contigo después de que tu hermana dejó Estocolmo?

—Continué con mi vida, al menos lo intenté. Tenía un buen empleo y muchas ganas de salir adelante. Priscilla me llamaba a veces para ver cómo estaba, ella parecía dichosa y me hablaba maravillas de su novio. Cuando le propuse ir a visitarla para conocerlo, se negó rotundamente. —Encogió los hombros y soltó un suspiro—. Creo que ni siquiera le había hablado de mí a su novio.

Greta no era capaz de justificar el comportamiento de Priscilla. Ella, que había crecido sin saber que tenía una hermana mayor, añoraba cada instante que Vanja y ella pudieran haber compartido y se perdieron por culpa de los secretos.

—¿Cuándo volviste a verla?

—Me llamó unos meses después, desesperada, porque ese sujeto maravilloso del cual se había enamorado la había abandonado por culpa de otra mujer. Y eso no fue lo peor, mi hermana estaba embarazada de cinco meses cuando la dejó, no le importó en lo más mínimo que llevase un hijo suyo en el vientre. —Se le habían aguado los ojos—. Todo porque se había encaprichado con una maldita mujer que provocó la desdicha de Priscilla y la llevó a quitarse la vida.

Greta sintió el impacto del relato y le costó pronunciar palabra. La tragedia que le había tocado atravesar a Vibeke en la vida era demasiado terrible como para salir indemne. La observó mientras se enjugaba las lágrimas con un pañuelo de seda rosa que sacó del bolso. No supo cómo reaccionar, si debía darle una palmada en el hombro en señal de apoyo o abrazarla para que supiera que contaba con ella para lo que fuese. Apenas intentó acercarse, Vibeke la miró con tanta frialdad que solo atinó a retroceder.

—Lo siento mucho. Cuando me dijiste que tu hermana había muerto, no imaginé que había sido de esa manera.

—Priscilla pasó los últimos meses de embarazo en una constante depresión. Intentó suicidarse dos veces, pero me mantuve todo ese tiempo a su lado para evitar que cometiera una locura. —Ya no lloraba, sin embargo, respiraba con más fuerza—. Una fría mañana de enero, nació su hija. No quiso verla ni tener ningún tipo de contacto con ella, repetía una y otra vez que la niña era la culpable de que su novio la hubiera dejado por otra mujer. Siempre pensé que sus intentos de quitarse la vida eran para dañar a su hija y evitar así que naciera.

Greta supo que se trataba de Cilla.

—Apenas unas pocas horas después de dar a luz, se arrojó desde la azotea del hospital. Me dijeron que murió en el acto, que no había sufrido. —Volvió a sonreír con amargura—. Sin embargo, nadie más que yo sabe lo que padeció mi hermana en vida por culpa de Stephan Bringholm.

La mención de ese nombre le provocó a Greta un escalofrío.

—¿Stephan?

Vibeke asintió y le dedicó una mirada penetrante, cargada de odio.

—Sí, querida Greta. Stephan Bringholm es el hombre que le arruinó la vida a mi hermana. Él es el responsable de su tragedia y de la mía. —Greta advirtió que había introducido una mano en el interior del bolso—. No imaginas la sorpresa que me llevé cuando apareció en el Paradis del brazo de su flamante novia y su grupo de amigos. En ese preciso instante, todo el dolor del pasado se agolpó en mi pecho y me hizo comprender que el alma de mi hermana nunca descansaría en paz si no castigaba a los culpables de su desdicha.

Greta intentaba hilvanar teorías mientras se mantenía con la mirada fija en el bolso de Vibeke. La muerte de Elin había sido por causa de una venganza, pero ¿por qué se había ensañado con ella y no con Stephan, el verdadero culpable de lo que le había ocurrido a su hermana?, se preguntó. Comprendió entonces que seguramente había sido por Elin que Stephan había abandonado a Priscilla.

—Por eso decidiste asesinar a Elin, para hacerle pagar a Stephan el daño que le provocó a tu hermana.

—La pobre de Elin pagó por error.

Miraba hacia adelante mientras le hablaba, como si rememorara lo que había sucedido una semana atrás en el lago.

—¿Qué quieres decir con eso?

La miró de nuevo con tanta ira, que Greta se echó hacia atrás hasta que chocó la espalda contra el asiento del coche.

—El único dato con el que contaba, porque mi propia hermana me lo había dicho, era que Stephan la había abandonado por una profesora de Literatura que enseñaba en un colegio de Söderhamn. Cuando llegó al pueblo con Elin, comentó que daba clases de Literatura en ese mismo colegio. Supuse entonces que era por ella que Stephan había dejado a Priscilla cuando esperaba un hijo suyo. La noche del jueves, al ver que Elin abandonaba el complejo de cabañas hacia el lago, supe que era mi oportunidad. Ella sería la primera; después de todo, había conseguido alejar a Stephan de mi hermana. Fue más sencillo de lo que había imaginado, ni siquiera me vio venir. Tomé una piedra y la golpeé en la cabeza. Cayó hacia delante, pero todavía respiraba, entonces volví a golpearla; lo hice muchas veces hasta que dejó de moverse. Luego arrastré el cuerpo hasta el lago y lo enganché a una rama para cerciorarme de que no se lo llevara la corriente. Quería que la encontraran pronto y culpasen a Stephan por su muerte.

—Elin recibió un mensaje antes de dejar la cabaña. ¿Se lo enviaste tú?

—Sí. Esa misma mañana había visto a Stephan y a una de sus amigas en una situación sospechosa. También fui testigo de alguna que otra escena de celos por parte de Elin. Era evidente que él jugaba sucio. —Sonrió y se regodeó de sus hazañas—. Solo le mandé ese mensaje de texto para que supiera qué clase de hombre tenía a su lado. Hice lo mismo con Benedikt Stærmoose. El pobre imbécil defendía al amante de su esposa; era justo que se enterase de la verdad, ¿no crees?

Greta no le respondió. Sabía que Vibeke disfrutaba de contarle lo que había hecho, por eso, prefirió guardar silencio y escucharla.

—Sin embargo, luego comprendí que Elin no era a quien debía castigar. Estaba confundida y cegada por el dolor, lo único que deseaba era que los culpables pagasen

por todo el daño que habían ocasionado. —Hizo una pausa solo para acomodarse el cabello que le cubría la frente—. Unos días después, me contaste que tú también habías vivido en Söderhamn. En ese momento, pensé que se trataba solo de una coincidencia, pero cuando Ejnar me dijo que fuiste novia de Stephan Bringholm, empecé a dudar. Indagué un poco más y descubrí que también enseñaste Literatura en el Staffangymnasiet durante la misma época que Elin Rosenberg.

Cuando Greta vio que sacaba una navaja, descubrió que había caído en una trampa. ¿Cómo era posible que nunca se hubiera percatado de que ella estaba detrás de los crímenes?, se preguntó. Culpó entonces al pacto de silencio que habían mantenido Mikael y los demás durante los últimos días con el único propósito de que no volviese a involucrarse en la investigación. Ya había atravesado por situaciones similares antes y sabía que lo fundamental era no perder la calma.

—Fue entonces que tu sed de venganza se volteó hacia mí —dijo, con la esperanza de ganar tiempo.

Pensó que tal vez en la comisaría ya habían descubierto la verdad y que irían a rescatarla. Se maldijo por haber dejado el móvil en la librería; como sospechaba que Mikael había pedido no solo que rastrearan sus llamadas sino también que intentaran ubicarla a través del teléfono para no perderle pisada, había decidido no llevarlo a su encuentro con Vibeke.

—No podía estar segura de que fueras realmente tú —reconoció—, sin embargo, me bastó hacerle unas preguntas a tu padre para confirmar que Stephan dejó a mi hermana por ti.

Greta pensó en las partidas de ajedrez entre su padre y Ejnar en el salón del Paradis. Sin duda, Vibeke había sabido sacar provecho de la situación.

—¿Fuiste tú la del disparo o enviaste a tu amante? —Vibeke, sorprendida, se quedó en silencio. Su mano derecha se cerraba con fuerza alrededor del mango de la navaja—. Sé que te has visto con un sujeto llamado Primus Roosmann. Está aquí, en el pueblo, y hoy mismo se apareció en Némesis —aprovechó a decirle al ver que se había quedado callada.

—¡Vaya, Greta, veo que tu olfato detectivesco se mantiene intacto! —Soltó una carcajada—. Primus no es más que un imbécil, un títere que solo sirvió para mis propósitos. Fue él quien mató al director del museo. Le pedí que lo hiciera para evitar que contara lo que vio y Primus no dudó en obedecer. Está tan enamorado de mí que hace lo que quiero, incluso dispararle a la hija de un inspector de policía. Lástima que falló.

—También envenenaste a *Miss Marple*.

—Esa maldita lora me tenía harta. Cilla hablaba todo el tiempo de ella y decidí

matar dos pájaros de un tiro. Terminaría con la obsesión de la niña y te causaría a ti un gran dolor.

Con cada minuto que pasaba, Greta se sentía más expuesta al peligro. Vibeke la odiaba y llevaba consigo una navaja. Nada le impediría acabar con ella de la misma manera que lo había hecho al atacar a Elin a orillas del lago Siljan una semana atrás. La culpaba por lo de su hermana y ella ni siquiera había sabido que Priscilla existía en la vida de Stephan cuando empezó a salir con él. Pensó en Cilla, tal vez mencionar a la niña era su única salida.

—Cilla te quiere mucho, Vibeke. ¿Qué será de ella cuando se descubra toda la verdad? ¿Lo has pensado? —Se humedeció los labios y trató de respirar con normalidad cuando la otra le acercó la navaja al cuello—. Ella cree que eres su madre.

—¡Yo soy la madre de esa niña! Priscilla nunca la quiso; si hubiera sido por ella, ni siquiera habría llegado a nacer. Cuando mi hermana murió, no dudé en hacerme cargo de la pequeña; tenerla conmigo era como perpetuar un pedacito de mi hermana, era como si nunca hubiera muerto. —Greta había acertado. Hablar de la niña la había hecho bajar la guardia. Volvía a tener los ojos aguados—. Cilla se le parece tanto, tiene sus ojos y hace el mismo gesto con las manos cuando se enoja.

—Puedo ver que de verdad la amas, por eso no entiendo que la hayas condenado a un futuro tan aciago. Cilla ya perdió a su verdadera madre, ¿qué sucederá cuando todo esto termine y vayas a prisión?

—No van a atraparme, Greta —afirmó—. Me encargué de que las evidencias señalaran a Primus. Ya estuvo detenido una vez y las pruebas en su contra serán demasiado contundentes como para que se libere de las acusaciones.

—Yo no estaría tan segura. Primus podría delatarte si se ve acorralado por la policía —le advirtió.

—Primus jamás mencionaría mi nombre. Ya te lo he dicho, Greta, él haría cualquier cosa por mí, incluso cargar con un crimen que no cometió.

A Greta le daba pavor la confianza que tenía Vibeke en su amante y se preguntó si de verdad sería así. Si había procurado que las evidencias lo inculparan en las muertes de Elin y de Sigvard, era probable que en la comisaría ni siquiera sospecharan de ella todavía, y entonces sí que estaría perdida.

De refilón miró por el espejo retrovisor, pero a esa hora de la noche, en esa zona del pueblo en particular, solía haber poco movimiento. Si lograba convencerla de ir hasta el mirador, tal vez tendría la oportunidad de escapar. Tragó saliva cuando sintió de nuevo que la fría hoja de la navaja le rozaba la garganta y se le hundía en la carne, provocándole un ardor insoportable. Cuando la sangre empezó a manar de la herida, no tuvo fuerzas suficientes para mantener los ojos abiertos. Lo último que vio antes de



cerrarlos fue el rostro de la locura.

\* \* \*

Después de la confesión de Primus Roosmann que llevó a la acusación de su amante, Vibeke Pålsson, toda la investigación se centró en ella. A pesar de tener a uno de los culpables tras las rejas, el caso no se resolvería por completo hasta que no lograsen descubrir qué se escondía detrás de la muerte de Elin.

Lo primero fue establecer un vínculo entre ambas mujeres. Más allá de la relación que hubieran podido tener durante la estadía de la víctima en el Paradis, empezaban a creer que existía algo en el pasado de ambas que había provocado que una de ellas terminara asesinada.

Antes de toparse en Mora, ni siquiera habían vivido en la misma ciudad, lo que dificultó las tareas de investigación. Entonces, Mikael sugirió remontarse al pasado de las dos para ver si lograban encontrar un nexo entre la víctima y el homicida.

Empezaron por Vibeke. Al indagar en su historia personal, descubrieron que una hermana suya se había suicidado cinco años atrás al arrojarse de la azotea de un hospital. Sabían que se acercaban a la verdad cuando saltó el nombre de la ciudad donde había ocurrido el hecho: Söderhamn. Descubrieron que Priscilla Pålsson, la hermana mayor de Vibeke, se había quitado la vida después de dar a luz y que había vivido en Söderhamn desde hacía al menos un par de años antes de su trágico final. Barajaron entonces la posibilidad de que fuera Priscilla la que se hubiera cruzado con Elin en el pasado y no Vibeke. Pero se toparon con otro callejón sin salida, ya que parecía que nada las conectaba.

—No podemos olvidar al otro protagonista de esta historia: Stephan Bringholm —manifestó Mikael—. Sabemos que Vibeke asesinó a Elin e intentó hacer lo mismo con Greta, ambas fueron sus novias. De alguna manera, Bringholm está en medio de todo este caso.

—Mikael tiene razón —terció Nina—. Además, están las palabras que mencionó la propia Vibeke mientras discutía con el padre de Niklas. Ella habló de castigar a Bringholm, tal vez no por la muerte o los maltratos hacia Elin, sino por alguna otra razón que todavía no logramos descifrar.

—¿Qué sugieres, Stevic?

—Volver a hablar con él para preguntarle sobre Vibeke Pålsson y su hermana.

Karl apoyó esa decisión y Mikael partió de inmediato rumbo al Paradis para buscar al exnovio de Greta. En el camino, intentó comunicarse con ella, pero atendía siempre el contestador. Preocupado, llamó a sus tías. Cuando le comentaron que Greta

estaba reunida con Josefine Swartz en el hostel de la señora Hoffman, se tranquilizó y optó por no molestarla.

Tardó menos de lo habitual en llegar al complejo de cabañas, donde se topó con Niklas, Ejnar y la pequeña Cilla. Descubrió que la relación entre ellos ya no era tan tirante y cuando lo invitaron a tomarse una cerveza con ellos, alegó que no podía quedarse porque debía interrogar a un sospechoso.

—¿Para qué buscas a Bringholm? —le preguntó Niklas antes de que Mikael se escabullera hacia el área de las cabañas.

—Necesito preguntarle si conoció a Priscilla Pålsson.

—¿Pålsson? —Niklas lo miró perplejo.

—Sí, es la hermana de Vibeke. Se suicidó hace cinco años después de dar a luz a su hija.

Ambos miraron a la niña, quien, sentada en el regazo de Ejnar, le hablaba a una de sus muñecas preferidas. Antes de que Niklas pudiera agregar algo más o formular otra pregunta para saciar su curiosidad, Mikael se alejó. Miró a su padre y no pudo evitar pensar cómo reaccionaría cuando se enterase de que la mujer que amaba podía estar involucrada en los crímenes. Como había hecho hasta el momento, prefirió no decirle nada hasta que la verdad fuera demasiado evidente como para ocultársela.

Cilla le sonrió y a él le faltó poco para derretirse. Esa niña inocente con sonrisa de ángel se había ganado su corazón con tanta facilidad que no quería que nada malo le pasara. Se preguntó entonces dónde se habría metido su madre, llevaba un buen rato desaparecida. Con lo que acababa de decirle Mikael acerca de una hermana que se había quitado la vida tras dar a luz a una niña, su cerebro no dejaba de elucubrar. Si la niña no era hija de Vibeke, sino su sobrina, ¿por qué hacerla pasar como suya?

\* \* \*

Mikael estaba a punto de llamar cuando la puerta de la cabaña se abrió y Stephan apareció con cara de pocos amigos. Lo miró con los ojos entornados y se cruzó de brazos como si se pusiera a la defensiva.

—¿Qué quiere ahora, teniente?

—Necesito hacerle algunas preguntas, Bringholm —contestó con aspereza. No lo soportaba y no tenía sentido fingir lo contrario.

Stephan cerró la puerta y se alejó un par de metros. Sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa y le dio la espalda para poder encenderlo. Echó una bocanada de humo y respiró hondo. Recién entonces se volteó para prestarle atención.

—¿Qué quiere saber?

—¿Ha estado en contacto alguna vez con una mujer llamada Priscilla Pålsson?

Iba a llevarse de nuevo el cigarrillo a los labios, pero al escuchar ese nombre, su mano se quedó a mitad de camino.

—¿Priscilla? ¿Qué tiene que ver ella con lo que le sucedió a Elin?

—¿La conoció entonces?

Stephan asintió.

—Tuvimos un romance hace tiempo, cuando ella se mudó a Söderhamn. Creo que fue en la primavera de 2009. Ella había dejado a su familia en Estocolmo y se aferró tanto a mí, que nuestra relación se volvió asfixiante.

—Fue por eso que la dejó —interrumpió Mikael.

Stephan tardó unos segundos en responder.

—No, terminé lo nuestro porque conocí a otra mujer. No supe más de ella después de que abandoné el apartamento que compartíamos.

Mikael se preguntó si sabía que Priscilla Pålsson había dado a luz a una niña apenas unas horas antes de suicidarse. Las probabilidades de que Cilla fuese suya eran muy grandes.

—Esa mujer era Elin Rosenberg —afirmó.

—No, dejé a Priscilla Pålsson por Greta.

Mikael se quedó inmóvil ante semejante revelación. Si la teoría que había empezado a considerar era acertada, entonces era Greta quien se había convertido en el blanco del odio de Vibeke. Seguro que ella también creyó que Stephan había abandonado a su hermana por Elin y la había asesinado para castigarla, pero de alguna manera descubrió que había sido Greta quien se había cruzado en el camino de Stephan cuando todavía era el novio de Priscilla. Ambas eran profesoras de Literatura y habían enseñado en el mismo colegio, de allí la confusión de Vibeke. Ella estaba detrás del disparo en el hospital y era posible que hubiera urdido el envenenamiento de *Miss Marple*. Debía avisarles a los demás y cerciorarse de que Greta estaba donde decía estar.

—¿Qué ocurre, teniente? Se puso pálido de pronto —comentó Stephan y dejó el tono irónico de lado.

Mikael hizo caso omiso a la pregunta, buscó el móvil y marcó el número de Greta. No respondía. Insistió hasta que por fin le respondieron.

—Tía Adele, ¿qué haces con el teléfono de Greta?

La preocupación iba en aumento. Hacía horas que no hablaba con ella y alguien trataba de asesinarla.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—¡Estoy bien, tía! Dime, ¿dónde está Greta?

—Supongo que con Josefina. Se olvidó el teléfono, por lo tanto, si quieres hablar con ella, tendrás que esperar a que regrese o llamarla al hostel de enfrente.

Aquello no le gustaba nada. Greta no salía a ningún lado sin el teléfono.

—Tía, ¿me harías un favor?

—Claro, cariño, el que quieras.

—¿Podrías verificar si el Mini Cabrio está estacionado en la calle o si sigue en la cochera?

—Espera un segundo.

A través del teléfono podía oír cómo le repicaban los zapatos de taco sobre el suelo. Escuchó que abría una puerta y luego la cerraba.

—En la cochera no está, Mikael.

—Mira si lo ha dejado en la calle.

Le tomó unos segundos más comprobar lo que le había pedido. Cuando retomó la conversación con su sobrino, él notó que se había puesto nerviosa.

—¿Qué pasa, tía?

—El coche de Greta no está, cariño.

Mikael farfulló una maldición. Si el Mini Cabrio había desaparecido, significaba que se las había ingeniado para salir sin ser descubierta. ¿Dónde demonios se había metido?

—¿Quieres que cruce al hostel y pregunte por ella? —sugirió Adele.

Sabía que no la encontraría allí. Desconocer el paradero de Greta, a sabiendas de que su vida corría peligro, lo volvía loco; ni siquiera podía pensar con claridad. Permaneció unos segundos con el teléfono en la mano sin saber qué hacer, el miedo lo había paralizado.

—¿Le ha ocurrido algo a Greta? —preguntó Stephan y advirtió que algo andaba mal.

—No está donde dijo que estaría y el Mini Cabrio ha desaparecido. —Se acomodó el cabello con los dedos y empezó a dar vueltas en el lugar. Parecía un león enjaulado a punto de perder el control—. ¡Vibeke Pålsson desea lastimar a Greta y ella misma ayuda a que lo logre al irse quién sabe adónde!

—¿Vibeke Pålsson? ¿Acaso...?

Mikael lo miró. Sus ojos azules echaban chispas.

—Sí, Bringholm, Vibeke es la hermana de Priscilla, quien se quitó la vida después de dar a luz a una niña porque no pudo soportar que usted la abandonara por otra mujer. Por esa razón y, al creerla la culpable de todo, asesinó a Elin.

Stephan se quedó boquiabierto ante semejante revelación. No fue difícil atar cabos y comprender qué ocurría en realidad. Pensó en Greta, ella no merecía morir por su

culpa.

—Entonces supo que dejó a Priscilla por Greta y quiere acabar con ella.

Stevic asintió.

—¿Cree que Greta está con ella ahora? La vi dejar el complejo hace menos de una hora. Llevaba mucha prisa, como si quisiera evitar que alguien descubriera que se iba.

Después de escuchar eso, Mikael salió disparado hacia la cabaña de Ejnar. Ni siquiera se dio cuenta de que Stephan lo seguía de cerca.

Le llevó la mitad de tiempo regresar hasta el lugar. Como Ejnar todavía jugaba con la niña, le hizo señas a Niklas para que se acercara. Cuando le confirmó que Vibeke no se encontraba en el complejo de cabañas, Mikael supo que de alguna manera se las había arreglado para pactar una reunión con Greta.

Desesperado, corrió hasta su automóvil y llamó a Karl para ponerlo al tanto de lo que ocurría. No pensó en la impresión que le causaría saber que su hija estaba en manos de una asesina; en ese momento, lo único que le importaba era traer a Greta de regreso sana y salva. El inspector, conmocionado por las palabras de Mikael, le dijo que se presentara cuanto antes en la comisaría. Estaba a punto de partir cuando Niklas se asomó por encima de la ventanilla y lo obligó a detenerse. Stephan también estaba allí.

—¡Espera, voy contigo!

Stevic notó entonces que Stephan, quien se encontraba detrás de Niklas, lo miraba sin siquiera parpadear, parecía tan desesperado como él. Embargado por la angustia y la incertidumbre, pensó que podía serle de más utilidad que el detective.

—Niklas, es mejor que te quedes aquí para ver si Vibeke se comunica con tu padre o intenta acercarse a la niña. Además, creo que ya es hora de que Ejnar conozca la verdad sobre su mujer. —Señaló a Stephan, y Niklas lo miró por encima del hombro y reparó por primera vez en su presencia—. Él vendrá conmigo a la comisaría.

—¿Estás seguro? —preguntó mientras Stephan se subía al vehículo y ocupaba el asiento del acompañante.

—Niklas, en un momento así, no puedo estar seguro de nada, pero sabemos que Vibeke quiere castigar a Bringholm —dijo y lo miró de soslayo—. Si esa loca tiene a la pelirroja en su poder, tal vez podamos persuadirla de que no es ella la que debe ser castigada, sino él.

Niklas tenía que reconocer que el plan no era del todo descabellado, aunque sospechaba que al propio Mikael no le convencía demasiado la idea de que Stephan se convirtiera en el salvador de Greta. Le deseó buena suerte, volvió a ofrecerle su ayuda incondicional y le pidió que lo mantuviera al tanto de todo lo que sucediera.

Cuando regresó a la cabaña, le dijo a Cilla que entrara a mirar televisión porque él

tenía algo importante que hablar con su padre. Esa noche, Ejnar conocería por fin quién era en realidad Vibeke Pålsson.

## CAPÍTULO XXX

—Nunca te habría lastimado, ¿lo sabes, verdad? —preguntó al tiempo que curvaba los labios en una sonrisa entre macabra e infantil. Vio cómo su víctima asentía con la cabeza—. ¿Entiendes también que ya no puedo dejarte ir?, ¿que tu vida y la mía terminarán esta noche?

Después de permanecer inmóvil durante un buen rato, los músculos se le habían puesto tensos y la parte superior del cuerpo se le había entumecido, aun así, logró echarse hacia atrás y apoyar la cabeza en el asiento del coche. Estaba atrapada, a su completa merced, y la sangre le manaba a borbotones. Apenas podía mantener los ojos abiertos. Hizo acopio del último resto de fuerzas que le quedaban y trató de balbucear un nombre, pero todo empezó a nublarse a su alrededor y no tardó en perder el conocimiento.

Le apartó unos mechones de la roja melena que se le habían pegoteado a la herida y la contempló durante un rato mientras la sangre le brotaba del cuello y le manchaba sus propias manos. Se acercó.

—Lo siento, Greta, pero tú y yo sabemos que tenías que morir —le susurró despacio al oído.

\* \* \*

En la comisaría, ignorar el paradero de Greta e imaginarla en poder de Vibeke había provocado en todos caras cargadas de preocupación, pero no interfirieron con la labor policial. Karl insistió en dirigir el operativo de búsqueda y nadie se atrevió a contradecirlo. Empezaron con una gran desventaja: Greta no llevaba el móvil encima y, por lo tanto, no podían rastrear su ubicación. Cuando pretendieron hacer lo mismo con la línea de Vibeke, la señal indicó que el aparato no se había movido del complejo de cabañas en todo el día.

Stephan esperaba en el pasillo de la comisaría, inquieto por la suerte que podía

correr Greta a manos de una mujer desquiciada y ciega por la sed de venganza. Todavía no alcanzaba a comprender por qué Mikael le había pedido que lo acompañase, pero si estaba en sus manos hacer algo por Greta, se pondría a total disposición de la policía para lo que desearan. Tal vez de esa manera, por fin, lograría que dejaran de mirarlo con mala cara. Si la hermana de Priscilla era la asesina que buscaban, su inocencia también quedaría demostrada.

La llegada de Mikael con el anuncio de que Greta estaba desaparecida había ocasionado un gran revuelo en la comisaría. Dos agentes pasaron raudamente delante de él y se metieron en la misma dependencia en la cual había ingresado apenas arribó al lugar. La encargada de la recepción, una rubia platinada y excedida de peso, se acercó y le ofreció un café, pero él lo rechazó.

Abandonó la banqueta y comenzó a caminar por el pasillo mientras analizaba lo que le había revelado el teniente tras su llegada al Paradis. No podía quitarse de la mente a Priscilla. No había pensado en ella en mucho tiempo y, de repente, descubría que había estado cerca de su hermana sin siquiera saberlo. Había mantenido con ella una relación de casi dos años, la que se rompió por culpa del carácter posesivo de ella y de sus frecuentes arranques de violencia. Mikael había mencionado una hija y entonces recordó una tarde en la cual Priscilla le había contado que estaba embarazada. Él, al creer que era otra de sus artimañas para retenerlo, estaba convencido de que era mentira, pero comprobó que se había equivocado y que en algún lugar había una niña que llevaba su sangre. Se maldijo por haber sido tan estúpido.

Se llevó ambas manos a la cintura y se detuvo de repente. ¡No podía ser y, sin embargo, mientras más lo pensaba más se convencía de que podía ser verdad! Cilla, la niña de Vibeke, debía de ser en realidad la criatura que dio a luz su hermana. La pequeña era su hija. Pensó en irrumpir en el centro de comandos para preguntárselo a Mikael, pero no hizo falta, sabía que era suya.

Escuchó que una puerta se abría y se dio vuelta sobre los talones, vio que Miriam se asomaba y le hacía señas para que se acercase. Avanzó hacia ella e ingresó al centro de comandos, donde se convirtió en el receptor de las miradas.

Estaban todos alrededor de una mesa que ocupaba la mayor parte de la sala. En uno de los extremos, Karl se removía inquieto en su silla mientras tamborileaba los dedos sobre una carpeta. A su lado, Nina hojeaba unos papeles a la vez que le rozaba el brazo a su jefe y esposo. Un agente más joven, con gafas y el cabello un poco desprolijo, trabajaba detrás de una *laptop*. Mikael estaba de pie junto al inspector, pero se alejó en dirección a la pizarra, donde se destacaba una fotografía de Vibeke Pålsson. Miriam ocupó su sitio al lado del agente con anteojos.



Fue Karl el primero en abrir la boca. Ni a él, ni a Stevic les agradaba la presencia de Stephan, pero la vida de Greta estaba en juego y no les quedó otra que tragarse el orgullo.

—Gracias a las cámaras de seguridad del ayuntamiento, hemos conseguido rastrear el Mini Cabrio de mi hija. El vehículo fue visto cuando dejaba la zona comercial hace poco más de una hora; no iba nadie con ella. Otra de las cámaras muestra que se dirigía hacia la zona del mirador, por la calle Hamngatan, exactamente a las ocho y trece minutos, pero ya no viajaba sola, se confirmó que una mujer la acompañaba. Por sus características físicas, estamos seguros de que se trata de Vibeke Pålsson. El coche no aparece en más imágenes, por lo que inferimos que se detuvo en algún punto entre la calle que conduce al mirador y la siguiente cámara de seguridad, instalada a pocos metros de allí. —Hizo una pausa de apenas un par de segundos para mirar a Mikael, quien hizo un gesto de aprobación—. Queremos pedirle que colabore con el operativo policial, Bringholm. Es posible que en estos momentos usted sea nuestra mejor alternativa. Debemos evitar que Vibeke Pålsson le haga daño a mi hija.

Stephan ni siquiera tuvo que pensar en su petición. Estaba más que dispuesto a prestar su ayuda e, incluso, se sentía capaz de ofrecerse a cambio de Greta para que Vibeke no la lastimase.

—Cuenta conmigo, inspector —dijo y se ganó el agradecimiento de algunos y la admiración de otros.

Mikael no supo qué sentir, por lo pronto, asintió con la cabeza y se aseguró, por enésima vez, de que su arma reglamentaria estuviese lista para disparar en caso de que hiciera falta. Él sería el encargado de llevar a Stephan al sitio donde creían que Vibeke tenía secuestrada a Greta. Aunque desconocían el punto exacto, la distancia a cubrir era menor a trescientos metros. Karl había sugerido que el resto de los refuerzos, entre los que se encontraba él mismo, se mantuvieran a distancia prudencial para evitar cualquier imprevisto. El principal objetivo de la misión era rescatar a Greta sana y salva, para ello, debían asegurarse de que Vibeke y Stephan se encontraran cara a cara.

Sin perder más tiempo y con las instrucciones precisas del operativo policial en la cabeza, Mikael y Stephan abandonaron la comisaría cuando faltaban diez minutos para las nueve de la noche. El trayecto hasta la zona del mirador les llevaría menos de un cuarto de hora, sin embargo, no saber con qué se encontrarían al llegar mantenía los nervios de ambos a flor de piel. Repasaron el plan una vez más mientras transitaban por Hamngatan. Cuando el Volvo de Mikael alcanzó la calle Badstugatan, giró en la rotonda y redujo la velocidad.

—¡Allí está el coche de Greta! —anunció Stephan y señaló hacia la derecha.

A Mikael le dio un vuelco al corazón cuando distinguió el Mini Cabrio a unos cincuenta metros de distancia. De inmediato, descubrió que el vehículo se encontraba vacío. Se estacionó en el primer sitio disponible que halló y se comunicó con su jefe.

—Karl, hemos divisado el coche de Greta en la intersección de Hamngatan y Badstugatan, pero no hay señales de ella ni de Vibeke en su interior.

Le inquietaba no saber dónde se habían metido. Cuando enfocó la mirada hacia el frente, se topó con el mirador donde tantas veces Greta y él habían subido para contemplar la belleza del lago. Hacía apenas unos días que habían estado en ese lugar para que sus tías tuviesen una vista privilegiada del pueblo desde su torre. Algo en su interior le decía que Vibeke había llevado a Greta hasta allí, quizá con la macabra intención de que pagara por la muerte de su hermana y que fuera igual a la de ella. Se le heló la sangre de tan solo imaginarse semejante situación.

Escuchó las indicaciones de Karl, en las que le exigía que actuase con cautela. Le explicó que era imposible esperar refuerzos para entrar en acción, le informó de sus próximos pasos y dio por terminada la conversación. Por supuesto, no le comentó cuáles eran sus sospechas; aunque el operativo estaba bajo su supervisión, era un detalle que prefería ocultarle.

Miró a Bringholm. Aparentaba estar más que listo para cumplir con su parte de la misión.

—¿Qué piensa, teniente?

—Tengo la certeza de que Vibeke y Greta se encuentran en el mirador.

Stephan se inclinó un poco hacia delante para echar un vistazo a la construcción de madera pintada de rojo que se erigía al final de la calle y en medio de un coqueto jardín que el ayuntamiento se encargaba de acondicionar cada vez que empezaba la temporada de verano. El chasquido de la pistola de Mikael lo sacó de su ensimismamiento.

—Espero que siga las instrucciones al pie de la letra. Se mantendrá detrás de mí en todo momento y hablará solo cuando yo se lo diga, ¿comprendió? Cualquier error puede resultar fatal. La vida de Greta está en juego y no pienso arriesgarla por nadie, mucho menos por usted.

Stephan asintió. Sabía con exactitud qué hacer, no necesitaba que se lo recordara en todo momento.

Se bajaron del automóvil casi en simultáneo y Mikael le indicó que se subiera a la acera y caminara junto a él. Cuando estuviesen próximos a la entrada del mirador, debía colocarse detrás de él. Avanzaron de prisa, ya que temían no llegar a tiempo para evitar que Vibeke se saliera con la suya. Un par de turistas tenía la intención de subir al mirador, pero apenas Mikael les mostró su placa y les dijo que estaban en

medio de un operativo policial, los jóvenes regresaron por donde habían llegado sin detenerse a preguntar qué sucedía.

Con la pistola en la mano, empezó a subir los escalones; Stephan lo seguía, atento a cualquier movimiento. El mirador parecía estar desierto y, por un instante, la desesperación volvió a apoderarse de él cuando contempló la posibilidad de que se hubiera equivocado. Subieron con sigilo y esperaron toparse con ellas en cualquier momento. Lograron alcanzar los últimos metros sin ningún sobresalto y vieron que apenas una puerta cerrada los separaba del pequeño recinto desde donde podía contemplarse el pueblo. El silencio que reinaba en el mirador era abrumador. Mikael empezó a perder las esperanzas, pensó que la corazonada o el instinto detectivesco del cual solía jactarse le había fallado, sin embargo, le temblaron las rodillas cuando oyó la voz de Greta al otro lado de la puerta.

\* \* \*

—¿Por qué no piensas en Cilla? ¡Esa niña te adora, no soportaría perderte! —vociferó Greta en otro vano intento por persuadirla para que entrase en razón.

Tras recuperar la consciencia, Vibeke la había sacado del Mini Cabrio y, apenas pusieron un pie en el interior del mirador, la había llevado a empujones hasta la torre. Mientras lo hacía, no dejaba de repetirle que había llegado la hora de su castigo. Se valió de la navaja para obligarla a colocarse junto a una de las ventanas, de espaldas a la puerta, para que sus ojos se acostumbrasen al vacío que la rodeaba. Greta comprendió entonces que esa había sido su intención desde el primer momento y que ella misma le había facilitado la ejecución de su plan al sugerirle que subiesen al mirador.

—Deja de mencionar el nombre de mi hija porque no te va a servir de nada, Greta. Vas a morir y por fin recibirás el castigo que mereces.

Se acercó mientras empuñaba la navaja. Sonreía, aunque no había emoción alguna en su mirada teñida de rabia y de venganza. Greta miró al suelo en busca de algo que le sirviera para defenderse, pero solo había unas cuantas colillas de cigarrillos y unas latas de cerveza vacías desparramadas en un rincón. Vio unas cuantas gotas de sangre delante de sus pies, el pañuelo con el cual se cubría la herida en el cuello no lograba detener el sangrado. Sabía que si no recibía atención médica pronto, sería demasiado tarde para ella. En su desesperación, pensó que tal vez sería menos doloroso morir al caer al vacío que desangrada por la herida de un arma blanca; al menos sería una muerte más rápida y piadosa. Pero ella no deseaba morir, tenía muchos motivos para luchar por su vida: un padre que la adoraba, una hermana con la que acababa de

reencontrarse y un hombre que la amaba a pesar de sus defectos. Y había algo más que la impulsaba a no rendirse: el sueño de convertirse en madre. El único consuelo que podía encontrar al morir allí era el hecho de que en ese mirador había transcurrido tardes maravillosas en compañía de sus padres. Los recuerdos más bonitos que guardaba de su madre estaban ligados a las tardes de lectura compartidas o a las horas que solían quedarse suspendidas en esa misma ventana mientras contemplaban el pueblo. Cuando se le nubló la vista, se dio cuenta de que había empezado a llorar.

—El castigo siempre llega, Greta. Nadie está exento de pagar por lo que hizo.

—¡Yo no hice nada, maldita loca! —le gritó y perdió por completo el control.

Estaba al borde del colapso, ya no era capaz de mostrar entereza o frialdad, no cuando estaba a punto de perecer a manos de esa mujer. Vibeke la miró. Ni siquiera se inmutó frente a la reacción de Greta, todo lo contrario, parecía que le causaba placer verla luchar hasta el último momento.

—Tienes razón —concedió—. El principal culpable de la tragedia de mi hermana se llama Stephan Bringholm, pero tú eres tan responsable como él por lo que sucedió. Si no te hubieras cruzado en su camino, él no habría abandonado a Priscilla ni a su hija.

—Yo no sabía que Priscilla estaba embarazada.

La voz de Stephan reverberó en el lugar. Con rapidez, Vibeke se colocó detrás de Greta para usarla como escudo. Ella, débil como estaba, solo atinó a ladear la cabeza cuando volvió a sentir que le clavaba la navaja en el cuello, ni siquiera entendía cómo había llegado Stephan hasta allí. Cuando lo miró, él tenía las manos levantadas, no llevaba arma alguna. Por encima de su hombro advirtió una sombra que se movía y se reflejaba contra el marco de la puerta. Su corazón empezó a latir más de prisa, Stephan no estaba solo.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Has venido a rescatar a la puta de tu ex? —le espetó Vibeke con los ojos inyectados de rabia.

Todo el odio que sentía por él se le reflejaba en la mirada y en la vena hinchada que le resaltaba en el cuello y le daba el aspecto de una desquiciada. A pesar de que toda su atención estaba dirigida a él, todavía sujetaba a Greta del brazo mientras que la navaja no se apartaba de su garganta, que no dejaba de sangrar.

—Debes dejar que Greta se vaya, Vibeke. No es ella la que merece ser castigada por la muerte de tu hermana —dijo Stephan sin moverse de su sitio. Temía acercarse y provocar que la lastimase aún más. Sabía que Mikael estaba a tan solo un par de metros de distancia, escudado detrás de la puerta, listo para intervenir si hacía falta—. Ahora me tienes a mí y puedes hacer lo que quieras conmigo.

Vibeke no dijo nada, parecía confundida.

—Cuando Priscilla y yo nos separamos, ella no me dijo que estaba embarazada, pero reconozco que si lo hubiera hecho, la habría dejado de todos modos. —Le mentía, pero esa era justo la idea: conseguir que Vibeke concentrara toda su rabia en él para que Greta tuviese oportunidad de escapar—. Ya no la amaba, se había vuelto demasiado posesiva, por eso decidí que lo nuestro no daba para más. No fue por causa de otra mujer que Priscilla y yo terminamos, a Greta la conocí un par de semanas después.

—¡Mentira, maldito! ¡Dejaste a mi hermana cuando más te necesitaba y es por tu culpa que ya no quiso vivir!

—Está bien, lo reconozco —manifestó y dio un par de pasos hacia delante—. Me deshice de ella cuando ya no me hacía falta. ¿Es eso lo que querías oír? ¡Priscilla ya no me inspiraba nada, ni siquiera me satisfacía en la cama!

Greta comprendió enseguida lo que trataba de hacer. Stephan quería convertirse en el blanco de Vibeke y lo estaba logrando. Podía sentir cómo empezaba a temblar y, al hacerlo, la mano que empujaba la navaja contra su cuello poco a poco cedía.

—¡Cállate, hijo de puta! ¡Ni siquiera oses mencionar el nombre de mi hermana con tu asquerosa boca! ¡Ella era mucho mejor persona que tú!

—¿Y por eso se quitó la vida y abandonó a su hija para que fuese criada por una demente? Piénsalo, Vibeke, Priscilla no era tan distinta a mí entonces, fue más cobarde que yo, después de todo, careció del valor suficiente para vivir por ella.

Las palabras de Stephan tuvieron el efecto deseado. Como una bestia movida por el odio y la sed de venganza, Vibeke se abalanzó encima de él, con la navaja por delante y dispuesta a todo. Cuando Greta se vio libre, se dejó caer al suelo porque las piernas ya no podían sostenerla. La sangre todavía manaba, aunque con menos intensidad. Aun así, sentía que de un momento a otro perdería el conocimiento.

Stephan y Vibeke forcejeaban. Intentó mantener los ojos abiertos, pero los párpados le pesaban demasiado. Justo antes de desmayarse, escuchó la voz de Mikael que gritaba: «¡Alto o disparo!» Después de eso, la envolvió el más absoluto de los silencios. Ni siquiera alcanzó a oír el sonido de las sirenas que se acercaban al lugar. Su cuerpo frío tampoco llegó a sentir el calor del abrazo de Mikael.

—Resiste, pelirroja, resiste.

\* \* \*

La vista desde la habitación del Lassarets daba a una de las calles principales del pueblo, que, a esa hora de la tarde, ya empezaba a ser transitada por los vecinos y turistas que se dirigían al lago Siljan o a la zona comercial. Espesos nubarrones se

recortaban en el horizonte y auguraban la lluvia que muchos esperaban para aliviar las altas temperaturas. Greta respiró hondo mientras se tocaba el grueso apósito que le envolvía el cuello. Había llegado inconsciente al hospital; tras compensarla y detener el sangrado, fue Selma Steinkjer quien le suturó la herida y le aseguró que no le quedarían cicatrices. Sabía que el corte había sido profundo, pero solo había hendido piel y músculos. El doctor que la había atendido afirmó que salvó su vida por apenas un par de centímetros; no importaba si la herida dejaba marcas después de haberse sentido tan cerca de la muerte.

Se distrajo con una pareja joven que corría por la acera, seguro para buscar un sitio donde refugiarse antes de que se desatara la tormenta. Llevaba casi veinticuatro horas ingresada en el hospital y ya ansiaba regresar a su casa, volver a la rutina y seguir con su vida. La presentación de la novela de Pernilla estaba encima, pero Lasse y la mismísima Josefine se habían acercado esa mañana temprano para decirle que no se preocupara, que entre ambos tendrían todo listo para el gran evento. Pernilla, quien no había podido acompañarlos al hospital debido a que los nervios le jugaban una mala pasada, le envió una caja de bombones con un enorme globo de color azul y moño dorado para desearle una pronta mejoría. En la habitación también había varios arreglos florales, algunos muñecos de peluche con cariñosos mensajes y una pila de libros amontonados en una butaca.

Hacía apenas unos minutos que su padre, por consejo de Nina, había aceptado irse a la casa para darse un baño y descansar. Él no se había movido de su lado en ningún momento; tampoco Mikael, quien había bajado hasta la cafetería porque ella le había exigido que lo hiciera después de descubrir que no había probado bocado desde su ingreso al hospital. Por su habitación había desfilado gente desde temprano. Después de la temprana visita de Lasse y Josefine, aparecieron sus tíos y primas. Hanna llegó cerca del mediodía; había aprovechado que el pequeño Viggo estaba en casa de su madre. También había recibido la visita del agente Bengtsson y de la sargento Thulin, quien aprovechó la ocasión para despedirse de ella, ya que regresaba a Estocolmo. No pudo evitar experimentar alivio ante la novedad, claro que por la expresión sombría en su rostro, Peter no sentía lo mismo. Niklas había pasado apenas un momento, iba acompañado de Ulla Schenker y, tras dejarle un par de novelas policiales, se fueron porque tenían una reserva para almorzar en el China House. Las tías de Mikael se habían quedado un buen rato y le contaron las anécdotas infantiles más tiernas y divertidas de su querido sobrino. Gotilda fue una de las últimas en aparecer, la notó todavía apesadumbrada por la muerte de su hermano, pero de a poco dejaba la tristeza de lado y se consolaba con la idea de que a Sigvard no le gustaría verla sufrir. El reverendo Erikssen también fue uno de los que pasó a verla y, antes de marcharse, le

dio la bendición. A todos los acribilló a preguntas sobre qué había sucedido en el mirador después de que ella perdiese el conocimiento, pero como si siguieran órdenes, nadie le respondió.

La puerta se abrió y el ruido la sacó de sus cavilaciones. Creyó que se trataba de Mikael que regresaba de la cafetería, pero cuando vio el reflejo de una mujer rubia en el cristal de la ventana, se dio vuelta con rapidez para recibir el abrazo de su hermana. No la esperaba y nadie le avisó que iría a verla. Permanecieron en silencio, sumidas en un abrazo cargado de emoción, hasta que Vanja se despegó de ella para observarle la herida de guerra.

—Cuando me enteré de lo que pasó, no supe si venir a verte para ver cómo te encontrabas o llamarte por teléfono para que escucharas un largo y tendido sermón — bromeó e hizo un gran esfuerzo para no echarse a llorar delante de ella.

Greta sonrió.

—¡Me alegra tanto que estés aquí! Papá no me dijo que vendrías.

—Ya me conoces, hermanita, preferí aparecerme de sorpresa. —La tomó de la mano y juntas se sentaron en la cama—. Dime, ¿cómo te sientes? ¿Duele? —le preguntó mientras señalaba el apósito en su cuello.

—No, aunque perdí mucha sangre, la navaja no alcanzó a tocar la arteria. Fue solo el corte —la tranquilizó al minimizarle lo que había ocurrido.

—Papá me dijo que esa mujer intentó arrojarte al vacío y que tu exnovio evitó que lo lograra.

Greta asintió. Sin la oportuna intervención de Stephan, su destino habría sido muy distinto. Se preguntó por qué no había ido a verla todavía, quería darle las gracias y pedirle disculpas por no creer del todo en su inocencia.

—No he tenido la oportunidad de hablar con él todavía, espero poder hacerlo antes de que abandone el pueblo. A propósito, ¿hasta cuándo te quedas en Mora? Supongo que no te irás pronto.

Vanja esbozó una sonrisa.

—Si no se presenta ningún imprevisto, me quedo durante el fin de semana. Tengo ganas de pasar tiempo con papá y contigo. —Una nube de tristeza le oscureció los ojos azules—. Esta mañana ingresé a mi madre en un centro especializado en el tratamiento del Alzheimer. Estará allí solo hasta que yo regrese a Sandviken. El doctor me sugirió que era bueno para ella acostumbrarse al lugar.

Greta sabía que a Vanja le partía el alma tener que separarse de su madre, por eso la abrazó con fuerza, para que sintiera que a ella también le dolía el triste futuro que le esperaba a ambas por culpa de una enfermedad tan cruel.

Conversaron sobre diversos temas y, cuando Greta intentó sacarle información, se

topó con otro muro de hielo.

—Parece que nuestro padre se salió con la suya —se quejó—. ¿O fue Mikael quien dio la orden de no contarme nada?

—Ambos creen que no es conveniente que sepas lo que ocurrió todavía.

Greta abrió los ojos en un gesto de horror.

—¿Le pasó algo a Stephan? ¿Por eso esa no ha venido a visitarme? —exigió saber.

Vanja le puso la mano en el hombro.

—No te inquietes, él está bien —le aseguró.

—¿Me lo juras?

No era que de repente le importara su exnovio, pero había arriesgado el pellejo para salvarla, y eso era algo que nunca olvidaría. No borraría el infierno que le había hecho pasar, pero al menos tenía la esperanza de que Stephan por fin cambiara.

—Te lo juro, Greta. Tal vez no quiere venir por temor a otro encontronazo con Mikael —comentó y estudió la reacción de su hermana.

Greta arrugó el ceño.

—No pretendo que se lleven bien, pero creo que después de lo que hizo Stephan, aun a costa de arriesgar su propia vida para salvar la mía, no es justo que Mikael todavía le ladre como un perro rabioso cada vez que se cruza con él.

—En eso estoy de acuerdo contigo. —Vanja la miró expectante—. A propósito del teniente, ¿cómo van las cosas con él? Ojalá la inesperada llegada de tu exnovio al pueblo no haya provocado muchos problemas.

Greta le contó del enfrentamiento que ambos habían protagonizado en el Paradis y de lo tonta y culpable que se había sentido cuando descubrió que Mikael había vigilado a Stephan mientras ella se citaba con él a escondidas en el Korsnäsgråden.

—Sin dudas, el pobre de Mikael no debe de haberlo pasado nada bien con Stephan alrededor todo el tiempo.

Greta asintió.

—Sabe que lo que siento por él es genuino y que si me acerqué a Stephan o permití que él se acercara a mí fue solo para sacarle información y así poder inmiscuirme en la investigación, como ya lo he hecho antes —le aseguró—. A pesar de sus celos y de mi constante rebeldía, lo nuestro marcha más que bien. —Se mordió el labio y agachó la mirada.

—¿Qué es? —preguntó Vanja al sospechar que se moría de ganas de contarle algún secreto.

Greta alzó la vista y sonrió.

—La reciente maternidad de Hanna y la llegada de mi ahijado me movilizaron por



dentro. Estaba llena de dudas, con mucho miedo, sin embargo, me bastó sentir la pequeña mano de Viggo alrededor de mi dedo para darme cuenta de que me muero de ganas por tener un hijo.

Vanja le apretó la mano.

—¿Se lo has dicho a Mikael?

—Todavía no, pero hace una semana he dejado de tomar la píldora. —Respiró hondo. Si bien cada vez se convencía más de que estaba preparada para convertirse en madre, todavía no encontraba el momento oportuno para comentárselo a Mikael—. No sé cómo va a reaccionar. La llegada de nuestro ahijado lo ha cambiado, lo puedo ver en el brillo de sus ojos cada vez que habla de él. ¡Tendrías que haberlo visto cuando lo cargó en sus brazos por primera vez! ¡Parecía sentirse tan a gusto!

—Pero...

—No sé si ya logró superar la pérdida del hijo que esperaba con Pia. Se siente culpable por no haber estado con ella cuando sucedió. Desde que estamos juntos, no ha vuelto a mencionar el tema y su silencio me preocupa.

—Greta, si bien no conozco demasiado a Mikael, me atrevería a afirmar que la llegada de un hijo le ayudaría a superar lo que pasó aquella vez. Mira a nuestro primo Lasse, él también sufrió la pérdida de un hijo y, sin dudas, la llegada de Viggo llenó ese vacío en su vida.

—¿Has conocido a mi ahijado ya?

—¡Sí! Es una criatura preciosa, y eso que no soy muy fanática de los niños, ¡sobre todo cuando chillan y una no logra descifrar por qué lo hacen! —bromeó.

El comentario de su hermana le provocó risa. Se la imaginó con su propio sobrino o sobrina en brazos, estaba segura de que se le caería la baba cuando eso ocurriera.

Charlaron un poco sobre las actividades de la librería y de las excentricidades de Josefina. Vanja también se ofreció a darle una mano en lo que hiciera falta y Greta le sugirió que se contactara con Lasse o con la escritora para ponerse a su servicio. Aunque a ella no le caía bien Josefina, sobre todo después de descubrir que miraba con ojos de ternero degollado a su padre, no dijo nada delante de Greta para no contrariarla.

La conversación entre ambas hermanas fue interrumpida por unos golpes en la puerta.

—Adelante.

Stephan se asomó con una sonrisa en el rostro.

—¿Molesto?

Greta y Vanja intercambiaron miradas.

—No, Stephan, por supuesto que no. —Greta le hizo señas de que se acercara—.

Te presento a mi hermana Vanja. —La rubia se levantó de la cama con la intención de abandonar la habitación—. Él es Stephan, el hombre que salvó mi vida.

Se dedicaron una mutua sonrisa. Él, sorprendido por la noticia de que Greta tenía una hermana; la detective, en cambio, lo observó con atención mientras trataba de adivinar si su visita tendría alguna intención oculta. Llevaba una bolsa en la mano y sonreía todo el tiempo. Tenía que reconocer que era bastante atractivo y con una apariencia similar a la de Mikael. Ambos tenían el cabello algo largo y una barba de días que les oscurecía el rostro. Si Mikael se destacaba por sus ojos azules, Stephan lo hacía por sus enormes ojos color café. Decidió que su presencia no incomodaba a Greta y los dejó a solas.

Apenas Vanja salió, Stephan ocupó su sitio y se sentó en el borde de la cama junto a ella.

—Pensé en traerte un ramo de flores o una caja de tus bombones favoritos, pero no quería suscitar un nuevo conflicto con el teniente Stevic, por eso te he traído esto. Espero que te guste. —Extendió un paquete rectangular hacia ella. No había que ser adivino para saber de qué se trataba.

Greta rompió el papel que lo envolvía y esbozó una gran sonrisa cuando descubrió que se trataba de una edición poco conocida de *Cinco cerditos* de su amada Agatha Christie.

—Imagino que has leído la novela y más de una vez, pero conseguí este ejemplar en un anticuario. El vendedor me aseguró que se editó hace más de medio siglo.

Greta lo abrió y constató que se había publicado en 1954. Sin dudas, un tesoro que lucir orgullosa en su amplia biblioteca.

—Gracias, Stephan, por todo —le dijo mientras cerraba la tapa de su preciado regalo con cuidado para que no se deteriorara.

—No tienes que darme las gracias, Greta. Lo habría hecho mil veces si hubiese sido necesario —dijo al referirse a su intervención en el mirador—. Pero no todo el crédito es mío. Fue idea del teniente que yo me presentara delante de Vibeke para que te dejara ir, y no se equivocó. Bastó que me viera para que ese resentimiento que guardó durante tanto tiempo apuntara en la dirección correcta. Te pido perdón por haberte involucrado en esa trama siniestra cuando no tenías nada que ver con lo de Priscilla.

Greta se dio cuenta de que Stephan quería hablar, y ella, fiel a su vena de detective curiosa, se aprovecharía de la situación.

—¿Qué pasó en el mirador después de que me desmayé? Nadie me lo ha querido contar.

Stephan vaciló un instante antes de responderle.

—Quizá no lo hicieron para no agobiarte.

—¡Estoy harta de que se tomen ciertas atribuciones conmigo! —despotricó—. Si no me hubieran apartado de la investigación, no habría terminado en manos de una asesina. ¿Me equivoco?

Stephan no podía estar más de acuerdo con ella, por eso, se olvidó de lo que le había aconsejado Mikael y resolvió saciar su curiosidad.

—Está bien, te lo voy a contar todo.

Greta sonrió. Dejó el regalo encima de la cama, se sentó y con las manos apoyadas en el mentón y ambos codos en las rodillas se dispuso a escucharlo.

—Cuando Vibeke se lanzó encima de mí, logró lastimarme con la navaja. —Le mostró una venda que le envolvía el brazo—. No fue nada serio, apenas un rasguño. Stevic estaba pendiente de lo que sucedía y, al oír el forcejeo, intervino de inmediato. Vibeke se vio acorralada y ninguno de los dos pudo evitar que se subiera a una de las ventanas. Tampoco pudimos hacer nada cuando se arrojó al vacío para evitar que la arrestaran.

—¿Vibeke ha muerto?

—Sí, Greta, no sobrevivió a la caída. Ella no estaba dispuesta a entregarse y, al saberse perdida, buscó la salida más fácil. Creo que no fue casualidad que perdiera la vida al arrojarla desde el mirador. Murió igual que su hermana.

A Greta le costaba asimilar que todo había terminado de esa manera tan atroz. Vibeke muerta. Pensó en la niña y se preguntó qué sería de ella de ahí en más.

—Te preocupa Cilla, ¿verdad? —preguntó Stephan al adivinar el rumbo que habían tomado sus pensamientos.

Greta asintió. A esa altura, seguro que ya sabía que la pequeña era suya.

—Ejnar ha hablado conmigo y me dijo que no está dispuesto a renunciar a ella, no desea cambiar los planes que había hecho con Vibeke. Tiene toda la intención de adoptarla y le aseguré que jamás voy a interferir en su relación. La niña lo quiere como a un padre y en este momento lo único que quiero es que sea feliz. Su verdadera madre murió y ahora acaba de perder a la mujer con la cual convivió todos estos años y a la que llamaba «mamá». Nunca me perdonaría que sufriera por mi culpa. —Se acomodó el cabello hacia atrás. Greta percibió que le temblaba la mano—. Pero yo tampoco quiero renunciar a ella; me conformaré con verla y formar parte de su mundo. Más adelante, cuando Cilla sea capaz de entender y asimilar la verdad, le contaré quién soy. Necesitaba una razón de peso para cambiar y voy a hacerlo por ella, Lennart prometió ayudarme. Apenas vuelva a Söderhamn, me someteré a una terapia para controlar mis arranques de violencia. No será sencillo, pero con la motivación adecuada y el deseo de poder mirar a mi hija a los ojos un día y decirle sin

vergüenza que soy su padre, podré a salir adelante. —Experimentó alivio cuando vio empatía en la sonrisa de Greta—. Cometí muchos errores en mi vida, algunos jamás me los perdonaré, por eso quiero empezar de cero y poder ganarme el cariño de mi hija.

Greta le rozó la mano. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que Stephan era por completo sincero con ella y consigo mismo.

—Me complace escucharte hablar así —le dijo con la misma sinceridad—. No es sencillo reconocer los propios errores y nunca es tarde para tratar de enmendarlos. Sabes que te perdoné hace tiempo, sin embargo, creo que deberías empezar por perdonarte a ti mismo.

En un gesto de gratitud, Stephan se atrevió a apretarle la mano.

—Lo intentaré, Greta. No solo por Cilla y por mí, también lo haré por Elin, que pagó por mis errores del pasado.

—No te mortifiques ya con eso —le pidió—. Debes mirar hacia adelante, ahora tienes una hija por la cual luchar. No la defraudes.

Stephan sintió la necesidad de abrazarla, pero todo lo que había ocurrido entre ellos le impedía hacerlo. Por eso se sorprendió gratamente cuando Greta tomó la iniciativa y le dio ese abrazo que tanto esperaba y que no se había atrevido a pedirle.

## EPÍLOGO

La presentación de *La redención y la muerte*, la novela con la cual Pernilla Apelgren debutaba en el mundo editorial, fue todo un suceso. Nadie podía afirmar si la cantidad de gente que se había presentado desde temprano en la librería estaba allí por ella o para ver de cerca a la célebre Josefine Swartz. El hecho fue que ese peculiar detalle no logró opacar a la verdadera estrella de la noche, y, así, Pernilla probó las mieles del éxito entre sus vecinos y amigos. Después de una distendida presentación de poco más de una hora en la cual ambas mujeres se lucieron con su verborragia y deleitaron a los presentes, se sirvió un banquete amenizado con temas musicales de los años sesenta, época en la cual estaba ambientada la novela de la anciana. El público deambulaba por la librería, y la mayoría aprovechaba y se acercaba a la mesa de firmas con un ejemplar de *La redención y la muerte* y alguna de las novelas de Josefine para llevarse su autógrafo estampado y una foto que retratase el momento para la posteridad.

Lasse era el encargado de elegir la música, aunque había sido Josefine la que había armado la lista de temas después de consultárselo a Pernilla. Hanna y su hijo descansaban en el sillón Chesterfield; por supuesto, el pequeño Viggo se convirtió también en una de las atracciones del evento.

Greta había logrado disuadir a Mikael para que la dejase supervisar la presentación, era lo que había planeado antes del incidente en el mirador y no pensaba faltar. Había sido suficiente hablarle con la voz melosa y mostrarse cariñosa para que él cediera a sus exigencias. Sonrió cuando lo vio en medio de una pequeña multitud que se había agolpado alrededor de Josefine y se preguntó cómo había quedado atrapado entre los fanáticos de la escritora. Cuando recorrió el lugar para asegurarse de que todo marchara sobre ruedas, divisó a Niklas y a Ulla Schenker que ingresaban a Némesis. Se acercaron hasta ella y, tras preguntarle cómo se encontraba, se disculparon por no haber podido llegar antes. Por la expresión de felicidad en sus rostros, Greta sospechaba que habían sabido aprovechar muy bien el tiempo que le

quedaba al detective en el pueblo.

—¿Cómo te sientes?

Greta dio un respingo cuando escuchó que Mikael le hablaba al oído. Ni siquiera se había dado cuenta de que ya no estaba donde lo había visto apenas unos minutos antes. Se dio vuelta y le sonrió.

—Estoy donde quería estar —manifestó antes de soltar un suspiro. Se recostó sobre su pecho y se aferró a sus brazos cuando Mikael la rodeó por la cintura.

—Otro evento exitoso, pelirroja.

—Así es, teniente. Las oscuras nubes que asolaron Mora esta última semana se dispersaron para dejar por fin que el sol se asomara —reflexionó, perdida en sus propios pensamientos.

Ejnar le había contado que Stephan y su grupo de amigos habían regresado esa misma mañana a Söderhamn para estar presentes en el funeral de Elin Rosenberg. Todavía no le había comentado a Mikael sobre la charla que había mantenido con él en el hospital; tampoco había reunido el coraje suficiente para plantearle las ganas que tenía de convertirse en madre. Tal vez lo hiciera esa misma noche cuando toda la gente se hubiera marchado.

—¿Qué planeas? —Le preguntó Mikael ante su prolongado silencio—. Tal vez es solo mi imaginación, pero durante estos últimos días he tenido la sensación de que quieres decirme algo y no te animas. ¿Me equivoco, pelirroja?

No era el momento, tampoco el lugar, para hablarle de sus anhelos. Posó los ojos en Hanna. La rubia derrochaba felicidad cada vez que alguien se acercaba para apretarle las mejillas o acariciarle la cabecita al pequeño Viggo. Su hermana pasó junto a ellos y le guiñó el ojo. Vanja era quien más le insistía para que hablara con él, al punto de que le había lanzado un ultimátum: o le decía a Mikael que se moría de ganas de tener un hijo o se ocuparía de que él lo descubriera por su cuenta antes de irse del pueblo.

—¿Me traerías algo para beber? —dijo de repente—. Que sea fuerte, por favor —le pidió. Si iba a soltarle que ansiaba tener un hijo con él, debía entonarse primero.

Él regresó con dos copas de champán.

—Hay que celebrar tu éxito.

Greta sonrió. Ya habían brindado con el resto de la gente después de la presentación, pero todavía no lo habían hecho en la intimidad. Se le cruzó por la cabeza que quizá era la ocasión perfecta para hablar con él, por eso lo tomó de la mano y se escabulleron hacia el patio para buscar un poco de privacidad. A Mikael le entusiasmó la idea y lo primero que hizo apenas salieron de la librería fue besarla, quería hacerlo desde hacía rato, pero por respeto a Karl se había aguantado las ganas.

Después de lo ocurrido con Vibeke, no podía permanecer lejos de ella por mucho tiempo sin extrañarla, por eso, con la excusa de poder disfrutar de la compañía de sus tías antes de que se marcharan a Gotemburgo y de que las cosas en la comisaría habían vuelto a la calma, le había pedido unos días libres a su jefe. Por supuesto que Karl se los concedió sin chistar.

—Mikael... —susurró Greta. Él no respondió; estaba ocupado lamiéndole el lóbulo de la oreja—. Necesito decirte algo importante —insistió, sumida en el placer que le provocaba su lengua tibia, que se deslizaba con lentitud por su cuello—. Ya no puedo ocultártelo más.

Esas últimas palabras lograron captarle la atención. Mikael se apartó, la sujetó de los hombros y la miró fijo a los ojos.

—¿Qué sucede ahora? No me asustes, pelirroja.

Greta se bebió hasta la última gota del champán y dejó la copa vacía encima de una mesa jardinera.

—No quiero que te sientas presionado por lo que voy a decirte —empezó—, es solo un deseo mío y lo entenderé si a ti no te pasa lo mismo, pero ya no puedo callarme, necesito que sepas lo que me pasa. —El brillo que le vio en la mirada le dio valor para continuar, eso sí, respiró profundo antes de hacerlo—. Quiero que tengamos un hijo, Mikael. La maternidad de Hanna y el nacimiento de Viggo sin dudas despertaron mi instinto maternal. Sin embargo, desde hace ya unos meses, la fantasía de llevar en mi vientre un pedacito tuyo y mío se convirtió en una necesidad. —Se quedó en silencio y esperó una respuesta, pero Mikael no decía nada—. He dejado de tomar la píldora. Sé que debí consultártelo primero, pero...

Él le cubrió la boca con un dedo para callarla. Le costaba hablar, pero no era por causa de la sorpresa sino de la emoción.

—¡Dime algo! —le suplicó Greta, incapaz de soportar la incertidumbre.

Mikael quitó el dedo de sus labios y le acarició el rostro. No era típico de él mostrarse sentimental; en pocas ocasiones había derramado una lágrima delante de alguien más. Una sola vez en la vida había llorado hasta quedarse seco y había sido a los siete años, cuando su padre murió. Pero en ese momento, con la confesión que acababa de hacerle Greta, no le importaba mostrar su lado más sensible.

—Pelirroja, no hay nada que desee más en la vida que tener un hijo contigo —le dijo, entre una sonrisa y unas cuantas lágrimas que empezaban a caerle por las mejillas oscurecidas por una barba de varios días.

Greta sintió que el corazón se le disparaba y se aferró a él cuando se le aflojaron las piernas.

—¿Lo dices en serio, Mikael?

Él asintió.

—Muy en serio, Greta. Creo que ya es tiempo de sanar viejas heridas y enterrar la culpa donde debe estar, en el pasado. —Se deshizo de la copa y la abrazó. Empezó a besarle el cuello mientras que con una mano le levantaba el vestido—. ¿No te parece que deberíamos empezar a hacer la tarea?

Greta hizo su parte y le acarició el pecho por debajo de la camisa.

—¿No cree que se darán cuenta de nuestra ausencia, teniente? —Por encima de su hombro contempló la puerta que daba a Némesis; se escuchaba el bullicio de las risas y la música.

—Tranquila, nadie nos echará de menos —le aseguró él mientras la arrastraba hacia la casa.

Tomados de la mano, subieron de prisa las escaleras y se encerraron en la habitación antes de que *Miss Marple* osara interrumpirlos.